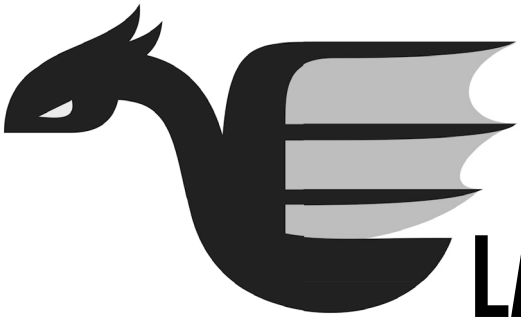


LA ISLA DE LOS DRAGONES DORMIDOS

ISMAEL LOZANO LATORRE

editorial
siete islas

© Título: La isla de los dragones dormidos
© Ismael Lozano Latorre

ISBN: 978-84-120029-6-6

Depósito Legal: GC 604-2019
Primera edición: Noviembre 2019

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com
Correcciones y estilo: Marta Mozo Holgado
Ilustración portada e interior: Juan Castaño
Maquetación: David Márquez

Visita nuestro blog: https://www.editorialsieteislas.com/blog y nuestro canal de Youtube

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección:
editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

#laisladelosdragonesdormidos #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

A mis padres,
por enseñarme a crecer
sin dejar de soñar.

Prólogo

Unas manos temblorosas escalando la muralla del castillo de San Gabriel, sus dedos hundiéndose en cada abertura, sus zapatillas deportivas buscando algún saliente donde apoyarse. No había mucha distancia, solo cuatro o cinco metros, pero su objetivo cada vez le parecía más alejado. No podía hablar ni pensar, solo continuar, con sus ojos hipnotizados mirando la campana.

Arrecife ya había despertado. El sol empezaba a alzarse en el paisaje y el tráfico difuso se paseaba por la avenida. El Puente de las Bolas, origen de todo, a su espalda, y el joven ajeno a lo que le rodeaba mientras las piedras le desgarraban la piel.

Sus zapatillas deportivas llegaron a la cima con más pena que gloria. Pasó al interior de un salto, ágil, veloz, junto al cañón que apuntaba a la ciudad como si fuese una amenaza invisible en la que nunca se había fijado. Su rostro serio, petrificado, con las piernas vaporosas, incapaces de sujetar su cuerpo.

Agarró la cuerda de la pequeña campana como el que coge un salvavidas en mitad del naufragio, tiró con fuerza de ella y

el badajo, perezoso, empezó a agitarse entonando un cántico triste, metálico, desesperado. Fue en ese momento cuando el chico se dio cuenta de que había empezado a llorar. Sus ojos marrones se habían cubierto de lágrimas y le sangraban las yemas de los dedos.

Su voz alzándose al cielo mientras una sombra enorme le pasaba por encima de la cabeza, mirando al horizonte, deseando verla aparecer con su túnica blanca y su melena al viento.

—¡Alba! ¡Alba! —gritó desesperado, pero no obtuvo respuesta. Su espectro lunar había desaparecido, lo había dejado para siempre.

Un gruñido, una respiración ancestral, el sonido de un aleteo cerca del castillo. Sus ojos, ajenos a la enorme sombra, se giraron y lo vio por primera vez. Sus miradas se cruzaron. Estaba cerca, tan cerca que casi podía aspirar el aroma de azufre de su aliento; su piel escamosa brillaba con el sol y sus fauces, amenazadoras, estaban abiertas en su dirección.

Un dragón, un dragón de doce metros sobrevolando la costa de Arrecife, con sus garras afiladas y dientes de marfil, sus pupilas rojas, como la llamarada que estaba a punto de salir de su boca, sus alas enormes, harapientas, que le hacían preguntarse cómo conseguía alzar ese pesado cuerpo en el aire.

El chico no se asustó y actuó como si no lo hubiera visto, como si no le importara. Siguió inmóvil en la cima del castillo sujetando la cuerda. Lo primordial en ese momento era que la campana no dejara de sonar; ella tenía que oírla, el resto era secundario, trivial, despreciable. Nada ni nadie, por muy espectacular y aterradora que fuera su presencia, podía separarlo de su meta.

La bestia alada, desafiante, se aproximó más a él, indignada porque no hubiera salido corriendo, porque no tratara de refugiarse. Sus orificios nasales se abrieron de par en par y su fétido aliento lo embadurnó todo, pero el joven estaba obsesionado.

Pasara lo que pasara, no abortaría su misión. Al dragón solo le quedó una opción para ahuyentarlo: tragó saliva tomando impulso y dejó que el fuego que ardía en sus pulmones subiera por su tráquea hasta llegar a la boca. La llamarada salió a presión, con fuerza, llena de rabia, y lo único que escuchó, cuando su luz le cegó momentáneamente los ojos, es que hasta el último momento, la campana había continuado sonando.

PARTE I:
OTOÑO 2010

UNO

La habitación estaba a oscuras. Su madre había cerrado las cortinas para que no entrara el sol. No quería verlo, le dolía demasiado, pero aunque lo evitara, Daniel seguía allí, frente a ellas, tumbado en la cama con el suero puesto, como si fuese el príncipe encantado de un cuento sumido en un descanso eterno.

Claudia se acercó a la cama y volvió a mirar a su hermano. Su rostro estaba pálido, pero no parecía muy diferente a la última vez que lo vio, con su pelo castaño alborotado y esa sonrisa que siempre la hacía reír. Era extraño, parecía feliz, como si en vez de en coma estuviera durmiendo y teniendo un sueño fascinante.

Le costaba asumir todo lo que había pasado, estar en aquella habitación con su madre y su hermano observando a aquel chico con el que había pasado media vida y que ahora parecía que no conocía. ¿Tan poca confianza había entre ellos? ¿Por qué no la había llamado? ¿Qué ocurría? Claudia creía que tenían una relación más estrecha, ¡de hermanos! Y parecía que Daniel se

había estado escondiendo. ¿Qué pasaba por esa cabeza? ¿En qué pensaba mientras dormía?

Su madre seguía llorando. Sacaba de vez en cuando un pañuelo de papel y se sonaba frenéticamente. Claudia no se podía permitir llorar (bastante había llorado en el avión y los primeros días); ahora le tocaba ser fuerte. Cuando todos se desmoronan, alguien tiene que tirar del carro y en esta ocasión le había tocado a ella, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Siempre había sido la débil, aunque, al parecer, se demostraba que no era del todo cierto.

Claudia tenía treinta años y era la mayor de los dos. Cuando eran pequeños, Daniel siempre había mandado en ella. Tenía más carácter, más carisma, y ella se había dejado arroyar por su personalidad para quedar siempre en un segundo plano. Eso era básicamente lo mismo que le pasaba en su matrimonio. Siempre había habido un hombre en su vida que brillaba más que ella y Claudia se había acostumbrado a dejarse guiar; le parecía más cómodo que tomar decisiones. Ella era torpe, indecisa, o eso le habían hecho pensar ellos siempre.

Pero en aquella habitación, la situación era totalmente diferente. Por primera vez en su vida se encontraba ante un problema serio: su hermano había intentado suicidarse, estaba en coma y ella estaba sola para sujetar a su madre, que parecía que caía por un pozo sin fondo, sola para darle fuerzas a su hermano para despertar.

—Puede ser un día, dos, tres, un mes, un año... No se sabe, incluso puede que no despierte jamás —le había dicho la doctora, y a ella se le había encogido el alma—. Pero hay que mantener la esperanza; es lo único que se puede hacer en estos casos.

Daniel estaba tumbado en la cama con las palmas de las manos abiertas. Sin poderlo evitar, se acercó y le acarició la yema de los dedos. Estaba frío, pero seguía siendo cálido. Se

aproximó un poco más y le dio un tierno beso en la mejilla. Seguía oliendo a Daniel, a ese aroma con el que impregnaba su ropa y que ella más de una vez había inspirado al recoger algún jersey que había tirado al suelo. No había cambiado tanto; fuera lo que fuese lo que había sucedido, seguía oliendo a él, seguía siendo su hermanito pequeño. «¿Por qué lo has hecho, Dani?», preguntaba su mirada. «¿Por qué?».

Una lágrima diminuta empezó a escaparse de sus ojos. Trató de contenerla, pero Claudia no era tan fuerte como para congelar por completo sus emociones. Tenía ganas de meterse en la cama con él y abrazarlo como cuando eran niños. Quería que el tiempo retrocediese y volver a aquella época en que estaban los cuatro juntos y todo era perfecto. ¡Pero era imposible! Habían crecido, y con ellos, sus problemas. Se habían ido distanciando hasta el punto de que su hermano ahora estaba en coma y ella no tenía ni idea de por qué.

Estaba furiosa: le cabreaba pensar que su hermano no había acudido a ella. ¿Es qué no sabía cuánto lo quería? ¿No se lo había demostrado siempre? «¿Por qué, Dani? ¿Por qué?», se repetía una y otra vez en su cabeza, y la angustia le oprimía el pecho y casi le impedía hablar.

Su madre sacó un espejo y se retocó el maquillaje. Se le había corrido el rímel y tenía una pinta horrorosa. No estaba acostumbrada a verla así, ella estaba eternamente impresionante. Estuviera en casa o en la calle, siempre se arreglaba, pero parecía que en aquel hospital hasta eso había dejado de importarle. Daniel se había ido y ya nada tenía sentido. Aunque llevasen semanas sin hablar, meses sin verse, ahora su ausencia se hacía insoportable; no podía ni imaginar un día en el que no estuviera él.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Se le escapó de los labios tras darle el beso, y su madre la miró con una ternura que inundó toda la habitación.

—Claudia, ven —le pidió—. Siéntate aquí conmigo.

La chica trató de moverse, pero parecía que la cama tenía un imán que le impedía avanzar. No podía separarse de su hermano; necesitaba estar a su lado, sentir la calidez de su piel; le daba demasiado miedo pensar que en algún momento se apagase y sus manos se volvieran frías, que dejara de oler a él.

—Estoy bien, mamá —mintió tragándose su amargura—. No te preocupes, solamente quería ver cómo estaba.

Su madre triste, su madre serena tratando de ejercer el papel que la naturaleza le había otorgado y que a ella le quedaba demasiado grande. Sabía que tenía que ser ella la que controlara la situación, la que cuidara de la hija que le quedaba, pero no podía, era imposible; la pena y la culpa ocupaban todo su tiempo, no le salían palabras de aliento, no podía.

—Deberías bajar a comer, mamá —le dijo Claudia volviendo a comportarse como la más adulta de las dos—. No has probado bocado desde el desayuno, no puedes seguir así.

Elvira con el rostro escondido en el espejo, tratando de perfilarse un ojo con dedos temblorosos; el rímel mezclándose con el dolor, la culpabilidad y el sufrimiento. En la calle hacía sol, un día espléndido, como si al resto del mundo no le importara que su hijo estuviera postrado en una cama. La Tierra seguía girando.

—No tengo hambre —contestó mientras buscaba algo en el bolso.

Claudia miró a su madre, con su media melena teñida de rubio, su vestido azul, impecable, con zapatos y complementos a juego, con los labios estriados de suspirar bañados en carmín y esas pupilas que se encerraban tratando de esquivar todas las miradas.

—Me he dejado el corrector de ojeras en Sevilla —comenzó a decir como si fuese lo más importante del mundo en ese momento—. Pensé que lo había traído, pero nada. Ayer miré

en la maleta y en el neceser, pero no está. ¡Y mira qué pinta tengo! Parezco sacada de una de esas películas que ahora os gustan tanto a los jóvenes, de vampiros.

Su hija sonrió enternecida, olvidando por un segundo a su hermano y entendiéndola. Elvira era así: cuando se sentía mal, siempre encontraba algún motivo absurdo para ocupar su cabeza. Cualquier problema, por ridículo que fuese, se convertía en una montaña, todo para tapar lo real, para no ver la cama, no ver a Dani durmiendo con aquel gotero, con el agujero en la garganta, con su boca en silencio.

—¡Y luego, el olor! —continuó—. ¡Con lo baratos que están los perfumes en esta isla y nosotras oliendo a hospital todo el día! Después de ducharme en el hotel, todavía puedo olerlo; es como si lo tuviera incrustado en todos los poros de mi piel y por mucho que me froto no se va. Huelo a desinfectante, ¡a antiséptico! Y me perfumo una y otra vez y no se va... Lo tengo aquí... En mi cabeza.

Claudia recordando las palabras que su madre le había repetido más de mil veces: «Lo más importante cuando te echas un perfume es rociarte una gota detrás de las orejas. En las distancias cortas, cuando te susurran al oído, es la parte que está más cerca del otro. ¡No olvides nunca esa gota! ¡Esa gota y las muñecas!».

—Cuando llegamos por la mañana, ya está ahí el olor esperándonos en la puerta, como si quisiera decirnos buenos días y pegarse a nuestro pelo y a nuestra ropa. ¡Creo que no me lo voy a poder quitar nunca de encima! Porque todo huele así: las sábanas, las cortinas, mi vestido. ¡Hasta la ropa interior!

Elvira guardó el espejo en el bolso y rompió a llorar. El rímel se corrió de nuevo por sus mejillas y Claudia se acercó a ella y la abrazó. No hacía falta hablar para escuchar las palabras que salían de sus bocas. Sabía que el corrector de ojeras y el olor no importaban nada; el problema era otro: Dani, solo

Dani. Las dos estaban destrozadas, unidas en esa larga espera que no sabían cuánto iba a durar, pero ambas querían estar allí, les costaba alejarse.

—Mamá, no sabemos cuánto puede alargarse esto —le dijo su hija tratando de calmarla y convencerla—. Tenemos que ser fuertes y estar bien. Tienes que comer, no podría hacer esto sola si tu enfermases. ¿Comprendes? Baja al bar, he visto que tienen hoy pollo en el menú; un trozo de pechuga te sentará bien.

Elvira asintió desganada, sabiendo que tenía razón aunque no le apeteciese lo más mínimo, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel, sonándose frenéticamente la nariz, tratando de expulsar sus penas.

—Yo estaré aquí con él. Si hay alguna novedad te llamo al móvil, no te preocupes.

Elvira le dio un beso en la mejilla y sonrió sin ganas, tratando de aparentar que estaba mejor, que no le dolía tanto, que podía soportarlo.

—Es mi pequeño, ¿sabes? —confesó con la voz rota—. Lo tuve en mis brazos cuando nació, lo he visto crecer al igual que a ti... No puedo, Claudia... Simplemente, no puedo verlo así... Es superior a mis fuerzas.

Su hija volvió a abrazarla para que se tranquilizara. Daniel siempre había sido su favorito y ella lo sabía.

—Lo sé, mamá. Esto es muy injusto, pero tenemos que ser fuertes.

DOS

Claudia estaba a solas en la habitación, en silencio, observando a su hermano, el suero deslizándose lentamente por la vía, la sonda vesical escondida entre las sábanas. Era un hombre inerte, un muñeco roto, desactivado, como si le hubiesen quitado las pilas y no se pudiese mover.

La luz entraba a través de la ventana. En el horizonte, un paisaje oscuro de piedras volcánicas; el sol, en la cima, brillaba con intensidad, bonito, tan espectacular como él le había explicado que era.

Atrás quedaban esos días en la UCI: el frío, la luz artificial, el ruido del respirador que inflaba sus pulmones, el tubo en la garganta. Casi pensó que se le rompía el alma la primera vez que lo vio; parecía mucho más grave que ahora, como si ninguno de sus órganos respondiese.

—Hay actividad cerebral, actividad cerebral...

Lo tuvieron tres días en observación y al cuarto decidieron que seguía estable y lo subieron a planta, pero antes le quitaron el respirador: los médicos descubrieron que Daniel respiraba por sí solo. Él siempre había sido fuerte, muy fuerte. Cuando

se proponía algo, era capaz de todo por conseguirlo, tenía que aferrarse a la vida, luchar por sobrevivir. Pero, ¿acaso no había intentado suicidarse? ¿No estaba así por decisión propia? ¿Cómo confiar en que iba a hacer todo lo posible para ponerse bien cuando su intención era quitarse la vida?

Le habría gustado venir a la isla cuando su hermano estaba bien para que se la hubiera enseñado. Daniel la había invitado un par de veces, pero ella estaba demasiado ocupada con su anodina subsistencia para venir a bañarse en la playa. Ahora se sentía culpable… Quizá su hermano estaba mal y lo que quería era estar unos días a solas con ella para sincerarse, pero Claudia no vino y ahora él estaba en coma, tumbado en esa cama sin poder moverse, sin poder tocarla, sin poder abrazarla. Estaba allí como un residuo del hermano que fue, del pequeño al que le leía cuentos para que se durmiese, el que se colaba entre sus sábanas cuando había truenos y tormenta, el que peleaba para quitarle el mando del televisor... ¿Por qué se había hecho eso? ¿Por qué?

—Eres un egoísta —dijo por fin al cabo de unos segundos con una rabia que evidenciaba que llevaba tiempo queriendo decírselo—. Un imbécil y un egoísta.

Claudia no sabía si su hermano podía oírle, pero le gustaba hablar con él. En alguna parte había escuchado que las personas en coma pueden entender lo que se les dice. No estaba demostrado, pero ayudaba, no sabía si al paciente o al acompañante, pero estaba bien hablarle, desahogarse.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —continuó sin poder contener por más tiempo su dolor y su ira—. ¿Has visto cómo está mamá? ¿Está destrozada? ¿En qué pensabas? ¿Qué querías conseguir con esto? ¿Pensaste en algún momento en nosotras? ¿Lo hiciste? Primero papá y luego tú. ¿Qué carajo os pasa a los hombres de esta familia? ¿No podéis dejar de pensar en vosotros mismos? Matarte. ¡Suicidarte! ¿Qué clase de decisión

es esa, Dani? ¿Acaso pensabas que no me iba a importar? ¡Eres mi hermano, joder!

Claudia triste, desolada, mirando el rostro de Daniel que parecía que seguía sonriendo, una mueca estúpida en un juego macabro. Todo el control que trataba de imponerse para no venirse abajo se había desmoronado al quedarse a solas con él. Ahora no tenía por qué fingir: su madre no estaba allí, no tenía que animarla y podía dejar que la frustración y la rabia salieran fuera.

La puerta de la habitación estaba abierta y alguien entró sin hacer ruido, no quería interrumpir esa conversación de la que estaba siendo testigo involuntario.

—¡Pues estoy mal, Dani! —confesó dejando que las lágrimas brotaran libremente por sus ojos—. ¡Muy mal! Jodida, Dani. ¡Jodida! Eres mi hermano. ¡Mi hermano pequeño! ¿Cómo se supone que me tengo que sentir? Mi hermano decide quitarse la vida sin ser capaz antes siquiera de hablar conmigo, de contarme lo que le pasaba. ¿Tan grave era, Dani? ¿Tan grave que pensabas que no lo iba a comprender? ¿Qué no te iba a apoyar?

Silencio. Claudia acercándose a su hermano, el desconocido detrás con una bandeja metálica en la mano.

—No puedo imaginarme que te pasó por la cabeza, qué estarías pensando cuando cogiste aquel frasco de pastillas y te las metiste en la boca... Me gustaría tanto poder leerte la mente y comprenderte, poder ayudarte... ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no cogiste el teléfono en ese momento y marcaste mi número? Yo te habría cuidado, Dani, habría cogido un vuelo lo antes posible. ¡Que soy tu hermana, joder! ¡Que siempre voy a estar a tu lado hagas lo que hagas! Hagas lo que hagas...

Palabras, palabras antisépticas rebotando en aquella habitación color canela, lágrimas mezclándose con el sabor del desinfectante, deslizándose por sus mejillas como el suero en

el gotero, sentimientos que explotan en unos labios que no quieren escupir reproches, miedo a perderlo, pavor a que su luz se extinga para siempre.

—Cualquier cosa, Dani —le susurró en voz baja—. Cualquier cosa te la hubiera perdonado menos esto. ¿Me oyes? Si te mueres, no te lo voy a perdonar nunca. ¡Por estúpido! Por estúpido y por abandonarme —frases entrecortadas por el llanto, por los suspiros—. ¡Porque yo te necesito! Te necesito más de lo que te imaginas... Y te quiero... Te quiero...

Claudia se separó de la cama y buscó un pañuelo para secarse las lágrimas, pero no tenía. Se giró para dirigirse al cuarto de baño y fue entonces cuando lo vio. No se lo esperaba y pegó un brinco asustada.

—¡Joder! —exclamó sin poder evitar ponerse roja al pensar que había estado oyendo toda la conversación.

El enfermero se rascó la cabeza a modo de disculpa y agachó la mirada.

—Lo siento —se disculpó tratando de quitarle importancia a la escena que acababa de presenciar—. No quería escuchar, pero tampoco quería interrumpirte.

Claudia se secó las lágrimas con la manga de la camiseta y sonrió un poco forzada.

—No te preocupes... La culpa es mía... Soy una boba... No sé qué hacía hablando con él... Una tontería... Sé que no puede oírme... Tú solo estás haciendo tu trabajo.

El enfermero metió la mano en el bolsillo de su pantalón y le ofreció un pañuelo limpio. Ella lo cogió avergonzada, todavía afectada por la situación tan embarazosa que acababa de protagonizar. No solía desnudar sus sentimientos con mucha frecuencia, y aquel desconocido había sido testigo de cómo los vomitaba sobre la cama de aquel hospital, cómo soltaba todo lo que llevaba pensando desde que llegaron, tragándose desde hacía una semana, aguantando, soportando.

—No creas —le comentó él para que se sintiera mejor—. No es ninguna estupidez; los pacientes en coma no pierden todas sus funciones neuronales, algunos pueden oír lo que se les dice, otra cosa es que lo entiendan o que lo recuerden cuando se despierten.

Claudia se secó las lágrimas de nuevo y trató de adecentarse un poco. Observó al chico: era un poco más joven que ella, posiblemente de la edad de Dani, y tenía una sonrisa espectacular. Siempre le había sorprendido los dientes tan blancos que tenían los canarios. Sabía que era un tópico, pero en este caso era una realidad; seguramente era por el contraste con su piel morena.

—A mí me gusta hablarle —confesó—. Delante de mi madre no, pero cuando estamos solos siempre le hablo, como cuando éramos pequeños y nos lo contábamos todo. Ahora estábamos un poco distanciados, pero... pensé que no tanto.

El joven se acercó a la cama y miró al chico que había tumbado en ella, tendría aproximadamente su misma edad, castaño, atractivo... Tampoco le entraba en la cabeza como alguien podía hacer algo así, aunque no era la primera vez que lo veía no dejaba de sorprenderse. Tenía que ser un verdadero drama que alguien cercano a ti decidiera quitarse la vida, suicidarse, podía imaginar cómo se sentía.

—Pues sigue hablándole, a mí me gustaría que una chica tan guapa como tú me hablara si me pasara lo mismo.

Las mejillas de Claudia se volvieron a sonrojar. El enfermero era atractivo, tenía los ojos almendrados, de color incierto.

—Tengo que tomarle las constantes —le informó.

—¡Ay, sí, perdona! —exclamó Claudia rompiendo el silencio—. Salgo al pasillo y espero fuera, ¿no?

El enfermero volvió a mostrarle su encantadora sonrisa tratando de tranquilizarla, de hacerla sentir bien.

—Como quieras, pero puedes esperar aquí.

Claudia cogió su bolso del asiento y asintió. Se sentía incómoda en aquella habitación; ese chico la había visto llorando, desplomarse, y necesitaba salir de allí.

—Mejor espero fuera, te dejo hacer tu trabajo tranquilo y yo aprovecho para hacer una llamada.

El joven frunció el ceño imitando cara de enfado.

—No se puede hablar con el móvil en el pasillo, lo sabes, ¿no?

Claudia miró sus ojos y se perdió en el contraste de colores que irradiaban.

—Lo sé —se disculpó abochornada de nuevo como si la hubieran pillado fumando en el baño del instituto—. Saldré a la entrada. ¿Puedes esperar aquí hasta que vuelva? No me gustaría que estuviese solo, serán solo cinco minutos.

El chico le guiñó burlonamente y asintió.

—Te esperaré el tiempo que haga falta.

Y por alguna estúpida razón, Claudia sintió que aquella frase tenía más significado del que evidentemente tenía.

TRES

Claudia fumándose un cigarro en la puerta del hospital, el sol dándole en la cara, calentando su piel, pensando que en Sevilla estaría lloviendo y allí hacía un tiempo increíble. Estaba en las Islas Afortunadas, su pequeño infierno en el paraíso.

La primera calada la mareó un poco, pero siguió insistiendo. Necesitaba nicotina, estaba nerviosa, tensa, desquiciada. No se podía quitar la imagen de su hermano de la cabeza y deseaba hablar con Braulio, pero lo había llamado por teléfono y no había respondido a su llamada. Posiblemente estaba en una reunión, ese día tenía la de los japoneses (si no recordaba mal), pero aun así decidió intentarlo de nuevo; quería oír su voz.

Primer tono... Segundo... Claudia con el móvil en una mano y el cigarro en la otra avanzó dando pequeños pasos hacia la salida del hospital. Un taxista aburrido apoyado contra el muro la interrogó con la mirada preguntándole si quería un servicio y ella negó con la cabeza.

Sexto tono... Séptimo...

«Ha llamado al teléfono de Braulio Balaguer. En estos momentos no puede atenderle. Si lo desea, puede dejar un mensaje después de la señal».

Claudia pulsó el botón de apagado y guardó el teléfono en su bolso. Los zapatos le hacían daño; no tenía que haberse puesto tacones, después de todo iba a pasar el día en el hospital, pero sabía que a su madre le gustaba que fuese siempre arreglada y no le apetecía escuchar otra de sus charlas sobre lo antiestético que es que una mujer lleve zapatillas deportivas. Elvira comía en el bar. Estaba cerca, al lado, podía ir, sentarse con ella y tomarse un café. Le hacía falta, pero no quería retrasarse mucho; el enfermero estaría esperándola.

El sol brillando y el viento jugando con su pelo. Daniel le había dicho que Lanzarote era muy ventoso, pero ella no se imaginaba cuánto.

Le dio otra calada al cigarro y observó a una pareja de ancianos que pasaban a su lado: ella era gruesa y bajita, él, alto y delgado, un matrimonio totalmente opuesto que iba agarrado de la mano. Claudia imaginó por un momento cómo serían ella y Braulio de mayores. Él le llevaba veinte años, así que la diferencia entre ellos sería apreciable, pero aun así, no sería eso lo que más los diferenciaría de esa pareja. Claudia dudaba mucho de que su marido la cogiese de la mano; no lo hacía ahora, así que lo más probable es que dentro de treinta años lo hiciese todavía menos.

Braulio no era muy cariñoso. Quizá al principio de su relación lo era un poco más, pero en la actualidad era más bien frío, distante. Cuando llegaban a casa, él solía estar tan cansado que se tumbaba en el sofá y su conversación se limitaba a monosílabos. Claudia lo comprendía porque sabía la tensión que soportaba a diario en el trabajo, pero ella también la sufría y aun así tenía las energías necesarias para tratar de darle cierta calidez a su relación, pero era como chocar contra un témpano de hielo: Braulio era poco receptivo, y cada vez menos.

A Claudia le habría gustado que su marido la hubiera acompañado a Lanzarote. Habría sido de gran ayuda tenerlo a su lado los primeros días cuando no sabían cómo iba a evolucionar Daniel y la angustia se apoderó de su alma. Un abrazo de Braulio en los peores momentos la habría tranquilizado, pero había sido imposible; bastante complicado había sido lograr que ella dejara la oficina para que él también se marchara. Braulio era el gerente, la cabeza visible de la organización, aunque ella se encargara de todo en la sombra. Tenía que estar presente en aquella reunión con los japoneses, prepararlo todo, y ella sabía que era importante. No obstante, en lo más profundo de su ser le habría encantado que él lo abandonara todo y acudiera a socorrerla, que la apoyara, aunque no hiciese nada, solamente estar a su lado. Pero Braulio no era así. Él no cometía actos espontáneos y contrapuestos a su raciocinio. Las obligaciones había que cumplirlas, no podían dejarlo todo porque su hermano hubiese decidido tomarse un frasco de pastillas.

Claudia sabía que a su marido Dani no le caía bien, siempre lo había criticado. Decía que era un joven sin argumentos ni aspiraciones, que no tenía ningún objetivo en la vida aparte de divertirse. No dudaba ni un momento en recordarle a su mujer que había tenido problemas con las drogas y que pasaba de trabajo en trabajo sin implicarse. ¿Cómo podía con veintiocho años no saber a qué se quería dedicar? Braulio era muy duro con Daniel y eso a ella le dolía.

Daniel siempre había sido diferente. De pequeño se pasaba horas enteras tumbado en la cama leyendo y escribiendo cuentos. Creativo, imaginativo, sensible. Los problemas con las drogas empezaron en su adolescencia, en el instituto; primero fueron los porros, después la cocaína y las faltas sistemáticas a clase. Abandonó los estudios en primero de bachiller y decidió empezar a trabajar en una pizzería y ganarse la vida. Su madre puso el grito en el cielo y su padre también, pero el que más lo

había criticado por ello, sin duda alguna, había sido Braulio. Su cabeza no concebía que alguien no quisiera estudiar y decidiera voluntariamente empezar la vida laboral desde abajo.

—También tiene que haber camareros —le había dicho Claudia más de una vez—. El engranaje del sistema también necesita peones para que pueda haber torres y caballos.

Braulio como respuesta solía ponerle esa cara de «pequeña, cuánto te equivocas» y sonreía con superioridad.

—Tienen que existir peones, pero peones formados —le contestaba—. De nada sirve un peón que no sabe hacia dónde dirigirse. Si quiere ser camarero que lo sea, pero que curse algún módulo de hostelería, que aprenda idiomas... Tu hermano no eligió ese trabajo por vocación, solo necesitaba dinero para seguir metiéndose mierda.

Claudia le dio la última calada al cigarro y tiró la colilla al suelo. Siempre se sentía culpable cuando lo hacía y miraba a un lado y a otro por si alguien la descubría, pero no había papeleras cerca. El sol seguía brillando con intensidad y ella sintió unas ganas irrefrenables de correr, de escapar de toda aquella historia en la que llevaba inmersa una semana; deseaba coger un coche e irse con Daniel a la playa, tirarse de cabeza desde una roca al mar y nadar, nadar con su hermano como cuando eran pequeños y sus padres los llevaban a Cádiz, tumbarse en una toalla y dejarse acariciar por los rayos del sol mientras se contaban confidencias. Pero aquello ahora era imposible; Dani estaba en una cama y no sabían si iba a despertar. Una nube negra cubrió sus sueños y recordó que el enfermero la estaba esperando.

—Mierda, Braulio, podrías devolver la llamada.

CUATRO

—Toc, toc. ¿Se puede? —bromeó alguien al otro lado de la puerta imitando el sonido de golpear con los nudillos.

Claudia estaba sentada en un sillón al lado de su madre. Hacía dos horas que Elvira había regresado de comer y estaba leyendo una revista. Reconoció la voz nada más escucharla, aunque en realidad a quien necesitaba ver aparecer era a su marido.

—Sí, pasa —contestó levantándose de su asiento.

El enfermero entró en la habitación mostrando de nuevo su encantadora sonrisa. Elvira lo miró con curiosidad, como si se extrañara de la visita.

—He terminado mi turno y me iba a marchar —se justificó él—. Solamente pasaba para ver cómo se encontraba Daniel y si estaba todo en orden.

Claudia afirmó con la cabeza sabiendo que en realidad lo que estaba tratando de preguntarle es si estaba más tranquila. Cuando se habían visto por última vez, él estaba preocupado y se había ofrecido a hacerle una tila. Ser testigo de su conversación con Dani parecía que le había afectado.

—Sí, todo igual —contestó Elvira—. Por desgracia no hay ninguna novedad.

El joven se quedó parado unos instantes con las manos metidas en los bolsillos de su uniforme, sus ojos almendrados delataban que ese no era el motivo real de su visita, pero no se atrevía a decirlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Claudia viendo en su rostro la duda.

El enfermero se rascó la cabeza y miró a madre e hija consecutivamente.

—Sí, iba a tomarme un café antes de irme. Si queréis uno o algo, solo tenéis que pedírmelo.

Elvira observó al joven: era moreno y guapo. El uniforme no le hacía mucha justicia, pero tenía pinta de tener un cuerpo musculado.

—Yo no quiero nada —contestó sin dejar de mirarlo—. Pero Claudia, ¿por qué no lo acompañas? No has bajado a comer, llevas horas aquí metida.

Claudia deseó tener rayos X en los ojos para poder fundir a su madre en ese momento. Odiaba que la metiera en compromisos de ese estilo, que tomara decisiones por ella delante de la gente para obligarla a quedar mal diciendo que no cuando no le apetecía.

—No gracias, estoy bien.

El enfermero se encogió de hombros y la miró suplicante: ojos castaños como los de su hermano y labios carnosos.

—Las chicas no suelen despreciarme un café —bromeó divertido—. No estoy acostumbrado, no puedes hacerme ese feo. Baja conmigo, te vendrá bien estirar las piernas.

Claudia miró a su madre que le hacía señas con el cuello para que se fuera con él.

—¡Mamá! —protestó ella impotente.

—Claudia, que el chico te está invitando a un café, no seas desagradable, que ha sido muy cortés por su parte el venir a ver como estábamos.

Los dos sentados en una esquina apartada del bar, dos tazas de café humeantes, el olor a desinfectante sustituido por el de los cruasanes y el pan recién hecho. Claudia jugando con la cuchara y el enfermero sosteniéndole la mirada, todavía con cara de que tenía algo que decirle pero que no se atrevía. Ruidos de fondo, gente con el rostro cansado entrando en el bar, en la calle oscureciendo, el sonido de los coches contaminando sus oídos.

—Es de mala educación aceptarle un café a un chico y no preguntarle su nombre. ¿Tan acostumbrada estás a que lo hagan que no guardas ni las más mínimas normas de cortesía? —bromeó el joven para romper el silencio—. Me llamo Chedey.

Claudia sonrió extrañada, preguntándose cuáles eran las intenciones del enfermero, por qué había insistido en llevarla hasta allí.

—Lo sé —contestó manteniendo las distancias—. Escuché a una auxiliar llamarte así esta tarde cuando saliste de nuestra habitación. ¡Y no suelo tomar cafés con desconocidos! Solo he venido porque mi madre ha insistido y no quería hacerte el feo después de lo atento que has sido hoy.

Chedey se rio y su risa se fundió con el claxon de un coche.

—Entonces... ¿me hacías seguimiento? ¿He captado tu atención?

A Claudia no le gustaban ese tipo de bromas, se sentía incómoda, empezaba a pensar que aquel chico la había citado para coquetear y era lo que menos le apetecía en esos momentos.

—No te hacía seguimiento, es que el hospital es muy aburrido y se escucha todo.

El joven volvió a reírse. Se encontraba a gusto, pero en sus ojos de color incierto se notaba que estaba tenso, como si solamente estuviera dando rodeos para retrasar una conversación que no sabía si debía o no producirse.

—Yo me llamo Claudia —continuó ella, dándose cuenta de que quizá estaba siendo un poco borde y que él tampoco se lo merecía.

—También lo sabía —asintió Chedey—. Se lo escuché a tu madre y lo mío no fue el aburrimiento, yo es que soy muy observador.

Claudia sonriendo, tratando de relajarse; necesitaba un momento como aquel, lejos del hospital y de aquella habitación que cada vez se le hacía más pequeña, descansar de los discursos de su madre, del rostro inerte de su hermano, de las llamadas sin respuesta en el contestador de Braulio... Chedey parecía simpático. Verlo fuera de las paredes color canela del hospital lo hacía aún más interesante, pero seguía teniendo esa sensación de que le ocultaba cosas, de que había algo más.

—No me has traído aquí por el café, ¿no? —le preguntó de pronto lanzándose de cabeza a la piscina de sus pesquisas.

El enfermero puso cara de sorpresa porque fuese tan directa y reconoció que estaba en lo cierto.

—Es por lo de esta mañana —aventuró la chica—. Cuando me pillaste en la habitación hablando con mi hermano te quedaste preocupado, ¿verdad?

Chedey cogió una servilleta del servilletero y empezó a juguetear con ella. Estaba nervioso y no quería que se le notara.

—Sí y no —contestó—. Es cierto que me quedé preocupado porque te vi bastante alterada, pero no quería hablar contigo por eso, aunque está relacionado.

Un señor de unos cincuenta años pasó por su lado en dirección al baño, cojeaba y se quedó unos instantes mirando al chico, que todavía llevaba el uniforme puesto.

—¿Entonces?

—He estado toda la tarde dándole vueltas a un asunto. Tenía ganas de contártelo, pero si lo hago tengo miedo de que te crees falsas esperanzas o te montes películas y, además, al

hacerlo, me estaría saltando un montón de normas. Tiene que ver con tu hermano.

Claudia dejó la taza de la que acababa de beber sobre la mesa y lo interrogó con la mirada. Realmente ese chico estaba consiguiendo captar su atención. ¿Era eso? ¿De lo que quería hablar era de Dani? ¿Y por qué la había citado allí? ¿Por qué fuera del hospital y sin estar presente su madre? ¿Qué sabía él que no le estaba permitido decir?

—¿De qué se trata? —le preguntó alterada, como si tuviera un derecho legítimo a poseer toda la información sobre el estado de su hermano y alguien se lo hubiera estado ocultando a propósito.

Chedey tragó saliva. Al observar los ojos de la chica comprendió que se estaba equivocando. Tenía que hacer caso a sus superiores y cerrar la boca, ¡pero él la había visto esa mañana! ¡Él sabía cuánto le angustiaba desconocer qué le había pasado a su hermano! ¿Y si con eso conseguía ayudarla? ¿Y si la hacía sentir mejor?

—Lo que te voy a relatar es clínicamente imposible, quiero que lo tengas claro antes de contártelo. Cuando sucedió di parte a la jefa de enfermería y habló con los médicos y todos dijeron lo mismo: que yo estaba loco.

El rostro de la chica se mostró contrariado y comenzó a ponerse nerviosa. Sus dedos golpearon la mesa sugiriéndole que dejara de dar tantos rodeos y le explicara de una vez que había sucedido.

—Está bien... Solo quiero que sepas que no debería decirte esto y que si se lo cuentas a alguien me puedes meter en un serio aprieto. Ni siquiera a tu madre, ¿ok?

Claudia movió afirmativamente la cabeza.

—Tú sabes que tu hermano está en coma, que tiene actividad cerebral pero solamente la parte que controla sus órganos internos, por decirlo de alguna manera, pero él, su ser, su

conciencia, ha desaparecido, como si alguien hubiera pulsado un botón en su cerebro y lo hubiera apagado y no se puede hacer nada hasta que vuelva a encenderlo. Simplemente él no está, no tiene conocimiento de sí mismo ni de su entorno.

—Sí, esa parte la sé, me la explicó la doctora aunque tú me dijiste hoy que Dani podía escuchar.

Chedey arrugó la servilleta que tenía en la mano y la soltó en el cenicero.

—A ver... No te confundas... Lo único que te dije esta mañana es que puede oír; sus oídos posiblemente recojan las señales, otra cosa es que su mente pueda entenderlas, depende de que tenga intacta su capacidad cognitiva para procesar información.

Claudia frunció el ceño.

—Pero es bueno que se les hable. Existen estudios que animan a que se haga porque ha dado resultados positivos. Uno nunca sabe al cien por cien hasta dónde ha llegado la lesión de su cerebro. Cabe la posibilidad de que esté escuchando, pero no se sabe ni lo sabremos porque no puede comunicarse con nosotros.

El señor de la cojera salió del baño. Llevaba un jersey verde plagado de manchas. Claudia se fijó en sus zapatos: llevaba unas zapatillas de paño y su pie derecho estaba vendado, eso explicaba su cojera.

—Hace poco leí una noticia de un paciente en coma al que estaban a punto de desconectar de la máquina que lo mantenía con vida. Él había pedido a su familia que si alguna vez estaba en ese estado, que lo desenchufaran, pero días antes de llevarlo a cabo su médico descubrió que podía comunicarse con él: al hacerle preguntas movía los ojos, y gracias a este sistema de comunicación, el paciente pudo informarles de que quería seguir viviendo.

—Me estás liando... —comentó Claudia saturada.

Chedey frunció el ceño dándose cuenta de que estaba yéndose mucho por las ramas.

—Lo único que trato de explicarte es que existen diversos niveles de conciencia, es lo que en medicina medimos por la escala de Glasgow, y que existen excepciones, milagros y muchas cosas que no podemos explicar, como lo que te voy a contar ahora, que es clínicamente imposible.

El hombre de la cojera pasó por su lado y volvió a mirarlos. Esta vez no tenía tan claro que fuese a Chedey o a ella; su mirada estaba perdida, distante, quizá no le regía muy bien la cabeza.

—Apagado, quédate con ese concepto, ¿vale?

Claudia asintió sin saber hacia dónde se dirigía con aquel discurso. Estaba claro que había sucedido algo, pero no hacía más que hablar y hablar y no se lo contaba. La inquietaba, se estaba poniendo histérica de que no fuera directamente al grano.

—A todo esto además hay que añadirle que a tu hermano se le realizó una traqueotomía para ayudarle a respirar. Aunque ya no tenga respiración asistida, a los pacientes a los que se les practica les puede afectar a su capacidad de habla, debido principalmente a lesiones en las cuerdas vocales o a obstrucciones del espacio laringotraqueal que impiden que pase el aire suficiente para hacer ruido.

La chica suspiró desesperada; por educación estaba callada, pero tenía ganas de chillarle.

—¿Quieres contarme de una vez qué ha pasado? —explotó por fin.

Chedey se rascó la cabeza y se sonrojó un poco.

—Estoy siendo un coñazo, ¿no?

—Coñazo no, simplemente te vas por las ramas. Me ha quedado claro en qué estado está mi hermano, lo sabía antes de entrar en este bar, lo único que quiero es que me cuentes de una vez que pasó el otro día que te han prohibido contarnos.

Eran las siete y cuarto, en la calle ya era noche cerrada, el sol se había ido a dormir dejándole el cielo libre a la luna y las estrellas. En el bar cada vez había menos gente, posiblemente muchos de los acompañantes se habían ido a descansar a sus casas.

—Vale... te cuento —comenzó a explicarle sin poder evitar acercarse un poco más a ella para hablarle en un susurro—. El otro día tuve turno de noche. Como siempre, hice mi ronda para hacerle el seguimiento a los pacientes. Estuve en la habitación de Daniel y te puedo asegurar que el silencio era casi absoluto, y entonces... Fue cuando sucedió... Todo el mundo dice que estoy loco y que es imposible, pero tu hermano... ¡habló!

Los ojos de Claudia se salieron de sus órbitas.

—¿Habló? ¿Dani habló? —repitió sin poder evitar que sus palabras sonaran más fuertes de la cuenta—. ¿Qué te dijo?

Chedey hizo una mueca con la cara para rogarle que bajara la voz y le cogió la mano para obligarla a tranquilizarse. No quería que ninguno de los presentes se enterara de lo que estaban hablando. Claudia tenía las manos suaves y cálidas.

—Insisto otra vez que lo más probable es que fuesen imaginaciones mías —continuó y ella asintió para que siguiera—. Primero fue un balbuceo, un susurro, pero después me aproximé y lo escuché nítidamente. Dijo «Alba»; lo repitió dos veces.

El rostro de la chica se cubrió de contrariedad. ¿Alba? ¡¿Alba?!

—¿No te dice nada ese nombre?

Claudia negó con la cabeza desilusionada.

—No puede ser, Dani nunca me ha hablado de ninguna Alba y yo tampoco conozco a ninguna.

Chedey bajó la mirada con cierta tristeza.

—Tenía la esperanza de que ese nombre significara algo para ti —le explicó el enfermero—. Confieso que es una de las

razones principales por lo que te lo he contado, para que me confirmaras que Alba existía. Eso le daría más peso a mi historia y podrían creerme, pero ahora... me dejas en duda... Quizá ellos tengan razón y esté perdiendo la cabeza... Demasiadas horas de trabajo y falta de sueño.

Claudia volvió a la Tierra y fue consciente de que Chedey seguía sujetándole la mano. La retiró disimuladamente.

—Bueno... —contestó ella siendo sincera—. Lo cierto es que Dani y yo habíamos perdido un poco el contacto. Del año y pico que ha pasado en Lanzarote sé bastante poco, quizá es alguna chica que ha conocido aquí.

Chedey le dio el último sorbo a su café y miró el reloj; parecía desencantado, frustrado.

—Déjalo... No hagas mucho caso de lo que te he dicho... Olvídalo... Debí cerrar la boca, pero como siempre estoy metiéndome en donde no me llaman... Ya ves... Lo único que he conseguido es liarte... Ahora pensarás que tu hermano está mejor... Que habla... Y en realidad no ha habido ninguna evolución... Estamos igual que al principio.

Claudia volvió a cogerle la mano. Ésta vez fue ella la que lo hizo y conscientemente. Sabía que Chedey había traspasado ciertos límites que no se debían cruzar para darle esa información, fuera para refutar su teoría o para ayudarla a comprender lo que le había sucedido a su hermano, daba igual, el hecho es que había confiado en ella sin apenas conocerla. Se merecía un poco de reconocimiento por su parte y de apoyo.

—No te sientas mal, has hecho lo que debías hacer —le dijo con franqueza—. Lo creas o no, me has hecho sentir mejor, aunque sea verdad o una locura, pero ahora por lo menos tengo algo distinto en lo que pensar. Descubriré si esa Alba existe, y si es así, demostraré que no estás loco y que mi hermano ha hablado. Quizá ella pueda explicarme por qué Dani trató de suicidarse.

CINCO

Claudia no podía dormir. Las sábanas de su cama se enredaban en sus pensamientos. Se encontraba en un estado de vigilia inconsistente, rodeada de miedos y brumas, echando de menos el contacto de la piel de su marido; tenerlo a su lado la tranquilizaba, le trasmitía seguridad, la protegía, pero en aquella isla estaba sola, sola para enfrentarse a muchas decisiones y necesitaba tenerlo cerca; era su punto de apoyo.

Por la ventana entraba el rumor de las olas; olas plácidas, tranquilas, se deshacían en la arena de la playa cubriéndolo todo de espuma. Claudia se dejaba mecer por ese sonido, como si el vaivén del oleaje la acunara, pero era incapaz de conciliar el sueño.

Elvira roncaba a su lado. Compartir colchón con ella no ayudaba demasiado a vencer al insomnio. La miraba entre tinieblas y únicamente veía su coronilla rubia despeinada con las raíces negras; parecía que la visita a la peluquería se estaba retrasando más de la cuenta y, aunque se mantenía siempre perfecta, allí su media melena estaba pidiendo a gritos que le echaran un tinte.

No sabía qué hora era. La música del *show* de animación había acabado hacía mucho rato; podían ser las dos o las tres de la mañana, aunque no tenía ni idea. No había ningún reloj en la habitación y le daba mucha pereza levantarse de la cama para mirarla en el móvil; no quería despertarse más, aunque tuviera los ojos abiertos como platos.

No dejaba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Chedey. Aunque había prometido una y otra vez que no se iba a crear falsas esperanzas, había mentido; una luz se había encendido al final del túnel: si su hermano había hablado era posible que no estuviera extinguido del todo, que parte de su cerebro todavía respondiese, que fuese capaz de escuchar, de entender, que sus daños cerebrales no fuesen tan graves y que toda aquella pesadilla no fuese a durar mucho.

«Apagado, quédate con ese concepto, ¿vale?».

Mientras daba vueltas en las sábanas, no lo veía tan evidente. Chedey se contradecía. ¿Hasta qué punto el estado de coma es un misterio? ¿Hasta dónde estaban seguros los médicos que habían llegado sus lesiones? Siempre decían lo mismo: que hasta que no se despertara, en el caso de que lo hiciese, no sabrían el alcance. ¡Pero Dani había hablado! Aunque fuese una locura, aunque fuese clínicamente imposible, había hablado y había pronunciado un nombre.

«Alba, Alba... ¿Quién eres, Alba? ¿Por qué Dani nunca me ha hablado de ti?».

La habitación del hotel a oscuras, las estrellas brillando en el cielo creando sombras en el suelo, Claudia con su pijama rosa y su mente perdida, recordando el rostro de su hermano, su sonrisa.

«¿Qué te ha pasado Dani? ¿Qué te hizo Alba? ¿Por qué la llamas?».

Suicidio. Su hermano había tratado de quitarse la vida tomándose un frasco de pastillas y mezclándolas con alcohol. Lo hizo solo, en el salón de su casa.

«¿Qué te angustiaba, Dani? ¿Qué tiene que ver Alba en todo eso?».

Mal de amores: esa era la primera hipótesis que partía de su cabeza. Su hermano estaba deprimido por un amor no correspondido o por uno que había acabado, un fracaso amoroso; esa Alba le había partido el corazón y él no había tenido el valor ni las fuerzas para soportarlo.

«Mi pobre Dani... Lo has tenido que pasar fatal... Y yo sin saber nada...».

Ahora estaba en coma y repetía su nombre, seguía pensando en ella y Claudia quería que se recuperara. Sonaba descabellado y quizá estaba demasiado influenciada por las películas de Disney, pero... ¿y si le pedía a Alba que fuera al hospital? ¿Y si conseguía que mintiera y le dijese que lo seguía amando?

«Uno nunca sabe hasta dónde ha llegado la lesión de su cerebro. Cabe la posibilidad de que esté escuchando».

Darle razones para vivir, motivos para seguir luchando.

Era una estupidez... Todo aquello no tenía sentido. Si Braulio supiese lo que estaba pensando se reiría de ella… Tratar de despertar a Daniel como a la Bella Durmiente, con un beso de amor verdadero. Hasta ella se sorprendía de lo que estaba sugiriendo, pero por otro lado tenía sentido; quería que su hermano peleara, que tratara de salir del coma. Él había intentado quitarse la vida, no quería vivir. ¿Y si le daba una razón para seguir viviendo? ¿Y si lo convencía de que Alba estaba allí fuera esperándolo? ¿No ayudaría eso a su recuperación? Siempre le habían dicho que la actitud del paciente era lo más importante.

«Estás loca, Claudia, loca, loca, loca...».

Una teoría romántica para huir de las desgracias, ilusionarse tratando de encontrar una salida a toda aquella pesadilla, pero... ¿qué otra cosa podía hacer? Y por otro lado... ¿cuál era la otra opción? ¿Resignarse a esperar sin hacer nada?.

«Alba... ¿Cómo voy a encontrarte, Alba? ¿Dónde estás?».

SEIS

—Braulio, son las siete menos cuarto de la mañana. —Su voz dormida al teléfono protestando, con dolor de cabeza, pensando en una taza humeante de café y un cigarro.

—Bueno... aquí son las ocho... Estoy entrando a trabajar.

Claudia incorporándose en la cama, torpe, lenta, con los ojos cerrados por el sueño resistiéndose a abrirse, a percibir la claridad del día que se colaba por la ventana.

—Ayer te llamé cuatro veces —le dijo un poco molesta tratando de espabilarse—. Me quedé preocupada.

El sonido del tráfico a través de la línea telefónica. Braulio estaría atravesando la avenida de las Palmeras en dirección a la oficina; se lo imaginaba con su traje de chaqueta azul marino —el que a ella más le gustaba— y la corbata roja, con el pelo engominado, moreno con algunas canas, y el maletín de cuero que ella le regaló el año anterior en Navidad.

—Llegué tarde a casa, tuve un mal día. Me metí directamente en la cama.

Claudia mirando a su madre que seguía completamente dormida, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. La

envidiaba; no le molestaba la música de los *shows* del hotel por la noche, no la despertaba el teléfono, realmente dormía como un tronco, una pena que ella no hubiese heredado parte de esa capacidad.

—¿Mal día? ¿Qué te pasó?

El sonido de un claxon y alguien gritando, posiblemente un taxista discutiendo con algún conductor que se había cambiado de carril sin señalizarlo.

—La reunión con los japoneses fue un desastre, todo salió mal. Carmen no se entera de nada.

Claudia sintiéndose culpable; ella era la responsable de organizarle las citas a su marido. Solía hacerle un informe con los puntos a discutir en las reuniones, le apuntaba los datos obtenidos en los estudios de mercado que ella había realizado, le preparaba gráficos, presentaciones en *Power Point* para que él tuviera una base sólida en la que fundamentar sus conjeturas y, si algún cliente le rebatía algo, tenía argumentos para tratar de convencerlo. Ensayaban las reuniones una hora antes de que se celebraran. Claudia adoptaba el rol del cliente y Braulio buscaba fórmulas para conseguir que firmara el acuerdo. Ella siempre trataba de poner todas las pegas posibles aprovechando que conocía los puntos débiles del negocio y él trataba de capearla de la mejor manera posible.

En la empresa había quien decía que Claudia era realmente la que tomaba las decisiones y llevaba los pantalones en la dirección, pero ella no lo veía así. Braulio seguía siendo un economista excelente, solo que con el paso de los años se había ido desactualizando y acostumbrando a que ella hiciera todo el trabajo de campo. Lo que no se podía discutir es que Braulio era una figura representativa imponente. Sin embargo, ella era una negada para las negociaciones y él se metía a los clientes en el bolsillo con un par de frases.

—Lo siento —se limitó a decir sabiendo lo importante que era esa cuenta para ellos.

—¿Sabes cuándo vas a volver? —le preguntó él haciéndole saber cuánto la necesitaba.

—No sé, seguimos sin novedades.

Silencio. Claudia escuchando cómo su marido entraba en el edificio, el portero dándole los buenos días y él contestándole, Braulio avanzando en dirección al ascensor. La imagen de Carmen se coló en sus pensamientos y no pudo evitar que se le creara una mueca de desaprobación. No le gustaba aquella chica, pero su marido había insistido en darle una oportunidad. Tenía veintitrés años y acababa de terminar la carrera, la habían contratado para que la ayudara a organizar la agenda, básicamente contestando al teléfono y recibiendo a los clientes cuando llegaban a la oficina. Rubia, metro setenta, cuerpo escultural muy alejado de la figura que se le estaba quedando a ella al llegar a la treintena. Aunque fueran celos infundados, no podía evitar pensar que a Braulio le había gustado más por su aspecto físico que por sus cualidades, aunque tuviera un máster en administración de empresas. Claudia sabía que Carmen estaba colada por su marido y tenerlos a los dos solos en la oficina ahora... no le gustaba.

—Me haces falta aquí, Claudia. Todo lo de los japoneses se puede venir abajo.

Claudia recordando lo mal que se sentía la noche anterior, las veces que había marcado el teléfono de su marido sin tener respuesta, cansada, angustiada, pensando en todo lo que le había dicho Chedey y tratando de tranquilizar a su madre que había vuelto a quedarse dormida llorando. No podía con todo aquello, la sobrepasaba. Si Braulio estuviera a su lado, todo sería diferente, pero sola... ¡No estaba acostumbrada a hacer las cosas sola! No le gustaba estar al frente de las situaciones, tenía la sensación de que sin la aprobación de Braulio se equivocaría

en cualquier decisión que tomara; le hacían falta su templanza y su seguridad.

—A mí también, anoche necesitaba oír tu voz.

La respiración de Braulio mientras pulsaba el botón de la cuarta planta; Claudia sabía que cuando el ascensor arrancara, habría unos segundos en que se quedaría sin cobertura, esperaba que no se cortara la llamada.

—Vaya, lo siento —le contestó él siendo consciente de que estaba contándole los problemas del trabajo sin haberse interesado lo más mínimo por el estado de su hermano—. ¿Habéis hablado con la doctora? ¿Sabéis algo?

—Todo igual. Dani sigue estable, pero no se sabe cuándo puede despertar: puede ser hoy, mañana o dentro de tres meses. Esto es desesperante, Braulio, no sé si podré aguantarlo mucho tiempo más. Ni te imaginas lo terrible que es verlo tumbado en esa cama sin reaccionar.

La puerta del ascensor abriéndose y la voz de Carmen dándole los buenos días: «Buenos días, señor Balaguer», con su tono meloso. ¡Cómo odiaba a esa chica!

—¿Y qué tienes pensado hacer? Llevas fuera más de una semana —le preguntó preocupado—. Digo, si la cosa se alarga... ¿te quedarás ahí? ¿Qué va a hacer tu madre?

Elvira con el pelo alborotado encima de la almohada, el sol entrando por la ventana iluminando la tristeza de un nuevo día que amanecía sin novedades.

—En principio nos quedamos las dos —le contestó sin estar muy segura de lo que decía—. A mamá le han dado tres días de permiso y los ha juntado con los que le quedaban de vacaciones y tiene hasta el viernes de la semana que viene, y yo... Bueno... tengo que estar aquí, por Dani y por ella. Lo entiendes, ¿no?

Braulio entrando en su despacho, recogiendo el correo que había sobre la mesa, a la derecha el periódico y el café preparado, café solo sin azúcar.

—¿Y cuándo tu madre se vaya?

La pregunta se quedó volando en el aire. Claudia llevaba unos días dándole vueltas a ese tema: qué harían cuando su madre tuviera que marcharse. Elvira había insistido en el tema del traslado, llevarse a Daniel al Hospital Virgen del Rocío, que estaba cerca de su casa, pero los médicos le habían aconsejado que esperara un poco. Su hermano se encontraba estable, pero un desplazamiento siempre entrañaba riesgos, podían surgir complicaciones y en el helicóptero no tenían los medios necesarios para atenderlo si la situación se tornaba grave.

—Creo que me quedaré aquí —confesó sabiendo que su respuesta no le iba a gustar.

—¿Quedarte? —repitió él sorprendido—. ¿Ahí? ¿Para qué?

Claudia notó el tono de enfado de su voz, aunque tenía claro que tenía más que ver con el trabajo que con el hecho de que la echara de menos; necesitaba a su asistente, no a su mujer, y no pudo evitar que la pena se ciñera sobre su rostro contrayéndole la mirada.

—No puedo dejar a Dani solo.

Silencio. El teléfono en la mano e imaginando la cara de su marido; sabía perfectamente que en ese momento estaría arrugando las cejas —siempre lo hacía cuando desaprobaba algo que le estaban diciendo.

—Mira, Claudia —comenzó a argumentar—: sé que es muy triste lo que le ha sucedido a tu hermano y que tienes que estar destrozada, pero... no puedes hacer nada. Da exactamente igual que estés ahí o en Sevilla; él está en coma. Estando a su lado no consigues que mejore ni hacerle compañía, únicamente agotarte. Quizá deberías venirte para estar bien cuando él despierte. No sabes si le va a quedar algún tipo de secuela. Cuando eso suceda necesitarás estar bien, tener energías suficientes para poder ayudarlo; ahí, ahora mismo, no estás haciendo nada.

Claudia recordando las palabras de Chedey: Dani no había perdido todas sus funciones neuronales, podía oír y estaba su plan descabellado de encontrar a esa enigmática Alba. Necesitaba hacerlo, quería hacerlo, funcionase o no, deseaba averiguar qué había sucedido, conocer los motivos por los que su hermano había decidido tomarse un frasco de pastillas y quitarse la vida. Braulio no podía pedirle que volviera a Sevilla y siguiese como si todo aquello no hubiese pasado, olvidarse de que Daniel estaba en coma tumbado en una cama en Lanzarote. ¿Qué clase de propuesta era esa?

—Braulio... lo siento pero me quedaré hasta que se despierte o esté en condiciones de poder trasladarlo a Sevilla. No me encuentro con fuerzas de hacer otra cosa.

Bufido de desaprobación, su marido curioseando los sobres del correo que tenía sobre la mesa, el café inundando toda la habitación con su agrio aroma.

—Pero, Claudia...

«Señor Balaguer, su cita de las ocho le está esperando en la recepción: el señor Medina», la voz de Carmen en el interfono, su madre girándose en la cama, despertándose, preguntándole con la mirada con quién estaba hablando y ella comunicándole con gestos que era Braulio.

«Carmen, dígale que espere unos minutos».

«Dice que tiene prisa».

—Claudia, te tengo que dejar —le comentó evidenciando por su tono de voz que consideraba que esa conversación no había acabado—. Te llamo esta noche, ¿ok?

La chica observando cómo su madre se levantaba y se dirigía al cuarto de baño; definitivamente tenía mejor tipo que ella.

—Claro, no te preocupes.

—Pues hasta luego, cariño.

Braulio colgando el teléfono y ella pronunciando un «te quiero» que él no llegó a escuchar.

SIETE

Elvira sabía que había ojos que juzgaban con la mirada: era algo que aprendió siendo muy niña el día que su madre fue a recogerla al colegio borracha. A partir de ese momento, los ojos del resto de sus compañeras cambiaron y se llenaron de matices; ya no la miraban igual, como si fuese distinta a ellas, no había claridad, inocencia ni franqueza. Los ojos son el espejo del alma y reflejan todo aquello que tratamos de ocultar, que no decimos, esos pensamientos que reservamos para nosotros mismos. Algunas pupilas se tiñeron de pena, sentían lástima de ella, como si sinceramente se entristecieran por la situación que estaba viviendo en su casa. No se lo decían, pero la compadecían. Era «la pobre chica a la que su madre no abrazaba por las noches», y otras la observaban por encima del hombro, como si la caída de sus pestañas pudiera decir: «Mírala, ahí va la hija de la alcohólica».

La niña aprendió a sobrevivir en el colegio esquivando esas miradas, sabiendo que cada vez que hablaba sus compañeras la estaban juzgando, pensando que era diferente, valorando si era una chica normal, si sus penas o alegrías estaban influidas,

de alguna manera, por su falta de afecto y las peleas que tenía que soportar en casa. Era distinta a ellas, no podía ser una más. Elvira no sabía qué era peor: que la menospreciaran o que sintieran compasión. No quería muestras de cariño que no sentían ni que la criticaran a la espalda, lo único que deseaba era ser normal, que le dejaran demostrar que podía hacer las mismas cosas que ellas, aunque su madre empezara a beber a las ocho de la mañana. Ella sabía prepararse el desayuno y la ropa, no la necesitaba, era fuerte, mucho más fuerte de lo que ellas pensaban; lo único que no soportaba era eso, que sus ojos la juzgaran por cada frase que decía, por cada palabra que pronunciaba.

El hospital crea un microcosmos social. Cuando llevas cinco días en planta como acompañante terminas conociendo la vida e historia del resto de familias que tienes alrededor, y si compartes habitación, incluso detalles desagradables; pero Elvira y Claudia tenían por ahora la suerte de tener una habitación para ellas solas: la cama que estaba al lado de Daniel estaba vacía. Aun así, los acompañantes interactúan, se encuentran en el bar o en la máquina de café, se hacen favores; si uno baja a por agua, le pregunta a la habitación de al lado si quiere que le suba una botella; si coinciden para almorzar se sientan juntos para no comer solos; si uno tiene que ausentarse por algo, le pide al vecino que le eche un vistazo a su paciente y le avise si hay algún cambio.

Una pequeña gran familia unida por la desdicha, con conversaciones sobre enfermedades y sufrimiento... Un plan «adorable» para pasar las vacaciones.

Elvira sabía que algo había cambiado en el microcosmos social del hospital, lo percibía en las miradas. De la noche a la mañana se sintió como si volviera a estar en el colegio: las

mismas pupilas que la perseguían cuando subía en el ascensor, las mismas miradas que la juzgaban cuando le abrían una puerta.

Todo comenzó a raíz de la conversación que mantuvo con la señora de la habitación 212. Coincidieron en el bar; estaban pidiéndose un café y se reconocieron, se habían cruzado varias veces por el pasillo, y ambas tenían a un hijo en coma. Habló con ella porque pensó que la comprendería. Hasta ese momento no se había sentado con ninguna para desahogarse, pero con ella le apeteció; necesitaba que le explicara cómo se podía afrontar algo así. Su hijo llevaba casi cinco meses inconsciente y el suyo, solo una semana; seguro que había consejos o recomendaciones para soportar la situación, para no volverse loca sentada en la silla deseando que su hijo se levantara de pronto.

—¿Usted cree en Dios? —le preguntó la señora sujetando una taza humeante.

Elvira dudó antes de contestar. Su relación con Dios era complicada: desde pequeña aprendió a odiarlo; le rezaba todas las noches pidiéndole que la sacara de su casa, pero nunca hizo nada, y de mayor, sin quererlo, había ido acumulando pecados capitales sin que se arrepintiera mucho de ellos. Su madre no le había hablado mucho de Dios, solo del diablo. La abuela de Claudia pensaba que el demonio la había poseído, era su excusa para beber. Decía que cuando lo hacía trataba de envenenarlo, quería expulsarlo de su cuerpo para dejar de escucharlo.

—Sí, creo —mintió tratando de ser políticamente correcta, aunque su cara delataba lo contrario.

La señora la miró con ternura observando sus ojeras y la desesperación que denotaba su rostro.

—Pues lo único que se puede hacer es rezar y esperar un milagro.

Elvira le dio un pequeño sorbo a su café decepcionada, como si hubiera estado esperando una respuesta más esperanzadora.

—Mi pequeño tuvo un accidente de moto —continuó la mujer—. Salió de fiesta por Fariones y al regresar se salió de la carretera; no llevaba casco. —Sus palabras sonaban tristes, como si reviviera las imágenes mientras hablaba, aunque se notaba que había contado la historia mil veces—. Se golpeó la cabeza con una roca, hemorragia cerebral. Yo le había dicho siempre que no cogiera la moto por la noche. Su padre y yo se la compramos para que fuese a trabajar y no tuviera que coger la guagua, pero él no me hacía caso. Estuve durante meses sintiéndome culpable, maldiciéndome, recordando que había sido yo la que le compré la moto, esa moto que derrapó en el asfalto, la que me quitó a mi hijo. Lloré muchísimo y todavía lloro, pero con el paso del tiempo he aprendido que la culpa no es de nadie: si no hubiese sido la moto, habría sido otra cosa. Estaba escrito que mi hijo terminaría en coma y no hay nada que yo ni nadie pueda hacer, solo Dios; por eso lo único que me queda es eso: rezarle para que me lo devuelva.

Elvira sonrió tratando de empatizar con aquella mujer, aunque sus palabras no la estaban ayudando demasiado. ¿Estaba diciendo que Dios había escrito que Dani terminaría tomándose un bote de pastillas? ¿Qué clase de Dios es ese? ¿Cómo permite que una niña pequeña viva con una madre que piensa que está poseída por el demonio? ¿Cómo consiente que después su hijo se quite la vida? ¿Por qué la castigaba de esa manera? ¿Acaso no era culpa de Él que al final ella no hubiera acabado siendo buena persona?

—Le cuento esto, simplemente, porque las madres tenemos la manía de culpabilizarnos de todo —prosiguió la mujer—. Todas las madres con las que he hablado, que estaban en mi misma situación, terminaban confesando lo mismo entre llantos: que la culpa era de ellas, que ellas tenían que haberlo previsto, haberlo evitado, pero la culpa no fue mía ni de la moto, las cosas suceden y punto.

Una angustia insoportable empezó a subir por el pecho de Elvira anudándole las cuerdas vocales. Trató de contenerse para que no se lo notara. Aparentar, siempre aparentar, pero sus ojos se tornaron vidriosos y no pudo evitar soltar una lágrima.

La señora se acercó un poco más a ella y le acarició la mejilla.

—Si tienes que llorar, llora —le dijo—. Es tu pequeño, tienes todo el derecho del mundo a llorar si quieres.

Elvira sacó un pañuelo de papel y se sonó estrepitosamente. Tenía que contenerlo, que cortarlo.

—No —mintió—. Estoy bien.

La mujer dejó su taza de café sobre la mesa y sonrió en un gesto de complicidad sincero, como si ella misma hubiera tenido que demostrar muchas veces en esos meses que era más fuerte de lo que en realidad era.

—¿Y a su hijo? —le preguntó—. ¿Qué le pasó? ¿También un accidente de tráfico?

Elvira guardó el pañuelo en su bolso y respondió sin rodeos sin ser consciente del efecto de sus palabras.

—Intento de suicidio —confesó—. Pastillas y alcohol. Sufrió una parada cardiaca en la ambulancia. En el hospital consiguieron que su corazón volviera a latir, pero no se despertó.

Fue entonces cuando sucedió: al terminar de hablar Elvira, se dio cuenta de que algo había cambiado. No fue muy consciente al principio, pero a los pocos segundos lo descubrió: era la mirada, las pupilas de aquella señora la estaban juzgando, como si su interior dijera que todas las madres estaban exentas de culpa menos las de los suicidas, porque su hijo estaba allí por una desgracia, por una conjunción de casualidades de resultados funestos, pero Daniel lo había decidido voluntariamente, él quería morir, renunciar a la vida. Ella no pudo evitar que la moto se saliera de la carretera, pero Elvira sí tendría que haberse dado cuenta de en qué estado se encontraba Dani. Esas cosas se tenían que notar, ¿o es que no era una buena madre?

¿No prestaba atención a su hijo? ¿No sabía qué pensaba? ¿Cómo se sentía? ¿No se había descubierto que atravesaba una depresión? ¿Qué tipo de madre no nota esas cosas?

Preguntas y más preguntas... Interrogantes que llevaban atormentando a Elvira desde que llegó a Lanzarote reflejados ahora en los ojos de aquella mujer, demostrándole que todos los indicios evidenciaban lo que ella más se temía: que no era una buena madre, que se había convertido en el mismo monstruo que su madre fue para ella. ¿Qué las diferenciaba? La abuela de Daniel no le prestaba atención porque estaba siempre borracha, pero ella… ¿qué excusa tenía ella? ¿Cómo había permitido que su hijo y ella se distanciaran? ¿Por qué no solucionó los problemas cuando pudo? ¿Por qué tenía que pagar un precio tan alto por sus malas acciones?

«Me das asco... Me das asco...»: una voz del pasado retumbando en su cabeza.

—Lo siento —le contestó la señora de la 212 tratando de ser amable, pero en su voz, Elvira notó que volvía a juzgarla.

OCHO

—Toc, toc. ¿Se puede?

Elvira sentada en el sillón junto a la cama de su hijo; Daniel con los ojos abiertos, mirándola sin ver nada. El tiempo lento, espeso, pausado, tanto que casi se podía cortar con un cuchillo de plástico. Ausencia de noticias, de novedades; en esa habitación los segundos se habían congelado, el olor a antiséptico se fundía con la desesperación y el aburrimiento.

—Sí, pasa Chedey.

El enfermero entró en el cuarto acompañado por su encantadora sonrisa. Tenía el pelo alborotado y la bandeja metálica en las manos. Sin poderlo evitar, sus ojos recorrieron las paredes color canela de la habitación buscando a Claudia y, al no verla, se le apagó un poco el brillo.

—Vengo a tomarle las constantes a Daniel.

Elvira sonrió divertida al ver la cara de decepción del chico. Le hacía gracia comprobar la extraña complicidad que estaba gestando con su hija. No era habitual que el personal de los hospitales se tomara tantas molestias con los familiares, y aquel enfermero les hacía tanto o más seguimiento que a su hijo.

—Claudia no está, ha bajado a la casa de su hermano a recoger varias cosas —le explicó amablemente pintando sus palabras de agradecimiento—. Piensa que si lo rodeamos de objetos conocidos le podrá ayudar, que se sentirá más cómodo.

Chedey asintió con la cabeza y volvió a recorrer la habitación con la mirada con la esperanza de que la puerta del baño se abriera y apareciera ella. «Es lista esta chica», pensó. «Ha bajado a buscar pistas sobre Alba y ha encontrado la excusa perfecta».

El enfermero se acercó al paciente, cogió la hoja de su historial y comprobó que no se habían producido novedades por la noche. Elvira lo observaba atentamente siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Mi madre hizo truchas ayer —comentó el chico mientras le tomaba la tensión a Daniel—. Os he traído unas pocas por si queríais probarlas; las tengo en el cuarto de enfermería.

Elvira puso cara de extrañeza y contempló cómo el joven continuaba con su trabajo. Era guapo, definitivamente guapo. Quizá fuese su sonrisa lo más atractivo: tenía los dientes infinitamente blancos y bonitos.

—¿Truchas? —le preguntó perpleja y poniendo cara de asombro—. El pescado no está entre mis comidas favoritas.

Chedey se rio siendo consciente de la confusión que se acababa de producir.

—No son pescados —le explicó entre risas—. Las truchas son unos dulces típicos que en Canarias hacemos mucho en Navidad. Ya falta poquito y mi madre se ha adelantado. Son como sus empanadillas, pero ella las rellena de batata, ralladura de limón, canela y almendra molida. Están muy buenas, tienen que probarlas.

El rostro de Elvira se entristeció al recordar las fechas que se aproximaban. Faltaba menos de un mes para Navidad y ese año no habría cena familiar. Solo de pensar que Daniel estuviera en coma en Nochebuena hacía que se le anudara el estómago.

—También se rellenan de garbanzos o cabello de ángel —prosiguió Chedey—. Los peninsulares piensan que nuestra gastronomía es solamente el gofio, el mojo y las papas, pero hay muchas otras cosas; deberían probarlas.

La mujer, tratando de expulsar sus tristes pensamientos de la cabeza sonrió. Esperaba que esa Navidad no la pasaran en ese hospital degustando dulces típicos.

—Genial —le contestó sin sonar animada del todo.

Chedey, dándose cuenta de que sus comentarios habían apenado a la señora, decidió cambiar de tema.

—¿Han visitado la isla? —le preguntó—. ¿La conocían o es la primera vez que vienen?

—No, es nuestra primera vez y la verdad es que hemos visto poco: solo Arrecife viniendo al hospital y Costa Teguise, que es donde tenemos el hotel.

El enfermero frunció el ceño fingiendo que estaba enfadado.

—Tienen que visitar la isla, se lo recomiendo, tiene sitios realmente mágicos. Arrecife no es precisamente la parte más bonita; le sorprendería ver lo que hay más allá de las paredes de este hospital.

Elvira se encogió de hombros. No estaba pensando precisamente en turismo cuando llegó a Lanzarote, pero el joven solo trataba de ser amable.

—Ya... Si las cosas cambian, estoy segura de que lo haremos, pero me gustaría hacerlo con Dani.

Chedey miró a Daniel, que seguía con la mirada perdida, vacía, y sintió pena por aquella familia.

—Dígale a Claudia cuando vuelva que me busque y le doy las truchas —le pidió, y Elvira sonrió siendo consciente de que el enfermero volvía a hacerlo: buscar una excusa para ver a su hija—. El azúcar es bueno para las penas.

NUEVE

Arrecife era una ciudad despeinada y envejecida, con algunos rincones de increíble belleza. Sus calles retorcidas y desconchadas emergían del centro, acotadas por dos circunvalaciones que la rodeaban tratando de dar cierto orden al caos urbanístico: fachadas de innumerables colores, edificios altos y casas terreras, solares vacíos y pisos fantasma que sobrevivían al paso de los años ennegreciendo sus cristales.

Andar por el centro de la ciudad con la mente perdida entre edificaciones amortajadas, como si fuesen el resultado de una batalla que Arrecife mantenía con el tiempo. Semáforos rojos, carteles de academias empapelando las paredes, la iglesia de San Ginés asomando el majestuoso cuello de su campanario, perfumerías con carteles chillones y sus ofertas 3x2, cámaras fotográficas con la caja abierta a precios muy económicos en las tiendas de los hindúes…

—Arrecife no es una ciudad —comentaba Elvira—. Es un pueblo grande y desaliñado.

A Elvira no le gustaba Arrecife. Ella estaba acostumbrada al ambiente urbano de Sevilla, a sus vistas del Guadalquivir

con la Torre del Oro reflejándose en sus aguas, a sus puentes, a sus iglesias, a su catedral... Arrecife en comparación era más pequeña, reducida, sin tráfico ni grandes avenidas donde poder disfrutar paseando y viendo escaparates de tiendas.

A Claudia, en contra, la ciudad le encantaba. Reconocía que no tenía la belleza de su ciudad natal, pero tenía partes realmente bellas. Ella se había enamorado del Charco de San Ginés, la zona donde vivía Dani, con sus fachadas blancas y los barcos balanceándose en el agua, con las puertas y ventanas azules, sus terrazas de eterno verano, el olor a mar, el viento, los puentes de madera carcomida y las palmeras decorando el paseo.

Aquella mañana, mientras caminaba hacia la casa de su hermano, no pudo evitar pararse unos segundos en el Charco para admirar el paisaje. Sevilla tendría muchas cosas, pero nada comparable a la paz que se respiraba en aquel lugar con los colores que se reflejaban en el mar y ese sol que, al contrario del de su tierra, solo calentaba, no achicharraba, y poderlo contemplar en noviembre no dejaba de ser un privilegio de los dioses.

—No es mal sitio para vivir, Dani —comentó en voz alta como si él pudiera oírla—. Realmente no estabas muy equivocado del todo.

Claudia tenía llaves de la casa de su hermano, pero prefirió llamar al portero automático. Había avisado a Zeben de que iba a ir esa mañana, pero quería molestarlo lo menos posible: a nadie le gusta tener a una desconocida fisgoneando entre sus cosas, y ella era consciente de ello.

—Sí, sube —le dijo la voz metalizada del interfono.

Mientras subía en el ascensor pensó cuántas veces habría estado su hermano en ese mismo sitio observando su rostro en el espejo, con su pelo castaño alborotado y esa sonrisa que a ella siempre le hacía reír. ¿Habría subido Alba alguna vez con él? ¿Habrían estado juntos en esa casa? ¿La conocería su compañero de piso?

Claudia no podía evitar sentirse nerviosa. Sabía que era una estupidez, que no estaba haciendo nada malo, pero solamente pensar que no le había contado nada a su madre ni a Braulio le hacía tener cargo de conciencia. ¿Y si no estaba actuando correctamente? ¿Qué pretendía encontrar allí? ¿Registrar las cosas de su hermano tratando de encontrar el rastro de una mujer?

«Estás ya un poco mayorcita para jugar a detectives», le diría Braulio. «Lo que tienes que hacer es volver a casa y centrarte en tus cosas».

Braulio... Braulio... Qué pequeña se sentía cuando no lo tenía a su lado, incapaz de hacer nada. ¿Cuánta de su inseguridad era propia y cuánta creada por su marido?

—Entra.

Zebenzuí era el compañero de piso de Dani. Llevaban viviendo juntos un año, prácticamente todo el tiempo que su hermano había pasado en Lanzarote. Lo conoció en uno de sus primeros trabajos, en la tienda de móviles, pero Dani duró poco allí, no llegó a los dos meses.

Claudia sabía pocas cosas de Zeben, básicamente cuál era su trabajo y que era gay, por eso le sorprendió un poco la primera vez que lo vio. Se había formado una idea en su cabeza que no se ajustaba para nada a la realidad. Zeben no era guapo ni presumido ni delicado, era todo lo opuesto a eso: parecía un gigante hinchado. Era un joven de unos veinticinco años al que le sobraban más de treinta kilos, alto, grande, de aspecto hosco y desaliñado, su pelo era una melena morena enmarañada que le llegaba hasta los hombros y siempre estaba sin afeitar, con barba de unos tres días.

—No quiero molestar, únicamente vengo a recoger un par de cosas de Dani.

El rostro del chico perdió la dureza inicial y sus ojos se volvieron vidriosos.

—¿Cómo está? —le preguntó con el sentimiento de culpa manchando su voz—. Siento mucho no haber ido a visitarlo, pero he estado bastante liado.

Claudia había conocido a Zeben en el hospital. Fue él el que se lo encontró en el apartamento y el que las avisó por teléfono de lo que había ocurrido; la llamó a ella con el móvil de Dani. Claudia recordaba cómo su corazón dio un vuelco y fue incapaz de oír la mitad de la conversación: «Está en la UCI», le había dicho. «Intento de suicidio, ha entrado en coma», y después de aquello ella no pudo seguir escuchando.

Zeben se quedó en el hospital hasta que ellas llegaron. Fue una noche larga y terrible. Claudia lo llamó más de veinte veces preguntando si había novedades porque las primeras horas eran cruciales, y el chico la atendió siempre amablemente, aunque se notaba en su voz que lo estaba pasando muy mal, que estaba angustiado.

Una vez llegaron al hospital, Zeben desapareció. Se despidió de ellas, les dijo que deseaba que se pusiera bien, pero nunca telefoneó para saber cómo estaba ni fue a visitarlo.

—No te preocupes, Dani sigue igual y tú ya hiciste demasiado, siempre te estaremos agradecidas. Si no hubieras actuado tan rápido avisando a la ambulancia, Dani ahora mismo no estaría entre nosotros, aunque bueno, tampoco tengo muy claro que ahora mismo lo esté.

Claudia entró en el salón. Lo que más le llamó la atención fue la enorme cristalera que iluminaba toda la estancia: tenía unas vistas increíbles, se veía el Charco de San Ginés y gran parte de la ciudad. El interior era más deprimente: había un par de cajas de pizza sobre la mesa y los muebles eran viejos y estaban descascarillados, como si el arrendador los hubiera cogido de un vertedero y los hubiera colocado con prisa para poder alquilar el piso.

—Lo encontré ahí —comentó Zeben señalando un sofá azul descolorido por los rayos del sol, y a Claudia se le puso la carne

de gallina. No podía imaginarse a su hermano allí tumbado, inconsciente, con la botella de ron y las pastillas regadas por el suelo.

Las lágrimas llamaron de nuevo a la puerta de sus ojos, pero Claudia trató de contenerlas; tenía que ser fuerte, valiente, aunque le costara mucho hacerlo.

—¿Tú sabes qué le pasó? —le preguntó sin poder evitarlo—. ¿Tienes idea de por qué lo hizo?

Zeben se encogió de hombros y en su rostro se evidenció que le molestaba su insistencia. Vestía una camiseta negra con vaqueros agujereados; era como si su indumentaria formara parte de la apagada decoración de su hogar.

—Ya te lo dije en el hospital —respondió un poco a la defensiva—: no sé nada. Tu hermano y yo nos llevábamos muy bien, salíamos de fiesta juntos y se integró dentro de mi grupo, pero poco a poco se fue distanciando. En los últimos meses apenas hablábamos, solo de temas del piso porque él siempre se retrasaba en pagar el alquiler.

Claudia con la mirada perdida sin dejar de mirar el sofá. «¿Qué te pasó, Dani? ¿Por qué cambiaste? ¿Fue por ella? ¿Por Alba?».

Zeben se acercó a la mesa y recogió las cajas de pizza vacías. Había un par de botellines en el suelo y los puso sobre ellas.

—Perdona por el desorden —se disculpó—. No esperaba visitas y cuando me llamaste esta mañana estaba fuera; no me ha dado tiempo a ordenar esto. El cuarto de tu hermano está como él lo dejó, no he tocado nada.

La joven observó cómo el chico se dirigía hacia la cocina. Arrastraba los pies, llevaba unas zapatillas desgastadas que parecían bastante viejas. Había algo raro en él: aunque era amable y empatizaba con su dolor, se notaba que trataba de guardar las distancias; no quería ser demasiado simpático, deseaba no formar parte de aquella historia.

—Una pregunta más solamente —le interrumpió Claudia haciendo que la melena enmarañada de Zebenzuí se girara—. ¿Conoces a Alba? Mi hermano me habló de ella una vez por teléfono —mintió descaradamente—. Me gustaría conocerla, quizá ella sepa algo más.

El gigante volvió a encogerse de hombros. Parecía que las puertas de aquella casa eran demasiado pequeñas para él, llegando casi a lo ridículo; Claudia se sentía bajita a su lado, empequeñecida.

—No —respondió—. No me suena de nada... Ya te he dicho que teníamos poca relación. Tu hermano siempre estaba fumado y encerrado en sí mismo.

Claudia agachó la cabeza desilusionada, por una parte porque no supiese nada y por otra por corroborar que su hermano había vuelto a abusar de la marihuana.

—¿Se drogaba mucho? —insistió—. Sus analíticas en el hospital dieron positivo.

Zeben volvió a dejar las cajas de pizza sobre la mesa y su mirada se volvió más cercana pero esquiva a la vez.

—Tu hermano no estaba bien, Claudia —le contestó con franqueza y con cierto encono—. Iba de trabajo en trabajo y siempre estaba colocado, salía mucho de fiesta, pero en los últimos meses todo paró: se limitaba a estar en su cuarto encerrado, fumando y bebiendo, y solo salía a pasear a altas horas de la noche. Yo intenté acercarme a él un par de veces y averiguar qué le pasaba, pero lo único que recibí fue rechazo por su parte. No quería que nadie formara parte de su vida y, por lo que he visto, ni siquiera él quería formar parte de ella.

—Ya...

Hubo un silencio incómodo y el rostro del gigante volvió a cubrirse de escarcha, como si todos aquellos recuerdos le hubieran hecho reavivar un antiguo rencor y se olvidara por un instante que debía guardar las formas porque Dani estaba en coma.

—Yo quería hablar contigo de una cosa, Claudia —le dijo de pronto sorprendiendo a la chica, que estaba con la cabeza en otra parte—. Sé que no es el mejor momento por el estado en el que está Dani, pero... no me queda más remedio que hacerlo.

La joven extrañada lo analizó. Se notaba que no le resultaba cómodo tratar ese tema y ella empezó a montarse mil hipótesis en la cabeza: quizá Zebenzuí tenía más información de la que ella pensaba, quizá iba a decirle algo que iba a esclarecer todos los misterios.

—No te preocupes, dime.

El gigante arrastró sus zapatillas gastadas por el salón y se acercó a ella: olía a desodorante barato y dolor de cabeza.

—Tu hermano me debía tres meses de alquiler —confesó sintiéndose la peor persona del mundo por hablar de dinero en esas circunstancias—. Y ahora... Bueno... Si la cosa se alarga, yo no voy a poder hacer frente solo a todos los gastos...

Claudia, con los ojos muy abiertos, indignada, lo comprendía, pero definitivamente no era el mejor momento. ¿Dónde tenía la sensibilidad aquel hombre? ¿Y el don de la oportunidad?

—Si te cuento esto no es para pediros pasta —continuó Zebenzuí—. Es simplemente porque he visto una casa más barata y creo que voy a dejar el piso, no puedo seguir así. Iba a hablarlo con la casera, creo que con lo que dimos de fianza podemos cubrir el dinero que falta.

—¿Pero...? —empezó a preguntar Claudia pensando que lo que menos le apetecía en esos momentos era ponerse a embalar cajas.

—Yo puedo ayudaros con las cosas de Dani —la interrumpió él—. Las podemos dejar en la cochera de mis padres hasta que vuelva.

La joven no pudo evitar lanzarle una mirada de odio. Sabía que lo que decía era razonable, pero... ¡no podía consentirlo! ¿Y

si su hermano despertaba? Dani iba a despertar y lo iba a hacer pronto. ¡Quería que se encontrara todo tal y como él lo había dejado! ¿Qué le iba a decir? ¿Qué sus cosas estaban en una caja en un garaje? ¿Qué mientras dormía se habían deshecho de él como si ya lo dieran por perdido?

«Mi pobre Dani: hace apenas ocho días que te fuiste y ya te están echando de tu propia casa».

—No te preocupes, Zeben —le dijo resentida olvidando por un momento todos los favores que le había hecho a su familia al comienzo de esa pesadilla—. Dame el teléfono de la casera y yo buscaré una solución. Te puedes quedar hasta tu parte del depósito, yo pagaré las deudas de mi hermano. Eres libre de marcharte cuando quieras, yo me hago cargo.

DIEZ

La habitación de Dani olía a desorden como el resto del apartamento. Las cortinas estaban cerradas y la cama sin hacer. Claudia avanzó lentamente tratando de reconocer a su hermano entre esas paredes, esquivando la ropa que estaba tirada por el suelo y mirando los libros que descansaban sobre su mesita de noche.

—Dani, Dani —repitió en voz baja sintiendo cómo le invadía la ternura—. Nunca cambiarás, siempre serás un desastre.

Claudia recordando cuando eran pequeños y compartían cuarto, cómo su parte estaba siempre ordenada y la de su hermano era una auténtica leonera, cuántas veces había escuchado sermonearlo a su madre, pero parecía que aquellas regañinas no habían surtido efecto; Dani seguía como siempre: caótico y desorganizado.

Los renglones torcidos de Dios, y *Los pilares de la Tierra*: esas eran las lecturas que acompañaron a su hermano en los últimos días. Había un vaso con restos de azúcar junto a la cama, posiblemente de un café o de leche con cereales.

El armario empotrado estaba abierto. En su interior descansaban chaquetas y pantalones. Su hermana lo observó un

rato recordando la última vez que lo había visto con esa ropa puesta. Daniel era muy guapo y, aunque su estilo fuera algo desaliñado, todo le caía bien; ella era más clásica y le costaba encontrar vestidos que esculpieran su figura en condiciones.

—Sacaste la belleza de mamá —continuó hablando como si la escuchara—. Yo, los hombros anchos de papá.

Se acercó a la mesa y hurgó entre sus papeles. El portátil estaba apagado. Lo encendió, pero tenía clave de seguridad; nada que sacar de aquel aparato. Propaganda de un restaurante chino, dos tiques de la compra, un contrato antiguo de algún trabajo... Nada destacable.

«Alba, Alba... ¿Dónde estás? ¿Dónde te tiene encerrada mi hermano?».

La chica se sentó en la cama y abrió los cajones de la mesita de noche: calcetines sin enrollar y calzoncillos, bolígrafos y un par de mecheros.

«Nada, nada...».

Sus ojos recorrieron su estantería. Le llamó la atención una pequeña figura de bronce de la Torre del Oro que ella le regaló cuando se vino a vivir a Lanzarote. Quería que se llevara una parte de Sevilla con él para que los recordara. La cogió en la mano y la besó. Lo hizo sin darse cuenta, como si le hubiera enternecido que su hermano la tuviera allí, que le hubiera dado un sitio preferente en su habitación; tenía miedo de que estuviera tirada en la cajonera de los zapatos.

«Tiene que haber un cofre del tesoro. ¿Dónde guardabas tus secretos? Si fumabas, en algún sitio tiene que estar escondida la hierba».

Claudia recordó la primera vez que su madre le encontró droga en casa. Los gritos llegaron al portal y casi a la Alhambra de Granada. Se puso tan furiosa que le dio un bofetón. Era la primera vez que le pegaba y Dani tenía catorce años; a su hermana le impactó tanto que estuvo dos días llorando.

«¿Dónde la encontró mamá? ¿Debajo del colchón? ¿En la cama?... No, fue en el colchón, pero escondida dentro del forro».

Claudia en su papel de investigadora secreta, dándole la vuelta al colchón y abriendo la cremallera, las sábanas arrugadas cayendo al suelo, el sonido del agua y golpes sonando en la cocina —posiblemente Zebenzuí estaba fregando los platos—. ¿Egoísta? ¿Acaso no había sido Dani más egoísta suicidándose en la casa? ¿Quitándose la vida en el salón? ¿Qué clase de papeleta es esa para un compañero de piso? Dani no había pensado en él cuando hizo lo que hizo, y ahora Zeben le devolvía la moneda tratando de rehacer su vida lo antes posible.

Claudia buceando en el forro del colchón, tanteando los rincones, sacando la lengua nerviosa...

¡Bingo! ¡Halló su tesoro!

El corazón de la chica se aceleró cuando su mano encontró varios objetos. «No eres tan listo, hermano», se rio por dentro. «Sigues usando los mismos escondites».

Lo primero que sacó fue una bolsita de plástico. No hizo falta abrirla porque el olor de la marihuana decoró la habitación al instante. La joven se cabreó nada más verla. Aunque el gigante ya le había informado de que su hermano seguía con aquellas insanas aficiones, verlo en directo le causaba mayor disgusto, pero el enfado aumentó a los pocos segundos cuando comprobó que dentro del botín también había un tubito con polvo blanco que posiblemente fuera cocaína.

—Maldito estúpido —masculló con rabia—. Mira dónde te han llevado tus gilipolleces.

Claudia estaba molesta, pero esos sentimientos se evaporaron rápido para ser sustituidos por la excitación al sacar la última parte del cofre del tesoro. En el fondo, casi a los pies de la cama, la chica encontró algo más y el corazón le dio un vuelco. Al principio no lo comprendió, pero a los pocos segundos tuvo

claro en qué consistía. Era una libreta azul de anillas, pequeña, de no más de cien páginas, sus hojas eran de cuadros y en la tapa tenía escritas unas palabras con la letra de su hermano que hicieron que la intriga aumentara por momentos. «La isla de los dragones dormidos» ponía, y ella supo inmediatamente que Dani había vuelto a escribir después de años sin hacerlo.

ONCE

Dos noches antes de que Zebenzuí la llamara para contarle lo que había hecho su hermano, Claudia decidió poner a su marido a prueba. Después de una cena caracterizada por el silencio, la chica informó a su esposo de que se iba a la cama. Le dijo que estaba cansada, pero no se durmió; su intención era mantenerse con los ojos abiertos y esperar a que él llegara para descubrir cómo se comportaba mientras dormía.

Fue una estupidez y quizá una niñería por su parte, pero Claudia era de las que creían en las señales. Una parte de su mente pensaba que si se acostaba a su lado y le daba un abrazo o un beso antes de dormir significaría que todavía la amaba, que no se trataba de una costumbre, de monotonía, sino que todavía quedaba algo de aquel amor que los unió el primer año, cuando todavía se reían.

Y así se pasó Claudia una hora y media, tumbada en aquella cama de dos por dos, lo suficientemente grande para descansar cómodos y lo suficientemente grande para no tener que tocarse. Los minutos pasaban lentamente y ella esperó pacientemente a

que Braulio terminara de ver su programa en la tele, que fuese al baño a lavarse los dientes, y también lo escuchó orinar. Los coches en la calle pitaban y ella se guarecía en las sábanas de raso que acunaban su matrimonio, protegida por el edredón de plumas de oca, aguardando en su jaula de desesperación.

Braulio entró en la habitación sin hacer ruido. Ella estaba girada en la cama con el rostro dirigido hacia al armario. Cuando su marido se acostara no le vería la cara, no se daría cuenta de que tenía los ojos abiertos.

«Si me abraza es que todavía me quiere, si me abraza es que me ama».

Su esposo se quitó la ropa y la guardó, cogió el pijama de la mesita de noche y escuchó cómo se abrochaba los botones mientras resoplaba. La habitación olía a él, a su perfume, y Claudia casi podía sentir la calidez con la que iban a rodearla sus brazos, pero Braulio no la abrazó; se limitó a dejar caer su cuerpo sobre la cama y a tirar del edredón para no pasar frío.

Los segundos pasaron lentamente. Durante el primer minuto, la joven aguardó a que se girara. Todavía confiaba en que Braulio, en un impulso romántico, se acercara a confesarle un «te quiero» en voz baja para no despertarla, pero su marido no hizo nada, solamente cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño, y ella comenzó a desesperarse.

Se movió, hizo un pequeño ruido con la garganta como si se la estuviera aclarando para que él se diera cuenta de que no dormía profundamente, pero sin resultado: no hubo caricias, no hubo abrazo, no se acercó a darle muestras de cariño ni a mimarla.

«Si me abraza es que todavía me quiere, si me abraza es que me ama».

El sonido del tráfico, la modorra de la calefacción, el pie de Claudia viajando entre las sábanas de raso buscando el contacto de su piel, Braulio abrazado a su almohada. En la calle hacía frío y en su matrimonio también.

—Braulio —lo llamó de pronto sin poder esperar ni un segundo más.

Su esposo con los ojos rígidos, con el pelo moreno cubierto de canas; su marido que se incorpora, que por fin se acerca a ella y le toca el hombro, el olor de su perfume en sus manos, el contacto de la franela de su pijama.

—Pensé que estabas dormida —comentó en voz baja.

Ella se giró y lo miró a los ojos, sintiéndose una estúpida por lo que acababa de hacer, por llamarlo, por meterse en la cama esperando que él la abrazara, por ponerlo a prueba y porque él no la hubiera superado.

—No, no dormía —confesó con una tristeza que él jamás comprendería—. Estaba despierta soñando que me querías.

DOCE

—No puedo leerlo —confesó Claudia con la libreta en las manos—. No puedo, no me siento capaz, no me parece bien.

Claudia insegura, Claudia bloqueada, Claudia con un muro de piedra enorme delante de sus ojos, sin ser capaz de ver más allá, sin pensar en la posibilidad de rodearlo, solo mirando lo alto que era, lo grueso. Sus problemas se ponían enfrente de ella y la joven era incapaz de sortearlos.

Chedey a su lado con un plato de truchas y un café con leche sobre la mesa, mirándola con sus ojos almendrados, dulces como el bocado que acababa de meterse en la boca.

—Vamos a ver, Claudia —protestó—. ¿Por qué no puedes? ¿Tenemos delante de nuestras narices algo que puede ayudarnos y tú te niegas a utilizarlo?

Claudia sintiendo que aquella libreta quemaba, con ganas de abrir la primera página y ponerse a leer, la curiosidad devorándola, pero por otro lado, sus dudas, esas dudas que la atosigaban.

—A mi hermano no le gustaba que nadie leyera sus cuentos —le contestó—. Solo dejaba a mi padre porque él se los

corregía; mi padre es profesor y también escribía cuando era joven.

Los dos sentados en el cuarto de enfermería, en la habitación que tenían para descansar cuando las guardias eran largas, la televisión encendida dando las noticias y Claudia observando la pantalla sin querer ceder.

—Mi padre solía decir que el Daniel auténtico, el verdadero, el sensible, era el que aparecía entre las páginas de sus relatos, que no tenía nada que ver con «la bala perdida» que veía cada mañana —al hablar sonreía recordando esos días en que su familia estaba completa—. Yo siempre tuve curiosidad por leer alguno, pero él se negaba rotundamente. Para Dani, sus cuentos eran algo privado; es como si me pidieras que leyera su diario.

—Pero Claudia, es un cuento, ¡solo eso! —insistió él—. No has conseguido ninguna información sobre Alba en su cuarto, tampoco hablando con su compañero de piso... ¡No lo vas a leer por cotilleo! Lo haces porque quieres encontrarla para ayudarlo.

Claudia obstruida, paralizada, sin ceder a sus argumentos, con dilemas morales corriendo por su mente a gran velocidad sin llegar a ninguna parte.

—¡Ya! Pero sé que Dani se enfadaría, se pondría hecho una furia si se enterara. ¿A ti te gustaría que alguien pudiera leer tus sentimientos?

El enfermero se quedó en silencio observando el rostro de la chica, sus profundos ojos marrones y su melena morena. Definitivamente no quería que nadie supiese lo que estaba pensando en esos momentos.

—Mírame —le pidió él cogiéndola de la mano para que saliese de su bloqueo—. Tu hermano está en coma y estás tratando de entender por qué intentó suicidarse, es únicamente eso. No sabemos si hay algo en esa libreta que pueda servirte

para esclarecerlo, pero si vale para ayudarlo, para hacerte sentir mejor, habrá merecido la pena. ¿Comprendes?

Claudia afirmó con la cabeza sin estar muy convencida. Sentir el contacto de la piel del chico la reconfortaba, le daba fuerzas. Necesitaba un apoyo y ahora que Braulio no estaba, era el más cercano que tenía.

—Él me dio un mensaje, Claudia. Puede que yo esté loco y que no fuera así, pero yo creo que Dani repitió «Alba» mientras estaba en su habitación porque quiere que la busquemos.

La chica apretándole la mano, sintiendo la calidez de sus dedos, tranquilizándose con su mirada de color incierto, siendo consciente de que lo que acababa de decir era irreal, una ilusión, una conjetura.

—Tú quieres que la encontremos para demostrarle a tus compañeros que tienes razón —bromeó ella para quitarle un poco de hierro al asunto, que se estaba tornando muy melodramático—. Por eso estás tan empeñado en encontrar a Alba.

Chedey le acarició la mano lentamente y la sedujo con una de sus encantadoras sonrisas.

—No es por eso, Claudia —bromeó sin dejar de acariciarla—. Me gustan los misterios y más si los puedo resolver con una chica guapa al lado.

Claudia se sonrojó, instintivamente retiró la mano y contempló la alianza dorada que llevaba en su dedo.

—¡No digas tonterías! —le riñó, y para protegerse se metió en la boca el último bocado de trucha que le quedaba en el plato.

Chedey se separó un poco de ella sintiendo que había metido la pata. Ella trataba de guardar las distancias y no era su intención violentarla.

—¿Comprobaste en su Facebook si tenía alguna Alba como amiga? —le preguntó para cambiar de tema.

Claudia agachó los ojos decepcionada y le dio un pequeño sorbo a su café con leche.

—Revisado y nada —contestó frustrada—. No había ninguna Alba y hacía meses que en su muro no tenía ninguna actividad, como si al llegar a Lanzarote no se hubiera conectado nunca.

Chedey se rascó la cabeza pensativo.

—¿Tendría otra cuenta?

Claudia se encogió de hombros.

—No sé, si la tenía yo no la tengo y su ordenador estaba protegido con contraseña, así que imposible averiguarlo.

El enfermero se quedó en silencio y cogió la libreta que descansaba sobre la mesa. En la televisión, una periodista hablaba sobre la crisis económica y del último descenso del producto interior bruto.

—Es la única pista que tenemos por ahora... La única fiable —le dijo entregándole la libreta—. Tienes que leerlo.

Claudia metió la libreta en su bolso no sin antes echarle otro vistazo al título llena de curiosidad.

—Lo sé, aunque puede que sea otro callejón sin salida, puede que solo sea eso, un cuento, y que no hable de su vida.

Chedey cogió el mando a distancia y apagó el televisor. La voz chillona de la locutora lo estaba poniendo nervioso. No le gustaban las noticias sobre la crisis, bastante tenía con vivirla en su piel para que se la estuvieran recordando continuamente.

—¿Le vas a hablar a tu madre de la libreta?

Claudia se quedó un rato pensativa.

—No —contestó después de dudar un rato—. Si vamos a violar la intimidad de Dani, creo que a él le molestaría menos que lo hiciera yo, será algo entre hermanos. Yo preferiría que fuese él solamente el que supiese mis secretos, como cuando éramos pequeños, que sabía que podía confiar en él.

Chedey sonrió. Él no tenía hermanos y en ese momento deseó haberlos tenido.

TRECE

Sentimientos embotellados

Érase una vez un príncipe que era incapaz de hablar. Se pasaba horas enteras en su habitación del palacio escribiendo largos manuscritos tratando de expresar como se sentía, sus penas y alegrías, todos sus pensamientos, pero esos pliegos de papel no eran compartidos con nadie. Al terminar de escribirlos, él mismo los enjaulaba, los introducía en botellas de cristal y las cerraba herméticamente para que no se escapara ninguna lágrima, ninguna risa, ningún suspiro.

Los sentimientos embotellados decoraban su habitación. Los ponía en estanterías junto a la ventana y los más tristes los escondía debajo de la cama y dentro del armario. El príncipe había descubierto que con el paso de los meses las botellas irradiaban luz: los sentimientos felices, amarillo brillante; el amor, rosa; y la pena, un pálido violeta.

Su habitación con los años se convirtió en un arco iris. Había quién pensaba que el príncipe era un enamorado de la entomología y se dedicaba a coleccionar luciérnagas, pero la realidad era otra muy distinta: eran sus sentimientos, esos pensamientos que era incapaz de pronunciar que brillaban con luz propia. El verde esperanza iluminaba

sus cortinas, el rojo pasión salpicaba el suelo, había trazos oscuros de debilidad en algunos rincones, pero casi todo estaba espolvoreado de destellos amarillos.

El príncipe no le había contado a nadie su secreto. Su madre, la reina, pensaba que se divertía encarcelando insectos y diseccionándolos; pensaba que se iba a convertir en un gran entomólogo. No se le había pasado por la cabeza ni una sola vez que lo que descuartizaba no eran libélulas, sino sus pensamientos.

La única que lo comprendía era su hermana, la princesa Claudiel, un ser tan puro e inocente que todo lo que escribía sobre ella en sus manuscritos brillaba con luz blanca, inmaculada. Su hermana era capaz de comunicarse con él sin palabras, lo miraba a los ojos y sabía si estaba feliz o triste, si necesitaba un abrazo o que lo dejaran solo. Pero la princesa Claudiel ya no vivía en palacio, se había casado con un ogro cruel y ahora estaba recluida en una torre de marfil sin ser consciente de ello.

Con el paso de los años, el príncipe descubrió que su habitación era cada vez más oscura. Los sentimientos tristes ya no cabían bajo la cama y, aunque cerraba la puerta del armario, las botellas se desbordaban. La luz violeta había tatuado las paredes y también su alma.

¿Qué ponía tan triste al príncipe? ¿Por qué ni siquiera el bufón de la corte era capaz de hacerlo reír? ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué suspiraba?

El príncipe sabía cuál era el origen de su pena: algo había cambiado en el seno de palacio y ya nada sería lo mismo. Había pasado sin querer, sin darse cuenta. Una noche oscura de tormenta había visto el otro lado del espejo. Sus ojos habían sido testigos de la imagen real que irradiaba su familia; se había dado cuenta de que su vida solo era un espejismo, un reflejo distorsionado de la realidad construida a base de mentiras. ¡El príncipe no quería formar parte de aquella obra de teatro! Había averiguado que cuando su madre lo miraba, únicamente actuaba. Todos interpretaban un papel y él no quería ser otra marioneta de aquel circo. Su padre, el rey, era un cobarde. Él le

había contado que lo sabía todo, y eso, en vez de acercarlos, lo único que había conseguido era distanciarlos más.

Mentiras, mentiras y secretos, actuar como si no hubiese visto nada, como si la vida siguiera igual, como si nada hubiera cambiado.

El príncipe empezó a ahogarse en el palacio. Los muros cada vez le pesaban más y sentía que le faltaba el aire. La luz violeta de su tristeza se escurría por debajo de la puerta de su alcoba y llegaba hasta al pasillo.

«Tengo que irme de aquí, irme de aquí», escribía una y otra vez, y la tinta indeleble de su pluma lloraba sobre sus manuscritos creando oscuros borrones.

La única que seguía blanca e inmaculada era la princesa Claudiel, la dulce princesa que vivía en su castillo de marfil construido en la ignorancia, sin ver al ogro que se escondía bajo su amado, el teatro en el que participaban sus padres moviendo a sus hijos con hilos, como si fuesen simples marionetas. ¿Se es más feliz en el desconocimiento? ¿Es mejor saber o disfrutar de la tierna inconsciencia? ¿Debía callarse o abrirle los ojos y enseñarle qué había al otro lado del espejo?

Su hermana era bella, pura, pensaba que un príncipe azul le había dado un beso de amor verdadero y que comían perdices, que sus padres, aunque se habían divorciado, eran personas buenas y que su hermano era feliz. ¿Qué ganaba él llenándola de angustia? ¿No era un egoísta por tratar de mostrarle la realidad?

Sentimientos embotellados, sentimientos embotellados... Botellas de cristal con destellos pálidos color violeta inundando la estancia, el reflejo de su tristeza iluminando su habitación.

«Tengo que irme de aquí, tengo que irme de aquí».

Una noche, una bruja misteriosa llegó al palacio. Se lo contó la doncella que limpiaba su habitación. Le narró que vestía una túnica negra y sus manos eran huesudas y afiladas. Nadie le había visto el rostro jamás, pero decían que sus ojos hervían como el fuego. La bruja se había instalado en un cobertizo, una pequeña cabaña de madera donde los agricultores guardaban los aperos de labranza obsoletos.

Nadie sabía a qué había venido ni qué hacía allí escondida, pero la bruja les había dicho que estaba esperando la visita de alguien.

El joven príncipe sintió cómo su corazón volvía a palpitar al escuchar aquella noticia. Algo en su interior le indicaba que el motivo de aquella extraña visita no podía ser otro más que él. Quizá alguien había escuchado sus plegarias, su necesidad de huir y le estaba mandando una válvula de escape.

El día siguiente, el príncipe esperó a que llegaran las doce de la noche. El reloj de la torre marcó las campanadas con su triste cántico, en el palacio no se oían ruidos —posiblemente todos dormían— y los pasillos eran un pasacalle de sombras extrañas iluminadas por la luz de las velas.

Él nunca le había tenido miedo a los fantasmas, pero tenía que reconocer que mientras bajaba los escalones que conducían a la puerta principal se le pusieron los vellos de punta recordando antiguas historias que le contaba su nodriza: la gallina sin cabeza que era perseguida por sus pollitos muertos que algunos aseguraban que habían visto al amanecer, la doncella ensangrentada que habían quemado injustamente acusada de brujería, el leñador sin piernas que había sido atacado por los árboles... Mitos y leyendas lo acompañaban en su huida siendo testigos de que aquello estaba mal. Si sus padres se enteraban de que se escapaba a media noche para visitar a una bruja, el castigo iba a ser ejemplar.

En la calle hacía frío. Las casas de los agricultores eran pobres y desvencijadas, no tenían nada que ver con los lujos y la calidez del palacio. A lo lejos se oía aullar a los lobos —quizá estaban acorralando a una presa en el bosque—, la luna llena en el cielo hablaba con las estrellas.

El príncipe avanzó dando pequeños pasitos por las sinuosas calles del poblado tapado con una capa de terciopelo. Nadie podía verlo, él no estaba allí, él estaba durmiendo en su cama y diseccionando insectos, ajeno a todo, ajeno a la realidad, aunque su padre supiese que ya lo sabía todo.

«No hay que remover el estiércol», le había dicho el rey. «Cuando no se mueve, el estiércol se endurece y pierde el olor, pero si te dedicas a hurgarlo con un palo, todos acabaremos apestando». Su padre podía ser muy gráfico con sus palabras, tanto que a veces podían llegar a repugnar, pero en este caso al príncipe le había quedado claro el mensaje: «no digas nada y sigue con tus insectos».

El cobertizo estaba en las afueras del pueblo, cerca de los primeros campos de cultivo. Sus paredes eran de madera y su techo de paja. Desde allí se escuchaban claramente los aullidos de los lobos, como si cada vez estuvieran más cerca. ¿Y si los lobos no habían acorralado una presa? ¿Y si la presa era él?

El joven tocó tres veces la puerta con los nudillos, y la luna, desde el cielo, hizo un gesto de desaprobación.

—Entra, joven príncipe —le pidió una voz hueca.

El interior de la cabaña estaba a oscuras, olía a orín y a excrementos de caballo. Al principio no la vio, pero al cabo de un rato percibió una sombra que lo llamaba con una larga y huesuda mano.

—Estaba esperándote —le dijo—. Llevo casi una semana haciéndolo.

El príncipe sacó su pequeña libreta y su pluma y escribió una frase de disculpa.

—No hace falta que escribas nada —le informó la bruja—. Conmigo puedes hablar, sé que puedes hacerlo, aunque no salgan palabras de tu boca yo las oiré.

El joven se encogió de hombros pensando que aquella mujer había perdido la cabeza, pero al tratar de protestar escuchó como su voz cobraba forma por primera vez en sus oídos.

—¡Puedo hablar! —exclamó sorprendido.

—Hay muchas cosas que puedes hacer, joven príncipe —le contestó la sombra de ojos en llamas—. Lo único que ocurre es que no tienes la valentía suficiente para hacerlas, te acobardas, te limitas a escribir tus proyectos en botellas de cristal que encierras con tapones de corcho.

El príncipe se asombró de todo lo que sabía aquella anciana sobre él. Trató de acercarse más para verle el rostro por si la conocía, pero era inútil, solo percibía aquellas dos hogueras que tenía por ojos y la sombra de su capucha.

—Sé que algo te angustia, joven príncipe. Hasta mis oídos han llegado una y otra vez tus súplicas pidiendo escapar; yo puedo mandarte donde tú quieras pero habrá un precio que tendrás que pagar.

El joven permaneció en silencio, observando cómo aquella silueta se movía entre los aperos de labranza y se aproximaba más a él. Su huesuda mano se acercó a su cara y le hizo una suave caricia en la mejilla. Tenía los dedos fríos y marchitos, como las rosas congeladas que morían en su jardín.

—Te da miedo la realidad, tus ojos han visto los secretos de palacio y no tienes el valor suficiente para asumirlos. Tu vida se ha convertido en una tortura porque desapruebas las decisiones que han tomado los demás. Eres joven e inconsciente; a veces la madurez significa eso: mentir para no hacer más daño del que ya has causado.

El príncipe se abrochó su capa de terciopelo, estaba helado y el contacto de aquella piel gélida no había hecho más que acentuar el frío. A sus oídos volvió el aullido de los lobos; estaban cerca, muy cerca, y le causaba terror imaginar que en cualquier momento podían entrar derribando la puerta.

—El amor, joven príncipe. ¿Qué sabes del amor? —continuó la anciana paseándose por la estancia—. ¿Por qué tus padres mienten? ¿Por qué tu hermana no ve al ogro que duerme en su habitación? ¿Acaso tú has sentido alguna vez algo así? ¿Acaso tus ojos se han cegado por el cariño sin ser capaces de percibir lo que hay a su alrededor?

El joven se encogió de hombros. Él había tenido un par de escarceos amorosos con doncellas del palacio: unos besos, unas caricias e incluso sexo con más de una, pero nunca había llegado a sentir lo que todos decían que era el amor. No habría entregado su vida a ninguna de ellas y, cuando las historias terminaron, nunca escribió más de un manuscrito de destellos violeta.

—Debes aprender lo que es el amor para comprender lo que ha hecho tu familia. Entenderás por qué miente tu madre y por qué tu padre trata de esconderlo todo; sabrás por qué tu hermana no ve las garras y es feliz en su torre de marfil imaginaria. Cuando comprendas todo eso podrás volver a palacio y mirarlos con otros ojos, sin que te dé miedo lo que hay en la cara oculta del espejo, porque la vida real no es una mentira, una mentira es la verdad dulcificada en donde vivías hasta ahora. Madurar, joven príncipe, madurar y crecer.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó angustiado.

La bruja cogió una antorcha apagada que descansaba en la pared y la encendió con la mirada. Se oyó el chillido de dos ratas que huyeron despavoridas ante la presencia del fuego. El joven tembló, por un segundo pudo observar el rostro de la anciana y comprendió que estaba hueco, ausente de vida, eran pliegues de piel grisácea, muerta.

—Te mandaré al país de los humanos, lejos del país de los cuentos. Serás humano durante todo el tiempo que necesites hasta que comprendas lo que es el amor verdadero. Viajarás a la isla de los dragones dormidos, lejos, muy lejos de aquí, y cuando hayas aprendido la lección podrás volver y decidir en qué parte prefieres vivir.

El joven príncipe se rascó la cabeza. La sola idea de abandonar el país de los cuentos le hacía temblar. Siempre había oído leyendas sobre los humanos, pero en su cabeza no se concebía el hecho de que existieran de verdad.

—¿Humanos? —repitió asombrado.

—Sí —le contestó la anciana—. Son como nosotros, pero viven en una realidad alternativa. En aquel mundo, los animales no hablan y los caballos han sido sustituidos por máquinas, vehículos de motor que te llevan donde quieras a gran velocidad. Tienen aparatos mágicos, teléfonos que sirven para hablar con quién desees aunque no esté presente.

—¿Podré hablar desde allí con mi hermana? —le interrogó angustiado pensando en el viaje tan largo que iba a emprender—. ¿Podré llamarla con uno de esos aparatos?

—No, joven príncipe —le respondió ella—. Una vez pases de este mundo al otro olvidarás todo lo que has vivido aquí. Serás humano, como si siempre hubieras vivido allí. Solo recordarás este mundo cuando te den el primer beso de amor verdadero, pero cuando eso se produzca, se romperá el embrujo y aparecerás aquí.

El príncipe volvió a encogerse de hombros sin comprender mucho aquella historia. ¡Un beso de amor verdadero! ¿Por qué las brujas siempre se empeñaban en aquellas leyendas clásicas? ¿No podía ser más simple? Empezaba a cansarse de toda aquella teoría barata de comer perdices y bodas con zapatitos de cristal.

—Voy al mundo de los humanos para enamorarme y una vez lo haga podré volver y ya tendré la sabiduría suficiente para enfrentarme a los horrores de palacio, ¿no? —recapituló él sin aprobarlo del todo, pero siendo consciente de que merecía la pena para escapar de allí.

—Sí, así es, joven príncipe.

—¿Y respecto al precio que tendré que pagar? —preguntó intranquilo recordando el inicio de su conversación.

La bruja se frotó las manos y soltó una sonora carcajada que hizo que los lobos que aullaban cada vez más cerca huyeran despavoridos.

—Podrás enamorarte, pero no podrás vivir esa historia de amor. En el momento en que la beses o ella a ti, tú volverás al reino de los cuentos y la humana morirá. Su alma me pertenecerá y será mi esclava para siempre.

El joven príncipe se rascó la frente contrariado. Sabía que hacer tratos con las brujas no era bueno, que siempre se salía perdiendo; pero en este caso, el precio que tenía que pagar no era muy caro: la vida de una persona a la que ahora no conocía por volver a ser feliz en su reino.

—¿Y no me acordaré de nada de aquí? —insistió contrariado.

—Bueno... eso no es verdad del todo —afirmó la anciana—. Al principio no recordarás nada para que el choque no sea demasiado fuerte. Serás capaz de vivir como si siempre hubieras estado allí, pero tendrás sueños o imágenes sobre el reino de los cuentos, escucharás voces que poco a poco te harán rememorar, serás humano, pero no un humano puro, siempre estarás ligado aquí.

Las llamas de la antorcha crepitando a su lado, la bruja extendiendo un contrato para que lo firmara con su propia sangre.

—¿Y en el reino de los humanos podré hablar?

—Sí, pero cuando vuelvas a nuestro mundo serás mudo de nuevo.

El príncipe se hizo un corte con su espada en la yema del dedo índice y mojó la pluma con ella. El pulso le temblaba, pero aun así pudo escribir con claridad «Firmado: el príncipe Daniel».

CATORCE

La isla de los dragones dormidos

El príncipe Daniel había oído hablar de la isla de los Dragones Dormidos. Sabía que era una región que estaba más allá del límite del mundo de los cuentos, en la frontera con el de los humanos, que pertenecía a él.

Su maestro, un día en clase le habló de aquella tierra. Era una isla perdida en mitad de un océano oscuro y misterioso donde no había árboles ni hierba, solo lava petrificada y sal.

—Príncipe, ¿sabes por qué esa isla es tan importante para nosotros? —le preguntó el profesor, y el niño se encogió de hombros incrédulo—. Allí es donde desterramos a los dragones que se han portado mal, los que han atacado algún poblado o perdido la cabeza.

El niño apuntó aquellas palabras en su libreta y escribió una pregunta: «¿Qué les hacen a los dragones?».

El maestro cogió una tiza y comenzó a hacer un dibujo en la pizarra.

—Esperamos a que se duerman y los enterramos vivos —comentó mientras trazaba líneas para ilustrar sus palabras—. Los atamos

con cadenas y les echamos tierra encima para que no puedan escapar ni ser vistos: es lo que los humanos llaman «volcanes», porque nuestros dragones no están muertos, son inmortales y a veces se despiertan y tratan de escapar. Cuando lo intentan escupen fuego por la boca y provocan lo que ellos llaman «erupciones».

Daniel cerró los ojos tratando de imaginarse aquel paisaje, pero su imaginación no era tan buena como para hacerse una idea.

—Los humanos tienen un nombre para designar a ese reino que nada tiene que ver con el nuestro —continuó el profesor escribiendo unas letras en la pizarra, y el joven príncipe se quedó un instante leyendo fijamente lo que había puesto.

«Lanzarote», repitió en su libreta, y algo en su interior le dijo que algún día conocería aquella tierra.

QUINCE

Claudia en Sevilla andando por la calle Tetuán hacia una reunión; sus zapatos de tacón esquivando los charcos, medias mojadas, vestido de lana que se agarra a su cuerpo, adhiriéndose a su piel, el paraguas en la cara, pidiendo perdón a los transeúntes que se chocaban con ella, escuchando la triste canción de un violinista empapado por la lluvia, a su lado un vagabundo que pide dinero con su botella de vino y mirada vacía, su gabardina negra, su carpeta con el informe bajo el brazo, la gotas resbalando por los tejados, pitidos de coches lejanos, perdida en mitad de la jauría humana, sin pensar en nada, abstraída.

La tormenta arrecia y Claudia se resguarda frente al escaparate de una tienda. Mira los maniquís disfrazados con una falda y una camisa que ella no se atrevería a llevar, entre ellos su reflejo, con su melena morena mojada pegada a la cara y su mirada compungida.

«¿Qué te pasa Claudia? ¿Estás triste?».

La chica en silencio observando a la mujer que se reflejaba en el cristal, analizando el motivo de su pena. Era joven, guapa,

estaba casada con un hombre estupendo y tenía un trabajo que le apasionaba. ¿Por qué su mirada estaba apagada? ¿Por qué no parecía feliz?

Una señora con un niño pequeño corriendo por la calle, el niño gritaba divertido pisando los charcos y su madre le lanzó una mirada aniquiladora. ¡Qué felices son los niños! ¡Qué inocentes sus ambiciones!

Claudia apoyada en el escaparate cerrando el paraguas, las gotas cayendo sobre su gabardina, sus manos agarrando la carpeta de piel que contenía el codiciado informe ¿Le hacía feliz su trabajo? ¿Se sentía realizada con su vida?

Por un momento pensó en su hermano y le dio envidia. Dani era libre, hacía lo que le apetecía, posiblemente en esos momentos estuviera tirado en la playa, con su piel tostándose al sol y escuchando el rumor de las olas. ¿Acaso no era eso la felicidad? ¿Qué deseaba ella?

Claudia a veces pensaba que su vida era perfecta, tanto, que aburría; maravillosa, predecible, plagada de éxito profesional y de muestras de afecto vacías. Muchas veces, sin poderlo evitar, sentía que estaba enjaulada en su hipotética felicidad sin posibilidad de escapatoria.

Un trueno, un trueno golpeando el cielo y haciendo temblar los cristales, una niña gritando a su lado, la carpeta que se escurre, los papeles que se mojan esparciéndose por el suelo...

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó contrariada.

Sus manos de uñas roídas tratando de rescatar los folios. Pánico, cabreo, una página flotando en mitad de un charco, letras que se funden, que se derriten, lágrimas de tinta tiñendo el día.

Nervios, ansiedad y alarma mientras sus dedos temblorosos tratan de rescatarla. El papel se dobla, se pega y, al intentar separarlo, se parte por la mitad, está inservible. Claudia intentando recordar qué contenía el folio 24; era parte del balance y no llevaba ninguna copia encima.

«Coge siempre un *pen drive* por lo que pueda pasar», solía decirle su marido, pero ella, como era habitual, se había olvidado.

Estrés, la lluvia cayendo y Claudia, intranquila, mordiéndose una uña, viendo como los restos de la hoja se deshacían en sus manos.

«¿Cómo le explico ahora esto a Braulio? ¡Me va a matar!».

Torpeza. Si se hubiera agachado más rápido el folio no se habría empapado tanto y lo habría podido salvar, tendría el informe completo y no tendría que llamar a Braulio ni quedar en ridículo delante de todos los asistentes a la reunión. No se podían permitir fallos así, era de principiantes, pero ella era inepta, lenta, o eso al menos le decía a veces su marido.

Claudia se quedó un instante analizando su angustia mientras el charco tintado por su balance era salpicado por la lluvia, el paraguas cerrado a sus pies terminando de empapar sus medias. Se sintió absurda, ridícula y absurda, dándose cuenta de que aquel papel en realidad no era tan valioso. ¿Qué importaba que aquellos alemanes firmaran o no el contrato? ¿Acaso no tenían ya miles de acuerdos firmados? ¿Uno más? ¿Otro importante? ¿Importante para quién? ¿Para ella? ¿Para Braulio? ¿Para la empresa? ¿De qué sirve tener éxito si no tienes tiempo para disfrutarlo? ¿La empresa era de ellos o ellos pertenecían a la empresa?

Claudia apretó la carpeta con los papeles mojados contra su pecho y sonrió. Fue una sonrisa débil, con sentimiento de culpa, pero que poco a poco fue llenando toda su boca.

—A la mierda el informe —masculló, y rompió en una sonora carcajada.

Una anciana que estaba guarecida a dos metros de ella la miró como si estuviera loca y se santiguó agarrando el rosario que colgaba de su cuello. Claudia se apoyó contra el escaparate, vigilada por los dos maniquís, y cerró los ojos. Dejó que la

lluvia mojara sus zapatos y disfrutó del sonido del siguiente trueno.

La lluvia encharcando el suelo, sus medias empapadas, el violinista comenzando otra canción, la risa de un niño que discutía con su hermana, un autobús pitándole a un camión, olor a alquitrán, jerséis, sudaderas, chaquetas, sus labios sin dejar de sonreír...

«A veces, sólo a veces», pensó en voz alta como si estuviese hablando con su hermano, «me gustaría ser como tú, poderme permitir el lujo de huir y llevar una vida diferente». Pero el recuerdo de Braulio volvió a su mente y esa sensación de tranquilidad y plenitud que le había permitido parar su vida y contemplarla por un instante desde fuera se evaporó y decidió que era hora de llamarlo para avisarle de que iba a llegar tarde a la reunión y que había perdido parte del informe.

DIECISÉIS

El sentimiento de culpa es un duende maligno que se te cuelga a la espalda como una joroba y te oprime el pecho con sus manitas regordetas impidiéndote respirar mientras te susurra ideas maliciosas a la cabeza, haciéndote responsable de cosas que no dependen directamente de ti. Se aprovecha de las personas que no tienen la conciencia tranquila para atormentarlos; su pérfido aliento se clava en el oído y te martiriza cada minuto.

Elvira conocía bien a ese duende. Desde que entraba por la puerta del hospital lo tenía agarrado a sus hombros, era incapaz de observar el rostro de Dani sin escuchar su voz.

«Es culpa tuya... Eres una mala madre... Esto ha pasado porque eres una egoísta... No actuaste a tiempo... Solo pensabas en ti».

Elvira trataba de distraerse, pero era imposible. El gnomo no la dejaba tranquila, se reía como un poseso cuando a ella se le escapaban las lágrimas y la mujer se sentía a punto de enloquecer.

«No le hiciste caso a tu marido... No escuchaste a Dani... Fuiste una egoísta ¡Egoísta! Y ahora lo estás pagando... Tu hijo

está en coma por tu culpa... Se suicidó por lo que hiciste... No podía soportar tener una madre como tú».

Daniel en la cama, sus ojos marrones inmóviles, mirando al techo, su rostro pálido, el agujero en el cuello cubierto de gasas, el gotero, su respiración, su pelo castaño alborotado sobre la almohada, durmiendo como cuando era pequeño, cuando todo era fácil, antes de que comenzaran los problemas...

«¿Dónde está ahora la mujer que se reía tanto en Sevilla? ¿Te das cuenta? Buscaste tu felicidad por encima de todo sin pensar en las consecuencias... Eres una asesina... Tú le diste las pastillas a tu hijo... Cada una de esas cápsulas son el resultado de tus actos...».

Claudia a su lado. A veces el duende saltaba de sus hombros y se posaba en los de su hija. Claudia tampoco estaba exenta de sus perversos poderes, sobre todo cuando se quedaba a solas en la habitación; el gnomo se posaba en sus hombros y ella se dejaba destruir.

«No has estado a su lado... Estabas tan inmersa en tu vida que te olvidaste de él... ¿Tanto te costaba llamarlo por teléfono? ¿Por qué no lo hacías? ¿Por qué a tu marido no le caía bien? La princesita encantada que vive en su torre de marfil... ¿Crees que si ahora encuentras a Alba pagarás parte de tu culpa? El daño ya está hecho... Dani está en coma y ya no hay nada que puedas hacer... Ahora que tienes tiempo para él, ya es demasiado tarde».

Claudia agarrándole la mano a su hermano, Claudia besándole la mejilla, acariciando su pelo, observando esos ojos que ya no veían nada... Sabiendo que el duende tenía parte de razón... Angustiándose... Hundiéndose...

«Juega a los detectives si quieres, busca a la chica... pero debiste actuar antes, ahora es inútil».

Claudia sentándose en el sillón y mirando por la ventana, viendo el rostro del duende reflejado en el cristal, escuchando sus hirientes palabras, dejando que le envenenaran la cabeza.

«Entre todos lo habéis empujado a esa cama... Todos...».

Sentimiento de culpa, un duende maligno que se aprovecha de los problemas de conciencia, angustia, remordimiento, traición... Aunque los días pasaban lentamente y las dos mujeres habían asumido la situación, el gnomo seguía atormentándolas.

Sentimiento de culpa, dolor...

DIECISIETE

—¡Chedey! —lo llamó una voz en mitad del pasillo.

Eran las cinco menos diez y estaba a punto de terminar su turno. El chico se giró y descubrió a la persona que lo llamaba: era Elvira, con su melena rubia y traje de chaqueta negro. Estaba elegante, aunque con el rostro cansado. Se notaba que llevaban ocho días en el hospital y, aunque lo intentara ocultar, hasta su belleza empezaba a hacer aguas. Claudia tenía a quién salir; era una mujer hermosa.

—Sí, disculpa, Elvira, ¿todo está bien? —le preguntó el enfermero preocupado dejando lo que estaba haciendo para acudir a su lado—. ¿Alguna novedad con Dani?

Elvira sonrió coqueta. Le gustaba ver cuánto se preocupaba aquel joven por su familia y no pudo evitar lanzarle una pequeña mirada lasciva, una inofensiva, casi imperceptible, pero lo suficiente para no ser indiferente.

—Sí, Dani está bien, solamente quería darte las gracias por las truchas. Dile a tu madre que están muy buenas. Me tiene que pasar la receta.

Chedey suspiró más tranquilo.

—No tiene que darlas, ha sido un placer endulzarles el día.

La señora, presumida, se pasó la mano por la melena para adecentarse un poco y suspiró maldiciendo no tener veinte años menos para poder empujar a ese joven guapo contra la pared y comérselo a mordiscos.

—Por cierto —continuó el chico siendo consciente de que la mirada de la mujer era demasiado libertina—. Me comentaste que se quedaban en un hotel de Costa Teguise, ¿no?

La mujer asintió con la mente todavía en la escena de la ropa disparada y los bocados en el cuello.

—Yo termino mi turno ahora y vivo allí también. Si les apetece las puedo acercar con el coche, no me cuesta nada y así no tienen que coger un taxi.

—Muchas gracias, Chedey, eres un encanto.

Los tres montados en el Ford Ka rojo, Chedey conduciendo y Elvira a su lado, Claudia en el asiento de atrás estrujada entre una tabla de surf que asomaba del maletero y una silla para niños, el chico observándola por el espejo retrovisor, su melena larga, morena y esa mirada limpia, pura, que le atrajo desde el primer momento, labios carnosos, aroma de azahar que inundaba todo el vehículo.

—Disculpad por el desorden —se justificó el chico un poco avergonzado—. Siempre viajo solo y lo tengo todo un poco manga por hombro.

—No pasa nada —le contestó Elvira quitándole importancia—. Dani también es un desordenado. ¿No te ha contado Claudia cómo tenía el cuarto cuando ha ido a su casa? Mira que yo no soy una maniática del orden, me gusta tener las cosas en su sitio, eso sí, pero a ese niño no conseguí meterlo nunca por el buen camino; la niña es distinta, Claudia se parece más a mí, ¿no es verdad, Claudia?

Claudia en silencio, Claudia rendida mirando por la ventana del coche con los ojos perdidos, con la cabeza en otra parte, distante, a oscuras.

—Sí, mamá —respondió dando por zanjada la conversación.

Elvira se giró y observó un segundo a su hija, luego la silla de bebé. El Ford Ka avanzaba rápido por la carretera —cuando lo vio no pensó que pudiese correr tanto—, el sol brillaba en el cielo y empezaba a teñir las nubes de rojo.

—¿Tienes hijos? —lo interrogó la mujer haciendo que Claudia dejara atrás su ensimismamiento y prestara atención a la respuesta.

Chedey se rio divertido como si hubiese dicho una locura.

—No, es de mi hermano; el otro día le presté el coche para llevar a mi sobrino al médico.

El Ford Ka girando a la derecha en un cruce, el intermitente sonando, Claudia con la frente apoyada en el cristal de la ventana, volviendo a ausentarse, a perderse, su cabeza lejos, muy lejos, en un castillo donde un príncipe mudo guardaba sus sentimientos en botellas de cristal.

—¿Haces surf? —continuó Elvira con su cuestionario mirando el *buggy* que sobresalía del maletero.

—Sí, los días que libro me gusta ir a Famara a coger olas. Deberían visitar esa playa, es un auténtico paraíso.

Los ojos almendrados de Chedey en el espejo retrovisor buscando los de Claudia; la retina de la chica vidriosa, aunque tratara de ocultarlo una lágrima se estaba formando.

—Eso está bien, el deporte es bueno, yo tendría que hacer algo, pero la verdad es que en Sevilla con el trabajo no tengo tiempo de nada —prosiguió la mujer—. Antes iba a pilates, cuando no estaba tan de moda, porque a mí no me gusta hacer lo que hace el resto de mujeres, no me van las actividades de masa, prefiero cosas más exclusivas, pero desde que empecé en la *boutique* no tengo tiempo ni para mirarme al espejo. ¡Y

mejor así porque me están saliendo unas cartucheras que no he tenido en mi vida! Yo de joven tenía un tipo increíble, casi de modelo. ¡Incluso llegué a desfilar en alguna ocasión!, pero nada importante, solo desfiles en fiestas de barrio.

Chedey sonriendo, tratando de ser simpático con la madre, pero sin descuidar a la hija, intentando que Claudia lo mirara, que sus ojos se encontraran en el espejo. No le gustaba verla así, se le notaba angustiada, y tener a esa mujer al lado que no paraba de hablar no ayudaba.

—Todavía se conserva bien —piropeó a Elvira—. Dice usted tonterías, no tiene cartucheras ni nada, el día menos pensado la vemos desfilando de nuevo por las pasarelas.

Elvira soltó una sonora carcajada y dejo caer la mano en la pierna del chico.

—No digas tonterías, hombre —le riñó divertida—. Si ya tengo hasta patas de gallo. Mis tiempos de gloria ya pasaron. Me conservo bien, no lo niego, porque me cuido, pero soy consciente del paso del tiempo, que una no es de piedra.

El coche avanzando por la carretera, casas adosadas a la izquierda, a la derecha una gasolinera, delante una rotonda, el rostro de Claudia borroso, tratando de esconder una lágrima que corría por su mejilla.

—Y tú tampoco estás nada mal. La verdad es que ese uniforme no te hace nada de justicia, vestido de calle ganas muchos puntos, se nota que haces deporte, estás fuerte, tienes buen tipo.

—Gracias señora —le contestó él amablemente pensando que le habría gustado más que fuese Claudia la que se hubiese fijado en ese detalle—. Va a conseguir usted que me sonroje.

—¡Qué no me llames de usted! —continuó Elvira—. Ya sé que tengo edad para ser tu madre, pero no me hagas sentir más vieja.

Intermitente a la derecha, el hotel al fondo, a unos quinientos metros, Claudia secándose la lágrima con la manga de la camiseta, no quería que su madre descubriera que había vuelto a llorar, no le apetecía que la consolara, quería estar sola, encerrarse en el baño y seguir leyendo, la libreta en su bolso apretada contra su pecho.

—¿No te ha contado Claudia lo que ha traído de casa de su hermano? —le preguntó, y Chedey negó con la cabeza—. Ha cogido una figura de bronce de la Torre del Oro que ella le regaló y que Dani tenía en su estantería, y un libro que se estaba leyendo. Ha pensado seguir leyéndole por donde iba aprovechando que tenía el marcapáginas puesto. ¿Crees que le hará bien a Daniel?

Chedey miró a Claudia, que por primera vez le cruzó la mirada. El rostro del chico le decía que la había descubierto gimoteando, pero que no pasaba nada, que no la iba a delatar, que era normal, que llorara, que se desahogara porque él estaría allí para consolarla.

—Está bien que le lea. No sabemos si puede entender lo que se le dice, pero en el caso de que así fuera seguro que lo entretendrá, estará intrigado por saber cómo acaba la novela.

—Ya, eso mismo le he dicho yo.

El coche parado en la puerta del hotel, Elvira despidiéndose, dándole dos besos con olor a Channel Nº 5 que le producía alergia, Claudia bajando sin atreverse a mirarlo.

—¡Claudia! —la llamó él.

La chica se acercó a la ventanilla del conductor y le rogó con la mirada que no dijera nada delante de su madre, que no le preguntara si estaba bien porque podía volver a venirse abajo.

—Sí, dime, Chedey.

—¿Te apetecería dar un paseo? —le preguntó tratando de retenerla—. Todavía no ha atardecido, queda media hora de sol. Te servirá para despejarte y a mí también, llevamos todo el día metidos en el hospital.

Claudia se quedó consternada. Por un lado estaba deseando ir, le apetecía poder estirar las piernas y hablar con él, contarle lo que había leído, poder desahogarse, pero por otro empezaba a cuestionarse si estaba actuando bien. Estaba pasando demasiado tiempo con ese chico y ella era una mujer casada. Una cosa era hacerlo en el hospital, que después de todo era su lugar de trabajo y no dejaba de ser una relación profesional, y otra ir a ver el atardecer. Sus ojos instintivamente se dirigieron a su madre. Necesitaba que Elvira le diera su consentimiento o que le indicara con la mirada que se fuese para el hotel.

—Ve con él, ¡no seas tonta! —le riñó cariñosamente Elvira—. Así te aireas un poco y te distraes, ¡que te he visto llorando! ¡Que no soy boba! ¿O pensabas que podías engañar a tu madre?

DIECIOCHO

El sol ocultándose en el horizonte y los dos caminando por el paseo marítimo de Costa Teguise. El viento soplando, agitando la melena morena de Claudia y esparciendo su aroma a azahar por la playa. Chedey junto a ella, con su sonrisa encantadora tratando de hacerla sentir mejor, de cuidarla, de protegerla.

—¿Has leído algo? —le preguntó rompiendo el silencio.

Claudia abrió su bolso y sacó un cigarro, lo encendió esquivando la brisa y tardó en contestar.

—Sí, y era lo que me esperaba: un cuento que habla de nosotros, de su vida, aunque ambientado en un reino lejano.

Chedey sonrió. Empezaba a caerle bien ese chico, definitivamente Daniel tenía una imaginación arrolladora.

—¿Y has averiguado algo? ¿Habla de Alba?

Claudia le dio una profunda calada al cigarro y expulsó el humo. Era una tarde de finales de noviembre y, aunque no hacía frío, la temperatura había bajado bastante. Sintió un escalofrío y se arrepintió de no haber subido al hotel a por una chaqueta antes de ir a pasear.

—No, he leído poco, la verdad. Aproveché cuando mi madre bajó a comer. Espero que esta noche cuando se duerma pueda avanzar algo más.

Chedey observándola, viendo como sus piernas deambulaban inseguras entre las losetas del suelo, mirando al mar; las olas rompían contra las rocas salpicando la arena de espuma, el ruido de los bares, el olor a carne a la brasa en el ambiente —posiblemente había un asadero cerca—.

El enfermero callado, respetando su silencio.

—No sé —comenzó a hablar ella de nuevo—. En el coche me puse triste porque estaba pensando en lo que había escrito Dani. Hablaba sobre mis padres, sobre cosas que pasaron en casa y sobre mí. Me emocioné al leer la ternura con la que me describía, pero no me gustó lo que pensaba de mí.

El enfermero se rascó la cabeza y la interrogó con la mirada.

—¿Qué decía?

Claudia le dio otra calada al cigarro y dejó caer la ceniza al suelo. Chedey no fumaba, así que por un momento se preguntó si le molestaría el humo, pero él no había comentado nada.

—Me describe como una dulce princesa que vive feliz en un castillo de marfil cimentado en la ignorancia; habla de mí como si fuese ajena a la realidad que nos rodea.

Chedey dejó de caminar y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Y es así?

La joven se encogió de hombros y sus pupilas volvieron a encharcarse.

—No sé. ¡No sé! —exclamó por fin liberando la idea que llevaba todo la tarde rondándole la cabeza—. Dani habla de algo que sucedió en palacio, de una noche en que descubrió lo que había en la otra parte del espejo. ¡No lo he entendido bien porque no es claro! No sé a qué se refiere, solo sé que a partir de ese momento algo cambió y él se sintió desgraciado, empezó

a pensar que toda nuestra vida era un absurdo, una farsa, e incluso habló con mi padre sobre el tema.

El enfermero asintiendo, animándola a que siguiera mientras las lágrimas brotaban de sus ojos, ojos castaños, morenos, sus carnosos labios temblaban mientras hablaba y él sentía cómo cada vez estaba más embriagado por su aroma de azahar, deseando estrecharla entre sus brazos.

—Dani dice que mi padre es un cobarde, que le dijo que dejara de remover nuestras miserias y olvidara lo que había descubierto. ¡Y creo que fue por eso por lo que se marchó de casa, por lo que vino aquí!, porque en el cuento no para de decir una y otra vez las ganas que tenía de irse del palacio y desaparecer.

Chedey tratando de hacerse una composición mental, de comprender lo que le explicaba, diferenciando el cuento de la realidad, las metáforas de los acontecimientos.

—¿Y sabes a qué se refiere?

Claudia dándole la última calada al cigarro y tirando la colilla al suelo, como siempre, mirando a la izquierda y a la derecha sin encontrar papeleras cerca.

—No lo sé —confesó mientras sacaba un pañuelo para secarse las lágrimas—. Creo que se refiere a algo que sucedió en casa antes de que mis padres se divorciaran. ¡O puede que fuese después! Pero sea lo que sea fue grave y a Dani lo atormentaba.

El sol terminando de esconderse, el cielo coloreado de tonos rojizos y anaranjados, una gaviota pasando por encima de sus cabezas, jardines con picón a su derecha, palmeras verdes con las hojas agitadas por el viento.

—¿Por qué se divorciaron tus padres?

Ella guardando el pañuelo en el bolso y observando un segundo la libreta que seguía esperándola acurrucada entre el monedero y el mechero, la caja de pandora que estaba revelándole todos los secretos. ¿Realmente quería seguir leyendo? ¿Quería descubrirlo?

—Mi madre nunca nos ha hablado del tema —le contó teniendo serias dudas sobre si debía o no relatarle las intimidades de su familia, después de todo no hacía mucho que lo conocía, no dejaba de ser un desconocido, pero se sentía cómoda con él y en ese momento lo necesitaba—. Solo sé que una noche tuvieron una discusión muy fuerte y a la mañana siguiente mi padre se había ido. Yo no vivía en casa por esas fechas, solo Dani, y cuando le pregunté, él me dijo que no se había enterado de nada. Oyó los gritos, pero no sabía sobre qué iba la discusión.

—¿Y no tienes ni idea de qué pudo ser?

Claudia se frotó los brazos, llevaba un vestido de tirantes y le había entrado frío, tenía la carne de gallina.

—A los tres meses de irse de casa, mi padre empezó una relación con una chica más joven que yo. Supongo que no es difícil imaginarse cuál es la causa de la separación…

Él asintió y observó que Claudia tenía los pezones de punta. Imaginar sus pechos debajo de aquel vestido le hizo agachar la mirada para que no notara que se había excitado un poco.

—¿Entonces es eso? Dani descubrió que tu padre tenía una amante.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—No sé... Creo que hay algo más... Dice que mi madre miente, que mi padre es un cobarde y que yo no me entero de nada... Lo de su amante lo sabemos todos, tiene que haber algo más.

Chedey tratando de no fijarse en su escote, rehuyéndole la mirada.

—¿Tienes buena relación con tu padre? ¿Le podrías preguntar?

La cabeza de Claudia volvió a darle otra negativa.

—La chica con la que está es de Granada. Él se fue a vivir con ella y la verdad es que hablamos poco: una llamada de

teléfono en su cumpleaños y en Navidad, pero poco más... Mamá lo pasó muy mal y yo me alejé porque lo culpé de todo. Él tampoco hizo nada para mantener el contacto.

El sol sumergido completamente en el mar, el cielo vistiéndose de negro, las primeras estrellas asomando la cabeza.

—¿Y si no es una chica? —se aventuró a preguntar de pronto Chedey haciendo que Claudia estallara en una sincera carcajada—. ¿Y si el secreto es ese? Tu padre no estaba con una chica, su amante era un hombre.

—¡Estás loco! He visto fotos de Teresa y te puedo asegurar que aunque no me cae bien, es una mujer; un poco lagarta, no lo voy a negar, pero una mujer.

Chedey sonrió feliz al verla reír. Había tenido pocas oportunidades de escuchar su risa y le pareció el sonido más bello que había oído en todo el día.

—Y tu madre, ¿no ha rehecho su vida? ¿No ha tenido novios?

Claudia observando la luna que coronaba el cielo, las estrellas a su lado jugando con ella.

—No, mi madre es una mujer de las antiguas, le importa demasiado lo que la gente pueda pensar de ella. Creo que no ha empezado una nueva relación porque está mejor visto ser una esposa abandonada que una cincuentona que tiene citas con hombres.

El enfermero dudó antes de volver a hablar, pero lo terminó soltando.

—Pues tampoco creo que sea una mosquita muerta, a mí esta tarde me ha tirado los tejos.

La chica volvió a reír y al observar cómo Chedey se ruborizaba, no pudo parar la carcajada.

—¡Eres un animal! —le insultó entre risas—. ¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo se te ocurre decir que mi madre ha intentado ligar contigo? ¿Te crees que todas las mujeres vamos detrás de ti?

—Te lo juro, en el hospital me hizo miraditas y en el coche me ha puesto la mano en la pierna.

Claudia seguía riendo, tanto que empezó a dolerle la barriga y le entraron ganas de orinar.

—Para, por favor —le suplicó—. No me hagas reír más.

—En el coche me ha dicho que vestido de calle gano puntos —protestó abochornado porque ella no le creyese—. ¡Eso sí lo has oído! Ha dicho que estoy fuerte y tengo buen tipo.

Ella contuvo la risa y lo miró. La verdad es que no se había fijado en lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros, en eso su madre tenían razón, y aquel polo verde de rayas blancas marcaba sus pectorales y los músculos de sus brazos. Realmente el chico era guapo, con aquella sonrisa espectacular y dientes infinitamente blancos.

—Bueno... —dijo para cortar las bromas—. El día que tenga que llamarte papá espero que me avises antes.

Chedey le sacó la lengua burlón.

—Si tuviera que entrar en tu familia puedes estar segura que no sería a ella a la que elegiría.

Claudia, a pesar del piropo, no pudo evitar seguir con el juego ni parar su risa.

—Voy a tener que vigilar a mi madre, que después de lo que has dicho antes no me fío ni un pelo de ti.

El enfermero le dio un puntapié al suelo y una piedra salió disparada varios metros hacia delante.

—Vale, paro ya... Lo dejo.

Los dos continuaron caminando observados por la luna. Una anciana con su perro pasó por su lado y se quedó mirando la buena pareja que hacían: ella alta, espigada, con su melena morena y ojos profundos; él guapo, fornido y con una sonrisa dulce.

—La verdad es que no tengo ni idea de a qué se refiere Dani. Puede que sea lo de Teresa, pero lo dudo; sea lo que sea

no me quedará más remedio que seguir leyendo y confiar en que lo cuente.

Chedey asintió. Su cabeza viajaba entre el escote y la melodía de su risa. Seguía embriagado por el aroma de azahar.

—Lo único que me cabrea es pensar que ha ocurrido algo, que lo saben todos y que a mí no me lo cuentan. Me duele porque estoy cansada de que todos me vean como la frágil, como la débil y se empeñen en protegerme.

Sus palabras volvían a sonar graves, como si la carcajada de antes se hubiera evaporado y la angustia hubiese vuelto a empañarle la mente.

—Siempre ha sido así, he sido la última en enterarme de todo, hasta cuando vivía en casa. Primero se lo contaban a Dani, aunque era el pequeño, y cuando pensaban que estaba preparada o no quedaba más remedio, me lo decían a mí.

El viento arrastrando sus palabras, carne de gallina en sus brazos, los pezones erectos y Chedey también.

—Vale... soy más llorona... Me cuesta tomar decisiones y me agobio por todo... lo reconozco... pero eso no significa que no pueda asumir los problemas... que no sea lo suficientemente adulta para que me puedan tratar como tal.

Sus ojos volviendo a mojarse, Chedey dejándola hablar sin interrumpirla, observando la tristeza con la que pronunciaba sus palabras, el llanto que estaba a punto de aflorar.

—En una parte del cuento, el príncipe se pregunta si es mejor contarme las cosas o no, si era preferible abrirme los ojos o dejarme vivir en el lado bueno del espejo, si merecía la pena llenarme de angustia o era mejor que fuese feliz en la ignorancia... Piensan que soy una cría aunque haya cumplido treinta años —pronunció mientras las lágrimas definitivamente inundaban sus mejillas—. Siempre me han visto así y estoy cansada, cansada porque ahora no me queda más remedio que demostrarles que no lo soy, que soy fuerte, que puedo hacerme cargo de todo y

no sé si seré capaz. Tengo miedo de venirme abajo y darles la razón, probar que realmente no sirvo para nada, que no pueden contar conmigo porque me agobio, me bloqueo y soy incapaz de avanzar. —Hundida, vulnerable, el joven acercándose a ella, abrazándola, Claudia ahogando su llanto en su pecho, agarrada a él, sujetándolo como si fuese la única arista que le impedía caer al abismo, su salvavidas en mitad del naufragio—. Tengo miedo, Chedey... No quiero que se muera... Y me da un pánico horrible decirlo en voz alta, pero esa opción está ahí y cuando leo el relato descubro cuántas cosas me quedan por conocer de mi hermano y no quiero perdérmelo. Quiero que despierte, que sea él quien me lea este cuento y me explique cuál fue ese secreto que descubrió en casa.

Chedey rodeándola con sus brazos, pegado a su cuerpo, tratando de calmar su llanto mientras su corazón se aceleraba a mil por hora; Claudia sintiéndose protegida, notando la calidez de su piel, la dureza de sus músculos, arropada y consentida, serena, valiente, escuchando el rumor de las olas, mecida por la isla en mitad del océano, la isla de los dragones dormidos, donde un príncipe había sido enviado para encontrar el amor verdadero.

Claudia levantó la mirada y se dio cuenta de lo cerca que estaba de su rostro. Sus ojos almendrados de color incierto la miraban —había cariño y deseo—, trató de analizar cuántos colores desprendían sus pupilas y llegó a la conclusión de que lo mejor era apartarse. Sintió como si cien capullos de seda eclosionaran en su estómago y miles de mariposas empezaran a aletear. Tenía ganas de besarlo y sus labios estaban allí, muy cerca, y los ojos del chico le decían que lo hiciera, la invitaban, solamente tenía que avanzar unos centímetros, atreverse. La luna los observaba desde el cielo y se apostaba unas monedas con las estrellas decidiendo si lo haría o no, pero ella no podía hacerlo, estaba casada.

El sonido del vibrador del móvil en su bolso rescatándola del deseo, Claudia separándose de Chedey para coger su teléfono, la pantalla iluminada y un mensaje: «Llamada entrante de Braulio».

DIECINUEVE

Claudia no contestó al teléfono, apretó el botón de apagado y volvió a meterlo en su bolso sintiéndose culpable. Solo de pensar en lo que había estado a punto de pasar hacía que le temblaran las piernas, pero las mariposas seguían ahí, aleteando en su estómago, y Chedey a su lado.

Mariposas, alas multicolores a su alrededor rodeando su mente, la brisa acompañándolos por aquel paseo marítimo en dirección al hotel. Era tarde; aquella excursión debía haber acabado hacía tiempo, antes de que pasara la línea, de que su mente le hubiera jugado una mala pasada y le hubieran entrado ganas de besarlo.

—Era mi marido —dijo por fin al cabo de unos segundos como si revelara un gran secreto y dando aquella situación por zanjada—. Estoy casada.

Chedey mirando al horizonte, observando las chimeneas de la desaladora que expulsaban humo frente a la costa, recordando la sensación de tenerla abrazada, cómo sus ojos profundos lo habían mirado y durante unos segundos había tenido la sensación de que iba a besarlo.

—Ya lo sabía —le contestó él—. Ya te dije el primer día que soy muy observador y tu alianza es suficientemente grande para que todo el mundo pueda verla.

Los dos caminando, la luna sonriente aceptando las monedas de las estrellas: había ganado la apuesta. El viento soplando, Claudia con frío y observando el largo tramo que le quedaba hasta llegar a su habitación. Estaba muy a gusto con él, pero en esos momentos se sentía incómoda, aunque no era culpa de Chedey; él no había hecho nada, era ella… era la primera vez que sentía un impulso así. Desde que conoció a Braulio no había habido otro hombre. Aunque las cosas fuesen mal entre ellos, en su cabeza no se concebía que hubiera otra posibilidad: estaba casada.

—¿Y por qué no le has cogido el teléfono? —le preguntó el enfermero tratando de volver a entablar conversación con ella.

—No me parecía bien hablar con él delante de ti. Ya lo llamaré cuando llegue al hotel.

El mar en calma, la luna reflejándose en el agua plateada, el paseo marítimo recto, con curvas, rocas volcánicas invadiendo la playa, Chedey deseando pasarle un brazo por los hombros, ella ansiando que la abrigara.

—A Daniel nunca le gustó mi marido —comenzó a relatarle la chica—. En el cuento lo llama «el ogro cruel».

Chedey no pudo contener la risa y se quedó unos instantes observando la mirada de la chica al contemplar su reacción.

—¡No te rías! —le riñó—. Para mí es un problema, estoy cansada de escucharlos discutir y parece que hasta en coma mi hermano lo sigue atacando.

Un gato solitario maullando en una esquina, bajo una palmera, como si llamara a alguien, como si estuviera perdido, Claudia mirando la oscuridad de la noche, escondida en ella, recorriendo con sus pupilas las líneas que describían las estrellas, líneas torcidas, caóticas, que no llevaban a ninguna parte.

—¿Y por qué se llevan tan mal? ¿Por qué lo odia tu hermano? —le preguntó tratando de acercarse un poco más a ella, pero la chica lo esquivó.

—Bueno... —confesó—, reconozco que Braulio le ha dado motivos... Mi marido siempre ha sido muy duro con él y no se ha cortado al criticarlo delante de mis padres. Braulio es muy recto, no le gustan los vagos, y la vida de Dani dista mucho de ser ejemplar.

Claudia recordando la última pelea que habían protagonizado, cómo una cena tranquila con su madre se había convertido en un verdadero infierno. A veces tenía la sensación de que Braulio había asumido el papel de padre con él una vez que el suyo los abandonó. Los ojos de Dani se inyectaron de ira y soltó cosas por la boca que jamás debería haber dicho.

—Braulio no es un mal hombre, al contrario, es un gran empresario y quizá su problema es ese. Le cuesta en la vida personal no tener todo bajo su control como lo tiene en su negocio. Para él, Dani es un trabajador díscolo que descuida sus obligaciones y le pone nervioso no poder ponerlo recto. Él siempre decía que mi hermano iba a acabar mal y el tiempo le ha dado la razón. Quizá sólo pretendía ayudarlo con sus sermones, pero reconozco que las formas no siempre fueron las correctas.

Chedey observando como el gato abandonaba la palmera y echaba a correr calle arriba, su lomo tenso, erizado: quizá había visto a un perro o se había asustado por algo.

—Dani en su relato dice que yo vivo en un cuento de hadas y que no me doy cuenta de que mi príncipe azul es un monstruo.

La luz de las farolas encendida iluminando las baldosas del suelo, bombillas amarillas que impregnaban sus confidencias de color sepia, Claudia con la carne de gallina esquivando la brisa, su vestido verde acariciado por el viento.

—¿Y tú cómo lo ves? —le interrogó el chico deseando recibir una respuesta negativa.

—¿A Braulio? —le preguntó extrañada como si la respuesta fuera muy evidente—. Braulio es mi marido. ¿Cómo quieres que lo vea? Yo lo quiero, puedo estar más o menos de acuerdo con su forma de comportarse, pero es evidente que la diferencia de edad influye. A veces tengo la sensación de que conmigo hace lo mismo que con Dani: confunde cuál es su papel y se comporta como un padre.

Chedey aspirando su perfume, mirándola, buscando indicios en su rostro que le indicaran que no era feliz.

—¿Os lleváis muchos años?

—Veinte.

Los ojos almendrados del chico se abrieron sorprendidos.

—Lo conocí el primer año de carrera —comenzó a contarle la chica—. Yo había decidido estudiar administración de empresas en parte por él. Lo había visto infinidad de veces en la tele. Braulio es colaborador en coloquios y debates de economía, un economista de reconocido prestigio y lo cierto es que escucharlo hablar en los programas a mí me caló hondo: su seguridad, su aplomo, como si cada una de las afirmaciones que hacía fuera una verdad irrefutable y cuando trataban de rebatírselas no se le notaba ni un ápice de duda. Siempre me gustó el mundo de la gestión de empresas y hacerme seguidora de sus participaciones en la tele ayudó a que escogiera esa carrera.

Chedey asintió haciéndole ver que seguía su historia.

—Cuando vi un cartel en la facultad que informaba de que venía a dar una ponencia no me lo podía creer —recordó divertida—. Evidentemente, llegué una hora antes y me puse en primera fila. Escucharlo y verlo en directo fue una experiencia increíble, no te puedes imaginar cuánto lo admiraba, lo tenía mitificado. Ya sé que lo normal en chicas de esa edad es ser fan de algún cantante o actor, pero a mí siempre me atrajo más la economía que ese tipo de artes.

—¿Y qué pasó?

Claudia no pudo evitar ruborizarse al recordar esos momentos.

—Bueno... cosas de crías... ya sabes... Cuando terminó la ponencia me acerqué a pedirle un autógrafo… Ahora mismo en la distancia me parece una niñería, pero la verdad es que en esos momentos para mí lo fue todo, tendrías que verme: me temblaban las piernas y era casi incapaz de hablar.

—¿Y qué hizo él?

—Braulio cogió la libreta que yo le había pasado y escribió: «¿Quieres cenar conmigo?», y anotó su teléfono.

Chedey no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Muy listo... Yo tampoco te habría dejado escapar.

Claudia sintió como las mariposas volvían a aletear en su estómago. ¿Cuándo iba a dejar de decirle cosas así? Le gustaban, pero empezaba a sentirse incómoda.

—¿Tú? —le atacó descaradamente tratando de protegerse—. ¿Dónde estarías tú en esos años? ¿En el colegio? ¿Haciendo la primera comunión?

El enfermero infló su pecho sintiendo herida su hombría y sacó la lengua en tono de burla.

—No soy tan crío, tengo veintisiete años.

Los ojos profundos de la chica se ensombrecieron un poco.

—Tres años menos que yo y uno menos que Dani… A mi hermano le habrías caído bien, de eso estoy segura.

Continuaron caminando en silencio, con el cartel luminoso del hotel al fondo, guiados por la luz de neón y con el viento acompañando sus pasos.

—¿Y qué pasó? —insistió él—. ¿Cómo continúa la historia?

—Pues nada... el resto te lo puedes imaginar... A esa cena le siguió otra, y después de esa, otra, luego otra... y en un mes ya éramos pareja... Braulio me ofreció hacer prácticas en su empresa y para mí todo era un sueño... Mis padres lo adoraban, eran casi de la misma edad e hicieron muy buenas migas. A mi

madre se le llenaba la boca diciendo que su hija estaba saliendo con Braulio Balaguer, el economista de la tele, y mi padre y él echaban largas partidas de cartas. Con el único que tuvo problemas, como ya te dije, fue con Dani. Desde el principio, su entrada en nuestra familia coincidió con el momento en que mi hermano dejó de estudiar y empezó a juguetear con las drogas. Braulio siempre lo miró con mala cara haciéndolo sentir la oveja negra, y en vez de darle un poco de apoyo, metía más cizaña con mis padres, pero yo estaba enamorada y la verdad es que tampoco ayudé mucho.

Chedey se contrajo por el pensamiento fugaz que atravesaba su cabeza, deseando que su hipótesis fuese verdad.

—¿Y si es eso? —la interrumpió de pronto.

—¿El qué? —le preguntó Claudia extrañada.

—Tu madre —contestó él—. Tu madre y Braulio. ¿Y si Elvira está enamorada de él? ¿Y si ese es el gran secreto?

El rostro de Claudia se endureció, no le gustaba que atacara a su familia.

—¡Estás tonto! —le riñó—. Me gustaba más la teoría de que Teresa es un hombre. Mi madre sigue enamorada de mi padre, eso lo tengo claro, aunque le cueste reconocerlo. Te recuerdo que el que tuvo una amante fue él, no ella.

El enfermero miró a la luna desilusionado, el camino se estaba acabando y en vez de acercarse parecía que estaban más lejos.

—Nos casamos a los tres años y fui la envidia de todas las chicas de mi facultad. Mi hermano tiene razón en eso, fue un cuento de hadas, pero con final feliz.

Las palabras de Claudia quebradas, como si en el fondo de su corazón supiese que hacía tiempo que dejaron de comer perdices. Las facciones perfectas de Carmen entrando en su cabeza, su melena rubia, su cuerpo escultural, sus uñas largas y afiladas, manicura inmejorable, nada que ver con las suyas,

siempre sin pintar y alguna roída… Una rabia incontrolada la devoró por dentro.

—Cinco años después de mi boda mis padres se separaron, y dos más tarde, Dani hizo las maletas y decidió venirse a vivir a Lanzarote —Claudia se encogió de hombros navegando entre recuerdos dolorosos, el rostro de su hermano seguía postrado en la cama—. Y esa es la historia de mi familia, de cómo pasamos de estar unidos a terminar en un hospital.

Chedey observó a la chica y le acarició tiernamente la mejilla. Ella volvió a esquivarlo, pero le encantó el contacto de su piel —manos cálidas, fuertes—.

—¿Y ahora? ¿Cómo estas con él?

—¿Con quién? ¿Con Braulio?

—Sí.

Claudia se quedó en silencio. No le parecía justo ni lógico hablar de sus problemas matrimoniales con él y menos después de la escena que habían vivido hacía un rato pero tampoco le apetecía mentirle. A ella le costaba mucho hablar de sus sentimientos, como al príncipe mudo que solo era capaz de expresarlos en papel, pero con Chedey era fácil, le sacaba las palabras sin darse cuenta, fluían con naturalidad, como si el aleteo de las mariposas de su estómago la ayudara.

—¿Por qué no está aquí contigo ahora? —insistió el chico obligándola a hablar.

—Bueno... —comenzó ella sin saber si hacía lo correcto al sincerarse en cierta medida— Braulio tenía que trabajar. Estamos en medio de una negociación con unos japoneses que es muy importante para la empresa, yo me venía para acá y él tenía que quedarse. Todo no se puede paralizar porque mi hermano haya cometido una locura; existen obligaciones, responsabilidades, el mundo sigue girando y hay que hacer lo correcto, todos tenemos que seguir cumpliendo nuestras funciones.

Chedey frunció el ceño contrariado.

—¿Esas palabras son tuyas o de él? —le preguntó maliciosamente sabiendo que estaba en lo cierto, y Claudia agachó la mirada.

—¿Sinceramente? —confesó—. Me habría gustado que lo dejara todo y estuviera aquí conmigo, lo necesito, pero Braulio es así y sé que ya no va a cambiar. Fue lo que me enamoró de él en un principio, su decisión, su energía, lo claras que tiene las ideas y como las lleva hasta el final, pero... me gustaría que en casos como este invirtiera el orden de sus prioridades y pusiera mis necesidades por delante de las de nuestros negocios.

Los dos en silencio en la puerta del hotel sin darse cuenta habían llegado a su destino y tenían que separarse. Claudia había pasado un rato muy agradable, pero el aleteo de las mariposas volvió a asustarla y sintió ganas de salir corriendo. Chedey quieto, volviendo a mirarla con sus ojos almendrados, invitándola a saltarse las normas, a ceder, pero sin decir nada, sin pronunciar palabra.

El viento moviendo su vestido verde, su melena morena agitándose como sus pensamientos, la luz de un taxi que avanzaba por la carretera a gran velocidad los deslumbró, las estrellas en el cielo volvieron a cuchichear.

—Muchas gracias por el paseo —le dijo finalmente la chica—. Lo necesitaba.

—Gracias a ti.

Claudia se aproximó y le dio un beso en la mejilla. Fue un movimiento rápido, pero a ambos les pareció eterno, como si los segundos se pararan cuando sus cuerpos se tocaban, todo se ralentizaba menos su corazón, su corazón que cabalgaba a galope acompañado por el aleteo de miles de mariposas, alas de colores que movían su vestido mientras las manos de Chedey trataban de sujetarla y acercarla a él, pero no lo hizo. Se limitó a cerrar los ojos tratando de conservar el máximo tiempo posible el recuerdo de su aroma, deseando que se girara y rozara sus labios.

La chica avanzando hacia la puerta del hotel, andando deprisa, huyendo, escapando de él, de ella misma, conteniendo las mariposas, aleteo multicolor revoloteando sobre su cabeza.

«Si me giro y me está mirando es que él también ha sentido lo mismo».

Claudia y sus teorías de revista juvenil, deseando volver la cabeza para comprobarlo pero con miedo a hacerlo, aterrorizada, como si estuviese haciendo algo malo, con temblor en las rodillas, con un fuego en el estómago que estaba a punto de hacerla vomitar de los nervios.

«Si mira es porque se ha sentido igual de atraída que yo, también estaba deseando besarme».

Sentimientos embotellados, sentimientos embotellados... Reprimir, dominar... Apagar las llamas... Poner un corcho en la botella de cristal y dejar que esas emociones brillaran con luz propia pero sin compartirlas con el mundo. No podía ser. ¿Qué le estaba pasando por la cabeza?

—¡Claudia! —la llamó él de pronto haciendo que se le helara la sangre.

Ella se giró y lo miró. Chedey seguía allí, en la misma posición que lo había dejado hacía unos segundos, con aquella sonrisa encantadora que derretía los icebergs de la Antártida, con sus pantalones vaqueros ajustados, su polo ceñido, sus ojos almendrados...

«Que no me pida que lo bese... Que no me lo pida... Esto no puede ser... Es una locura».

Sus ojos encontrándose bajo el cartel fluorescente del hotel, atravesándose con la mirada, desnudando sus cuerpos, la ropa tirada en la acera, sus manos invisibles acariciándose, haciéndose el amor sin moverse, sin tocarse, unas palabras que tardaban demasiado en salir de sus labios, sus piernas tiritando, carne de gallina, pezones puntiagudos bajo el escote de su vestido.

—Mañana búscame en el hospital —pronunció finalmente como si la cordura hubiera vuelto momentáneamente a ese instante y le hiciera recordar que todas esas fantasías solo eran producto de las mariposas que aleteaban en su vientre—. Búscame y cuéntame si has descubierto algo más, si ha aparecido Alba en el cuento.

Ella asintió y fue incapaz de decir nada. Se giró, atravesó la entrada y la puerta automática del hotel se cerró para hacerla sentirse protegida.

VEINTE

Primer día

El príncipe Daniel amaneció en una cama de IKEA con colchón Natura de Lo Mónaco. Sus ojos marrones se fueron abriendo poco a poco para adaptarse a la claridad. Tenía la sensación de haber tenido un sueño muy extraño, pero al despertarse todo estaba como siempre: su habitación desordenada con el ordenador encendido y la música sonando, la ropa del día anterior en el suelo llamando a voces a la lavadora, el sol asomándose a las cortinas para darle los buenos días.

El joven, somnoliento, se acercó a la ventana y abrió los cristales. Hacía un día estupendo: el sol brillaba con toda su intensidad y se reflejaba en las aguas del Charco de San Ginés, las barquillas y jolateros se mecían para saludarlo y el viento despeinó su flequillo.

—Tengo hambre —murmuró, y por alguna estúpida razón se sorprendió de oír su voz.

El chico salió de la habitación y descubrió que el paraje en el salón no era muy diferente al de su cuarto: había ropa acumulada en el sofá y una guitarra reposaba contra la pantalla del televisor —eran de su compañero de piso, Zeben, que posiblemente la noche anterior

había vuelto a quedarse hasta tarde tocando, aunque él no lo había escuchado—.

Se preparó un zumo de naranja con el exprimidor eléctrico y le hizo gracia ver cómo se llenaba el vaso; estaba amargo, le echó dos cucharadas de azúcar y volvió a su habitación.

Se sentía raro, desdoblado, duplicado, se había levantado con una sensación extraña que le había acompañado hasta la cocina. Parecía que todo era igual pero diferente a la vez, como si los objetos que veía cada mañana fueran nuevos para él: las vistas desde su ventana, el exprimidor, las sábanas, el albornoz... Se sentía confuso, se tumbó en la cama y trató de borrar esa sensación de su cabeza, esa duplicidad, como si su ser estuviera compuesto por dos mitades que se plegaran sobre sí mismo: por un lado, un joven que vivía en Lanzarote y por otro, una nostalgia ambigua hacia otro lugar, otra tierra, otro reino que no recordaba y que sus ojos nunca habían llegado a ver.

El sueño se asomó de nuevo a la punta de su nariz y sus párpados se cerraron. No le apetecía levantarse, quería refugiarse en el calor de su colchón, sumergirse en el vacío, en la nada, poner la mente en blanco, pero por algún extraño motivo, una antigua leyenda sobre dragones dormidos se filtró en su mente y se quedó amodorrado sin darse cuenta imaginando su piel escamosa.

El príncipe Daniel era un hombre nuevo, pero aquella primera mañana despertó con la almohada llena de lágrimas violetas.

VEINTIUNO

Nueva vida

El joven príncipe se adaptó perfectamente a su nueva vida. Al firmar aquel contrato despertó en mitad de una realidad que no le pertenecía, pero ni él ni nadie era consciente de ello. Tenía trabajo, una casa, compañero de piso, amigos... lo único de lo que carecía era de recuerdos de su infancia, aunque era algo que no le preocupaba. La mayoría de los humanos recordaban poco de su niñez, percepciones borrosas cubiertas de brumas, algunas imágenes que habían visto en fotografías que poco a poco iban sustituyendo a los recuerdos reales.

Daniel iba a trabajar, quedaba con sus amigos en el Charco de San Ginés para tomar cervezas, iba al cine, leía y escribía. Era un chico normal, todo lo normal que se puede ser siendo un príncipe encantado en un mundo que no era el suyo, pero él no lo sabía.

Los meses transcurrían con naturalidad, los días se sucedían unos a otros y los recuerdos del país de los cuentos no tenían cabida en su memoria. Daniel cambió de trabajo cuatro o cinco veces, incapaz de adaptarse a ninguna actividad, como si en el pasado hubiera sido un

joven príncipe que lo único que hubiera hecho fuera escribir sentimientos en manuscritos de papel. Nunca había trabajado, nunca se había enfrentado a la vida solo.

El invierno pasó y, con la llegada de la primavera, el buen tiempo y las playas se convirtieron en sus mejores compañeros. Le encantaba estar en contacto con la naturaleza, nadar y tumbarse al sol; para él no había sitio mejor que esa tierra para vivir, aunque a veces la nostalgia acudía a su mente, como si añorara algo de su pasado que no lograba vislumbrar y que prefería no hacer. Sabía que había una parte de su memoria que contenía dolor y tristeza.

«No hay que remover el estiércol», le había dicho alguien alguna vez, aunque no lograba recordar quién. «Cuando no se mueve, el estiércol se endurece y pierde el olor, pero si te dedicas a hurgarlo con un palo, todos acabaremos apestando».

Ignorar sus miedos, ignorar sus dudas... Mirar hacia delante sin tratar de averiguar qué se escondía detrás, vivir en Lanzarote, ser feliz con sus amigos, encontrar un trabajo que le gustara de verdad, tomar el sol, ver el fútbol, ir al mercadillo de Teguise los domingos, dejarse acariciar por los jadeos de las olas...

«Tic, tac, tic, tac», solía pensar. «Que la vida avance, que yo me dejo arrastrar».

Pero era complicado ignorar sus sentimientos, esa sensación de vivir una vida que no le pertenecía y, cuando caía la noche y el sueño se apoderaba de su alma, imágenes de otra época invadían su mente. Cada vez con más frecuencia tenía la misma pesadilla: se veía solo, a oscuras, en mitad de un cobertizo lleno de aperos de labranza, millones de botellas de cristal con destellos violetas volaban sobre su cabeza acompañadas por el aullido de los lobos, olía a orín, a excrementos de caballo, su piel se erizaba y no dejaba de tiritar. De pronto una silueta, una sombra oscura de manos largas y huesudas, un rostro hueco, piel muerta alrededor de unos ojos humeantes que lo perseguían. El joven asustado, con ganas de huir, pero la puerta del cobertizo estaba cerrada y las botellas de cristal que flotaban por la habitación

le cortaban el paso. Cada una de ellas contenía un sentimiento triste, casi podía oír sus lamentos mudos al otro lado del tapón, como si todas sus penas y miserias se hubieran confabulado contra él empujándolo a escuchar a aquella mujer que trataba de acariciarlo con sus dedos cenicientos. La anciana acercándose, sus pies paralizados, el joven príncipe escondido bajo una capa de terciopelo, el aullido de los lobos, el frío, la humedad, gotas de sudor escurriéndose por su frente, su boca seca junto a su oído, a punto de empezar a hablar. «Búscala», susurraba su voz manchada de muerte. «Busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños...». La puerta del cobertizo abriéndose de pronto y un viento polar congelando sus pulmones, Daniel tratando de huir, empujando las botellas contra la pared, botellas estallando en medio de un triste llanto, la bruja avanzando, sus huesudas manos agarrándolo del cuello. «Búscala», le repetía al oído intoxicándolo con su fétido aliento. «Busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños...».

El joven príncipe solía despertarse con el cuerpo cubierto de sudor, las manos le temblaban y sentía escalofríos. La pesadilla era tan real que dudaba que fuera un sueño; algo en sus entrañas le decía que él había estado en aquel sitio antes, que aquellas palabras no eran producto de su subconsciente, eran de verdad, como si una bruja de otro reino pudiese sumergirse en sus sueños y darle órdenes, como si le advirtiera de que estaba perdiendo el tiempo y no cumpliendo la misión por la que lo había enviado allí, pero el príncipe no quería oírla, la ignoraba, trataba de convencerse de que aquello no era real, era imposible...

«Tic, tac, tic, tac. Que la vida avance, que yo me dejo arrastrar».

VEINTIDÓS

—¡Mamá, pensaba que estabas dormida! —exclamó Claudia asustada escondiendo la libreta entre las sábanas.

Elvira con los pelos agitados levantándose de la cama, eran las doce y media de la noche. Cuando Claudia llegó al hotel, ella ya estaba acostada. La joven había comido sola en el restaurante, con su mente embriagada por las sensaciones que había tenido aquella tarde en el paseo marítimo, recordando cómo su corazón se había acelerado cuando Chedey la había abrazado, cómo las mariposas, con sus alas de colores, habían revoloteado en su estómago.

—Tengo que ir al baño —se limitó a decir su madre con voz pastosa.

La joven aprovechó su ausencia para guardar la libreta en uno de los cajones de la mesita de noche y la sustituyó por una de las novelas de su hermano. Escuchó cómo Elvira tiraba de la cisterna y cómo regresaba a la cama arrastrando los pies.

—¿Estás bien? —le preguntó su hija preocupada.

Elvira se metió en la cama dejando caer todo su peso en uno de sus codos. Se la veía triste y preocupada, pero algo le decía que no tenía que ver con Daniel.

—Sí, es el sonido del mar que no me deja dormir; no estoy acostumbrada —contestó, como siempre dando rodeos a sus problemas—. Tengo la sensación de que la isla cada vez es más pequeña, que va encogiendo y que estoy atrapada, que nunca vamos a salir de aquí, que esto es todo lo que nos queda.

Claudia con el libro en la mano, observando su rostro, sus ojos llenos de culpa y desesperación, como si los acontecimientos de las últimas semanas realmente la hubieran desbordado, hubieran podido con la dama de hierro, hubieran golpeado sus cimientos y la estuviera viendo caer.

—Ochenta kilómetros, solo eso —continuó Elvira—. Ochenta kilómetros de largo por veinte de ancho, rodeados de agua por todas partes, sin poder escapar, una isla mecida por las olas que hace que me maree, como si estuviera en un barco.

Elvira acomodándose en la cama sin mirarla, como si se hubiera despertado en mitad de una pesadilla, aunque había sido incapaz de conciliar el sueño.

—Y luego ese viento, ese viento que sopla todo el día, imparable, incansable, te despeina, te desconcierta, te arranca los pensamientos de la cabeza como si fuesen simientes vacías y la deja hueca, deshabitada, perdida, sin poder pensar en otra cosa que en la isla que se mece con las olas, en el mar, en la brisa, en Dani... en Dani y su sonrisa.

Elvira se tapó con las sábanas y observó la luna, que cuchicheaba con las estrellas. Hasta sus oídos llegaban los últimos vestigios del *show* de animación; esa noche habían actuado acróbatas chinos que hacían posturas imposibles sobre sillas de mimbre. Claudia se aproximó un poco más a ella interrogándola con la mirada, pidiéndole que le contara qué le pasaba en realidad, por qué estaba tan angustiada.

—Me ha llamado tu padre y hemos discutido —se limitó a decir, y los ojos de Claudia se llenaron de extrañeza—. Bueno... ya sabes cómo es...

Claudia contrariada, recordando la última vez que había hablado con él. Hacía más de seis meses, por su cumpleaños, y la felicitación había sonado distante, fría, como si el paso de los años los estuviera convirtiendo en desconocidos, como si la separación con Elvira hubiera significado también un divorcio con sus hijos.

«Su padre, el rey, era un cobarde. Él le había contado que lo sabía todo y eso, en vez de acercarlos, lo único que había conseguido era distanciarlos más».

—¿Papá? —la interrogó sorprendida—. ¿Qué quería?

Su madre tratando de esquivarle la mirada, con miedo de que sus ojos reflejaran muchas más cosas de las que quería decir, jugando nerviosamente con las sábanas, mirando la lámpara que colgaba del techo, con su bombilla amarillenta.

—Quiere venir a Lanzarote —le explicó sin poder ocultar que le molestaba enormemente lo que le estaba contando—. Dice que cuando yo me vaya el viernes, él se quedará aquí y se encargará de todo.

Claudia incorporándose en la cama sin salir de su asombro.

—Pero... —la interrumpió ella dudosa—, ¿y el colegio? ¿No tiene clases?

Elvira encogiéndose de hombros como si ella tampoco lo comprendiese.

—Ha pedido una excedencia de dos meses y dice que si Dani no mejora, la alargará un año —continuó como si estuviera trascribiendo literalmente sus palabras—. Quiere estar a su lado.

Estar a su lado, a su lado... Qué extrañas parecían esas palabras viniendo de un padre al que hacía años que no veían, de un hombre que había desaparecido de sus vidas sin dar ninguna

explicación, que había abandonado a su madre, pedido el divorcio y rehecho su vida en menos de tres meses.

—¿Qué ocurre? —la interrogó desconfiando de sus intenciones—. ¿Se ha peleado con Teresa? ¿Es eso?

Elvira observando el libro que su hija tenía sobre la cama, *Los renglones torcidos de Dios*. Algo le decía que un rato antes, cuando se había despertado, no era el que sostenía sobre sus manos, pero no le dio mayor importancia.

—No, sigue con «esa» —le contestó marcando su última palabra con desprecio—. Pero por lo visto, después de todo este tiempo, se ha acordado de que tiene hijos y quiere jugar a ser el padre perfecto.

Madre e hija en la cama, recordando los días en que estaban los cuatro juntos, que eran una familia. En cinco años todo se había desintegrado, no sabían cómo volverían a encajar las piezas cuando se reencontraran, cómo sería la estampa familiar en el hospital, con Dani en coma.

Sentimiento de culpa: ese poderoso sentimiento que los iba a obligar a reunirse, a dar la cara, a estar todos presentes delante de la cama de Daniel pensando cómo habían influido sus actos hasta llegar a esa situación.

Sentimiento de culpa, culpa en cada suspiro, en cada mirada.

—¿Y tu paseo bien? —le preguntó Elvira por cambiar el tema.

—Bien —se limitó a contestar Claudia pensando todavía en el rostro de su padre.

Elvira apoyó la cabeza en la almohada y apagó su luz pulsando el interruptor que había sobre la mesita de noche. Las dos a oscuras, en silencio.

—Me llamó Braulio —comentó su madre antes de cerrar los ojos—. Dice que te llamó y que no le cogiste el móvil.

Las mejillas de Claudia se ruborizaron.

Culpa en cada suspiro, en cada mirada.

—Estaba con Chedey —contestó tratando de alejar sus fantasías de revista juvenil de su cabeza—. Lo llamé cuando llegué al hotel y no me lo cogió. ¿Qué le dijiste?

Elvira se tapó la cabeza con la almohada para amortiguar el sonido del mar y pronunció en un susurro: —Nada, que habías salido a dar un paseo con el enfermero.

VEINTITRÉS

Alba

La primera vez que la vio pensó que era un fantasma. Era una noche clara de principios de agosto y el joven príncipe había salido a pasear. La luna llena, en el cielo, brillaba con total intensidad y las estrellas parecían apagadas a su lado.

Daniel inició su ruta por el Charco de San Ginés contemplando como las barcas se mecían con la marea. El viento le golpeaba la cara y refrescaba sus pensamientos. Era tarde, muy tarde, aproximadamente las dos de la mañana, y no había gente en la calle; él no podía dormir y no tenía que ir a trabajar al día siguiente.

Avanzó por el puente que llevaba a la avenida y giró al llegar a la altura del edificio de Hacienda. Pasó por delante de la comisaría de policía y bajo las banderas del ayuntamiento. Fue un poco más arriba donde la vio, cuando su silueta se dibujó en la negrura de la noche.

La joven estaba en la otra acera, frente al puente de las Bolas. Lo primero que le llamó la atención fue la palidez de su piel, casi translúcida, como si fuese la misma luna la que se hubiera materializado en mujer y se hubiera recostado en aquel muro a descansar un rato.

Llevaba un vestido blanco, vaporoso, de lino, que acentuaba aún más su lividez, y su melena era una llama rojiza que luchaba contra el viento como si este pretendiera extinguirla.

Daniel no pudo evitar pararse unos segundos a contemplarla. La enigmática desconocida estaba quieta, inmóvil, mirando un punto en el infinito, sin ser consciente de que era observada, con la mente en otra parte; sus delicadas manos sostenían un monedero negro y sus ojos desde allí parecían dos luceros.

«Búscala, busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños...».

El joven príncipe sintió cómo el corazón se le aceleraba. Era la primera vez que le pasaba algo as. Sin saber el motivo, tuvo un deseo imperioso de cruzar la carretera y averiguar más cosas sobre ella, lograr vislumbrar su rostro, pues desde allí era prácticamente imperceptible, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, la joven se incorporó y sus pies avanzaron ágilmente por el puente en dirección al castillo de San Gabriel.

—¿Pero qué hace esa mujer? ¿Está loca? —exclamó contrariado—. ¿Por qué entra ahí sola a estas horas?

El príncipe cruzó la carretera y comenzó a perseguir sus pasos, pero no se acercó mucho, guardó una distancia prudencial para que no lo sorprendiera.

El camino que seguía la desconocida estaba plagado de sombras, sus pálidas manos acariciaban el muro de piedra como si se alimentara de su fuerza, seguía distante, abstraída, contemplando como las olas bañaban la fortaleza. Su silueta pálida estaba cubierta de brumas mientras atravesaba las dos columnas sobre las que descansaban las bolas.

Dos puentes sigilosos con una pequeña cala entre ellos que unían el islote y el muelle con las luces amarillentas de la ciudad.

Dos desconocidos anudados en silencio bajo la complicidad de la noche.

La joven taciturna, los focos del pavimento iluminando sus pies. Parecía que sus sandalias de cuero no pisaban el suelo, era como si flotase, andaba con una gracilidad que no parecía humana, como su

piel, pálida, resplandeciente. En más de una ocasión Daniel hubiera llegado a asegurar que la luz de la luna la atravesaba.

El príncipe sintió cómo sus pesadillas volvían a su mente; la voz de la anciana de rostro hueco le susurraba al oído, lo animaba a correr, a acercarse, a cogerla por la cintura y obligarla a que lo mirara, a que se diera cuenta de que estaba ahí, con ella, en mitad de aquella noche estrellada en la que el viento movía su vestido como si fuese el suspiro del final de una sonata.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó de pronto una voz enfadada que lo hizo volver a tierra firme.

La mujer se había girado y lo miraba en actitud retadora. Su rostro era tierno, lívido, suave, como si perteneciera a un sueño, tan bello que no podía ser real, solo inventado.

—No... Bueno, sí... —comenzó a argumentar el príncipe sintiéndose necio y absurdo a la vez—. Te vi entrar sola y te estaba vigilando por si necesitabas ayuda. Esta zona puede ser un poco peligrosa de noche, está muy oscura, no sabes a quién te puedes encontrar.

La joven, con sus sandalias de cuero y su vestido vaporoso, con su melena rojiza iluminada por las luces del castillo, la luna reflejándose en la piel de sus brazos, sus labios dibujados del más dulce carmín, sus ojos azules, tan azules que daban miedo, ojos fríos, impenetrables, hechos de hielo.

—¿A acosadores como tú? —insistió la chica, molesta.

Daniel agachó la cabeza deseando que las fauces del Puente de Las Bolas se abrieran para poder caer dentro y desaparecer en ese momento. Si quería acercarse a la chica estaba claro que no había elegido la forma adecuada.

—¿Acaso tengo pinta de ser una damisela en peligro? —continuó ella cabreada, recriminando su actitud—. ¿De necesitar que me salven?

Él se quedó unos instantes en silencio sin saber qué responder, observando su cara. Si el amor tuviera rostro, definitivamente sería ese, el de aquella tibia desconocida que paseaba sola en mitad de la noche.

Estuvo a punto de irse. La vergüenza y la inseguridad le aconsejaban que se fuera por donde había venido, pero algo lo mantenía allí pegado, no se podía separar, era como si la bruja de sus pesadillas lo hubiera hechizado, encadenado irremediablemente a ella.

—Simplemente no podía dormir —terminó confesando el chico—. Salí a caminar, a dar un paseo buscando el sueño, y te vi. No sé muy bien por qué lo hice, pero decidí entrar también en el castillo.

La joven, que hasta ese preciso momento se había comportado de manera arisca, sintió empatía por el joven príncipe; su rostro se dulcificó y se acercó un poco más a él. Las estrellas en el cielo observaban los matices rojo-anaranjados de su cabello, que hacían un contraste delicioso con la blancura de su piel y de su traje vaporoso, que insinuaba su silueta.

—¿Tú tampoco duermes? —le preguntó preocupada.

El joven admiró su rostro y las pequeñas pecas que decoraban sus mejillas: eran naranjas, casi doradas, distribuidas aleatoriamente pero en un orden armonioso.

—No —le contestó él sin ser capaz de mirarla a la cara.

Los dos jóvenes situados frente a frente en mitad del puente, el castillo de San Gabriel tratando de conciliar el sueño, iluminado por focos de luces amarillentas, la luna llena observándolos, siendo testigo de un encuentro que jamás debería haberse producido, Arrecife vigilándolos, el campanario de la iglesia de San Ginés con el cuello estirado, sobresaliendo por encima de los edificios, dos almas hechas para pertenecerse, dos corazones y un único latido.

—¿Cuál es tu problema? —insistió ella invadiendo conscientemente su intimidad, y al joven príncipe no le quedó más remedio que ser sincero, no podía mentirle.

—Creo que no soy de este mundo.

La desconocida soltó una carcajada que lo llenó todo de frescura.

—Pues bienvenido al club de los marcianos insomnes.

La joven continuó andando, pero esta vez con el chico a su lado. Ella avanzaba, pero no lo miraba; se dejaba acompañar. Bajo sus

pies, el rumor de las olas; detrás, el litoral de la ciudad, con sus farolas blanquecinas y fachadas rasgadas.

—Dicen que este castillo se construyó para la defensa de la ciudad —comentó Daniel tratando de robarle unos segundos al silencio—. Desde arriba se puede ver toda la bahía.

La chica sonriendo pero sin participar en su discurso, observando como el chico se ruborizaba y no paraba de mirarla, siempre de reojo, nunca de forma directa, pero sus miradas se cruzaban y a la vez se esquivaban.

—A mí me gustan mucho los castillos —continuó el chico—. Suelo venir mucho por aquí, por eso te dije que puede ser peligroso: de noche me he encontrado gente de todo tipo.

La desconocida paró un instante y lo miró como si algo que hubiera dicho le hubiera llamado realmente la atención.

—¿Por qué te gustan los castillos? —le preguntó.

El joven príncipe se encogió de hombros sabiendo que lo que iba a contestar iba a sonar como una auténtica locura.

—Creo que en otra vida he vivido en uno.

La chica sonrió mostrando una sonrisa almizclada llena de matices, como si comprendiera sus palabras, como si cada una de sus excentricidades fuesen algo totalmente normal, comprensible.

—A mí me fascinan porque me gusta imaginar que no estoy enferma y que soy una princesa encantada. Cuando estoy aquí sueño que un apuesto príncipe vendrá a rescatarme.

Daniel frunció el ceño sin saber muy bien de qué hablaba, pero le gustó imaginar que era él ese príncipe que había llegado para romper el hechizo.

La voz de sus sueños en su cabeza: «Búscala, busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños».

—Me llamo Daniel —se aventuró a decir finalmente el joven para tratar de sonsacarle su nombre.

—Yo Alba —le respondió ella sin dejar de sonreír.

El príncipe se dejó embriagar unos segundos por sus ojos y finalmente comentó: —Bonito nombre.

La chica comenzó a andar de nuevo y sus palabras se llenaron de tristeza.

—Creo que cuando mis padres me lo pusieron ya sabían que estaba predestinada a la vigilia, que vería amanecer todos los días.

De pronto, su ceño se frunció como si fuese un animal que acabara de escuchar un ruido y se pusiera en postura de alarma. Daniel miró hacia un lado y hacia el otro, pero no supo de dónde venía su desconcierto.

—Me tengo que ir —exclamó la desconocida como si le hubiera entrado mucha prisa de repente.

Daniel se encogió de hombros contrariado y le suplicó: —Espera, yo te acompaño.

Pero Alba no esperó a que pronunciara esas palabras. Antes de que él se diera cuenta, echó a correr y desapareció entre las sombras.

Daniel se quedó petrificado como si hubiese sido testigo de una aparición, sintiendo cómo el corazón le latía a mil por hora tratando de recordar hasta el más mínimo detalle de su fisonomía, pero la joven se había ido, había desaparecido, y si no llega a ser por el monedero negro que el príncipe recogió del suelo hubiera llegado a dudar de si realmente había existido.

El joven llegó a su casa con el corazón destrozado, siendo consciente de que había conocido al amor de su vida y que se había evaporado sin dejar rastro y sin ninguna forma de hallarla; lo único que tenía de ella era aquel monedero negro que olía a estrellas y era frío como el hielo.

¿Cuál era su enfermedad? ¿Cuál era su embrujo? ¿Por qué no la dejaba que la rescatara?

Durante más de media hora se resistió a abrir el monedero, se tumbó con él en la cama y lo miró. Pensaba que no era justo cotillear en su interior, pero se autoconvenció de que lo hacía para ver si estaba su DNI y encontrar la dirección para devolvérselo. Se moría de ganas

por descubrir qué guardaba allí; le hacía ilusión poder ver sus cosas, sus secretos, pero cuando abrió la cremallera, la decepción no pudo ser mayor: estaba totalmente vació, solo había olor a estrellas.

Daniel se pasó el día siguiente sin probar bocado, tumbado en la cama pensando en aquel rostro que no se borraba de su mente. Su monedero en la mesilla de noche esperaba que pasaran las horas para volver al puente de las Bolas y comprobar si ella estaba allí, pero los minutos pasaban lentamente y él se sentía agonizar. Trató de leer, de salir a pasear, pero no podía hacer nada. Sus ojos solo miraban al cielo deseando que el sol se ocultara y diera paso a la oscuridad y al nacimiento de sus anhelos.

Aquella noche fue a buscarla, pero no apareció. Estuvo desde el ocaso hasta la madrugada sin ningún resultado. Al día siguiente faltó a trabajar, estaba demasiado cansado, y al caer la noche volvió a recostarse en el muro de piedra con el monedero en la mano con la esperanza de que su espectro lunar se materializara. Pero Alba no apareció aquella noche ni las tres siguientes. Daniel perdió su trabajo y la joven estuvo desaparecida toda una semana en la que el príncipe no durmió por hacer guardia en la puerta del castillo de San Gabriel esperando a que llegara su amada.

—Eres tú —se limitó a decir la joven cuando lo vio, y Daniel casi podría jurar que había visto destellos en su mirada.

El joven sintió como su corazón brincaba en su pecho, cómo su alma se ponía del revés y después se enderezaba.

—La otra noche se te cayó el monedero —contestó el joven a modo de justificación sacándolo de su bolsillo—. He venido para devolvértelo.

La chica sonrió y un mechón rojo de su cabello le cubrió la mirada.

—Eres un encanto —le dijo y él se ruborizó—. Este bolso es muy importante para mí, gracias.

Como la primera noche, la joven comenzó a caminar en dirección al castillo de San Gabriel por el Puente de las Bolas sin mirar hacia atrás, como si sus pies hubieran recorrido infinidad de veces ese camino, y el príncipe la siguió en silencio. La chica no se sentía incómoda

porque la acompañara, sino todo lo contrario, se sentía feliz, sonreía de vez en cuando mirándolo de reojo, sus pupilas se contraían y Daniel se embriagaba del azul más intenso que había visto en su vida.

—¿Por qué huiste el otro día? —le preguntó Daniel sin poder contener por más tiempo sus dudas—. No me dio tiempo a despedirme.

Alba caminando con sus sandalias de cuero y un vestido de lino blanco, igual que el de la otra vez, pero más ceñido, menos vaporoso, marcando la redondez de sus pechos, la delgadez de su vientre, la voluptuosidad de sus caderas.

—Mi padre es un hombre muy estricto —comenzó a relatar—. No le gusta que salga por la noche de casa. Al igual que tú, piensa que soy una damisela indefensa, pero como no puedo dormir, a veces me escapo cuando está roncando. Desde aquí puedo ver mi casa —comentó señalando al infinito—. No está lejos, y cuando descubro que enciende la luz de su cuarto, que se levanta para comprobar si sigo en la cama, salgo corriendo y llego justo a tiempo para decirle que he bajado a tirar la basura o al portal a revisar algo.

Daniel tratando de imaginarse a su padre, un hombre rudo, grande, pelirrojo, como los vikingos de las películas, vigilando a su hija, controlándola.

—Mi padre no es mala persona, es solo que se preocupa por mí.

Los dos llegando al islote, a las faldas de la fortaleza, Alba quitándose las sandalias y empezando a andar descalza, le gustaba esa sensación en los pies: las piedras frías, angulosas, más tarde la arena. El castillo rectangular, con una pequeña campana en su cima, los focos bañando sus murallas de colores amarillos y anaranjados. Piedra, arena, dos cañones dormidos protegiendo la pequeña puerta de madera. Daniel observando las llagas que mostraban sus pies, justo a la altura del cierre del calzado, como si el metal ardiese y se le hubiera quedado tatuada su marca.

—Padezco una extraña enfermedad —confesó por fin ante los atónitos ojos del joven, que no dejaba de admirarla—. Los médicos no saben ni cómo llamarla: no me puede dar el sol, mi piel es demasiado

fina, demasiado blanca, demasiado sensible; cuando los rayos solares me tocan, me lleno de erupciones, heridas y escamas. ¡Me convierto en un auténtico monstruo! Soy alérgica a casi todo, a excepción del lino, por eso siempre visto igual. ¡No te puedes imaginar qué pesadilla es vivir en esta isla sin poder disfrutar de las playas! ¡Estar en el paraíso y ser incapaz de vivirlo! Sin poder ver el sol ni hacer vida normal ni tener amigos ni ir de acampada...

Daniel compadeciéndose, con un nudo en el estómago que casi no le permitía hablar, deseando cuidarla, abrazarla, decirle que era la mujer más bella que había visto en su vida y que por muchas erupciones que le salieran pensaba que nada podía hacer mella en su hermosura, que era divina, perfecta, como si la hubieran creado los ángeles, y quizá ese era su castigo por no ser de esta tierra.

El joven príncipe trató de acariciarle la mejilla, pero ella se apartó poniendo cara de alarma.

—¿Tampoco te pueden tocar? —preguntó sorprendido.

—Tampoco —le contestó ella dejando escapar un suspiro—. Si alguien lo hace me salen erupciones y cardenales, es como si fuese de plastilina, me deformo. Soy la chica a la que nadie podrá besar jamás, la que nunca podrá sentir una caricia.

Daniel sintiendo cómo se le escapaba el aliento, cómo la pena lo devoraba y le hacía partícipe de ello, cómo su princesa era víctima de un maleficio eterno, cómo su piel, que irradiaba perfección, era su carcelera. Encerrada en un cuerpo, encerrada en una vida.

—Por eso mi padre es tan estricto conmigo —continuó la chica—. Tiene miedo de que me pase algo, solo quiere protegerme, no quiere que nadie me conozca, que nadie me toque, pero con eso lo único que consigue es que yo me sienta completamente sola.

El castillo de San Gabriel rodeado de agua, de olas, sus cañones de altas ruedas apuntando al cielo, ese cielo donde la luna contemplaba la escena, escuchaba a la muchacha y se compadecía de su pena.

—¿Por qué es tan importante para ti ese monedero? —la interrogó el chico tratando de cambiar de tema para que no se entristeciera.

Alba acarició el bolso con sus tiernas manos como si estuviera protegiendo un tesoro. Su sonrisa almizclada volvió a asomarse y sus ojos lo miraron de la forma más dulce con que nadie lo había mirado jamás.

—Contiene algo que es muy importante para mí.

El joven príncipe se sintió mal por haber curioseado dentro, pero peor por ser consciente de que dentro no había nada y de que ella estaba mintiendo. Daniel dudó en contárselo, pero finalmente se armó de valor y se lo soltó:

—Lo abrí por si había alguna forma de encontrar tu dirección y enviártelo y vi que estaba vacío.

La risa de la princesa encantada bañó de frescura la bahía.

—Es que no se ve, son invisibles.

El joven frunció el ceño sin comprender absolutamente nada.

—Es el monedero donde guardo mis deseos —le confesó apretándolo contra su pecho—. Tomar el sol, ir al instituto, conocer chicos, poder besar y que me besen, ponerme un pantalón vaquero, curarme, que dejen de salirme heridas, poder enamorarme y que me quieran, hacer el amor...

Daniel mirándola, persiguiendo con su mirada las pecas de su rostro siendo consciente de que se encontraba ante la persona más maravillosa que había conocido en su vida.

—¿Y tú? —le preguntó curiosa—. ¿Tú no deseas nada?

Daniel tragó saliva y sus palabras salieron de su boca antes de que pudiese arrepentirse de lo que iba a decir.

—Creo que a ti —confesó con voz profunda, y la cara de la chica se enturbió, como si una nube se hubiera puesto delante de la luna formando un eclipse transitorio.

—Yo solo soy la noche —afirmó con desconsuelo, como si lo tuviera totalmente asumido—. Cuando salen los primeros rayos de sol desaparezco; de día no soy nada, solo cenizas, un recuerdo... No se puede amar lo que no existe

VEINTICUATRO

El amor. Un tema confuso sobre el que se han escrito millones de páginas y al que no se le ha encontrado cura, una sensación que nos hace comportarnos irracionalmente y nos empuja hacia otra persona, la ansiamos, la necesitamos y luchamos por ella sin pensar en los demás, en las consecuencias, solo en el contacto de su piel, en las emociones que nos trasmite su mirada.

Claudia se levantó aquella mañana desordenada. Las últimas páginas que había leído la habían sumido en una reflexión desquiciada sobre sus sentimientos que la acompañó hasta el hospital. Las paredes color canela de la habitación de su hermano no lograron tranquilizarla y al mirarlo, sintió por primera vez que lo comprendía un poco más.

«Dani, Dani...», se repitió a sí misma. «¿Enamorado?».

El amor. ¿Qué es el amor? ¿Por qué un joven príncipe es capaz de perder la cabeza por una desconocida a la que solo ha visto dos veces? ¿Por qué su hermano intentó quitarse la vida? ¿Tan fuerte eran sus sentimientos? ¿Tan turbulenta la historia de amor?...

El amor y la pasión: dos conceptos que están ligados pero que no tienen por qué estar necesariamente unidos. ¿Qué parte de aquella historia tenía que ver con cada uno de esos términos? ¿Qué sentía el príncipe? ¿Realmente estaba enamorado o simplemente se sentía atraído? Para ella, el amor era algo que se conseguía con el tiempo, como les había pasado a Braulio y a ella en sus citas, en el cortejo. Amar a una persona, enamorarse... ¡no sucedía de repente! No creía en el amor a primera vista. En cambio, la pasión era diferente: intervenía la química, las feromonas, nuestra parte animal, irracional. Daniel deseaba poseer a aquella chica, besar a Alba, conquistarla, pero era imposible que la amara, por lo menos al principio, después del primer encuentro. Lo que había sentido el joven príncipe era lo mismo que ella había experimentado la noche anterior cuando Chedey la abrazó y sintió el impulso de besarlo ¿Era amor? No, sin lugar a dudas era atracción, cuerpos que encajan, que se complementan, pero no tenía nada que ver con los sentimientos. Ella amaba a Braulio, lo quería y las mariposas eran insectos estúpidos que reaccionan ante las hormonas.

Braulio, con su pelo engominado, peinado de canas, sus ojos rígidos, su templanza, su solidez, lo segura que se sentía entre sus brazos, la calma, la quietud que le transmitía su mundo ordenado hasta el milímetro, su corbata roja, su maletín, su beso de buenas noches antes de irse a dormir. ¿Amor? ¿Era eso? ¿Eso le transmitía su marido? ¿Amor y pasión? Definitivamente eran dos conceptos que estaban ligados pero no tenían por qué estar unidos.

Al principio hubo amor, amor o admiración, no lo tenía muy claro, aunque evidentemente no es lo mismo. Ella estaba encandilada por la imagen mental que se había creado en su cabeza, deslumbrada por sus debates en televisión, por sus intervenciones en la radio... Y cuando lo conoció fue como si sus fantasías más íntimas se cumplieran, aunque él, en realidad, no

fuese como ella se había imaginado. En su vida diaria no era tierno ni demostraba el mismo entusiasmo que mostraba en su trabajo; estaba enamorada del personaje, no de la persona, aunque con el paso del tiempo llegó a amarlo. Braulio era eso, solo eso: un economista que racionalizaba su empresa y su vida personal, su matrimonio, su día a día, y tratar de controlar lo incontrolable es imposible. ¡No existen indicadores que midan el amor! ¡Ni ratios que nos muestren las tendencias del cariño! Braulio pensaba que portándose bien con ella era suficiente, decirle «cariño», comprarle flores... Y quizá sí, en un principio eso bastaba, pero con el paso de los años ella tenía la sensación de que faltaba algo, una chispa, una sacudida, un estremecimiento, ¡algo! Su matrimonio era tan predecible que se sentía como si viera la misma película todos los días: rutina sentimental, hábito amoroso, quererse porque lo hacían todos los días, no porque hubiera descubierto cosas nuevas en él que le atrajesen, que le interesasen. ¿Qué había cambiado? ¿Hacia dónde se dirigía su relación?

Claudia a veces pensaba que su historia de amor con Braulio era un terrón de azúcar en un vaso de agua, un terrón de azúcar que iba diluyéndose lentamente con el paso de los años y que, aunque el líquido resultante era dulce y le gustaba beber de él, no era suficiente. Claudia echaba de menos las burbujas de los refrescos que explotan en la nariz haciéndote reír, el alcohol y la textura madura del vino que invitan a cometer locuras, no ese sabor. El caldo de su relación era ambiguo, monótono, pastoso, un dulce empalagoso que almidonaba sus sentimientos, no era el elixir que quería beber toda su vida, aunque se había acostumbrado a su gusto y podría estar saboreándolo siempre.

¿Puede desdibujarse el amor? ¿Borrarse? ¿Arrugarse? ¿En qué se convierten los «te quiero» con el paso de los años? ¿En rutina? ¿Comodidad? ¿Desesperación? ¿Qué era Braulio para

ella? ¿Lo amaba? ¿Lo admiraba? ¿O simplemente se había acostumbrado a su presencia?

Amar o no amar... ¿Cuál era el origen de sus dudas? ¿El cuento de su hermano? ¿La escena que había protagonizado la noche anterior con Chedey? ¿El viento de Lanzarote? ¿Las horas de aburrimiento en el hospital? ¿Las mariposas?... Claudia lo tenía claro: sus inquietudes no venían de esa semana, el culpable de esa sensación, de esas dudas, no era otro que el mismo Braulio con su actitud. Su distancia había provocado que ella también se alejara, su marido cada vez era menos íntimo con ella, y en esos momentos pensaba que eran más compañeros de trabajo que pareja.

Braulio y ella llevaban meses sin hacer el amor; en el último año las ocasiones en que lo habían hecho se podían contar con los dedos de una mano. Se querían, se respetaban, pero cada vez se tocaban menos en la cama. ¿Hacia dónde estaba evolucionando su matrimonio? ¿Quién se apartaba de quién? ¿Era Braulio o era ella? No lo sabía, pero la apatía se estaba convirtiendo en un denominador común en su convivencia y, aunque lo amaba, cada vez sentía que ese amor iba perdiendo intensidad, que se apagaba convirtiéndose en otra cosa, en oscuridad, en frialdad. Fuese lo que fuese no le gustaba y, aunque ella trataba de reactivar la llama, parecía que Braulio no tenía el tiempo o el interés necesario para hacer lo mismo.

No había pasión, los ojos de su marido ya no la miraban con lujuria. Claudia era consciente de que la había visto desnuda millones de veces y de que su cuerpo ya no era el mismo que cuando tenía veinte años, pero ese no era un motivo válido para la pérdida de su deseo. Él tenía cincuenta años, estaba canoso y había engordado bastante, pero aun así a ella le seguía atrayendo. Amor y pasión: a veces van ligados, pero no tienen por qué estarlo siempre. ¿O es que su marido había dejado de amarla?

Muchas veces se preguntaba cómo habría sido su vida si no hubiera visto el cartel, si no hubiera acudido a aquella conferencia. ¿Hasta dónde habría llegado ella sola? ¿Habría sido capaz de conseguir un buen trabajo sin un hombro en el que apoyarse? ¿Quién le habría dado seguridad? ¿Habría logrado el éxito profesional? ¿Y en el amor? ¿Se habría enamorado de otra persona? ¿Cómo habría sido su vida? ¿Cómo se sentiría en ese mundo paralelo?

Le gustaba imaginarse casada con un hombre más joven, un chico que la apoyaba pero que la animaba a tomar sus propias decisiones. Apoyar, no oprimir, esa era la diferencia. Se veía con un hijo o con dos, empujando un carro con su marido por el parque de María Luisa, dando de comer a las palomas, riéndose sin parar, hablando de tonterías, de cosas sin importancia, olvidándose de balances y cuentas de pérdidas y ganancias, comentando un programa de televisión o el último libro que habían leído juntos. Una vida normal, lejos de lujos y comodidades, pero llena de complicidad, maternidad y lujuria.

¿Hacia dónde nos dirigen nuestros pasos? ¿Cuáles son las consecuencias de nuestras decisiones?

«Braulio, Braulio... ¿por qué no me has contestado al teléfono esta mañana?».

Sentimientos embotellados, como el príncipe en la habitación del palacio. Manuscritos que escribía en su cabeza y que cerraba con tapón de corcho. No pensar, no analizar, olvidar las mariposas contenidas que revoloteaban en su vientre, alas de colores, vuelos inseguros, inestables...

«¿Qué te está pasando, Claudia? ¿Por qué piensas estas cosas? ¿Por qué?».

Interferencias. El recuerdo de sus brazos rodeándola en aquel paseo marítimo, su uniforme blanco, su sonrisa, sus ojos almendrados, el contacto de su piel... ¿Y si Chedey era el joven

de su mundo paralelo? ¿Y si era su última oportunidad para ser feliz?

«No lo hagas, no lo pienses, es solamente un calentón... solo eso».

Claudia, en todos los años de su matrimonio, nunca había tenido una aventura. Su cabeza ni siquiera había concebido esa idea, le parecía descabellada, una locura, ella no hacía esas cosas, pero la verdad es que nunca se había sentido atraída por nadie. No consideraba posible que estando casada se pudieran hacer esas cosas, pero por primera vez se había producido un cruce, un corte, un acontecimiento que le había demostrado que, aunque estuviera casada con Braulio, ella seguía ahí, que su individualidad no había sido totalmente abducida. Claudia, la mujer, la chica, seguía viviendo y sintiendo dentro y fuera de su matrimonio, y su cuerpo continuaba reaccionando hacia factores externos y había algunos de ellos que estaban dispuestos a interferir.

Claudia la perfecta, la blanca, la pura, la princesa ajena a la vida en su palacio de marfil; Claudia que lo observa, que lo desea, no se plantea el amor ni una aventura, pero ansía sentir sus besos; Claudia que mira por la ventana y piensa en su existencia; Claudia que duda de si es feliz.

—¿Estás bien, Claudia? —le preguntó su madre mirándola con ojos inquisidores.

La chica se encogió de hombros y suspiró sin darse cuenta.

—Sí, mamá, estoy bien —contestó sin ser muy consciente de lo que decía—. Estaba revisando la caja donde guardo mis deseos.

VEINTICINCO

El espía

Su cuerpo desnudo en el agua, el joven príncipe escondido en las sombras, observando cómo Alba se despojaba de sus vestiduras y sumergía los pies en el mar.

Daniel había llegado quince minutos antes. Al presentarse en el puente de las Bolas descubrió que ella no lo estaba esperando. Había entrado sola acariciando la pedregosa barandilla con sus manos, como la primera vez que la vio. Él se quedó parado, dudoso, pensando en la conveniencia de ir tras ella o esperar a que terminara su paseo, pero, como si una fuerza invisible lo empujara, se decidió a seguirla. Estuvo a punto de alzar la voz para llamarla y pedirle que lo esperara, pero la curiosidad pudo más que él; quería averiguar qué hacía allí cuando estaba sola, qué se dedicaba a hacer la princesa encantada cuando él no estaba cerca.

Camuflado en la oscuridad, vio como Alba se detenía frente al castillo, su melena anaranjada cubriéndole el rostro, impidiéndole ver sus ojos, esos dos luceros que brillaban más que las estrellas, su mano

apoyada en la rueda de uno de los cañones mientras se desprendía de las sandalias, sus pies descalzos, boca plegada, labios sonriendo.

«¿De qué te ríes, Alba? ¿Qué te hace sonreír?».

Alba avanzando por el sendero que conducía a la pequeña cala que había entre los puentes, sus suaves manos despojándose del vestido que cayó el suelo con una naturalidad pasmosa mientras el corazón del príncipe se aceleraba haciéndolo estremecer; no llevaba ropa interior. Su piel pálida, casi translúcida, resplandecía a la luz de la luna, su blancura, su espalda cálida, sinuosa, la redondez de sus glúteos y sus caderas...

La chica se lanzó de cabeza al mar ante la atónita mirada del espía. La noche era preciosa y Daniel trató de recordarla así para siempre, con el pelo mojado y coronada por la luna, nadando y sonriendo, siendo libre por unos minutos en que nadie la observaba, su vestido en la arena, su sonrisa húmeda, sus pechos respingones cubiertos de pequeñas gotas de agua que brillaban como si fuesen diamantes, su cintura, su ombligo y ese pubis de vello ensortijado que se dejaba intuir entre las oscuras aguas del mar.

El joven príncipe guarecido con miedo a que lo descubriera, fascinado por la gracilidad con la que levantaba sus brazos y nadaba, el contraste de la negrura del océano y la lividez de su piel, el sonido del mar al tocar su cuerpo. Daniel asustado pero sin poder dejar de mirarla, disfrazado de sombra con los sentimientos desbocados.

Su memoria le jugó una mala pasada y el recuerdo de la primera vez que hizo el amor llegó a su mente. Recordó una cama enorme con sábanas de seda, una doncella de pelo negro con la falda levantada, el aroma de su piel mezclado con el sudor y pétalos de rosa, sus manos jóvenes e inexpertas recorriendo su cuerpo.

Fue una sensación extraña, como si su cabeza estuviera reproduciendo una imagen que no se había producido jamás. La habitación parecía la alcoba de un castillo, los vellos se le pusieron de punta y prefirió borrarla de su mente, pero el rostro de la doncella seguía allí, escondida entre las sombras como él. La joven se llamaba Lupe, el

príncipe no la amaba y no la volvió a ver. Solo fue eso: sexo, amo y sirvienta compartiendo sus cuerpos mientras ella lo ayudaba a vestirse para un festejo, pero para él fue su primera vez y un recuerdo, real o imaginario, que no olvidaría jamás.

A lo lejos una luz, un desconocido caminando por el muelle encendiéndose un cigarro. No estaban solos, sus pasos sonando en la distancia y el joven sintiendo unos deseos irrefrenables de avisar a Alba, pero no podía hacerlo. Si lo hacía, ella descubriría que estaba espiándola. No quería ni imaginar la cara que pondría.

Alba buceando, su melena rojiza mezclada con los suspiros de los peces, sus ojos azules abiertos, observando la arena y las algas, acariciando la frescura que cubría su cuerpo, sonrisa en su cara, su piel salpicada de sal y pecas, pecas anaranjadas que decoraban sus mejillas.

El viento, el viento agitando su vestido y el monedero negro con olor a estrellas, los pies de Daniel nerviosos, el desconocido avanzando lentamente sin ser consciente de la pareja que se ocultaba a los pies del castillo.

—¿Vas a pasarte la noche mirándome o te vas a venir al agua conmigo?

La pregunta hizo que se le helara la sangre. Alba estaba allí, de pie, con medio cuerpo sumergido, sus pechos de pezones rosados señalándolo, sus mejillas enrojecidas, Daniel sin saber dónde meterse. Instintivamente se agachó y se ocultó por completo. Alba riéndose divertida de su torpeza, su mano señalándolo, como si jugaran al escondite y él tuviera la cabeza fuera.

—Daniel, que te estoy viendo desde el principio, sal de ahí.

El joven príncipe abochornado, ruborizado de los pies a la cabeza, sin ser capaz de mirarla, sintiéndose como un pervertido al que han descubierto espiando en el baño de las chicas, saliendo de su escondite, sonriendo con sonrisa encogida.

—Perdona —se disculpó deseando que un asteroide cayera en ese momento sobre su cabeza y lo lanzara a miles de kilómetros de allí—. No quería molestarte.

La risa de Alba acuchillando sus oídos.

—Espero que por lo menos no te la estuvieras machacando.

Daniel tratando de ocultar la erección de su entrepierna. ¿Cómo podía ser tan indecorosamente directa?

—Ya te lo dije el primer día —continuó la chica bromeando, mostrando su cuerpo con total naturalidad—. De quien me tenían que proteger es de ti: eres un acosador en toda la regla.

El chico recordando la sombra que había visto antes encendiendo un cigarro, el desconocido que avanzaba en dirección al castillo.

—No estamos solos —la avisó con voz seria—. Deberías salir y vestirte, no está bien que estés aquí sola bañándote desnuda.

Alba avanzó un paso más hasta que el agua le llegó por las rodillas, el ensortijado vello de su pubis goteando, de color anaranjado.

—Me he metido en el agua porque sabía que me seguías —le informó sin dejar de sonreír—. Era consciente de que si había problemas, tú me protegerías; te gusta salvar a damiselas en peligro.

Daniel cogiendo su vestido y tratando de acercárselo, desviando la mirada, como si no fuese evidente que ya la había visto desnuda antes.

—Y tranquilo —continúo la chica—. Por aquí suele haber hombres a veces, pero nunca me miran, se miran entre ellos.

Alba cogiendo el vestido y cubriendo su cuerpo, el lino mojado pegado a su piel, sus pechos respingones, los pezones puntiagudos.

—Estás loca, lo sabías, ¿no?

La chica agitando su pelo para escurrirlo un poco, sus labios sonriendo, sus pies buscando las sandalias en el suelo y recordando que las había dejado en la puerta del castillo.

—¿Loca? No sé, por ahora no me ha dado por perseguir a jovencitas y espiarlas mientras se bañan. Creo que tú estás peor que yo.

VEINTISÉIS

Confesiones a medianoche

Los dos sentados en la puerta del castillo, en el último escalón de la entrada, con la espalda recostada en la madera carcomida, escuchando sus crujidos, sus protestas, como si le pesara el paso de los años y no pudiera soportar por más tiempo los embellecedores y el cerrojo de hierro.

Alba con su vestido blanco chorreando, con la mirada azul pintada de estrellas, su melena rojiza mojada, acariciada por el viento, manteniendo las distancias, impidiendo que sus cuerpos se rozaran, siempre alerta, siempre lejana.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó el joven príncipe observando cómo sus ojos se teñían de dudas.

Alba con su monedero entre las manos, protegiendo sus deseos, acariciándolos con sus dedos.

—Me da miedo el sol —confesó con voz fría—. Tengo pesadillas constantemente. Sé que algún día terminaré consumiéndome bajo sus rayos, no puedo estar escondida para siempre.

Daniel pensando en lo terrible que debía de ser su vida, siempre ocultándose en las sombras, cerrando las persianas, protegiéndose

entre gruesas cortinas, sin poder salir a la calle, sin tener una vida normal…

—Yo oscureceré el sol para ti si me dejas —le dijo sabiendo que era una promesa que no iba a poder cumplir, pero consiguió que a ella se le formara una sonrisa en la cara.

—Estás loco —bromeó, y su risa hizo estremecer a los cañones que descansaban a su lado.

El viento, el mar, pequeñas olas que rompían en la arena, Arrecife durmiendo con las luces apagadas, un coche de policía patrullando en silencio. La tela de su vestido húmeda, llena de transparencias, sus pezones erectos haciéndole perder la razón.

—¿Y tú? —le preguntó Alba clavándole su mirada azul en la retina—. ¿De qué tienes miedo?

El joven príncipe desvió la mirada, se quedó un instante observando el Gran Hotel, el ave fénix que resurgió de las cenizas y se convirtió en una gigantesca edificación de color verde, un símbolo del poder del hombre sobre la naturaleza y la conquista de la isla.

—A mí me da miedo la vida.

Los dos jóvenes se quedaron en silencio. Las gotas saladas del mar se escurrían por su pelo y Daniel sintió un deseo irrefrenable de cogerle la mano, pero sabía que era imposible, no quería herirla. Lo que menos deseaba era lastimarla, pero había fuerzas extrañas que lo empujaban a hacerlo, una voz en su cabeza que insistía en que rozara sus labios con los suyos.

—No deberías tenerle miedo a la vida —le contestó ella mostrando pena en su blanquecino rostro—. Eres afortunado. A mí, por ejemplo, no me han dejado vivir la mía. Tú puedes hacer lo que te plazca, yo estoy confinada a la oscuridad.

El joven príncipe asintió sintiéndose un egoísta, como si ella le hiciera apreciar que sus problemas no eran nada comparados con los de ella. Él estaba bien, estaba sano y tenía toda una vida por delante. Ella… ella estaba enferma y su enfermedad lo condicionaba todo.

—Yo cuidaré de ti —le prometió el joven príncipe observando cómo se le erizaba la piel blanquecina de los brazos.

Alba se levantó del escalón en el que estaban sentados y avanzó en dirección al mar. Sus sandalias se habían quedado recostadas en el muro; iba descalza, clavándose las piedras del suelo, aspirando el aroma del salitre, los ruidos que llegaban desde la ciudad.

—No eres el primero que me ofrece su protección —le dijo sin mirarlo—. Pero todos terminan desapareciendo. Una chica a la que no se puede tocar no le interesa a nadie; es demasiado complicado, acaban cansándose.

Daniel abandonó su asiento y se acercó a ella. Sus ojos fríos, impenetrables, de hielo huían de su mirada; sus pecas estaban mojadas, parecía que una lágrima se había escapado por sus mejillas.

—Yo no soy como los demás, yo soy distinto.

Alba cerró los ojos y dejó que las olas mojaran su vestido.

—La historia se repite, pero siempre con el mismo final.

VEINTISIETE

Dragones dormidos, reptiles de gigantescas dimensiones roncando bajo la tierra, su piel escamosa cubierta de picón, ojos vidriosos, retinas legañosas encerradas bajo pesados párpados, el sonido del mar, las olas, su respiración mezclada con el azufre, sus patas anudadas, sus alas cautivas, cadenas de acero sujetando todo su cuerpo, el latido de su corazón lento, acompasado, mecido por las mareas.

Madre e hija saliendo del hotel, el viento de Costa Teguise despeinando el cabello que Elvira acaba de planchar, rabia en su rostro, melena teñida con raíces negras, como su cara, sus manos alzadas luchando contra el aire, tratando de protegerse, tratando de resguardarse.

—¡Cómo odio este viento! —masculló furiosa.

Claudia sonriendo, observando la guerra sin sentido que su madre mantenía con las fuerzas de la naturaleza, intentando conservar su tocado, el aspecto inmaculado con el que salía del baño regada de perfumes y llena de complementos. Aparentar, siempre aparentar, aunque estuviera destrozada, ese no era

motivo suficiente para abandonarse. Siempre había que estar perfecta, aunque parecía que en aquella isla todos se confabulaban para que pareciese una madre hundida, hasta el viento que la atacaba para que tuviese pelos de loca.

—Te equivocas —le dijo divertida—. Esto no es viento.

Elvira levantó la mano para indicarle al taxi que acababa de llegar que estaban esperándolo y miró a su hija como si estuviera perdiendo la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —protestó molesta—. ¡Es viento! ¿Qué va a ser si no?

Claudia se rio divertida y observó cómo el ceño de su madre se fruncía interrogándola.

—No es viento, es la respiración de los dragones dormidos —le explicó como si fuese muy evidente—. Están enterrados debajo de nosotras.

La mujer abrió la puerta del taxi y prefirió no contestar. Dejó su bolso en el asiento y, cuando el taxista arrancó y estaban las dos en silencio, la miró y se limitó a decir: «Estás muy rarita últimamente, Claudia, muy rarita».

VEINTIOCHO

Claudia y Daniel en la cama. Sus padres habían salido a cenar con unos amigos y ellos se habían quedado hasta tarde viendo una película de terror aunque lo tenían prohibido. La niña se había acostado con miedo, había apagado la luz de su habitación y, antes de que le diera tiempo a cerrar los ojos, escuchó los pasos de su hermano por el pasillo dirigiéndose a su cuarto.

—Clau —la llamó su tierna voz desde la puerta—. ¿Te importa si duermo contigo?

La niña, que intentaba aparentar que era más valiente de lo que realmente era, bufó como si le molestara su petición, pero levantó la cabeza y contestó: «Venga, pasa, enano».

Ahora los dos estaban en la cama, abrazados y tratando de olvidar al monstruo que venía del espacio para exterminar a la raza humana. Las imágenes de sangre y desmembramientos se repetían en su mente y Daniel le clavaba sus manitas en la espalda.

—Clau, ¿tú crees que hay algo después de la muerte? —le preguntó de pronto rompiendo la negrura de la noche y todos

los ruidos que ambos estaban oyendo pero que intentaban ignorar.

La niña miró a su hermano extrañada. Su voz había sonado demasiado profunda para sus seis años y se sorprendió de que le hiciera una pregunta así.

—El cielo si te portas bien y el infierno si eres malo —le contestó pensativa recitando lo que le habían contado las monjas en catequesis.

Daniel entornó sus ojos castaños y se rascó la cabeza en señal de duda.

—Yo creo que no hay cielo ni infierno. Se acaba como cuando se le agotan las pilas a un juguete: si no tienes más, ya no hace nada, simplemente se para, no va a ninguna parte, se queda en el armario olvidado hasta que con el paso del tiempo se rompe y se le caen las piezas.

Claudia intranquila, preocupada por los pensamientos que embriagaban la cabeza de su hermano en esos momentos. Ella era la mayor, se había quedado cuidándolo, tenía que haberle prohibido poner esa película cuando cogió el mando a distancia, pero Dani, como siempre, la había convencido y ahora pagaban las consecuencias.

—¡No digas tonterías! —le riñó sin saber muy bien cómo continuar la conversación—. Cierra los ojos y duérmete.

Los dos niños en silencio pensando en la muerte, abrazados sin ser capaces de compartir sus temores, el monstruo extraterrestre paseándose por la habitación y mirándolos con sus ojos verdes de lagarto asesino.

—Yo no quiero que me entierren —confesó el niño de pronto sin haber permanecido callado más de treinta segundos—. Me da miedo, he visto en la tele que se han encontrado cadáveres con los huesos de las manos desgastados porque se equivocaron y los enterraron vivos y se rompieron los dedos por arañar la tapa del ataúd tratando de escapar.

A Claudia poniéndosele los vellos de punta, tratando de eliminar las imágenes que le narraba su hermano de su mente, deseando que vinieran sus padres y que los ruidos que llegaban desde la calle se desvaneciesen.

—¡Qué estupidez! —exclamó sin creerse ni ella misma lo que decía—. ¡Eso es imposible! Eso sería hace muchos años. Los médicos ahora cuando dicen que estás muerto es porque lo estás. ¡Hay muchos avances técnicos! Te tienen que enterrar, eso es así.

El niño acariciando la melena morena de su hermana, siendo consciente de que al final había conseguido contagiarle su miedo. más que conseguir protección había logrado que los dos estuvieran igual de angustiados.

—Yo quiero que me quemen y tiren mis cenizas. No quiero que me entierren vivo, por muchos avances técnicos que haya.

Los dos de nuevo en silencio. Las gotas de lluvia empezaban a golpear la ventana; sus padres no tardarían en llegar, ya era tarde, casi la una de la mañana; la puerta de la habitación abierta, sombras entrando por encima de los azulejos...

—Clau, ¿a ti dónde te gustaría que tiraran tus cenizas? ¿Cuál es el lugar más especial para ti?

La niña cerrando los ojos y tratando de concentrarse, entrando sin querer en ese juego macabro que su hermano le planteaba, pero nunca se podía resistir a su vocecita tierna, a esos ojillos marrones que la miraban suplicantes como si todo lo que ella dijese fuese muy importante.

—En el parque de María Luisa —confesó al final—. Donde está la estatua de Bécquer, donde papá nos lleva a merendar y a leernos poesía.

Dani asintió como si le pareciera acertado lo que acababa de decir pero no estuviese del todo conforme.

—¿Y tú?

El niño cerró los ojos y los apretó con fuerza como si pensara intensamente. Su hermana lo acarició y sintió la calidez

de su piel. Cuánto lo quería, aunque fuese tan pequeño y tan manipulador.

—Yo quiero que me tiren al mar, que me monten en una barca y me arrojen lejos de la costa.

Claudia se encogió de hombros como si le pareciese una respuesta algo extraña teniendo en cuenta que en Sevilla no había mar.

—Clau —insistió el niño poniendo voz profunda—, ¿me prometes que si me muero te encargarás de que hagan eso por mí?

Los vellos de su hermana poniéndose de punta de nuevo. No podía ni imaginarse que al niño le pasase nada, y mucho menos que ella fuese testigo para verlo.

—¡No pienses esas cosas! —le riñó asustada—. ¡Eres un enano! ¡Más pequeño que yo! Para eso falta mucho tiempo… Muchos, muchos años.

Daniel se incorporó en la cama y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Y si me pasara —se empecinó—, ¿lo harías?

La niña lo obligó a tumbarse de nuevo y lo tapó con las mantas.

—¡Sí! ¡Sí! —repitió para que se callara—. Pero déjalo de una vez y cierra los ojos. Eso no va a pasar, y mucho menos ahora. Será cuando seamos viejos, todavía es pronto para decidir esas cosas.

Daniel se abrazó a su hermana satisfecho y le dio un pequeño beso en la mejilla.

—Yo voy a morir joven —le dijo antes de cerrar definitivamente los ojos—. Lo sé, moriré antes que tú.

Y la niña tragó saliva y no pudo evitar que se le escapara una lágrima.

VEINTINUEVE

—Chacha, ¿qué estamos haciendo aquí? Arranca ya, que parecemos bobas.

Las dos amigas sentadas en el coche. Raisa sacando su lápiz de ojos y mirándose en el espejo. El pulso le temblaba, pero la raya le salió lo suficientemente recta y marcada para cumplir su objetivo. Le gustaba usar mucho rímel y sombras de colores escandalosos, siempre a juego con sus pendientes, ya fueran plumas largas o piedras brillantes.

—Tengo los pies reventados, tengo ganas de irme y ponerme las cholas, estoy cansada. ¿No puedes pintarte cuando llegues a tu casa?

Su *piercing*, en el bigote, se agitó mientras ponía morritos para cubrir sus labios de carmín, rojo intenso, el color de la pasión, que hacía un contraste desastroso con su piel morena, pero a ella le agradaba. Le encantaba llamar la atención, y con aquel uniforme blanco, si no usaba una buena capa de maquillaje era imposible.

Calcetines rosas de algodón y zuecos celestes, perfume en el cuello y una cola prieta en su melena morena. Solo le faltaba

un pequeño detalle: tres hebillas con forma de estrella para hacerse un exagerado tupé.

—Espera un poco, enseguida salimos.

Carmen Delia miró a su compañera con cara de pocos amigos, pero no protestó. Raisa era la dueña del coche y bastante hacía llevándola a casa todos los días al salir del trabajo, pero aquella tarde estaba cansada y no entendía por qué se hacía tanto de rogar.

—Estás muy rara —insistió la enfermera—. ¿Vas a contarme ya qué te pasa?

Raisa guardó su maquillaje en el bolso y señaló con su dedo a la derecha, a la ventana. Carmen Delia miró intrigada, pero no comprendió lo que quería decirle hasta al cabo de unos segundos, cuando se dio cuenta de que el Ford Ka rojo estaba aparcado tres coches más allá.

—Chede —se limitó a decir, y las tres hebillas se movieron afirmativamente.

Las dos chicas en el vehículo en silencio. Carmen Delia, para tratar de distraer a su amiga, empezó a hablar de los turnos que les habían puesto para Navidades. Le había tocado trabajar el veinticuatro de noche y el uno de mañana. Estaba muy cabreada. La jefa les había prometido trabajar solo un festivo a cada una, y a ella le habían tocado dos, pero Raisa no la escuchaba.

—Vale —continuó Carmen Delia sin parar de hablar—. El festivo es el veinticinco y mi turno acabaría a las doce, pero... ¡Así no puedo ir a la cena! No puedo cenar el veinticuatro ni ir de cotillón el treinta y uno. ¡Y ahora ponte a buscar a alguien para que te haga un cambio! ¡En esas fechas, imposible! Había pensado comentárselo a Jacinta, que como no tiene familia aquí, lo mismo no le importaba, pero me ha dicho el celador que se va a la Península. ¡A saber quién le habrá hecho el cambio ya! ¡Como he visto los turnos la última, seguro que ya me he quedado descolgada!

El rostro de Raisa endureciéndose, su rímel agriado por el veneno que rezumaban sus ojos, a la derecha Chedey entrando en el aparcamiento hablando con Elvira, seguido a pocos metros por Claudia.

—¡Calla! —le pidió nerviosa mientras se agachaba un poco en el asiento para no ser descubierta.

Sus uñas apretando el volante, Carmen Delia poniéndole una mano en la pierna para que se relajara, sus músculos estaban tensos, no sabía si salir del coche y ponerse a repartir tortas o simplemente ponerse a llorar.

—Tenía razón Mónica —se limitó a mascullar—. Se va con la pija.

Carmen Delia observó a las tres personas que pasaban por delante de ella. Chedey iba tan guapo como siempre, con un pantalón vaquero ajustado y su sonrisa a lo Brad Pitt en *Leyendas de Pasión*; a su lado iba una mujer rubia con un traje negro impecable y unos taconazos de vértigo.

—¿Con quién está? —le preguntó a la chica de las estrellas en el pelo—. ¿Con la madre o con la hija?

Claudia caminaba un par de metros detrás de ellos, llevaba su teléfono en la mano y parecía que estaba llamando a alguien, pero sin resultados.

—Con la pija del vestido marrón —comentó Raisa con rabia—. Esa que tiene cara de no haber roto nunca un plato. ¡Zorra!

Carmen Delia miró a su amiga y puso cara de preocupación.

—Chacha, cálmate —le suplicó con miedo de que las escucharan—. Solo los han visto salir juntos del hospital y paseando por Costa Teguise.

Raisa clavó las uñas en el volante y se pasó la lengua por el *piercing* enfadada.

—Quería comprobarlo por mis propios ojos —confesó—. No me fiaba de lo que contaba esa panda de cotillas.

Chedey abriendo la puerta del coche para que Elvira se sentara, luego haciendo lo mismo con Claudia para que se situara detrás. Raisa agachó la mirada y una pequeña lágrima teñida de rímel espeso descendió por su mejilla.

—No necesito ver más —dijo por fin mientras arrancaba el motor—. Conozco a Chede; a mí nunca me ha mirado como la mira a ella.

TREINTA

—¿Dónde vamos? —le preguntó Claudia viendo cómo el Ford Ka se alejaba de Costa Teguise.

Chedey al volante, con el brazo apoyado en la ventanilla, sintiendo el viento en su piel, acariciando sus vellos.

—Quiero llevarte a un sitio especial —le comentó mientras ella arrugaba el entrecejo—. Es a donde voy cuando me siento mal; quiero compartirlo contigo.

Claudia observando la hora en el móvil. El sol todavía no se había ocultado. Era temprano. No sabía cómo Chedey lo había conseguido, pero al final ella había accedido a ir de nuevo a dar un paseo con él antes de cenar.

—No quiero retrasarme mucho —insistió, y Chedey sonrió sabiendo de antemano que iban a tardar más de la cuenta, pero merecía la pena arriesgarse. Quería que ella viera el sitio al que la llevaba.

Claudia con el teléfono en la mano. Por segundo día consecutivo no había conseguido hablar con Braulio y empezaba a ponerse nerviosa. La imagen de Carmen revoloteaba en su

cabeza, con su melena rubia y su cuerpo escultural, sus uñas esmaltadas y su pecho a punto de explotar. Le habría gustado explicarle dónde estaba la noche anterior cuando la había llamado. Elvira le había dicho que estaba dando un paseo con el enfermero y no quería que se montara historias raras. Su marido no era celoso. pero quizá por eso no le contestaba al teléfono: estaba enfadado. Mientras Chedey giraba a la derecha le mandó un mensaje y se quedó esperando su respuesta.

—Estamos yendo un poco lejos, ¿no? —protestó ella viendo que llevaban más de quince minutos en el coche, y Chedey se encogió de hombros.

—Te estoy llevando a un terreno que tiene mi padre en La Geria. Es un lugar muy tranquilo, sé que te gustará.

El mensaje saliendo, en la carpeta de enviados: «Te echo de menos». Braulio lo había recibido, pero no le había contestado. La carretera casi vacía, nada que ver con la avenida de las Palmeras. Su madre le había contado que seguía lloviendo en Sevilla; en Lanzarote, en cambio, casi se podía estar en manga corta.

—¿La Geria? —le preguntó Claudia al cabo de unos segundos.

—La Geria es la zona agrícola de Lanzarote, donde cultivamos la uva. Mi padre tiene una parcela pequeñita con viñas.

Claudia sin dejar de mirar el teléfono y Chedey dándose cuenta de ello.

—Quiero que la veas. La Geria es única, especial; es mi parte favorita de la isla, es como si estuvieras en otro mundo. Los viñedos se cultivan aquí de forma distinta al resto de los sitios que hayas visto: como el suelo está cubierto de picón, tenemos que cavar hasta llegar a la tierra fértil; allí se plantan las viñas en hoyos grandes en forma de cono y luego se cubre con piedras volcánicas que actúan como aislante y mantienen la planta a una temperatura constante.

La joven tratando de hacerse una idea en la cabeza mientras el Ford Ka tomaba otra curva, esta un poco más rápido de la cuenta, haciéndolo casi derrapar.

—¡Ten cuidado, que estás loco!

Chedey mostrando su espectacular sonrisa, agarrando el volante; ella observando los músculos de sus brazos, firmes, fuertes, sensuales.

—Cuando te pones a hablar de Lanzarote pareces un guía turístico —bromeó Claudia tratando de entablar de nuevo conversación.

—Me gusta mi tierra —confesó él—. No lo puedo evitar. Como buen conejero me siento orgulloso de mi isla.

Claudia arrugó el entrecejo como si la frase le hubiera sonado demasiado autonómica.

—Si no te critico —aclaró—. Me gusta que me expliques las cosas y que me enseñes rincones perdidos.

Chedey observando sus ojos castaños, su melena morena, tratando de mantener la calma ante su aroma de azahar.

—El paisaje de La Geria es precioso, ya lo verás. Para proteger las uvas del viento se las rodea con un muro de piedra, medias lunas volcánicas.

Claudia rascándose la cabeza.

—Parece muchísimo trabajo. ¿Compensa?

El enfermero sonriendo como si hubiera dado con el quid de la cuestión.

—Mi padre lo hace por tradición y para sacar unos cuantos litros de vino para casa, sinceramente, es demasiado trabajo para el precio al que pagan las uvas después en las bodegas.

La joven pensando en el titánico esfuerzo que debía costar vendimiar en un paraje como el que él había descrito: subir y bajar a las viñas cargado con el peso de las uvas, con los pies hundidos en el picón.

—Pero las bodegas tampoco se forran —continuó él—. El precio de las botellas no es muy elevado. Los que se llevan los beneficios son los restaurantes que las compran a siete u ocho euros y las venden a quince o veinte, pero claro, ellos también tienen que pagar el alquiler del local, unos cinco mil o seis mil euros al mes, y el propietario a su vez, de lo que recibe, casi todo lo tiene que dar al banco para devolver el préstamo que pidió para financiar la compra. Así que la conclusión es que mi padre se levanta a las seis de la mañana en vendimia y quien se lleva el dinero es el banco.

Claudia observándolo entretenida mientras el coche aceleraba en la oscuridad de la noche.

—Si no fuera por las subvenciones que dan para mantener este tipo de cultivo, dudo mucho que la mitad de los agricultores siguieran teniendo las tierras en activo. De todos modos, cada vez hay menos. La mayoría de los viticultores son señores muy mayores como mi padre. Las nuevas generaciones pensamos que es demasiado trabajo para el beneficio que reporta, pero para ellos es una forma de vida. A mi padre le gusta, le apasiona bajar de vez en cuando al terreno para mimar sus uvas.

La joven pensando en todo lo que acababa de argumentar con el móvil todavía en la mano.

—Míralo desde el otro punto de vista —le sugirió ella—: si el del banco no le hubiera concedido el préstamo al propietario del local, este no podría habérselo alquilado al dueño del restaurante y no le habría comprado el vino a la bodega. Si no llega a ser por el banco, tu padre no tendría a quien venderle las uvas; cada uno cumple su función.

Chedey hizo una mueca de desaprobación, pero no hizo ningún comentario. No conocía lo suficiente a Claudia como para saber cuáles eran sus ideologías políticas, y estaba claro que eran diferentes a las suyas. No quería empezar una discusión sin sentido que estropeara ese momento.

—¿Has dicho que vendimiáis en agosto? —preguntó curiosa.

—La primera vendimia de Europa es en Lanzarote. Por nuestro clima, las uvas maduran antes. Suele ser en agosto y, a veces, incluso se adelanta a finales de julio.

El móvil vibrando, mensaje de Braulio: «Estoy con Carmen preparando la reunión de mañana, luego te llamo».

TREINTA Y UNO

El viento soplando y los dos jóvenes andando por un camino de piedras. Claudia maldiciendo llevar tacones. Por una vez tendría que haber pasado de los sermones de su madre y ponerse zapatillas, pero tampoco sabía a dónde iban cuando salió del hotel. La oscuridad absoluta, ni una luz en kilómetros a la redonda, el coche aparcado en el arcén de la carretera, el campo ciego, cubierto de picón, un manto ennegrecido que lo tapaba todo, colinas plagadas de hoyos y medias lunas de piedra. Era el paisaje más extraño que había visto en su vida, a la luz del día tenía que ser grandioso.

—Parece la luna —comentó Claudia en un susurro sin salir de su asombro mientras trataba de sacar, sacudiendo el pie, una piedra que le había metido en el zapato—. No me extraña que mi hermano dijese que es una isla mágica. Es el lugar ideal para desterrar a los dragones que se han portado mal, para enviar a un príncipe sin recuerdos, para descubrir el amor.

Chedey sonrió y, bajo la luz de las estrellas, su sonrisa parecía más espectacular que nunca.

—Te dije que te iba a encantar. Un poco más adelante está el cobertizo que construyó mi padre. Está en un hueco, no se ve desde la carretera.

Los dos caminando lentamente, él girándose de vez en cuando para comprobar que ella iba bien, divirtiéndose al observar cómo sus tacones se hundían a cada paso, pero Claudia no protestaba. Su melena morena era del color de la noche y sus ojos castaños irradiaban una luz especial.

—¿Y a qué vamos al cobertizo? —le preguntó ella curiosa.

—Tengo que coger una cosa, no seas impaciente.

Los dos avanzando en silencio, la joven detrás de él intentando no perder el equilibrio, observando cómo Chedey caminaba con su pantalón vaquero ajustado y su polo azul marino. Estaba guapo, muy guapo. Sin poderlo evitar empezó a fantasear con el cuerpo que había bajo esa ropa, imaginando su espalda, sus piernas, su trasero y, antes de darse cuenta, las mariposas volvieron a eclosionar en su estómago e hicieron que casi se cayera al suelo.

—Dame la mano, anda —le pidió él entre risas—. Que te vas a caer y no tengo ganas de ejercer de enfermero.

Su mano cálida, su brazo moreno, Claudia dejándose arrastrar por él y preguntándose a cuántas chicas habría llevado a aquella cabaña, pero prefirió no preguntar, decidió quedarse callada aspirando todos los aromas del paisaje, sintiendo el calor de su piel.

«Claudia, frena, relájate».

La puerta del cobertizo se abrió con un gruñido. Era una estancia pequeña, de una sola habitación. Había una mesa, sillas de madera y una bombona de gas que hacía las funciones de hornillo. A la joven le sorprendió que al apretar el interruptor, una bombilla blanquecina iluminara la estancia.

—Tenemos un motor —le explicó él—. Va con gasolina, está fuera.

Chedey avanzó por la habitación y cogió una manta y algo del mueble que había al fondo del cobertizo. Claudia se quedó unos segundos observando las botellas de cristal que había acumuladas en una esquina. Sabía que eran para embotellar el vino que hacía su padre, pero por un segundo cerró los ojos y pensó que todas contenían sentimientos. Las vio brillar con luz propia, luz roja, el color de la pasión, y una mariposa se posó en su pelo y empezó a aletear enérgicamente.

TREINTA Y DOS

Claudia y Chedey tumbados en una manta, la luna contemplando a los dos humanos que se guarecían del viento en uno de los agujeros bañados de picón, unos sarmientos secos sobre sus cabezas, el muro de piedra coronándolos. Él con los ojos cerrados, escuchando el silencio, la quietud; ella observándolo, con la botella de vino abierta a sus pies y dos copas.

—Este es el sitio ideal para ver las estrellas —le había dicho él hacía un rato—. No hay luz, ninguna interferencia, su visión es clara, pura, no está contaminada.

Chedey le había servido una copa de vino y le había estado señalando las constelaciones. Claudia no sabía nada de astronomía, así que se dejó guiar por sus palabras sintiendo cómo el alcohol adormecía lentamente su lengua; su cabeza fue cediendo hasta terminar recostada en su hombro y completamente tendida en la manta.

Mariposas, mariposas que surgían de la nada revoloteaban sobre sus cabezas; sus alas multicolores se agitaban ocultando la visión de las estrellas; Claudia nerviosa, Claudia intranquila,

sintiendo cómo su corazón se aceleraba y deseando que él la rodeara con sus brazos, con ganas de sentir su piel.

«Mariposas contenidas, mariposas contenidas...».

—Recapitulemos —comenzó él de pronto sacándola de su ensimismamiento—. ¿Qué sabemos de Alba?

Claudia recordando los datos que le había contado en la conversación anterior. Le había estado relatando la historia de *La isla de los dragones dormidos* hasta que sus ojos almendrados se habían cerrado por completo. Pensaba que estaba dormido y por eso se exaltó cuando comenzó a hablar. ¿Se habría dado cuenta de que lo estaba mirando?

—Sabemos que es una mujer pelirroja, de tez pálida, que vive cerca del castillo de San Gabriel. Su casa se ve desde el Puente de las Bolas, así que el abanico de búsqueda es relativamente amplio.

Chedey trató de incorporarse, pero notó que la melena morena de Claudia estaba apoyada en su hombro y decidió permanecer quieto; el aroma de azahar invadió sus pulmones. Si el Cielo existía debía de ser un lugar muy parecido a ese momento.

—Una mujer pelirroja que de noche pasea sola y se baña en pelotas en mitad de Arrecife... —transcribió él pensando en voz alta—. Y está enferma, tiene una extraña enfermedad.

Claudia asintiendo, escuchando los latidos del corazón de Chedey, lentos, acompasados, mecidos por las olas.

El rostro de Alba inundando su cabeza, tratando de hacerse una composición mental de su cara, de su fisonomía, intentando construir a una mujer con el rostro tierno, suave, lívido, la cara del amor, con una piel pálida, casi translúcida, cubierta de pecas anaranjadas distribuidas aleatoriamente en un orden armonioso. Se la imaginó caminando por aquel monte, con sus sandalias de cuero y su vestido de lino blanco, con el viento desdibujando su melena rojiza, ojos azules, de hielo, la dama de la noche, espectro lunar.

—Lo único que se me ocurre es que Alba sea prostituta —confesó por fin el chico—. Es la única lógica que le veo a esta historia.

La joven levantándose de un golpe del suelo y mirándolo con los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Cómo puedes ser tan animal? —le recriminó molesta—. Te cuento una historia de amor que ha escrito mi hermano… ¿y solo se te ocurre pensar que ella es puta?

Chedey divertido al ver su reacción.

—¡Oye! ¡Que no he dicho que las prostitutas sean malas personas!

Claudia cogiendo la botella de vino y sirviéndose una copa para engañar un poco el frío, el enfermero agarrando la suya y pidiéndole que la rellenara.

—Tienes la santa manía de vulgarizarlo todo —continuó ella indignada.

Él sonrió mostrando su encantadora sonrisa, siendo consciente de que el problema principal era que había ensuciado el cuento de princesas que Claudia tenía en su cabeza.

—¡Vale! ¡No es prostituta! —contestó él sin poder reprimir la risa—. Es una chica encantadora a la que le gusta ver la luna reflejada en el mar, ¿mejor?

—Una chica con problemas —matizó Claudia.

—Problemática —puntualizó él.

El ceño de Claudia volvió a fruncirse.

—No es lo mismo una chica con problemas que una chica problemática, ¿vale?

Chedey volvió a reírse espantando sin querer a las mariposas que revoloteaban sobre su cabeza. Le hacía gracia ver la empatía que sentía por esa joven desconocida que únicamente conocía a través de las letras de su hermano.

—Solo estaba pensando en voz alta —se disculpó él sin poder evitar que sus palabras sonaran a burla—. Trataba de ayudar.

—¡Pues no ayudes tanto! Lo que tienes que pensar es si conoces a alguna Alba en Lanzarote que se adapte a esa descripción.

Chedey se rió de nuevo sin poder evitar volver a bromear sobre el tema.

—¿Una Alba prostituta?

Claudia le dio un largo sorbo a su copa de vino y abrió el bolso molesta buscando un cigarro.

—Prostituta no, pelirroja.

El chico se quedó un rato en silencio tratando de recordar a todas las Albas que había conocido en su vida: eran pocas, por no decir ninguna. No era un nombre muy común en las Islas Canarias. Observó cómo ella encendía el cigarro y le daba la primera calada. Era perfecta. Tenerla tan cerca le hacía ponerse nervioso, con aquel vestido marrón que hacía un contraste increíble con su piel y aquella rebeca oscura, del color de su melena, sus labios carnosos mojados en el zumo de la vid y esos ojos castaños, profundos, que parecían llenos de dudas.

—Conozco a una Alba, pero es gallega —confesó—. Es morena y acaba de tener un bebé. Dudo mucho de que sea ella, no se adecua nada al perfil y no le pega pasear sola por la noche.

Claudia asintió. Su mirada seguía cargada de mariposas que revoloteaban sin parar, algunas posadas en la parra, otras en su pelo, pero todas con las alas dirigidas hacia él, hacia sus ojos almendrados, hacia su sonrisa...

«No bebas más Claudia, no bebas».

—No sé cómo vamos a encontrarla... —comenzó de nuevo a hablar en voz alta haciéndole partícipe de su incertidumbre—. No tenemos ninguna pista clara... Quizá...

Chedey la miró a los ojos invitándola a continuar.

—¿Podrías consultar la base de datos del hospital? —le preguntó sabiendo que lo que acababa de pedir era como mínimo ilegal—. Si tiene una enfermedad tan rara ha tenido que

estar ingresada alguna vez, o por lo menos le han tenido que hacer pruebas.

La cara del chico dando muestras de desaprobación.

—Sabes que no puedo hacer algo así —le confirmó poniendo voz seria—. Los datos de los pacientes son confidenciales, es más, solo tengo acceso a las fichas de los pacientes que trato... Lo único que podría hacer es hablar con el doctor Ramírez.

Claudia se encogió de hombros preguntándole quién era.

—Es el dermatólogo que lleva más tiempo en el hospital. Si alguna vez una chica con una enfermedad en la piel tan extraña ha pasado por allí, directa o indirectamente, ha tenido que tratar con él.

La joven asintió viendo una luz al final del laberinto.

—Pero no te prometo nada... Solo le voy a preguntar.

Los dos en silencio, Chedey terminando su copa de vino y volviéndola a llenar, el viento llenando La Geria de sonidos, las estrellas brillando en el cielo, Claudia volviendo a tumbarse en la manta para resguardarse del frío y el joven poniéndose a su lado. Eran las nueve y media, no era tarde, pero en mitad de la nada parecía que era de madrugada. La oscuridad era absoluta, aunque sus retinas se habían acostumbrado a la ausencia de luz. Él aproximándose a ella, Claudia alejándose, sus pies descalzos sobre el picón, los tacones junto a las raíces de la cepa, las mariposas dormidas acomodadas en la manta, sus alas multicolores paradas, congeladas, esperando que uno de los dos se decidiera a dar un paso más, la joven mordiéndose una uña, él observándola, sus ojos mirándose sin decir nada pero pensando lo mismo, la tensión de un beso que tardaba en producirse pero que ambos anhelaban.

—¿Y tú? —preguntó de pronto el chico apartándole un mechón que le estaba cubriendo el rostro—. ¿Tú nunca has escrito como tu hermano?

Claudia agachando la mirada, recordando un capítulo de su pasado en el que no le gustaba pensar.

—No —mintió—. Bueno, sí...

Chedey acercándose más a ella, su polo azul tocando su rebeca negra, su vestido marrón temblando, las mariposas posándose en sus brazos, un coche pasando por la carretera intoxicándolo todo con su ruido y su luz. El enfermero se quedó un segundo pensativo porque tuvo la sensación de que el vehículo no había pasado de largo, sino que había aparcado, pero no le dio la mayor importancia.

—¿En qué quedamos? —insistió él—. ¿No o sí?

Claudia observando la uña que acababa de morderse, recordando las manos de Carmen, su manicura perfecta, su cuerpo escultural... Braulio no la había llamado, había comprobado dos veces el teléfono sin resultado y al final había terminado guardándolo en el bolso.

—Sí, hace cuatro o cinco años escribí algo, pero no era una novela, fue un ensayo.

El enfermero clavó su codo en el suelo y levantó la cabeza para verla bien. Claudia seguía tumbada, recostada en la manta. En sus ojos se veía que el alcohol había empezado a hacerle efecto, llevaba la rebeca desabrochada y el escote de su vestido, en esa postura, era de vértigo.

—¿Y de qué era si se puede saber? —le preguntó él intrigado sin poder evitar posar los ojos en sus pechos—. ¿Lo publicaste?

La chica agachó la mirada de nuevo, como si hablar de aquello no le gustara demasiado.

—Era un ensayo económico. Hablaba sobre la situación del mercado en ese momento y en él explicaba que iba a desembocar en una gran crisis, en la que nos encontramos ahora, adelanté lo que iba a pasar con el mercado inmobiliario, los bancos, la deuda externa...

Chedey volvió a recogerle el pelo, el viento se lo ponía en la cara y quería verla bien; cualquier excusa era buena para tocarla.

—¡Vaya! —exclamó entusiasmado—. ¡Una visionaria! Tuvo que ser un éxito, o por lo menos ahora.

—Sí, fue un éxito de ventas rotundo —confesó entristecida.

El joven tratando de analizar su rostro, de descubrir el motivo de su pena.

—Entonces... ¿cuál es el problema? —la interrogó finalmente.

Claudia pensando en aquellos meses, lo ilusionada que estaba con aquel proyecto al que le había dedicado más de dos años. Cuando salía de la oficina se sentaba delante del ordenador y se pasaba horas enteras escribiendo hasta bien entrada la madrugada. Era lo primero que hacía sola, independiente de su marido, algo suyo, solo suyo, y lo mimaba como si fuese su bebé, cuidando cada frase, confirmando los datos que iba a publicar una y otra vez...

—Cuando terminé el ensayo lo mandé a varias editoriales. Estuve buscando en internet durante semanas en cuál habría más posibilidad de que lo publicaran y les adjunté una carta de presentación de varios folios —empezó a contarle—. Los días pasaban sin obtener respuesta, meses; me llegaron dos o tres rechazando el libro y yo cada vez estaba más hundida. Había perdido la esperanza de que lo publicaran, pero al final, en abril me llegó un *email* de una editorial de Sevilla comunicándome que estaban interesados en él.

Una sombra misteriosa avanzando por el camino que llevaba al cobertizo, en silencio, agazapada, tratando de no hacer ruido al caminar, vigilada por la luna y las estrellas.

—La felicidad no pudo ser mayor. Estuve un día y medio flotando por la casa sin tocar el suelo. Estaba tan nerviosa que fui a comprarme un traje de chaqueta nuevo para dar buena imagen.

Chedey llenando de nuevo las copas de vino sin dejar de mirarla, animándola a continuar.

—Pero cuando llegó el día de la entrevista me puse muy nerviosa. Mis dudas me hicieron flaquear y me entró un miedo horrible de ir sola, así que le pedí a Braulio que me acompañara; tenerlo cerca siempre me da fuerzas y en aquella ocasión lo necesitaba más que nunca.

Claudia haciendo una pequeña parada para mojarse los labios con el zumo de la vid, el sabor aterciopelado del vino embriagando su lengua, el joven a su lado, acercándose cada vez más, dándole calor con su cuerpo.

—La entrevista salió bien, pero fue un auténtico desastre. Cuando llegamos a la editorial, el gerente no se lo podía creer. ¡El gran Braulio Balaguer estaba en su oficina y me eclipsó totalmente con su presencia! Pasé de ser la autora a la que iban a publicar a la simple esposa del economista de moda.

El enfermero observando cómo sus ojos se ensombrecían, cómo aquellos recuerdos la llenaban de frustración.

—Fue culpa mía, lo sé, tenía que haber ido sola, pero una vez más mi cobardía me hizo meter la pata. Evidentemente, la propuesta del editor fue clara: me sugirió que cambiáramos el nombre del autor del ensayo; comercialmente, me dijo, el libro tendría mucha más repercusión si iba firmado por mi marido.

Claudia jugueteando con los botones de su rebeca, la mano del joven buscando la suya mientras sus palabras eran arrastradas por el viento por todos los rincones de La Geria.

—Estuve dos días pensándomelo. Braulio me dijo que la decisión era mía, pero por miedo a que la editorial se echara para atrás terminé accediendo.

Los ojos de Chedey abiertos como platos.

—¿Publicaste tu ensayo como si lo hubiera escrito él? ¿Cómo te permitió tu marido hacerlo?

Claudia pensando en aquella conversación que mantuvieron con el editor. El gerente estaba entusiasmado, incluso llegó a insinuar que parecía escrito por él. A ella le habría gustado

defenderse, argumentar que muchas de las frases del ensayo parecían de Braulio porque ella llevaba años redactando sus discursos y sus intervenciones en los medios de comunicación. No era ella la que plagiaba, sino él, pero decidió quedarse callada esperando que su marido la defendiera. Sin embargo, no lo hizo; se limitó a decir que Claudia había hecho un buen trabajo y que le había dedicado muchas horas, no rechazó la propuesta inicial.

—Bueno... fue lo mejor... Lo cierto es que lo publicamos y en tres meses se había agotado la primera edición; hubo una segunda y una tercera... Llamaron a Braulio de todas las cadenas de televisión y, desde entonces, cada vez que hay un debate sobre la crisis lo invitan como si fuese el gurú que la predijo y al que no le hicieron caso... Sirvió para relanzar su carrera y terminar de coronarlo en la élite de los economistas de España.

La sombra agazapada detrás de un muro de piedra, observando a la pareja en silencio, sin hacer ruido, viendo cómo Chedey se aproximaba cada vez más a ella y Claudia se dejaba mimar.

—Pero... ¿y tú? ¡El mérito era tuyo!

La joven se encogió de hombros resignada.

—Estoy acostumbrada, siempre ha sido así: yo hago el trabajo de campo y él se lleva los méritos. Nunca me había importado, aunque confieso que con el libro, por primera vez, me hirió profundamente. Me sentí decepcionada porque era el primer proyecto que llevaba a cabo sola, y ver cómo triunfaba y que él se llevara de nuevo el reconocimiento... fue duro... Pero Braulio en casa me lo decía: «Que sepas que todo esto lo he conseguido gracias a ti», pero siempre en casa, nunca en los medios de comunicación.

Silencio. Los dos de nuevo tumbados en la manta, la botella de vino vacía a sus pies, la luna observando, Claudia con los ojos cerrados, adormecida por el alcohol, sus cuerpos pegados

sin tocarse, mariposas, cientos de mariposas revoloteando en el cielo, las estrellas jugando, la sombra escondida, espiando, la respiración de los dragones dormidos agitando las hojas de la vid.

—¿Duermes? —le preguntó él, y Claudia abrió los ojos perezosa dándose cuenta de que Chedey la estaba mirando de cerca, muy cerca, quizá demasiado.

—Perdona——se disculpó—. No me he dado cuenta... ¿Es muy tarde?

Chedey apartándole de nuevo el mechón que cubría su rostro, atreviéndose a acariciarle la mejilla, el olor a azahar mezclado con el del vino, su corazón acelerado, deseando inclinarse y besar sus labios.

—No, todavía es temprano —mintió él sabiendo que eran casi las once de la noche.

Claudia remolona, deseando volver a cerrar los ojos, abrazando sin darse cuenta su pecho, pegada a él, con la cabeza recostada en su hombro. El joven que gira el cuello y sus miradas se encuentran a pocos centímetros de distancia, las mariposas eclosionando de nuevo en su estómago, batiendo las alas exaltadas.

—Deberíamos irnos ya —dijo la chica tratando de huir de las tentaciones, aunque nada le apetecía más que quedarse en aquella manta abrazada al enfermero.

—No —negó él, y sin darse cuenta de lo que hacía, agarró la mano de la chica y la obligó a acercarse un poco más a su cuerpo.

Claudia atrapada, Claudia rendida, su cabeza embotada por el alcohol, las mariposas revoloteando sobre las raíces secas de la vid, el rostro de Alba surcando el cielo con su hermano agarrado del brazo, sentimientos embotellados y el suspiro de un dragón que añoraba a su amada que había dejado en el país de los cuentos, los músculos de Chedey, su pierna rozando su

pantalón vaquero, sus pestañas negras, largas, oscuras como el picón y el deseo, sus labios jugosos, sus ojos almendrados devorándola por segundos...

—¿No?

Los centímetros se acortaban y su polo azul se inclinó sobre su rebeca negra. La sombra escondida se estremeció tras su refugio de piedra, su hermano —en el hospital— sonrió como un acto reflejo, las mariposas invadieron el refugio circular sin dejar espacio a que se tocaran, la luna contenta y las estrellas enfocando la escena con sus destellos.

—Claudia, me gustas mucho —confesó con sus labios casi rozando los suyos.

—Y tú a mí —trató de decir ella, pero sus palabras fueron silenciadas por un largo beso que hizo que la viña floreciera y sus tallos volvieran a recuperar el color verdoso que la falta de agua les había negado.

TREINTA Y TRES

Los dos en silencio recorriendo el camino en dirección al coche, Claudia retrasándose a propósito un par de metros. No podía mirarlo a la cara. El sentimiento de culpa se había agarrado a su espalda en mitad de aquel beso y la había obligado a parar. La alianza en su dedo ardía, parecía que el oro se había transformado en un hierro incandescente que hería su piel, los efectos del alcohol, de la angustia, sus ojos se habían asustado y Chedey se había dado cuenta; las mariposas habían huido despavoridas, la luna se había tapado los ojos, las estrellas habían apagado su luz.

Sentimientos embotellados, mariposas contenidas, el deseo de lanzarse a su cuello retenido por el sentimiento de culpa, el recuerdo de Braulio en su mente, la cara de su madre diciéndole que aquello no estaba bien, los dragones dormidos rugiendo, expulsando su aliento de azufre por la boca, sus zapatos enterrados en el picón, Chedey distante, sin querer molestarla, dejándola pensar, sintiendo cómo sus anhelos se desintegraban, pensando que se había equivocado, que no tenía que haber forzado esa situación.

Al llegar al coche, Chedey notó que algo no iba bien: el vehículo seguía donde lo había aparcado, pero parecía diferente. Tardó unos segundos en darse cuenta y no pudo evitar lanzar un exabrupto.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Me cago en la hostia!

La rueda delantera del vehículo estaba desinflada, el enfermero fue corriendo a revisarla y se dio cuenta de que estaba rota. Mientras estaban en el hoyo alguien se la había rajado.

Claudia en la distancia observando la escena y mirando fijamente el parabrisas del coche, su ceño fruncido.

—¿Chinija? —preguntó de pronto—. ¿Qué significa eso?

Chedey furioso, tratando de pensar qué había ocurrido. Comprobó que la puerta no estaba forzada y se levantó del suelo. No habían tratado de robarle, solo le habían rajado la rueda. Miró a Claudia, que seguía con el ceño fruncido señalando al cristal del coche.

*«*Hijo de puta, olvídate de ver a la chinija*»,* habían escrito con carmín rojo chillón en el parabrisas. El enfermero, de un plumazo, descubrió lo que había sucedido.

—Significa 'niña' —contestó tratando de analizar el efecto de las palabras en su rostro—. Mi hija.

TREINTA Y CUATRO

El Ford Ka pasó por la rotonda del Monumento del Campesino lentamente. La escultura blanca, erguida como un peñón, los observó pasar. Chedey, sin articular palabra, volvió a mirarla; le pareció ver una pequeña lágrima asomándose a su mejilla. Era tarde, casi la una de la mañana, y la luna bostezaba acompañada de las estrellas.

—¿No vas a preguntarme nada? —dijo por fin el joven saliendo de su mutismo.

Claudia, sin mirarlo, negó con la cabeza. Su mente seguía perdida en un mar de pensamientos que se agitaban con la negrura de la noche.

—¿En serio? —insistió él preocupado.

La sevillana se giró y sus profundos ojos castaños lo miraron llenos de decepción.

—No necesito saber nada más —se limitó a contestar.

El trayecto lo habían hecho en silencio. Ninguno de los dos se había atrevido a abrir la boca; Claudia ausente, inmóvil, petrificada, sin ser capaz de pensar, sin reaccionar. Estaba así desde que Chedey se puso a cambiar la rueda en La Geria.

Observó en silencio cómo sus manos, que antes la acariciaban, usaban el gato y se llenaban de grasa, y se dio cuenta de que ella se sentía así, manchada, vejada.

«Eres una estúpida. ¿En qué pensabas? ¿No te das cuenta de que has estado haciendo el ridículo?».

El coche volvió a coger velocidad en dirección a Costa Teguise: campos oscuros sin hierbas ni cultivos rodeando su descenso, Chedey tratando de tocarla y ella rechazándolo con actitud arisca. ¡Cuántos kilómetros los separaban en ese momento! ¿Cómo se había abierto ese abismo tan rápido?

—Te mentí, es verdad —confesó tratando de justificarse—. Cuando tu madre me preguntó por la silla del bebé, dije que era de mi hermano, pero no tengo hermanos.

Restos de la pintada en el parabrisas, carmín rojo, mentiras teñidas de buenas intenciones.

—Me dio miedo decir la verdad en ese momento —continuó—. Me gustabas. ¡Me gustas! Y no quería darte más motivos para que salieras huyendo, quería acercarme a ti, conocerte un poco más.

«Me gustas... Me gustas... ¿Qué significa eso exactamente?».

Avergonzada, abochornada, espantando las mariposas a cañonazos, aleteos furiosos que se escapaban por la ventanilla bajada del coche, mirada triste, manchada de humillación, se sentía ridícula, como si desde el principio Chedey hubiera estado jugando con ella y le hubiera costado demasiado tiempo darse cuenta.

«Me gustas mucho... Me gustas mucho... ¿A cuántas en tu situación se lo habrá dicho? ¿Qué eres? ¿La conquista de esta semana? ¿La última a la que lleva a ver las estrellas a La Geria? ¿De verdad te creías especial? ¿Creías que estabas viviendo algo mágico y único? Ilusa. Eres boba, tonta».

No podía mirarlo. Estaba más dolida consigo misma que con él ¡porque la culpa era de ella! ¿En qué estaba pensando?

¿A qué jugaba? ¡Lo había besado! ¡Besado! Y ella estaba casada. ¿En qué posición dejaba a Braulio todo aquello? ¿Qué pretendía conseguir?

—Perdona por lo de antes —comenzó a decir la chica como respuesta—. No debería haber pasado.

Chedey enarcó las cejas y puso el intermitente a la derecha.

—¿Lo de antes? —le preguntó sin saber muy bien a lo que se estaba refiriendo.

Claudia lo miró fijamente, como si quisiera que lo que iba a decir le quedara muy claro y no hubiera lugar a dudas.

—El beso —le contestó.

El enfermero contrariado, sus ilusiones se desvanecían por completo, un paso para adelante y cien para atrás. Parecía que la magia que los había acompañado a La Geria se había evaporado de repente.

—Claudia, a ti te apetecía tanto como a mí, podía notarlo.

La joven intentado que su rostro no mostrara su lucha interior, tratando de quitarle importancia a un acto que para ella había significado mucho, una trasgresión. Se había atrevido a cruzar una línea que tenía prohibida, había actuado de una manera que contradecía su forma de ser.

—Estaba dormida, había bebido —empezó a articular a modo de excusa tratando de sonar convincente—. No suelo hacer esas cosas, así que mejor olvídalo, no ha pasado nada.

Braulio... Braulio... Aquel primer beso robado en el portal de su casa, sus citas en el restaurante italiano de los Remedios, la forma en que la miraba, sus paseos por el parque de María Luisa... ¿Cómo había sido capaz de traicionarlo? ¿En qué pensaba cuando se dejó besar por el enfermero?

Confusa, perdida, su raciocinio empañado por *La isla de los dragones dormidos*, por la historia de amor de Alba y Daniel, por su complicidad, por su ternura... Le había hecho recordar todas las cosas que habían desaparecido en su matrimonio, añorar

sentirse querida, amada, deseada... Las malditas mariposas y los sentimientos embotellados. ¿No era ya mayor para saber que el amor era otra cosa? Los cuentos de hadas no existen y el «comieron perdices» solamente significa que la estabilidad y la monotonía se instalaron en su vida y que, a veces, cuando la princesa mira al príncipe azul, también duda de si queda algo de ese amor que sintió en el primer momento. ¡Pero eso es el matrimonio! ¡Convivencia! ¡Compañerismo! ¿Tampoco quedaba eso en su relación con Braulio?

¿Qué estaba pasando? ¿Qué sucedía? Ella no era así; ella era blanca, pura, y vivía en su castillo de marfil. ¿Cómo se había dejado seducir por un desconocido?

Tres días. ¡Tres días le habían bastado al enfermero para echar su compromiso de fidelidad por la borda! No se trataba de un beso, sino del hecho de haberse dejado besar. Ella estaba casada, comprometida... Hubiera sexo o no, era una falta a ese acuerdo, a la confianza que Braulio había depositado en ella. ¿Por qué se había dejado llevar? ¿Qué le había hecho Chedey? ¿Así luchaba ella por salvar su matrimonio? ¿O es que simplemente no quedaba nada que salvar?

Braulio... Braulio... Sus ojos rígidos, pelo engominado, su frialdad, sus silencios, sus ausencias... ¿Estaban a tiempo de recuperar lo que habían perdido? ¿De volver a ser lo que fueron? Definitivamente, si había esperanzas, su actitud aquella noche no había servido para lograrlo, sino todo lo contrario.

Y Chedey... ¿Qué significaba el enfermero para ella? ¿Por qué las mariposas eclosionaban en su estómago cuando la rozaba? ¿Por qué se estremecía cuando lo tenía muy cerca?

El enfermero la había mentido, le había ocultado que tenía una hija, pero... ¿y ella? ¿Acaso ella había sido más honesta? ¿A qué jugaban? Él a seducirla y ella a dejarse seducir, pero... ¿iba a dejar a su marido? ¿Se lo había planteado? ¡No! ¿Entonces...? ¿Quién mentía a quién?

«Mariposas contenidas... Mariposas contenidas... ¡Písalas! ¡Aplástalas!».

Chedey había traicionado su confianza. Ella le había abierto su corazón, sus más íntimos secretos y él no había sido sincero. Todo aquello le dolía, pero el origen de su tristeza en ese momento no era esa mentira, sino la sensación de haber traicionado a su marido, de haberle fallado y haberlo hecho por alguien que no valía la pena, que había jugado con ella; se había aprovechado de que pasaba por un mal momento para tratar de confundirla. ¡Y ella había sido tan estúpida que había estado a punto de caer! ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Claudia deseaba que todo aquello acabara, zanjar las cosas, aclarar las ideas y volver a ser la mujer que era antes de conocerlo, olvidarse de mariposas, dragones dormidos y demás fantasías.

«Sentimientos embotellados... Sentimientos embotellados... ¡Para ya de enjaular estupideces!».

—¿Cómo quieres que olvide el beso si todavía estoy temblando?

Claudia esquivándole la mirada, observando su reflejo en el espejo retrovisor; sus ojos almendrados de color incierto parecían empañados.

—Olvídalo, y además te recuerdo que me has mentido —repitió con voz dolida para hacerlo entrar en razón.

Chedey cabreado sin poder quitarse a Raisa de la cabeza, las palabras que no había podido borrar del parabrisas grabadas en su pecho, asfixiándolo. Parecía que todas las mujeres de su alrededor se habían confabulado aquella noche para hacerle perder los nervios. Su mano tintineando en el volante, su pie apretando el acelerador.

—Lo reconozco: te he mentido, pero lo hice porque me gustas —insistió atormentado.

«¿Te he mentido porque me gustas? ¿Qué gilipollez es esa? ¿Acaso cree que eres boba? No le hagas caso, no lo escuches...

Trata de recoger la poca dignidad que te queda. No caigas en su trampa».

—¡No digas tonterías! —exclamó molesta intentando que la conversación no siguiera por ese camino—. Apenas me conoces.

El enfermero se giró y por primera vez desde que se montaron en el coche, sus miradas se reencontraron.

—Te conozco del tiempo suficiente para saber que nunca había sentido esto.

Claudia abrochándose la rebeca, sin querer hablar, sin querer contestar, huyendo de esos ojos que la interrogaban, tratando de contener las mariposas, embotellar sentimientos, no escuchar la respiración de los dragones dormidos.

Braulio... Su traje gris, su corbata y su maletín de cuero.

Ganas de llorar, de abrir la puerta del coche y lanzarse en marcha a la carretera, escaparse, ¡huir! Pero su situación era tan absurda que tenía que aguantarse hasta que llegaran al hotel. No podía pedirle que la dejara en el arcén y esperar a que pasara un taxi en aquel territorio desolado.

Se sentía mal, necesitaba hablar con alguien, pero aquellos sentimientos no podía compartirlos con Braulio ¡y mucho menos con su madre! Seguro que Elvira pondría el grito en el cielo… Ella que era tan correcta ni tan amiga de las apariencias... ¿Cómo le iba a confesar lo cerca que había estado del adulterio? ¡Con lo que su madre quería a Braulio! Con el único que podría hablar de todo aquello era con Dani... Dani... Su hermano, que permanecía tumbado en la cama de aquel hospital. ¡Se daba cuenta de nuevo de cuánto lo necesitaba! Aunque se hubiesen distanciado, él siempre estaba ahí, era al único al que podía recurrir cuando le pasaba algo realmente grave.

Cuando eran pequeños y jugaban con sus amigos, a ella siempre le tocaba ser la princesa a la que secuestraban. Lo pasaba mal porque la encerraban en una caja de cartón, sola y

a oscuras, pero en el fondo estaba tranquila; sabía que al final siempre llegaría Dani con su espada de madera para rescatarla. ¿Quién iba a salvarla ahora? ¿Quién la sacaría de ese lío en la que ella sola se había metido?

«¿Ves como no eres capaz de hacer nada por ti misma? ¿De qué te sirve hacerte la fuerte? Te dejan unos días en Lanzarote, sin tu marido para apoyarte, ¿y cómo acabas? Llorando en un coche porque te has portado como una tonta».

Su conciencia tenía la voz de Braulio cuando era duro con ella, cuando le hablaba como un padre ¡Qué ironía que precisamente en esos momentos fuera su voz la que escuchara! El sentimiento de culpa, ese cruel enano que colgaba de su espalda, podía ser muy sádico y usar las artimañas más sucias.

La carretera recta, Arrecife al final, el Gran Hotel presidiendo el paisaje, el mar oscuro como telón de fondo, la luna reflejada en sus aguas.

—Y me da igual que lo digas o que te calles —continuó él—. Sé que la chica que estaba conmigo tumbada en aquella manta sentía lo mismo que yo, pero no tiene el valor suficiente para reconocerlo.

«¿Pero de qué habla este loco? Claudia... no lo escuches... no le hagas caso... ¿Acaso alguien se puede enamorar en tan poco tiempo?».

El Ford Ka abandonando la circunvalación, dirección Costa Teguise, las luces fluorescentes del hotel en la lejanía, los dos callados, en silencio, como si hubiesen confesado demasiadas cosas esa noche, Claudia mordiéndose las uñas, el móvil apagado en el bolso.

—¿Estás casado? —le preguntó de pronto sin poder contener por más tiempo las dudas.

El enfermero puso cara desencajada como si acabara de decir una estupidez.

—¡No! —exclamó alarmado—. Raisa y yo nunca estuvimos juntos, Patricia fue un accidente.

—¿Patricia?

—Mi hija.

Claudia tratando de imaginarse a la niña; no sabía qué edad tenía, pero tampoco quería averiguarlo. ¿Cómo podía decir que había sido un accidente? ¿Qué clase de infortunio era ese? ¡Los niños no aparecen de la nada! ¿Cómo podía hablar en esos términos? ¿Realmente lo conocía o se había hecho una imagen infundada y sobrevalorada de él en su cabeza? ¿Ese era el verdadero Chedey? ¿El que tiene hijas por accidente?

—Mira... no quiero saber nada más... —le cortó de pronto en un arranque de sinceridad y enfado—. Esto no debería haber pasado nunca... ¡Estamos hablando tonterías! Tú no sientes nada, yo no siento nada. ¡Y estoy casada! ¡Casada! Y aunque lo sintiera, no lo puedo hacer. ¡Y tú tienes una hija! Sea por accidente o no, tienes familia, y está claro que a la madre lo que hagas, le importa. ¡Y tienes responsabilidades! Así que olvida ese beso y lo que ha sucedido esta noche.

El coche pasando junto a la desaladora, grandes columnas de humo saliendo de las chimeneas, los pulmones encharcados, los vellos de punta, Claudia poniéndose una armadura para tratar de proteger su corazón herido, el de Chedey atravesado, sus palabras eran finas dagas que lo agujereaban y casi no le permitían sostener el volante.

—No lo voy a olvidar —se limitó a contestar él, pero, aunque buscaba su mirada, ella le rehuía.

—No se volverá a repetir —insistió Claudia—. ¡Tenlo claro! Soy la primera que debería haber cortado esto a tiempo.

«¿Cortado qué? ¿De qué estás hablando, Claudia?».

—No se puede poner punto y final a lo que todavía no ha empezado.

El coche aparcado en la puerta del hotel, Claudia abriendo la puerta y él tratando de retenerla. La una y media, demasiado tarde para un paseo, demasiado pronto para una historia de amor, el viento agitando su melena morena, el recuerdo del beso aleteando en su frente.

—Chedey, hemos dicho muchas tonterías en el coche, será por el alcohol o por la hora que es, pero no deberíamos haberlas pronunciado.

El joven cogiéndola de la mano, impidiendo que se marchara, deseando que entrara de nuevo para estrecharla entre sus brazos.

—Yo no estoy borracho y te aseguro que esta vez no miento. Todo lo que te he dicho es verdad, me gustaría seguir conociéndote.

La puerta del hotel detrás de ella, enfrente, unos ojos almendrados que le pedían un último beso.

Dudas, marejadas, el rumor de las olas y ese viento que hacía que su melena se enredara más que su pensamiento, sentimientos encontrados, sensaciones nuevas a las que no sabía cómo enfrentarse, deseos de entrar en el coche y de salir huyendo, complicarse la vida o dejarla tal y como estaba, darse una oportunidad de vivir algo diferente o actuar correctamente...

«Claudia, Claudia, Claudia... no seas ilusa... Aunque lo amaras, no serías capaz de hacer algo así».

—Estoy casada, Chedey —le contestó sabiendo que con eso dejaba clara su postura—. A partir de ahora, se terminaron los paseos. —Chedey expectante, sin querer protestar ni interrumpirla, pero dando muestras de que no estaba de acuerdo con lo que le decía—. Nos limitaremos a hablar de Dani y de su evolución, y si descubres algo de Alba, mándame un mensaje, que tienes mi teléfono.

«Muy bien, muy bien... Por fin empiezas a arreglar las cosas... Que no note que estás dolida... Que no piense que sientes algo por él».

TREINTA Y CINCO

La campana

—El castillo de San Gabriel se construyó en 1573 para proteger la ciudad de una posible invasión por mar —comenzó a narrar el joven príncipe como si él mismo hubiera estado presente en aquella época—. Y no iban muy desencaminados: en 1586 se produjo el ataque de los piratas y un tal Morato Arráez se apoderó de la fortaleza y la incendió.

Alba con la mirada perdida entre las murallas del castillo y sin dejar de sonreír, su piel pálida parecía esa noche más translúcida, aunque fuese imposible, sus labios almibarados sonreían mientras él le contaba la historia y no quiso interrumpirlo, aunque ya se la sabía.

—Fue un ingeniero italiano llamado Leonardo Torriani el que lo reconstruyó con el aspecto que conocemos ahora —prosiguió—. Y la campana que ves allí arriba fue donada por fray Juan de San Francisco, prior del convento de Miraflores de Teguise.

La chica, que había tratado de contener la risa todo el tiempo, no pudo evitarlo más y rompió en una sonora carcajada que hizo que el príncipe enarcara la cejas preocupado.

—¿Qué pasa? —le preguntó molesto.

Alba se tapó la boca para tratar de reprimirse, pero la risa se le escapaba entre los dedos.

—Te traes muy bien aprendida la lección —exclamó por fin sin poder parar de reír.

El joven príncipe sintió cómo sus mejillas se ruborizaban y agachó la cabeza molesto; no le gustaba que se metiera con él.

—He estado estudiando un poco —confesó mientras observaba cómo las pecas de sus mejillas se agitaban con su carcajada.

—Muy bien, muy bien —continuó bromeando Alba—. ¿Eso es lo que haces cuando quieres impresionar a una chica? ¿Pasarte unas horas en internet y luego soltar cuatro datos históricos?

Daniel volvió a sonrojarse. Era como si la joven lo hubiera visto esa misma tarde en su casa buscando datos del castillo de San Gabriel en la red.

—Conmigo lo vas a tener un poco más complicado —le riñó ella entre risas—. Soy un poco enrevesada.

El príncipe le dio un puntapié a una piedra que terminó rebotando en la muralla.

—Pero no te preocupes —le pidió ella tratando de ser más amable—. Lo estás haciendo muy bien, por ahora me tienes encantada.

El chico la miró y observó cómo sus labios le sonreían. Era tan duro tenerla al lado y no poder tocarla… Se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos y sentía que ella deseaba lo mismo, pero saber que si lo hacía la heriría lo frenaba. Lo que menos quería en ese mundo era hacerle daño; se moriría de pensar que la había herido.

«Búscala, busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños».

Se quedaron en silencio, observándose unos segundos. Sus ojos se atravesaron y ese beso que no podían darse se produjo en su imaginación. Ambos sabían lo que pensaba el otro y fue un instante mágico y dulce que se rompió por un suspiro que salió de su boca.

—Te mereces que te besen cada minuto, cada instante, cada segundo —le susurró él con la mirada cargada de ternura, acercándose tanto a su oído que casi podía rozarla, y ella sonrió y dejó que el viento arrastrara sus anhelos.

El joven príncipe casi podía asegurar que su espectro lunar se había ruborizado. Un cosquilleo extraño había recorrido su piel, y sus mejillas perdieron su lividez y se encarnaron levemente.

—Mira allí —le pidió Alba tratando de ocultar su sonrojo—. ¿La ves?

Los ojos de Daniel se giraron en la dirección que señalaba su dedo, la parte alta del castillo. La minúscula campana que colgaba encima de la fortaleza era tan pequeña que, si no fuera por las luces amarillentas de los focos, sería prácticamente imperceptible.

—Sí —asintió él sin saber muy bien lo que quería decirle.

—Si algún día me necesitas y no he venido —le dijo ella—, toca la campana. La puedo oír desde mi casa y vendré a ti corriendo.

TREINTA Y SEIS

El Ford Ka aparcado bajo la luz amarillenta de una farola, un gato silencioso jugando con las bolsas de basura que alguien había dejado olvidadas en la acera, gritos en mitad de la noche, una pareja que discute en el salón de un apartamento, los reproches de una mujer desesperada, Chedey agitando los brazos furioso, cabreado por la amenaza que Raisa le había dejado en el coche, ella con los ojos llenos de lágrimas tratando de hacerle comprender cómo se sentía y él sin querer escucharla.

—Estás loca Raisa, se te va el baifo —repetía una y otra vez—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso? ¡Seguirme y rajarme las ruedas! ¡Estás loca! ¡Loca!

Raisa, con su pijama de Hello Kitty y el rostro sin maquillar, con sus zapatillas rosas y calcetines naranjas, sentada en el sofá, abrazada a un cojín de Bob Esponja, intentando contener el llanto, hablar, gesticular.

—No te seguí —confesó entre lágrimas—. Sabía que estarías allí. La llevaste al mismo sitio donde fuiste conmigo la primera vez, únicamente fui para comprobarlo. Me pasé todo

el camino diciéndome a mí misma que no serías capaz, que no estarías en el campo de tu padre, pero allí estaba el coche, aparcado en el arcén, y ustedes tumbados donde solías ponerte conmigo. ¿Cómo quieres que me sienta?

La televisión encendida, un programa de cotilleos invadiendo la habitación, un juguete de Patricia en el suelo, olor a pollo frito, los platos sin fregar en la cocina junto al grifo que goteaba incansablemente.

—¿Y qué pretendías comprobar, Raisa? ¿Qué querías? —insistió él enojado—. ¿Acaso no tengo derecho a ir dónde me plazca y con quién quiera? ¿Tengo que darte explicaciones? Entre tú y yo no hay nada, ¿comprendes? Solo una hija a la que quiero con locura, pero a ti… Contigo no me une nada… No siento nada por ti y estoy cansado de repetírtelo una y otra vez.

Los ojos oscuros de la joven derritiéndose en lágrimas, sus uñas clavadas en el cojín, observando al hombre que más había amado en su vida, recordando sus besos, sus caricias, como la hacía sentir cuando estaba con ella.

Chedey de pie en mitad del salón, con aquellos vaqueros que ella le había regalado. ¡Encima eso! Intratable, infranqueable, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, tratando de contenerse, de calmarse, pensando en la niña que ambos tenían en común.

—Cuando te colaste entre mis sábanas el mes pasado no decías lo mismo —le reprochó ella con la voz plagada de pena.

Imágenes de aquella noche flotando en el techo, la última vez que habían hecho el amor, cómo sus ojos aterciopelados la acariciaban mientras sus manos se perdían entre sus muslos. Sus brazos, sus arrumacos, sus carantoñas... su cuerpo desnudo agitándose sobre ella, besando sus pechos, lamiendo su risa, fundiéndose en jadeos mientras el viento gritaba su nombre. Felicidad, entrega, locura... Raisa devorada por su sueño, gimiendo, siendo consciente de que al acabar tendría que abrir

los ojos y todo volvería a ser como siempre, pero durante ese rato, Chedey era suyo y nada ni nadie podía separarlos, aunque fuese mentira, incierto, aunque sus «te quiero» susurrados al oído fuesen provocados por la excitación y aun así sonaran extraños.

—Sé que no debí acostarme contigo —confesó avergonzado, reconociendo su culpa—. Fue una equivocación, admito que no he sido muy claro contigo.

Una equivocación, una equivocación... ¡Cómo le dolía escuchar que el recuerdo que atesoraba entre algodones para él era un error! Ella pensaba que si mimaba aquel momento, de esa pequeña semilla germinaría una planta, y de ella brotaría un árbol grande y robusto... Esperanzas... Ilusiones... Desear que los sentimientos de Chedey cambiaran, que al mirarla la viera como ella lo veía a él. Tan cercanos, tan distantes...

—No puedes venir a mi casa y jugar conmigo —se defendió la enfermera dolida—. No puedes echarme un polvo cada vez que te entre un calentón y pedirme que no me ilusione. Dices que no me quieres, pero vuelves a caer. Si son equivocaciones, muchos errores has cometido para estar tan seguro de que no me amas lo más mínimo.

El joven abochornado, siendo consciente de que su actitud los últimos meses no había sido la más correcta. Desde que nació Patricia pasaba muchas noches por su apartamento. Raisa siempre intentaba liarlo y él algunas veces se había dejado engatusar, sabía que ella lo amaba y a él le gustaba sentirse querido, había intentado desesperadamente enamorarse de ella por el bien de su hija, pero había sido imposible. Aunque insistiera, aunque lo intentara, lo que había entre Raisa y él no era amor, era sexo lo que había habido desde el principio, y aunque ahora tuvieran una niña en común, los sentimientos no podían forzarse.

—Raisa, yo no te quiero, tienes que asumirlo —le pidió tratando de ser lo más amable posible.

La chica se levantó del sofá y se acercó, no podía evitar intentarlo por última vez. Sus ojos almendrados la miraban y la caída de sus largas pestañas la invitaban a pasar, quería abrazarlo, besarlo, sentirse rodeada por sus brazos y que le hiciese el amor en la mesa del salón, aunque no la amase, aunque no la quisiera, solo sentirse unida a él de nuevo, poseída y enloquecida, usada y enamorada.

Raisa trató de acariciarle el rostro, pero él la esquivó. Los ojos que ocultaban sus pestañas se tornaron fríos para hacerle entender que se equivocaba, que no siguiera por ese camino, que era inútil: su historia había acabado, aunque uno de los dos todavía no se hubiera dado cuenta.

Raisa triste, Raisa hundida, sintiendo cómo las lágrimas volvían a mojarle el rostro, con el ánimo empañado, la nariz conteniendo el lloro.

—¿Y por qué lo tienes tan claro? —le preguntó sabiendo que la respuesta le iba a doler más de lo que ella estaba dispuesta a escuchar.

Chedey se encogió de hombros y frunció el ceño dudoso de si contestar o no, pero finalmente se atrevió a ser totalmente sincero. Sentía pena por ella, pero era preferible decir la verdad que seguir postergando aquella situación que a ambos estaba haciendo daño.

—Porque nunca he sentido por ti lo que he sentido por ella esta noche.

Raisa alejándose como si le hubieran clavado un puñal en mitad del pecho, sujetándose el estómago y pasándose la lengua por el *piercing* llena de furia. Dolida, indignada, enfurecida... Una bomba de relojería a punto de estallar, olvidándose momentáneamente del amor y del cariño, tratando de protegerse a sí misma, de luchar por lo que era suyo.

—¡Puta pija de los cojones que se ha tenido que meter en medio! —masculló cabreada como si nadie pudiese oírla.

Chedey tratando de ser cordial, poniéndose en su lugar, siendo consciente de que gran parte de esa situación era culpa suya, por no haberle parado los pies, por aprovecharse de ella, por dejarse querer, mimar, aun cuando era consciente de que él no podía devolverle todo el cariño que ella le entregaba.

—No se ha entrometido porque no había nada —contestó un poco más frío de lo que en principio intentaba.

Raisa tirando el cojín de Bob Esponja al suelo con rabia, en la televisión una periodista empezó a gritar excitada diciendo que tenía una exclusiva de última hora, el gato en la calle terminó de romper la bolsa y los restos de comida se desperdigaron por toda la acera, el viento silbando, los dragones dormidos bramando y haciendo temblar la isla.

—Te lo juro, Chede —le amenazó levantando el dedo inquisidoramente—. Si te lías con «esa», te juro que no vuelves a ver a la chinija.

Chedey olvidando las buenas intenciones y los modales, cargando su mirada de ira, recordando el rostro de la pequeña Patricia y sintiéndose morir solo con la posibilidad de no volver a verla, observando a Raisa, su pijama de Hello Kitty excesivamente amplio y su melena despeinada, tratando de acordarse de qué veía en ella, por qué pensaba que era *sexy*; ahora solo veía a una mujer aburrida, despechada y dispuesta a todo con tal de retenerlo. Poseerlo o herirlo: esos eran sus objetivos.

—¡No puedes chantajearme con algo así! —la advirtió desesperado—. ¡Patricia es tan mía como tuya!

Raisa sintiendo que tenía la pelota sobre su tejado. Cuando hablaban de la niña, era ella la que mandaba, la que tenía el control; Chedey estaba a su merced y sintiéndose en poder de su bien más preciado se aproximó y se atrevió a insistir para que tuviera claro quién manejaba los hilos.

—Yo soy su madre, Chede, sabes que si me lo propongo…

El joven se mordió la lengua y sintió ganas de retorcerle el brazo.

—No juegues con eso, Raisa —la avisó levantando la voz más de la cuenta—. No hagas que olvide lo poco que te aprecio en estos momentos. No se me quita de la cabeza lo que has hecho hoy. Tendría que ser yo el que te pusiera una denuncia y quien tratara de quitarte la custodia… Lo que has hecho esta noche es de estar desequilibrada.

El llanto de Patricia en su habitación, como si entendiese la disputa de sus padres, su llanto grave, agudo, como los alfileres que se le clavaban a Raisa bajo las uñas con cada desprecio del enfermero.

—Loca, no, ¡tonta! —continúo chillando fuera de sí—. Tonta por pensar que me querías, que cuando te metías en mi cama era porque sentías algo por mí, por creer que eras buena persona, que podíamos formar una familia feliz, aquí los tres ¡con Patricia! ¡Pero tú nunca me has querido ni te has planteado esa posibilidad! Y en vez de eso, vas de falda en falda, metiéndote en las bragas de la primera pija que aparece en el hospital ¡sin respetarme lo más mínimo! ¡Ni a mí ni a tu hija! Y lo haces delante de todo el mundo, ¡eres el cotilleo del hospital! Tengo que aguantarme los comentarios de las compañeras, las miradas, los dedos que os señalan... ¿Qué clase de padre eres? ¿Acaso estabas aquí cuando a Patricia le dolían los oídos? ¿Y cuándo lloraba porque le salieron los dientes? Tú solamente vienes cuando te apetece verla y abrazarla, hacer la parte fácil, y de camino, si te llevas un polvo, ¡mejor que mejor! Así que no estoy desequilibrada, lo que soy es gilipollas, gilipollas por quedarme colgada de un tío como tú.

Un vecino golpeando la pared del salón, muros delgados, de bloque, que permitían escuchar hasta el goteo de los grifos. «¡Son las dos de la mañana!», protestó una voz enfadada, «¡Algunos queremos dormir! ¡Dejad de dar voces!».

—Raisa, siento mucho haberte hecho daño —se disculpó el joven tratando de calmarla—, pero nunca te mentí. Siempre supiste que no estaba enamorado de ti. La situación se complicó cuando te quedaste embarazada. ¡Y lo intenté! ¡Lo sabes! Pero no se pueden forzar las cosas, no puedes obligarme a sentir lo que no siento, a mí también me habría gustado que todo fuese diferente, pero tenemos que tratar de llevarnos bien. Si no lo hacemos por nosotros, lo debemos hacer por Patricia.

El pijama de Hello Kitty mojado de lágrimas, el *piercing* temblando en el bigote, traspasando líneas inquebrantables, diciendo cosas que nunca se deberían decir.

—¡Si no vas a estar conmigo, no te quiero a mi lado! —gritó con las palabras llenas de llanto—. No quiero que vengas, Chede, no quiero... Porque cuando vienes, mi corazón late tan fuerte que casi se me rompe el pecho, y no vienes por mí, vienes por ella, por Patricia... Y sentirte tan cerca y a la vez tan lejos hace que no pueda parar de llorar, Chede. —El joven acercándose, abrazándola, y ella apoyando la cabeza en su hombro—. No puedo soportarlo, es superior a mis fuerzas.

Silencio. El grifo de la cocina goteando, la periodista en la televisión hablando de una folclórica que tenía problemas con Hacienda, Raisa y Chedey abrazados, él pasándole la mano por el pelo para apaciguarla, la niña llorando, el gato devorando restos de pescado en la acera.

—Haría cualquier cosa por ti —se limitó a decir la joven con la voz apagada mientras levantaba la cabeza suplicando un beso.

Chedey le puso el dedo en los labios y le pidió perdón con la mirada por rechazar su propuesta.

—Pues quiéreme lo suficiente para dejarme marchar.

TREINTA Y SIETE

El despertar de los dragones

—A veces sueño con otro mundo —comenzó a narrar el joven príncipe—, otro donde el cielo tiene dos lunas y se puede escuchar a las estrellas si prestas la suficiente atención.

Los dos sentados en un banco junto al kiosco de la música, solos en el parque vacío, en la oscuridad, acompañados por el susurro del mar que dormía a sus espaldas y los focos de algún coche que muy de vez en cuando circulaba por la carretera.

—Los valles son verdes y hay abundantes lagos donde viven tritones y sirenas, existen reyes, brujas y princesas, los dragones vuelan libremente por el cielo escupiendo fuego por la boca cuando alguien los enoja. Es un mundo diferente, con otros miedos y otras reglas... En ocasiones pienso que he vivido allí.

Alba con el rostro contrariado pero sin atreverse a abrir la boca, dejándolo hablar, escuchándolo.

—Sé que es extraño y que parece una locura, pero esos sueños son tan reales que es imposible que no sean verdad. Muchas veces siento que son recuerdos y que no estoy dormido.

Silencio. El Puente de las Bolas erguido, observándolos, un columpio del parque infantil mecido por el viento. Los ojos castaños del joven príncipe enrojecidos, como si tratara de contener un dolor que no supiese muy bien de donde venía, la chica sujetando su monedero negro cerca, muy cerca, pero sin rozarse.

—Recuerdos —comenzó a hablar Alba suspirando palabras—. Yo he borrado todos los recuerdos de mi niñez; la pasé sola la mayor parte del tiempo ingresada en el hospital.

Daniel tragando saliva, sintiéndose culpable de nuevo por contarle sus problemas sin ser consciente de que la vida de ella había sido mucho más dura, analizando su dulce rostro y la frialdad de su mirada, pensando en cuantas lágrimas se habrían tenido que escapar de su mirada.

—¿Sola? —le preguntó sin poder evitarlo.

Alba asintió.

—Mi madre murió en el parto y mi padre cayó en una profunda depresión —comenzó a relatarle con voz calmada, como si estuviera acostumbrada a narrar su historia y ya no le resultara doloroso a pesar de la gravedad de los acontecimientos—. Estuvo días enteros a oscuras encerrado en casa sin ser capaz de tocarme. Me culpabilizaba de la muerte de su mujer y no soportaba la idea de tenerme cerca. Me daba de comer, me lavaba, pero no me miraba a la cara; se tapaba la cabeza con la almohada cuando me oía llorar.

Dani deseando abrazarla. Su espectro lunar brillaba, pero parecía que su interior estaba apagado.

—Pero esa situación no duró mucho tiempo, no llegó a una semana —confesó sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en su cara—. Mi padre me cuenta que me lo gané enseguida. Cuando se acercaba a mi cuna yo siempre estaba mirándolo y riéndome.

Un perro abandonado atravesando el parque, paseando por donde antes había árboles y pérgolas y donde ahora solo quedaban baldosas vacías; un ladrido a lo lejos, como si lo estuviera llamando, hizo que se le levantaran las orejas y saliera corriendo de la escena.

—Imagínate el golpe tan fuerte que fue para él, una vez que me aceptó, descubrir que yo era un monstruo. La primera vez que me sacó a la calle a pasear, estuve a punto de morir. Mi cuerpo se reveló contra mí y se llenó de erupciones, me deformé por completo. El susto fue mayúsculo… Me trasladaron al Hospital General y me hicieron miles de pruebas. Mi padre lloraba angustiado en el pasillo y, cuando le dijeron que no sabían qué me pasaba ni cómo curarlo, el mazazo fue definitivo. Solo de pensar que había perdido a su mujer y que también podía perder a su pequeña hizo que volviera a caer en el pozo del que hacía poco había escapado.

Las pecas de sus mejillas temblando, su pelo anaranjado flotando en el viento, sus manos sujetando el monedero.

—Estuve en la clínica durante meses. Me daban el alta y volvían a ingresarme constantemente… Pruebas y más pruebas, diagnósticos fallidos… Básicamente toda mi infancia transcurrió en el Hospital General. Mi padre venía a verme cuando podía, pero se volcó en el trabajo para superar su depresión. Hasta que no me dieron el alta definitiva, asumiendo que lo mío no tenía cura, no empezamos a ser una familia mínimamente normal. —Sus labios sonrieron con ironía—. Normal si es que se puede llamar «normal» a nuestra vida.

Dani encogiéndose de hombros para restarle importancia, el rumor de las olas a su espalda, acompasadas, tranquilas, el castillo de San Gabriel conquistando el paisaje.

—Lo pasé muy mal, Dani —continuó la chica recordando aquellos años—. Tenía pesadillas con señores de batas verdes que venían a clavarme agujas y cuando abría los ojos estaban allí, preparándose para hacerme otra prueba o extraer un cultivo... ¡Por eso trato de aislarme! ¡De protegerme! No me arriesgo a probar cosas nuevas porque me aterroriza la idea de tener que regresar allí. ¡No quiero volver a pasar por todo eso! ¡No pueden ingresarme de nuevo en el hospital! Me horroriza solo pensarlo.

El joven príncipe se quedó un segundo en silencio observando sus pupilas azules, azules como el mar, como el cielo, como la noche, azules

como sus suspiros cuando no la tenía cerca, cuando cerraba los ojos y recordaba su melena anaranjada, cuando imaginaba sus besos.

—Los miedos son dragones dormidos —comenzó a contarle como si alguna vez alguien le hubiera narrado una historia así—. Están enterrados bajo tierra, a nuestros pies, y un día cualquiera, sin explicación, el más leve ruido puede hacerlos despertar —Alba escuchándolo, estrujando con sus manos su monedero—. Te asustarás, gritarás, tendrás ante tus ojos tus peores pesadillas, convertirán tu vida en un infierno, pero no será muy diferente a la que ya vivías, porque los dragones siempre han estado ahí, lo que ocurre es que no te dabas cuenta de que eras su prisionera.

Alba con su mente lejos, muy lejos, como si sus palabras le hubieran hecho reflexionar sobre algo que no quería pensar, que le asustaba. Tener a Dani a su lado le daba fuerzas, la hacía recapacitar.

—Tenemos que hacer frente a nuestros temores, Alba —continuó él—. Hasta que no los venzamos estaremos a su merced. Ellos controlan nuestra vida aunque no seamos conscientes de ello, aunque estén dormidos, aunque solo escuchemos sus ronquidos, pero el pánico a despertarlos condiciona nuestra existencia, nos lleva a tomar decisiones que no hubiéramos tomado si no estuviéramos acobardados.

La joven encogiéndose de hombros y observando la luna con la mirada perdida.

—Hay que enfrentarse a los miedos para ser libre —se limitó a repetir, y él asintió aunque no fuese consciente de qué estaban hablando—. No se puede vivir asustado, eso no es vida.

Alba se levantó y se puso frente a él. En su rostro se evidenciaba que había decidido algo que era muy importante para ella. Parecía excitada, envalentonada, como si Daniel le hubiera regalado una espada y ahora se viera con fuerza para luchar cuerpo a cuerpo con sus dragones dormidos.

—Quiero hacer una cosa, Daniel —le confesó con el tono más serio que había empleado hasta ahora con él—. ¿Me prometes que me ayudarás? Contigo me siento capaz de todo.

El joven príncipe se puso de pie y se acercó a ella. ¿Acaso no sabía Alba que él era incapaz de negarle nada?

—¿Qué ocurre? —la interrogó intranquilo—. ¡Me estás preocupando!

Alba apretó su monedero con fuerza antes de contestarle, como si necesitara sentir el contacto de sus deseos antes de hablar, para darle energías, para alcanzarlos.

—Hay gente que supera sus alergias —comenzó a contarle—. No se sabe por qué, pero al igual que aparecen, desaparecen de pronto; una mañana te levantas y ya puedes comer huevo, pero si no lo pruebas, nunca lo descubrirás.

El rostro del joven príncipe tensándose, sabiendo hacia dónde se dirigía y con cara de desaprobación. ¡No podía estar hablando en serio! ¡No podía pedirle eso!

—Dani —lo llamó sin perder el brillo de ilusión que había embriagado su mirada hacía unos segundos—. Tengo que intentarlo, llevo más de diez años viviendo en la oscuridad. ¿Y si ha remitido? Tú mismo lo has dicho, los miedos nos condicionan, no me atrevo a probar. ¿Y si estoy haciendo el tonto? ¿Y si puedo llevar una vida normal? ¿Y si puedo salir a pasear por las tardes? ¡Ir a la playa! Andar por la calle Real cuando hay gente. ¡Ir de compras! ¡Comerme un bocadillo de pescado sentada en una terraza en el Charco de San Ginés! ¡Reír! ¡Relacionarme! ¡Tener amigos que no me miren como si fuese un bicho raro!

Los enamorados pegados sin tocarse, ella emocionada, excitada, con su corazón galopando a mil kilómetros por hora y él sintiéndose pequeño, desgraciado, tratando de frenarla, de contenerla, sintiéndose culpable por haberla hecho pensar eso. No era su intención. Lo que pretendía era que asumiera lo que le pasaba sin ser desgraciada, vencer sus miedos pero cuidándose, dejar de temer siendo consciente de cuáles eran sus limitaciones. ¡Cómo estaba haciendo hasta ahora! Tratar de ver la parte positiva de las cosas, todo lo que podían hacer juntos aunque ella estuviera enferma. Les quedaba el amor, los sentimientos,

aunque no pudiesen rozarse, aunque no hubiese sexo, podían vivir una historia maravillosa sin asumir riesgos, sin miedo a los peligros porque él la ayudaría. ¡No podía exponerse al sol! ¡Tenía que hacerle ver que era una locura!

—Alba, ¡no puedes hacerlo! —le riñó con voz dura, intransigente—. Los médicos te lo han dicho mil veces. ¿Quieres tener otra crisis?

La joven apartándose dolida pero sin perder el destello que empañaba su mirada.

—Los médicos no saben nada —protestó—. Todavía no han descubierto a que se debe ni por qué me pasa. Me hacen pruebas cada dos por tres, me pinchan y a veces reacciona más y otras menos, nunca me he enfrentado al sol directamente y es distinto a cualquier sustancia que me puedan meter debajo de la piel. ¡Voy a intentarlo, Dani! ¡Lo voy a hacer! Quiero venir una noche y esperar a ver el amanecer contigo, y cuando salgan los primeros rayos del sol y toquen mi piel, quiero que me beses y así comprobamos si también puedo hacer eso.

El joven príncipe contrayéndose, retorciéndose horrorizado, imaginándose la escena teniendo a Alba en sus brazos, tocándola, besándola y notando como su cuerpo empezaba a arder ante sus ojos, consumiéndose...

—¡No cuentes conmigo! —gritó furioso—. No cuentes conmigo para esa locura, si quieres arriesgarte a perder la vida. ¡Hazlo tú sola! Yo no estaré aquí, ¡y menos besándote! No quiero hacerte daño, no podría vivir con eso.

Alba acercándose de nuevo, su mirada azul tratando de calmarlo, de convencerlo. No podía enfadarse porque sabía que él se lo decía por su bien, pero ella ya lo había decidido, no había marcha atrás; después de todo, la vida que arriesgaba no era vida, solo oscuridad.

—No sabemos si tu beso me haría daño —lo contradijo sonriente.

—¡No digas estupideces! —protestó él sin gustarle que bromeara precisamente sobre eso—. ¡Nadie puede tocarte! ¡Te salen hematomas y erupciones! ¿Lo recuerdas? Tu piel no soporta el contacto humano.

La joven aproximándose más, tanto que casi se rozaban; podía aspirar su aroma, sentir en la distancia el calor de su piel.

—Tú mismo lo has dicho —continuó ella—. A veces piensas que no eres de este mundo y yo estoy de acuerdo con eso, porque nunca había conocido a nadie tan dulce como tú. Eres tan encantador que solo puedes venir del país donde existen las sirenas y los tritones. Quizá tu beso no me haga daño, quizá tú eres diferente, quizá podamos ver un amanecer juntos...

Daniel con ganas de besarla, de aceptar ese beso que ella trataba de regalarle, escuchando la voz de una bruja en su cabeza, animándole a acariciar su melena anaranjada y fundirse en sus labios, pero la mente, la cordura, le hizo apartarse de pronto y no ceder a sus encantos.

—No Alba, no lo voy a hacer —sentenció con rudeza—. No te voy a besar, no te voy a apoyar en esto.

El rostro de la chica cambió por completo. Su alegría y su excitación dieron paso al enfado y se alejó del joven príncipe atravesándolo con la mirada más fría que jamás había visto en la vida, hiriéndolo de muerte, agonizando en vida.

—Daniel, pasado mañana vendré al castillo —le informó dejando claro que no había opción a réplica—. Estés tú o no, me quedaré sentada en la playa hasta que salga el sol. No intentes detenerme si no vas a ayudarme, porque si lo haces, solamente impedirás que lo haga esta vez. Ni tú ni mi padre ni nadie puede tenerme vigilada las veinticuatro horas del día, y ya estoy decidida a hacerlo. ¡Lo voy a hacer!, así que por favor, déjame en paz y no me molestes hasta que decidas si vas a venir o no.

Y diciendo esto, Alba se dio la vuelta y desapareció de la plaza, como la primera vez en el puente de la Bolas. Daniel se quedó inmóvil, sin palabras, escuchando cómo sus dragones dormidos despertaban y desgarraban la tierra. Observó cómo el olor a azufre y el fuego devoraban todo lo que había a su alrededor y se dio cuenta de que estaba más aterrorizado que nunca.

TREINTA Y OCHO

Claudia se despertó con mal sabor de boca. Los ruidos de la habitación la despertaron; Elvira, con el traje puesto y los tacones, estaba revolviendo el armario ignorando su mirada.

—¿Ya estás despierta? —le preguntó cuando descubrió que había abierto los ojos.

—Sí —afirmó la chica sin ser capaz de despegar los labios.

El sol entraba por la ventana. Hacía un día espectacular, pero la claridad más que animarla, le provocaba unas ganas irrefrenables de esconder la cabeza de nuevo bajo la almohada.

—Estaba buscando mis pendientes de perlas —la informó su madre nerviosa mientras escudriñaba los cajones de su ropa interior—. Los que están engarzados en plata. ¿Sabes los que te digo? Los que me trajo tu padre cuando estuvo en Roma.

Claudia arrugó el rostro en señal de duda.

—¿Has mirado en el neceser? —le preguntó, y su voz le sonó más pastosa que de costumbre—. Te los cogí prestados el otro día, creo que los metí allí, en el bolsillo pequeño.

Elvira la miró con desaprobación, no le gustaba que le cambiaran las cosas de sitio. Su hija sonrió con los labios envenenados, sentía náuseas, el estómago revuelto, había pasado mala noche y la lectura le había robado horas de sueño.

—¿Estás bien? —la interrogó su madre preocupada mientras regresaba del baño con los pendientes en la mano—. Tienes mala cara... Anoche no te escuché llegar ¿Volviste muy tarde?

—Sí —se limitó a contestar.

Elvira le clavó la mirada y se sentó en la cama junto a ella. A veces tenía la sensación de que su madre tenía superpoderes y podía leerle la mente.

—¿Bebiste? —le preguntó disgustada.

La joven se sentó en la cama y trató de adecentarse el pelo.

—Solo una copa de vino —mintió evitando contarle que había estado a solas con Chedey en La Geria.

Elvira la condenó con la mirada. No le gustaba que sus hijos bebieran, le horrorizaba, le recordaba a su infancia y lo mal que lo había pasado con su madre. En su interior siempre existía el miedo de que alguno de sus descendientes hubiera heredado el hábito de su abuela. Ella sabía lo fácil que era caer en el alcohol y las consecuencias tan horribles que tenía, por eso trataba de protegerlos y prohibírselo a toda costa.

—Ya sabes lo que te digo siempre —insistió—. El vino nunca trae nada bueno; si puedes, evítalo.

Elvira le acarició el cabello y le puso la mano en la frente para averiguar si tenía fiebre, pero a los pocos segundos negó con la cabeza dando a entender que se encontraba bien.

—¡Pues será resaca! ¡Te lo mereces si bebiste!

Un retortijón le recordó a Claudia que la noche anterior no había cenado. Cuando llegó al hotel el restaurante estaba cerrado y, aunque tenían sándwiches en la habitación, con el disgusto ni los había probado.

—No es eso, mamá —se defendió como si estuviera diciendo lo más coherente del mundo—. Es que tengo el estómago lleno de mariposas muertas.

Elvira arrugó el entrecejo y pasó por alto su comentario, pero aun así, se aproximó más a ella para olerle el aliento.

—Tú estás muy rarita últimamente —concluyó su madre tras el análisis—. ¿De verdad que no tienes que contarme nada?

Claudia cerró la boca como cuando tenía cinco años y se oponía a confesar alguna travesura y negó con la cabeza. Elvira estuvo a punto de decir algo, pero el sonido de un mensaje en el móvil la distrajo y cuando lo leyó, su cara de preocupación se cambió por una sonrisa; su hija se quedó extrañada, pero prefirió no preguntar nada.

—Métete en la ducha, anda —le pidió la mujer sin ocultar su alegría—. Voy a bajar a desayunar, intenta estar lista para cuando vuelva.

Elvira salió de la habitación y Claudia entró en el cuarto de baño. Cuando se miró en el espejo comprobó que realmente tenía mal aspecto; estaba ojerosa, había heredado las ojeras de su padre, y cuando no dormía bien, dos grandes bolsas colgaban de sus párpados. Se lavó la cara con agua fría y abrió el grifo de la ducha.

Mientras se enjabonaba, su mente empezó a viajar por los acontecimientos de la noche anterior. Sin poderlo evitar, el recuerdo del beso hizo que se le pusiera la carne de gallina. Todo había sido tan perfecto que no podía haber acabado peor. Definitivamente tenía que olvidar todo lo que había pasado, lo mejor era dejarlo ahí, concluir, había sido una equivocación desde el principio, no tenía que haberse dejado llevar. Braulio tenía razón: había que ser frío, cauto, calculador, era lo mejor para no salir trasquilado.

La imagen de su marido hizo que se pusiera triste. Había encendido el móvil y no tenía ninguna llamada perdida,

aunque había dicho que iba a llamarla. Tenía que hablar con él aunque no le apeteciese lo más mínimo, pero todo debía volver a la normalidad.

El agua fría cayendo por su cuerpo, sus pies descalzos sobre la bañera, su pelo cubierto de champú, el recuerdo de sus brazos, de sus caricias y aquella desagradable pintada en el limpiaparabrisas.

«Me gustabas. ¡Me gustas! Y no quería darte más motivos para que salieras huyendo, quería acercarme a ti, conocerte un poco más».

—¡Claudia! ¡Tienes visita! —la voz de su madre sonando en la entrada de la habitación, la joven extrañada cubriéndose con la toalla.

—¡Mamá! ¡Un segundo! ¡Que estoy desnuda!

Elvira no había tardado ni diez minutos en subir, era imposible que le hubiera dado tiempo a desayunar. ¿Visita? ¿Quién podía ir al hotel a esas horas? La cara de Chedey y la súplica de sus ojos volvió a su mente. ¡No podía ser él! ¿Cómo se atrevía a presentarse en su habitación después de lo que le había dicho la noche anterior? ¿No tenía que estar trabajando a esas horas?

Se apresuró a mirarse al espejo y a arreglarse el pelo. Estaba empañado, así que pudo hacer poco, pero antes de terminar escuchó una voz familiar al otro lado de la puerta.

—Tranquila —le dijo—. Te he visto desnuda más de una vez.

Su rostro cambió de la sorpresa a la estupefacción en cuestión de segundos.

—¡Braulio! —exclamó, y la toalla se le cayó al suelo.

TREINTA Y NUEVE

Claudia y Braulio desayunando en el restaurante, sentados en una mesa junto a la cristalera, con vistas a la piscina y al mar, su marido disgustado porque el café no lo servían en mesa y había tenido que cogerlo de una máquina dispensadora y el zumo no era natural, sino un néctar aguado con sabor a cítricos.

—Perdona por lo de anoche —se disculpó mientras pinchaba un trozo de piña en almíbar—. No te llamé porque quería darte una sorpresa. Me acosté pronto, tenía el vuelo a primera hora de la mañana.

—Estás tonto —bromeó ella—. Me ha encantado, realmente no te esperaba aquí.

Braulio con su traje marrón y su corbata anaranjada; su piel en Lanzarote parecía más pálida, se notaba que venía del invierno y que los rayos del sol hacía meses que no acariciaban su cutis. Frente arrugada, canas nuevas en las sienes.

—Mañana vuelo a Londres —le informó como si fuese algo irrefutable que no estuviera abierto a debate —. Tengo una reunión a las cuatro con el señor Hiraoka en las oficinas de

Canary Wharf. Carmen me buscó la conexión para salir desde aquí y poder pasar el domingo contigo.

Carmen… ese nombre otra vez saliendo de su boca.

—¿El señor Hiraoka? —le preguntó ella tratando de evitar hacer ningún comentario desagradable sobre su asistenta—. ¿Cómo ha quedado al final el tema de los japoneses?

Su marido cogió un trozo de pan y le untó mantequilla con el cuchillo.

—Pues fatal —confesó consiguiendo con su tono de voz que ella se sintiera culpable—. Ya te lo dije, sin ti todo es un desastre. Carmen no se aclara, no llega, pero gracias a Dios el señor Hiraoka me ha dado una segunda oportunidad; esta vez no podemos cagarla.

«Sin ti todo es un desastre, sin ti todo es un desastre...».

Un camarero pasando por su lado cargado de platos, el sonido de los cubiertos cayendo en el carro de desbarace, el olor a las tortillas de queso que hacían en el *show cooking* por todo el restaurante.

—¿Podemos? —le interrogó Claudia sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí, vamos Carmen y yo, ella sale desde Sevilla.

Claudia cogiendo la taza de café y dándole un pequeño sorbo, la imagen de Carmen con su cuerpo escultural y uñas de porcelana pavoneándose en su cabeza. No tenía ganas de discutir, se había alegrado enormemente de ver a su marido en la habitación y quería que las horas que estuvieran juntos fueran perfectas, realmente lo necesitaba.

—¿No va Ágata contigo? —le preguntó sin poder evitarlo, y Braulio asintió con la cabeza.

—Sí, vamos los tres.

La joven observó el rostro de su marido tratando de sacarle algo más de información.

—¿Y no tienes suficiente con la traductora? —insistió—. ¿También necesitas a la asistente?

Braulio dejó el cuchillo sobre la mesa y su rostro se volvió tenso.

—Te necesito a ti, Claudia —le reprochó como un jefe que reclama a su empleado, olvidándose por un segundo de la parte romántica del mensaje que le estaba transmitiendo—. Llevas once días fuera de la oficina… Sin ti tengo que apañármelas con lo que queda.

La mujer agachó la cabeza avergonzada; siempre la hacía sentir así, como si fuese una adolescente que tuviera que pedir disculpas por llegar tarde a casa.

—El señor Hiraoka fue tajante el otro día —continuó—. Si no llevamos las cosas bien atadas, lo más seguro es que no lleven a cabo la inversión. ¡Y ya sabes cómo es Carmen! No me siento seguro cuando es ella la que realiza los informes, siempre se le olvidan variables en los estudios de mercado, no deja de ser una aprendiz y no hace los gráficos como a mí me gustan.

Lo había malacostumbrado. Braulio se había habituado a que ella se lo dejara todo hecho, muy mascado, tanto que hasta un niño de doce años podía acudir a una reunión y convencer a un empresario japonés de que soltara un millón de euros.

—Si quieres, esta tarde puedo echarle un vistazo al informe —le propuso su mujer—. Lo reviso y preparamos la reunión juntos.

Braulio dándole un mordisco a la tostada, las migas de pan cayendo sobre su corbata, su rostro rígido, sin poder ocultar que estaba molesto, Claudia sintiéndose responsable de su malestar.

—Esa no es la solución, Claudia —la recriminó su marido—. Podemos arreglar lo de la reunión de mañana, pero lo que quiero es que vuelvas, ¿Ya sabes cuándo vas a regresar?

La misma pregunta que en su última conversación telefónica con la misma respuesta que le había dado la otra vez, cara de

disgusto por parte de su esposo, que no entendía que, para ella, estar al lado de Dani era más importante que cualquier acuerdo que estuvieran a punto de firmar en la oficina.

—¿Pero eres consciente de que aquí no estás haciendo nada? —le reprochó Braulio—. Tu sitio está en Sevilla, conmigo, por estar aquí no estás ayudando a Dani ni a nadie.

Claudia vertiendo cereales integrales en su tazón de leche, sin querer mirarlo a la cara, pensando en cómo se estaba desarrollando la conversación. Habían empezado a hablar de trabajo, como si fuese lo único que los unía y de lo que pudieran conversar después de once días sin verse, y ahora la recriminaba por quedarse en Lanzarote, no porque la echara de menos, sino porque la necesitaba en la oficina...

Olvidar lo que ha pasado, aquellos sentimientos que se despertaron en La Geria y recuperar su vida, serle fiel a su marido, estar con Braulio...

—Braulio —comenzó a hablar tratando de guardar la serenidad—, ya te lo dije el otro día: me quedaré aquí hasta que Dani despierte o esté en condiciones de trasladarse a Sevilla. La decisión está tomada.

Su marido, con el rictus serio, hizo gestos de desaprobación negando con la cabeza.

—No, eso es lo que has decidido tú, no lo que hemos decidido nosotros.

Braulio analizando el rostro de su mujer. Parecía distinta, cambiada, como si su estancia en Lanzarote le hubiera dado más seguridad en sí misma. Antes nunca había sido tan difícil de convencer. ¿Desde cuándo tomaba decisiones ella sola?

—Es mi familia, Braulio —se limitó a argumentar en tono de excusa—. No me queda más remedio que actuar así.

El empresario dejó la tostada sobre su plato y le dio un pequeño sorbo a su café, café solo, sin azúcar; estuvo a punto de escupirlo porque estaba asqueroso, parecía agua sucia.

—Yo también soy tu familia —le contestó dolido—. No lo olvides.

Silencio. Sus ojos observándose, en su cabeza un mar de dudas luchando contracorriente. Estaban allí, los dos solos, ¿qué había cambiado? ¿Por qué al mirar a su marido lo veía de forma diferente? ¿Era Chedey? ¿Era eso? ¿O lo que había vivido en La Geria solo había servido para confirmarle que lo que sentía por Braulio no era amor? Mariposas contenidas, mariposas contenidas... ¿Dónde estaban ahora sus alas multicolores? ¿Por qué al tener a su marido enfrente no las sentía eclosionar en su estómago? ¿Por qué Braulio no la había tocado? Solo le había dado un tierno beso en los labios cuando se vieron, pero nada más. ¿Por qué su piel no se había erizado? ¿Por qué su corazón no cabalgaba desbocado al mirarlo a los ojos?

«No te equivoques Claudia, lo que sientes por Chedey no es más fuerte, es más excitante. Saber que estás haciendo algo malo hace que tu pulso se acelere, no es que sientas más por él».

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cuándo dejaron de ser amantes para convertirse en un matrimonio aburrido? ¿Cuándo sus conversaciones dejaron de ser sobre ellos y el trabajo se convirtió en su único tema? Compañeros de trabajo y matrimonio. ¿Qué parte era la que tenía más peso? ¿Cómo lo veía cuando lo miraba?

—La semana que viene me iré del hotel —comenzó a contarle—. Si Dani sigue igual, me trasladaré a su apartamento. Zeben se va porque no puede hacer frente solo a los gastos y yo he decidido alquilarlo; estoy esperando que me llame su casera.

Los ojos de Braulio asombrados.

—¿Apartamento? —le preguntó levantando excesivamente la voz, haciendo que la mujer que estaba sentada en la mesa de al lado se girara para mirarlos—. ¿Me estás diciendo que ya te has buscado una casa aquí?

Claudia esquivándole la mirada, como si no fuese capaz de mirarlo a los ojos para contarle sus planes.

—Mi padre viene el jueves y mi madre se irá el viernes. No me apetece quedarme en el hotel con él —confesó—. Prefiero irme sola a casa de Dani, así todo seguirá igual cuando él despierte.

Su marido le cogió la mano y sus ojos se tiñeron de preocupación.

—Claudia, ¿qué está pasando? —le preguntó usando por primera vez la voz de marido y olvidándose por un segundo de la empresa y del señor Hiraoka—. Estás muy rara, me desconcierta que estés tomando tantas decisiones sin contar conmigo, sin consultármelo. ¿Ha ocurrido algo?

Los ojos almendrados de Chedey sobre el mantel, la botella de vino, las dos copas, el abrazo que se dieron en el paseo de Costa Teguise, las mariposas, el rumor del mar, la respiración de los dragones dormidos, Alba y Daniel sentados en la puerta del castillo de San Gabriel, su respiración entrecortada, su corazón palpitando, sus emociones a flor de piel, miedo a decir algo de lo que se arrepintiera más tarde, de confesar ese beso que jamás debía haberse producido, temor a equivocarse, a errar en sus decisiones.

—Me he dado cuenta que estando en Lanzarote estoy a la misma distancia de ti que cuando dormimos juntos en nuestra cama —dijo al final dubitativa con las palabras atropellándose unas a otras.

El rostro de Braulio petrificado.

—Claudia —comenzó a replicar sin soltarle la mano—: sé que lo estás pasando mal, que todo esto ha sido muy duro para ti: el suicidio de tu hermano, el coma... y yo no he estado a tu lado. Sé que a veces soy un egoísta y me dejo absorber por mi trabajo, por las obligaciones, pero ahora estoy aquí, ¿comprendes? Si he venido es porque eres mi esposa y me preocupas; quiero estar a tu lado.

Una pequeña lágrima escapándose de sus ojos. Braulio, el Braulio que conoció en la facultad, estaba frente a ella, el

cariñoso, el comprensivo, el que la cuidaba y la mimaba, ese Braulio que se había perdido en mitad de los años de su matrimonio, el hombre del que se había enamorado estaba ahora allí y su corazón se aceleró al comprender que quizá todo no estaba perdido, que bajo esa fachada de frialdad todavía quedaba algo de ese amor inicial que ambos habían compartido.

—No te vayas a Londres —le suplicó sin saber muy bien por qué lo hacía—. Quédate conmigo, olvídate del señor Hiraoka y tómate unas vacaciones. Nos podemos ir juntos al apartamento de Arrecife, alejarnos del estrés, del trabajo, de Sevilla y concentrarnos solo en nosotros. Te echo de menos Braulio, te necesito.

Una súplica, un ruego que salió de sus labios como un cántico desesperado, miedo a perderlo, temor a hacer una locura y olvidarse definitivamente de él. Lo necesitaba para aferrarse a su matrimonio y no dejarse llevar por esos sentimientos que habían empezado a nacer en la isla, quería recuperar su vida, su amor, que el Braulio que había aparecido en aquella mesa volviera a ocupar el sitio que le correspondía, a su lado, cuidándola, haciéndola sentir que ella estaba por encima de todo, por encima de los japoneses, del señor Hiraoka y del trabajo, pero sabía que era imposible. Le estaba pidiendo a su marido lo único que no era capaz de hacer: que fuera espontáneo, que le diera prioridad al amor y olvidara su raciocinio, que dejara a un lado las obligaciones que él mismo se había impuesto y se tomara unas semanas de relax para recuperar lo que él daba por sentado que ya había conseguido.

—Sabes que no puedo, Claudia —le contestó con la voz del Braulio que había dejado en Sevilla, y le soltó la mano como mecanismo de defensa, dejándola sola—. El señor Hiraoka me espera mañana y no puedo faltar.

Decepción en sus ojos castaños, una lágrima cayendo sobre el cuenco de cereales, tratar de aferrarse a él, darse cuenta de

que, aunque lo intentara, la batalla ya estaba perdida. Braulio siempre sería Braulio, no podía intentar cambiarlo, no podía recuperar al hombre que había sido, tenía que conformarse con el hombre en el que se había convertido, pero ¿qué había cambiado? ¿Acaso su sonrisa no seguía siendo la misma? ¿Y si el problema era que había dejado de amarla? ¿Y si no la quería?

Carmen, Carmen... El nombre de esa chica revoloteando de nuevo por su cabeza.

—Me merezco que me besen cada minuto, cada instante, cada segundo —se limitó a contestar, y su marido puso cara de extrañeza.

CUARENTA

Claudia y Braulio entrando en el hospital, el olor a antiséptico golpeándoles la cara como si fuera una metáfora del estado en que se encontraba su relación. Distante, triste, abatida, sabiendo que había perdido una batalla, la joven entró en el ascensor y sintió cómo su corazón se aceleraba nervioso al pensar que el enfermero estaría trabajando en esos momentos. Tenía que evitar a toda costa que su marido y él se encontraran. Bastante violenta estaba siendo la mañana para sumarle nuevos factores desestabilizadores… No quería verse inmersa en otra situación tensa, suficientemente complicado sería verse a solas con Chedey para añadirle la presencia de Braulio.

La sevillana pulsó el botón de la segunda planta y se quedó unos instantes observando la imagen reflejada en el espejo del ascensor: Braulio y ella juntos, la pareja de moda en su facultad se había transformado con el paso del tiempo, ahora parecían dos auténticos desconocidos, como si no tuvieran nada que ver con aquellos primeros besos y caricias. Su marido serio, áspero, hostil, como si la situación vivida en el restaurante le hubiera

incomodado y todavía tuviera parte del regusto amargo del desayuno en la boca y ella con la decepción ilustrando su cara.

La puerta del ascensor se abrió y Claudia avanzó por el pasillo deseando ser invisible. Saber que la exnovia de Chedey trabajaba en el hospital no ayudaba mucho; si era capaz de rajarle las ruedas y pintarle mensajes amenazantes en el parabrisas, no quería ni imaginar qué sería capaz de decirle a ella.

«¿Cómo has terminado metida en esta situación?, ¿Cómo has podido complicarlo todo?».

La habitación 218 tenía la puerta abierta. Al verlos entrar, Elvira se levantó del sillón y mostró una gran sonrisa. Estaba especialmente guapa esa mañana, parecía que había usado más maquillaje que el resto de los días.

Braulio entró en la estancia despacio. No podía ocultar que ver a Daniel en aquella cama le afectaba, pero sus ojos expresaban un «ya os había dicho que esto iba a pasar». No podía evitarlo; aunque intentara ser comprensivo y mostrar cierta pena, su orgullo salía a flote por encima de todo y tenía que demostrar que él tenía razón.

—¿Qué tal el desayuno? —les preguntó Elvira tratando de romper el hielo para que la visión de Dani, en el centro de la habitación, no los sumiera a todos en un sopor matutino.

—Bien —contestó Braulio acercándose a la cama—, aunque la calidad y la variedad de la comida no tiene nada que ver con un cuatro estrellas.

Dani con el rostro pálido, frío pero cálido, la sonda vesical escondida entre las sábanas y el gotero puesto. Braulio se acercó a él, pero no lo tocó, se limitó a observarlo y a analizar todos y cada uno de los elementos externos que contenía su cuerpo.

—Si lleva pañales, ¿por qué tiene una bolsa para la orina? —preguntó como si fuese más importante que saber si había alguna novedad.

—Es para controlar la diuresis —le explicó Claudia recordando la palabra que en su día le había enseñado Chedey—. Así saben la cantidad de líquido que le meten por el gotero y la que expulsa.

El sol entraba por la ventana —no parecía que estuviesen en los últimos días de noviembre. Braulio asintió y se quedó callado, sin saber qué más decir.

—Ya ha venido una enfermera —les informó Elvira—. Le ha tomado las constantes y todo sigue igual, sin novedad, como siempre.

Claudia observando el rostro de su hermano. Le habría encantado quedarse a solas con él y contarle cómo se sentía, lo necesitaba, pero suspiró aliviada: el hecho de que ya hubiera pasado una enfermera le restaba probabilidad a que Chedey irrumpiera en cualquier momento en la habitación.

—Pensaba que iba a tener peor aspecto —dijo Braulio finalmente—, pero está como siempre. Había domingos de madrugada que llegaba de fiesta con peor cara.

Elvira sonrió como si le hiciera gracia su comentario y le despertara cierta ternura, pero Claudia se lo tomó como lo que era, una nueva crítica hacia su hermano; nunca iban a parar.

El sonido de unos pasos por el pasillo la sacó de sus pensamientos, su madre estiró la cabeza para ver quién pasaba por la puerta.

—¡Chedey! —lo llamó al descubrir quién era, y Claudia sintió cómo su corazón se paraba en ese instante.

CUARENTA Y UNO

Los acontecimientos transcurrieron a cámara lenta. El tiempo parecía haberse detenido, o quizá era su corazón. Elvira se puso en la puerta como si fuera la anfitriona de una fiesta privada, con sus pendientes de perlas colgando de las orejas y una sonrisa ensayada, de portada de revista del corazón.

Chedey entró tímido, le dio un abrazo a su madre y la buscó con la mirada. Sus ojos dulces no fueron conscientes de la presencia de Braulio hasta pasados unos segundos porque estaban focalizados en ella, tratando de encontrar algún vestigio en su rostro de los sentimientos que le despertaba ese encuentro después del beso que se habían dado la noche anterior, pero no notó nada, solo vergüenza. Claudia se ocultaba tras el traje marrón de su marido y le esquivó la mirada.

—Te quiero presentar a alguien —le dijo Elvira como si continuara en mitad de un acto solemne.

Chedey, sin dejar de mirar a Claudia, reparó en el señor que estaba a su lado con su traje de chaqueta impecable, su corbata, el pelo engominado, su actitud altiva, sus canas...

Supo inmediatamente de quién se trataba. Definitivamente, Braulio no podía haber llegado a la isla en un momento peor.

—¿Es usted el padre de Daniel? —le preguntó sin poder evitar usar el tema de la edad como un arma arrojadiza, y la mirada hiriente del señor Balaguer actuó como respuesta.

—¡Estás loco! —exclamó Elvira como si su ocurrencia le hubiera sonado muy divertida, sonrojándose un poco—. Es Braulio, el marido de Claudia.

Los dos hombres se quedaron frente a frente separados por la anfitriona que no paraba de hablar; se analizaron mutuamente, como si estuvieran escaneando un producto y tratando de averiguar qué revelaba el código de barras. Claudia escondida, protegida tras las hombreras de su marido y sintiendo como las mariposas volvían a eclosionar en su estómago.

—Braulio es un gran economista —continuó su madre llenándose la boca de halagos—. Sale en la tele en muchos debates. ¡Y ha escrito un libro que ha tenido mucho éxito!

El enfermero sonrió con malicia pensando en su contestación.

—El ensayo de Claudia querrás decir, ¿no? —escupió, y Elvira le lanzó una mirada fulminante a su hija como si hubiera revelado un gran secreto de familia.

—Sí, el ensayo de Claudia —repitió disgustada.

La tensión iba incrementándose por segundos. Daniel en la cama tuvo un movimiento corporal espontáneo y dibujó una sonrisa en su cara, como si fuera consciente de todo lo que estaba pasando en la habitación y le divirtiese. Braulio en silencio, dejando hablar a Elvira, sin pronunciar palabra.

—Pues este es Chedey —continuó la anfitriona—. Es nuestro enfermero favorito. Se porta muy bien con nosotras y se ha hecho muy amigo de Claudia. La cuida mucho, la verdad.

Braulio dio un paso al frente dejando a su esposa desprotegida para estrecharle la mano. El enfermero había leído en

alguna parte que esa primera toma de contacto era crucial en los negocios, decía mucho de la personalidad de la persona, la fuerza con la que apretara la mano, así que, involuntariamente, el saludo se convirtió en un pulso entre los dos para ver quién tenía más resistencia.

Una mariposa pasó volando por el marco de la puerta y se posó en el hombro de Claudia para contemplar la escena mientras ella se comía una uña.

—Es un placer conocerte —le dijo Braulio sacudiendo la mano para que volviera a circularle la sangre—. Me quedo más tranquilo sabiendo que Claudia está en buena compañía. Siempre me habéis caído simpáticos los gais.

Chedey se guardó la mano en uno de los bolsillos de su uniforme para que no notara que se le había enrojecido. Otro dardo envenenado había surcado el aire, pero esta vez por parte del señor Balaguer. Las miradas de Claudia y el enfermero buscándose, la joven pidiéndole que fuera prudente, que no dijese ninguna barbaridad.

—Yo no soy gay —se limitó a contestar con frialdad, sabiendo que el comentario había sido malintencionado.

—Perdona —se disculpó Braulio entre risas nada sinceras—. Habré malinterpretado los comentarios de Elvira.

El aleteo de una mariposa cruzó el rostro del empresario y tuvo que girar la cabeza para que no le diera de lleno en la cara. Elvira interrogando a Claudia sin hablar, como si no comprendiese del todo el espectáculo que estaba viendo.

—Pues se equivoca —le contestó Chedey mirándolo fijamente a los ojos, como si sus palabras tuvieran más de un significado—. Yo soy hombre, muy hombre.

Claudia inmóvil, sin articular palabra, paralizada, congelada, pero sintiéndose orgullosa de Chedey, de cómo la defendía, de cómo le hacía frente a su marido. La uña terminando de partirse en su boca.

Braulio no le contestó, hizo como si no lo hubiera escuchado, se giró y agarró a Claudia por la cintura como si fuese un gesto habitual entre ellos, aunque hacía meses que no la tocaba ni le daba muestras de afecto en público.

Habló sin mirarlo a la cara, como si fuese un comentario que no tuviera nada que ver con lo que él acababa de hacer, aunque iba directamente relacionado.

—Los hombres que trabajan sin corbata no son hombres, son marionetas.

CUARENTA Y DOS

—Chacha, ¿estás ahí?

Raisa sentada en el retrete y Carmen Delia golpeando la puerta con los nudillos, los azulejos del baño empañados, lágrimas brotando de unos ojos hundidos.

—Carmen Delia, déjame —le pidió sin poder articular palabra y cogió un trozo de papel higiénico y se sonó ruidosamente la nariz.

—Rai, ¿estás bien? —insistió preocupada—. Voy a ir a almorzar, era por si querías venir conmigo.

La joven, enterrada en su miseria, abrió el cerrojo que las separaba. Carmen Delia observó el rostro de su amiga: estaba desencajado y salpicado de pena. Nunca la había visto así… Se le hizo un nudo en el estómago y se acercó para besarla en la frente y preguntarle qué le pasaba.

—Me ha dejado —se limitó a contestar—. Me ha dejado y esta vez es para siempre, lo he perdido.

Carmen Delia agachando su orondo cuerpo y poniéndose a la altura de su amiga. Sus rechonchas manos le secaron las lágrimas y la obligaron a mirarla a los ojos.

—Chacha, tú vales mucho —le dijo impregnando sus palabras de ternura—. No merece la pena que llores más por él. Chede no te merece, algún día se dará cuenta de cuánto ha perdido.

Raisa levantándose del retrete y dirigiéndose al espejo; el rímel se le había corrido y tenía una pinta horrorosa. Sombra de ojos verde, pendientes de olivina decorando sus orejas, el uniforme arrugado, el tupé coronado por dos hebillas con forma de sapo.

—Yo lo quiero —confesó sin parar de llorar—. Lo he intentado de todas las formas posibles, pero soy incapaz de dejar de amarlo, ¿comprendes? Y sé que las cosas son así, que tengo que asumir que no me quiere, pero cuando pienso eso, me falta el aire, creo que no voy a soportarlo. Lo necesito a mi lado, quiero que esté en casa conmigo y la chinija, despertarme a su lado, que me bese cuando nos encontramos en el pasillo trabajando.

Carmen Delia abrazándola, tratando de darle todas las muestras de apoyo que se podían dar en tales circunstancias, apretándola con fuerza para no dejarla caer, acercándole un pañuelo para que se secara las lágrimas.

—Está enamorado de la pija —continuó—. Anoche me dijo que nunca ha sentido por mí lo que siente por ella, ¡así de fácil! Llega una pija y en tres días me lo levanta, como si nunca hubiéramos tenido nada, como si yo no existiera.

La puerta del baño cerrada, el sonido de una televisión cercana atravesando las paredes, fuera el sol resplandeciente, ignorando las nubes negras que se habían hospedado en la cabeza de la enfermera.

—Ha venido el padre, ¿no? —la interrumpió Carmen Delia para hacerla cambiar de tema.

Raisa encogió los hombros para hacerle entender que no la comprendía.

—Sí, el hombre del traje de chaqueta —le contestó—. La he visto con él esta mañana entrando en el hospital.

La joven se secó las lágrimas con el pañuelo que le había entregado su amiga y trató de ponerse seria.

—No es el padre —le informó—, es el marido. Me lo contó Mónica en el desayuno.

Carmen Delia puso cara de asombro.

—¿El marido? —insistió aturdida—. Joder... No me extraña entonces que se haya fijado en tu Chede, porque será un cabrón, pero hay que reconocer que está mucho más bueno.

Raisa no pudo evitar soltar una pequeña sonrisa.

—Aunque bueno... si os vais a pelear las dos por él... yo me puedo quedar con el de la chaqueta, que tampoco está mal... —bromeó tratando de hacerla reír—, porque estaré gorda, pero no muerta; también tengo derecho a llevarme alguna alegría para el cuerpo.

Raisa soltó una carcajada pero, como si se arrepintiera de ello, su cara de pronto volvió a teñirse de negro y las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos embadurnándolo todo de nuevo con el espeso rímel de su conciencia.

—Chacha, ¡vale ya! —le regañó su amiga—. Para ya de llorar. Te ha dejado ¿vale?, pero quizá sea lo mejor. Chede es un hijo de puta y lo sabes.

Raisa moviendo la cabeza negativa, su cola agitándose a ambos lados mientras su mirada se enturbiaba cada vez más.

—¡Y encima lo defiendes! —continuó Carmen Delia enfadada para hacerla entrar en razón—. Te deja preñada, después se lía con la pija y te da la patada. Si tenía tan claro que no quería nada contigo, lo mínimo que podía haber hecho ¡es ponerse la gomita!

El rostro de la enfermera deshecho, consternado, como si sus palabras más que ayudarla hubieran terminado de hundirla. Se apoyó en el lavabo y dejó que su amiga se acercara interrogándola con la mirada. No podía más, tenía que soltarlo aunque le doliera.

—Chede no es mala persona —terminó confesando—. No es culpa suya.

Carmen Delia sin entender nada, preocupada, pensando que su amiga definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

—Lo hice para pillarlo, sabes que me gustaba mucho y desde siempre. ¡Era la única forma de retenerlo! Yo sabía que no me quería, pero si conseguía que pasara el tiempo suficiente conmigo... pensé que podía enamorarse.

Los mofletes de Carmen Delia con signo de desaprobación.

—Le dije que no hacía falta que se pusiera el condón, que estaba tomando la píldora —reveló entre llantos—. ¡He usado a Patricia para conseguirlo y, aun así, no lo he logrado! ¿Comprendes? —Las dos abrazadas, su amiga tratando de comprenderla, dándose cuenta de que el asunto era mucho más grave de lo que ella pensaba en un primer momento—. Y luego llega la pija y en solo tres días consigue enamorarlo. ¿Cómo quieres que me sienta? Ahora tengo claro que todo lo que haga es inútil, no sirve para nada, Chede nunca va a sentir nada por mí aunque tengamos una hija en común. Solo me queda una cosa que pueda hacer.

Carmen Delia mirándola preocupada, sin saber lo que Raisa iba a decir.

—Dejarlo marchar —concluyó, y su voz se quebró en el llanto.

CUARENTA Y TRES

El señor Balaguer y su familia saliendo del hospital, Elvira a su lado, sin parar de hablar, contándole cuánto echaba de menos Sevilla, las ganas que tenía de volver a pasear por la ciudad. A ella Arrecife no le gustaba, se le quedaba pequeño y afirmaba que echaba de menos la polución, tanto aire limpio empezaba a echar a perder sus pulmones.

Claudia detrás, siguiéndolos a varios metros de distancia, pensando que cada vez le costaba más separarse de la cama de su hermano. Llevaba muchos días en coma y la situación parecía que no iba a cambiar. Su vida se había detenido, como la de Dani. Suspendida, trataba de olvidarse de todo lo que le había sucedido desde su llegada a Lanzarote, pero no lo lograba. Aunque tuviera a Braulio allí a su lado, algo había cambiado y nada volvería a ser como antes. Era como si le hubieran quitado una venda de los ojos y se hubiera dado cuenta de que no le gustaba la vida que llevaba, como cuando se le cayó el informe al charco en la calle Tetuán; un momento de lucidez que le permitía ver su existencia de forma objetiva, pararse a analizar y pensar si eso era lo que quería para ella.

Chedey en el Ford Ka rojo viéndolos pasar desde el aparcamiento. Esa tarde no iba a ser él quien las llevara al hotel, Elvira le había dicho que cogerían un taxi. Verlos a los tres juntos hizo que se le revolvieran las tripas. Parecía que él nunca había existido, aunque la hubiera tenido en sus brazos, aunque la hubiera besado. Claudia no le pertenecía. Aunque sus ojos la noche anterior le hubieran susurrado un «te quiero», Claudia tenía dueño y no era él, sino aquel «ogro», como lo llamaba Dani, que aparte de presuntuoso parecía un gilipollas mayúsculo.

La familia esperando su turno en la parada de taxis, Chedey observándolos, Claudia apartada, perdida, como si la conversación que mantenían Braulio y Elvira no le interesara, como si estuviera a miles de kilómetros de distancia. El enfermero trató de contenerse, pero no lo consiguió, no pudo evitar coger su móvil y mandarle un mensaje. Le habría encantado escribir muchas cosas, pero se limitó a darle información de lo que había descubierto como ella le había pedido.

19:07 CHEDE: He hablado con el doctor Ramírez.

Claudia abriendo su bolso y cogiendo el teléfono. ¿Había sonreído? Chedey casi podía asegurar que lo había hecho, pero no estaba seguro, lo que estaba claro es que estaba leyendo su mensaje y su rostro, ahora, se mostraba preocupado.

19.08 CLAUDIA: ¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

19.08 CHEDE: Tengo malas noticias... No conocía ningún caso así... Según él, ninguna chica de esas características ha estado ingresada en el hospital.

La mirada de la joven contrariada, Braulio mirándola inquisidoramente, como si se preguntara con quién estaba escribiéndose, pero no dijo nada; estaba demasiado absorbido por Elvira como para prestarle más atención.

19.08 CLAUDIA: No puede ser, en el relato lo pone claramente, dice que se pasó casi toda su infancia en el hospital. ¡Y nombra este!

19.08 CHEDE: Pues aquí no ha estado... ¿Puede que estuviera ingresada en Las Palmas?

19.08 CLAUDIA: No, no menciona nada de Gran Canaria, aunque no lo especifica, queda claro que es el Hospital General de Lanzarote.

19.09 CHEDE: Pues no es verdad, Claudia. No olvides que es solo un cuento.

19.09 CLAUDIA: Sigo pensando que la historia es cierta, da demasiados datos sobre mi familia para pensar que el resto es inventado. Creo que La isla de los dragones dormidos *en realidad es su diario.*

Otro callejón sin salida, hipótesis rondando su cabeza a gran velocidad. ¿De qué te escondes, Alba? ¿Por qué no nos dejas conocerte?

19.09 CLAUDIA: Te tengo que pedir otro favor...

La cara de la joven tensa, como si no le gustara lo más mínimo lo que iba a escribir. Solo planteárselo le creaba angustia. Chedey observándola sin que lo supiera, sintiendo su corazón palpitar a cien por hora.

19.09 CHEDE: Me puedes pedir lo que quieras, Claudia...

19.09 CLAUDIA: Creo que sé por qué Alba no ha venido a verlo al hospital.

19.09 CHEDE: ¡¿Si?! ¿Por qué?

La sevillana tragando saliva, deseando que esta nueva teoría también fuese errónea.

19.10 CLAUDIA: ¿Puedes averiguar si el día que fue ingresado Dani murió alguna chica? Ese día o los anteriores...

19.10 CHEDE: Joder...

19.10 CLAUDIA: He seguido leyendo y, aunque todavía me quedan unos cuantos capítulos, creo que puede ser la razón por la que mi hermano intentó suicidarse.

19.10 CHEDE: ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

19.10 CLAUDIA: Porque prefiero pensar que está viva. Bastante desgracia tenemos ya con lo de Dani.

Braulio acercándose a Claudia y ella diciéndole algo que Chedey no pudo descifrar. Seguramente le había mentido, no le había dicho que estaba hablando con él, pero su marido parecía satisfecho y volvió a reunirse con Elvira, que tenía todavía mil historias que contar.

19.11 CHEDE: Lo haré, no te preocupes... Pero espero que esta vez también te equivoques.

19.11 CLAUDIA: Gracias.

Los dos con el teléfono en la mano sin saber cómo terminar la conversación, como si no hubiera suficientes letras en el teclado para expresar cómo se sentían en ese momento, los ojos de ella alzándose de pronto, dirigiéndose hacia el aparcamiento y descubriendo a Chedey sentado en su coche, mirándola.

19.13 CLAUDIA: ¿Llevas ahí todo el rato?

19.13 CHEDE: Sí, me he acostumbrado a verte todos los días al terminar el turno, y hoy no podía ser menos.

Claudia desviando la mirada y tratando de ignorar su respuesta.

19.13 CHEDE: Si quieres os recojo y os acerco al hotel. No me importa que esté Braulio, lo haría encantado de todas formas.

19.14 CLAUDIA: Es mejor así, de todos modos, nuestro taxi está a punto de llegar.

19.14 CHEDE: ¿Estás bien?

La joven se quedó un instante en silencio, observando los coches que pasaban por la carretera. ¿Por qué Braulio desde su llegada no le había preguntado cómo se encontraba? Habían hablado de trabajo, de Dani, de su matrimonio, pero en ningún momento había mostrado interés por cómo se sentía. ¿Por qué había sido Chedey el que se lo había preguntado y no él?

Dudas, indecisión, contener sus deseos y actuar de la forma más correcta, recuperar su vida, tratar de centrarse, poner a un lado los factores desestabilizantes e intentar salvar su matrimonio por muy herido que estuviera.

19.15 CLAUDIA: Estoy con Braulio.

Su respuesta fue una puñalada envenenada que acertó en el centro de su corazón. Sus miradas volvieron a encontrarse en la distancia y el enfermero comprendió lo que trataba de decirle, pero aun así no se dio por vencido y decidió insistir.

19.15 CHEDE: Mañana es mi día libre y no vendré al hospital. Tenía pensado subir a Famara a coger olas. Si quieres, cuando se vaya al aeropuerto puedo venir a recogerte, te vendrá bien desconectar y pasar unas horas fuera.

Braulio hablando con su madre y Elvira soltando una sonora carcajada. Parecían a mil kilómetros de distancia de la lucha que se desarrollaba en su interior. El Ford Ka aparcado, el enfermero esperando impaciente, con los mismos ojos suplicantes que le había puesto la noche anterior. Se sentía bien con él, su corazón parecía que había recuperado una parte olvidada con aquel beso que se habían dado en La Geria, pero no podía ser… A veces hay que contener los deseos y sacrificarse por las personas que quieres, el matrimonio era eso, no ceder a las tentaciones y esforzarse por cuidar el compromiso. Aunque su marido hubiera cambiado, aunque dudara si la quería, debía hacer todo lo posible por estar a su lado, no podía autoengañarse diciendo que iba a luchar por él y quedar con Chedey cuando Braulio dejara la isla. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué sentía?

19.15 CLAUDIA: Lo siento, ya te lo dije ayer, lo que más me conviene ahora mismo es estar alejada de ti.

Y tras escribir esa última frase, guardó el teléfono en el bolso para que él pudiese verla y se acercó a Braulio. Buscó su contacto, una muestra de cariño, pero su marido estaba demasiado entusiasmado con la conversación que mantenía con Elvira como para hacerle caso.

CUARENTA Y CUATRO

Los dos solos en el ascensor del hotel, Braulio mirándola fijamente y ella con la espalda recostada contra la pared, las pupilas del hombre llenas de deseo, con ganas de quitarle la ropa y poseerla allí mismo; ella reticente, esquiva, como si no lo estuviera notando, pero el señor Balaguer no se daba por vencido y se aproximó más a ella acorralándola contra la esquina y el espejo.

—Braulio, no —le cortó, pero el hombre sabía que sus ojos le decían lo contrario: ella también lo deseaba, anhelaba sus labios, sus besos.

Recuerdos de noches de pasión y desenfreno, de sus cuerpos desnudos devorándose, complementándose, la excitación y lo prohibido bailando un tango desesperado al compás de sus suspiros.

Sus dedos, sus caricias y esos gemidos que salían de su boca antes del orgasmo, cuando los «te quiero» se escapaban de sus labios y decoraban la habitación.

Amantes, eran dos amantes furtivos, alocados y enfebrecidos, como si tuvieran veinte años.

—Braulio, no.

Sus manos se posaron en sus piernas y recorrieron sus muslos hasta llegar a sus nalgas. Ella trató de apartarse, pero finalmente cayó rendida. Sus jadeos se sucedieron mientras apoyaba su cabeza en su cuello y aspiró el perfume de su nuca reviviendo imágenes pasadas, encuentros fortuitos en la intimidad de la noche.

Su corbata aflojada y la camisa abierta, las manos de ella perdiéndose entre los botones mientras él la besaba apasionadamente.

—Braulio, no —insistió mientras se dejaba abandonar por la lujuria y el hombre soltaba el enganche de su sujetador.

«Cuarta planta», informó la voz metalizada del ascensor. Braulio se apresuró a pulsar la pausa, pero ella se libró de sus garras y luchó para que se abrieran las puertas.

—Braulio, no —volvió a repetir Elvira, pero esta vez más grave, más dura—. No puede ser.

Silencio, silencio lleno de palabras mientras ella huía del ascensor. Los ojos de Elvira, cuajados de lágrimas, le habían confirmado que esta vez hablaba en serio; era diferente, definitivo, el punto y final de una historia que jamás debía haber comenzado.

Braulio mudo, inmóvil, sin saber qué hacer, qué decir, cómo actuar, dejando que las puertas del ascensor volvieran a cerrarse y su corazón capeara el temporal.

CUARENTA Y CINCO

La túnica

Alba se pasó un día entero cosiendo encerrada en su habitación. Rompió todos sus vestidos de lino y elaboró con la tela una túnica amplia que la cubría de los pies a la cabeza; solo dejaba al aire sus sandalias, sus manos y su rostro. Al verse reflejada en el espejo notó que rezumaba miedo. La seguridad, la condescendencia con la que había juzgado su decisión se habían ido evaporando, sobre todo al pensar que Daniel no estaría allí. Le aterrorizaba pensar que en el último momento, cuando el sol saliera por el horizonte, iba a estar sola. Si le ocurría algo, no habría nadie que la ayudara; su cuerpo caería al suelo víctima de convulsiones y no la socorrerían.

«Tienes que ser valiente Alba, enfrentarte a tus miedos».

Coser, pensar, reír y llorar al instante angustiada pensando en las consecuencias. Decirle buenas noches a su padre esa noche iba a ser lo más doloroso —esperaba que en el último momento no descubriese que iba a escaparse—.

«Dani va a venir, aparecerá, no puede fallarme».

Había imaginado hasta en el más mínimo detalle: cómo sería contemplar el cielo teñirse de colores, ver esas imágenes que tantas veces había observado en la televisión en vivo y en directo, aspirar el aroma del amanecer, sentir en su piel los cálidos rayos del sol, cubierta por su túnica, protegida por aquella tela que no sabía cuánto resistiría si le daba reacción, sentada en la arena, en la cala entre los dos puentes, con los pies mojados por el mar, chapoteando mientras su corazón se aceleraba siendo consciente de que estaba poniendo en juego su vida; se arriesgaba a vivir, a ser feliz.

Soñaba con regresar caminando a su casa, saludar a la gente que iba a comprar el pan, como si ella también formara parte de esa vida, como si fuese habitual estar a estas horas paseando, como si no fuese algo que estuviera terminantemente prohibido y con consecuencias mortales.

Ser feliz, ser normal... Tampoco estaba pidiendo tanto... Se lo merecía... Tenía que salir bien.

«Dani, Dani... Por favor cambia de idea, acompáñame en esto».

Su cuerpo cubierto por la túnica delante del espejo, la capucha tapando su melena anaranjada, sus ojos azules escrutando cómo se ceñía a su cintura, amplia pero ceñida, perfecta.

—El atuendo ideal para empezar o acabar mi vida —susurró en silencio y, sin poderlo evitar, sintió un escalofrío.

CUARENTA Y SEIS

Elvira era la reina de las apariencias, siempre impresionante, acicalada, pavoneándose, presumiendo de todas las cosas que tenía: sus perfumes caros, sus joyas, su ropa de diseño de últimas tendencias, su melena rubia, su maquillaje impecable, su gusto exquisito... Aparentar, siempre aparentar, pero por muchos años que pasaran, seguía siendo esa niña que lloraba en la cama esperando que su madre dejara de gritar y se acercara a darle un beso de buenas noches.

Su obsesión en la adolescencia era escapar de su casa y de aquel pueblo miserable donde había pasado su infancia, donde todos la miraban, la analizaban y la conocían como «la pobre niña hija de la borracha». Daba igual lo que hiciese, lo que se esforzase, siempre en sus miradas había un regusto amargo de lástima y condescendencia. Por eso se casó con Mauricio, para huir. Mauricio era un joven de la capital que había llegado al pueblo para trabajar en el colegio. Era el primer año que impartía clases, todavía no había aprobado las oposiciones, pero para ella no había un objetivo mejor en ese momento. Mauricio significaba tener diez meses de

noviazgo, lo que duraba el curso, y luego abandonar el pueblo para siempre.

Elvira nunca estuvo enamorada de su marido; se casó con él para conseguir una estabilidad que en su pueblo no tenía. Mauricio era cariñoso, amable, encantador, pero no poseía las cualidades que a ella le atraían en un hombre. Por mucho que lo intentase, su esposo siempre estaba por debajo de sus expectativas, no podía darle todo lo que ella ansiaba. Elvira necesitaba destacar, había pasado una vida de humillaciones y desgracias y necesitaba una posición lo suficientemente alta para empezar a mirar a la gente por encima del hombro, como habían hecho con ella. Quizá así, si lo lograba, dejaría de sentirse una ciudadana de segunda y recuperaría un poco su autoestima.

Pero no se trataba solamente del dinero. Mauricio era un hombre sencillo, simple, sin ambiciones, y eso era algo que a Elvira la desesperaba. Cuando abandonaron el pueblo y se fueron a vivir a Sevilla, ella no entendía cómo se podía conformar con vivir en la periferia y llevar una vida tranquila; ella ansiaba hacerse un hueco en la alta sociedad, quizá por eso aceptó el trabajo en la *boutique* de lujo de los Remedios, para estar cerca de ellos, poder observarlos y analizarlos.

Elvira llevaba en su trabajo más de veinte años. A sus amigas les mentía y les decía que era socia de la tienda, pero la realidad era distinta: no tenía acciones ni participaciones, era una simple dependienta. Con su jefe había llegado a un acuerdo: para acudir a las fiestas y cócteles que a ella tanto le gustaban, le dejaba usar la ropa recién llegada para hacer promoción, pero siempre conservando la etiqueta y devolviéndolos en perfecto estado. Más de una vez había tenido un momento bochornoso cuando una de las etiquetas de la *boutique* sobresalía de la manga de la camisa en mitad de un baile, pero siempre fingía que había sido un descuido.

—Estoy cansada —solía decirle a Mauricio—. Cansada de no poder permitirme todo lo que necesito. —Y su marido agachaba la cabeza sabiendo que por mucho que tuviese, ella siempre iba a necesitar más. Era difícil cubrir un vacío que se había anidado en su pecho desde su infancia con cosas materiales.

Sus hijos fueron su mayor tesoro. Desde que tuvo a Claudia por primera vez en sus brazos se prometió a sí misma que se convertiría en la mejor madre que aquella niña pudiese tener. El recuerdo de la suya, sus borracheras y sus ausencias, le imprimían unas ansias enormes de entregarle a su bebé todo el cariño que a ella le habían negado.

Pero según fueron pasando los años, se dio cuenta de que quizá no había cumplido su objetivo: su hijo, el pequeño Daniel que antes jugaba con la pelota en el pasillo, había crecido y se había desviado del buen camino. Por aquel entonces, su relación con Mauricio ya estaba mal, y en vez de asumir su parte de culpa por pasar demasiado tiempo tratando de hacerse un hueco con «la gente importante», decidió cargarle a él los errores cometidos.

—La culpa es tuya. ¿Qué clase de aspiraciones va a tener nuestro hijo teniendo un padre como tú? —solía decirle—. Viendo cómo te conformas con lo que tienes, es normal que él considere suficiente ser camarero y no le interese estudiar.

Sus esperanzas, entonces, se depositaron en Claudia. Su hija siempre había sido un poco más retraída, insegura, pero estaba estudiando una carrera y esperaba que consiguiera una posición de provecho.

—Ser esposa de maestro no está mal —solía decir—, pero no deja de ser clase media.

Y fue en aquella época en la que Daniel estaba a punto de dejar los estudios cuando Braulio apareció en su vida. Tenía que confesar que desde el primer momento adoró su templanza, su

seguridad en sí mismo, su ambición... y su gigantesca cuenta corriente. No podía pensar en un mejor partido para su hija. Era un poco mayor, eso sí, pero el señor Balaguer era definitivamente perfecto. La pequeña Claudia, con sus miedos y sus dudas, había logrado cazar a un hombre mucho mejor que el que ella había conseguido.

Las visitas de Braulio a casa fueron habituales durante los años de noviazgo y, cuando se casaron, pasó a ser un miembro más de la familia. Aunque le costaba reconocerlo, Elvira se dio cuenta de que cuando iba a almorzar, prestaba especial atención a todos los detalles para que todo saliera perfecto y cuidaba más su aspecto. Cada vez que había un problema en la familia, Braulio siempre buscaba su apoyo, porque sabía que Elvira era la más parecida a él. Pensaban lo mismo en casi todo, y tratar de convencer al resto de los miembros solía ser relativamente fácil cuando ambos estaban unidos.

Elvira no sabía cómo había empezado todo, si fue ella la que comenzó a coquetear o fue su yerno, pero el hecho es que una Nochevieja, después de tomarse dos copas de champán, terminaron devorándose a besos en el asiento trasero del taxi que los llevaba de vuelta a casa. Claudia y Mauricio se habían marchado antes y Daniel... Daniel estaría en cualquier cochera bebiendo y drogándose con malas compañías.

Su pasión no tenía límites. Durante el primer mes no lo quiso pensar, se dejó arrastrar por el magnetismo de Braulio y terminó jadeando entre sus sábanas. Lo hicieron en la casa de él, en la cama de su hija, y después del primer orgasmo Elvira se dio cuenta de que se había convertido en un monstruo mucho peor que el que fue su madre: ella no escuchaba al demonio ni este la incitaba a beber, ella directamente se había convertido en el diablo.

Decidió romper aquella relación antes de que las cosas fuesen a más. Braulio le confesó que estaba enamorado, que su inten-

ción era divorciarse de Claudia para que pudiesen estar juntos, pero Elvira le dijo que no. Aparentar, siempre aparentar. ¿Qué clase de madre sería ella si le robaba el marido a su hija?

Los meses pasaron y el recuerdo de aquellas breves citas que había tenido con su yerno se convirtieron en una agonía. Sus visitas a su casa la hacían ponerse nerviosa y él la perseguía hasta la cocina para robarle algún que otro beso. Mauricio no necesitó sorprenderlos, le bastó con comprobar cómo había cambiado su mujer y cómo temblaba cuando el señor Balaguer estaba cerca, así que una noche se lo preguntó directamente.

—¿Qué clase de madre eres tú que antepones tu felicidad a la de tus hijos? —le reprochó fuera de sí, y Elvira no supo qué contestarle.

—Te prometo que no volverá a pasar —le juró entre llantos—. Solo ha sido una aventura, algo que no debía haber sucedido, pero se ha acabado, acabó hace tiempo.

Aparentar, siempre aparentar.

Mauricio se fue de casa porque no podía soportarlo. A cambio, como compensación por su abandono, ella le suplicó que no le dijese nada a Claudia; no quería que su hija sufriera inútilmente y, sobre todo, quería evitar un escándalo. Su marido accedió, no sin antes decirle que no se lo contaría a cambio de que se lo confesara ella, y Elvira, aun sabiendo que no lo iba a cumplir, accedió, pero le pidió que le diera tiempo.

Mentiras, traiciones y más mentiras, fingir, aparentar, algo que llevaba haciendo toda su vida.

Cuando se divorció de Mauricio adoptó el papel de mujer abandonada. Para sus hijos ella era la víctima y su padre el cruel que los había dejado. La aparición de Teresa y que su marido empezara una relación con ella no hizo más que beneficiarla y, mientras tanto, Braulio le repetía incansablemente que era la mejor ocasión, que era su oportunidad para estar juntos, pero Elvira seguía sin ceder.

—Hace meses que no toco a tu hija —le dijo una noche escondidos en el portal—. Lo nuestro ya no es un matrimonio, solamente estoy con ella para poder estar cerca de ti.

—No puedo hacerlo Braulio, no puedo... —repetía una y otra vez, pero sus labios seguían cediendo cuando él trataba de abrazarla.

Dos años más tarde, Dani los descubrió besándose en la cocina. No hizo falta nada más. Al verlos fue como si en su cabeza encajaran todas las piezas. Elvira aún recordaba la cara con la que la miró: no era enfado, era desprecio, como si fuese la peor persona a la que había conocido en su vida.

—Daniel, por favor… —le rogó desesperada—. Esto no es lo que parece.

Y su hijo levantó la mano suplicándole que se callara, no quería oírla, no podía, estaba demasiado impactado y lo que menos necesitaba era escuchar mentiras. Todo estaba claro, muy claro.

Elvira se acercó para calmarlo, intentando hablar con él, pero Daniel la rechazó, la empujó con rabia sin tocarla y pronunció las tres últimas palabras que le diría en la vida.

«Me das asco».

Sentada en su habitación, Elvira recordaba el episodio que acababan de vivir en el ascensor, maldiciéndose en voz baja por haber vuelto a caer. Daniel estaba en coma, posiblemente provocado por todo lo que había pasado. Si no era culpa de ella, por lo menos sí era responsable de que su hijo no tuviera a quién acudir cuando se sintió mal, porque su madre le repugnaba, como le pasaba a ella con la suya; sabía cuál era esa sensación.

«Me das asco, me das asco».

Besos robados en un ascensor, un hijo en coma, un exmarido que piensa que es la peor persona que ha conocido en su vida, una hija engañada, un yerno en celo... ¿Qué clase de mujer

era? Aparentar, siempre aparentar, que no se note, cúbrelo con Channel Nº 5 y vestidos caros; sonríe, sonríe siempre y míralos por encima del hombro.

Braulio y ella habían roto su relación por décima vez esa semana. Le había dicho que toda esa situación la había desbordado, que se había acabado, que ver a Dani en aquella cama era lo más duro que había presenciado en su vida y que pensaba que era culpa de ella, de ellos, por lo que habían hecho. Si su hijo no los hubiera descubierto, aún seguiría viviendo en su casa, estaría en Sevilla, como siempre, metido en sus líos, pero por lo menos despierto.

«Eres una asesina, me das asco».

Elvira había sido muy convincente por teléfono, tanto que hasta ella misma se lo había creído esta vez, pero en la primera ocasión que estuvieron a solas había vuelto a caer...

Y para colmo de males, Mauricio, al que llevaba sin ver casi tres años, llegaría en un par de días a Lanzarote.

«Quiero desaparecer, evaporarme... Dani por favor, despierta de una vez y líbrame de toda esta pesadilla».

«Me das asco, me das asco...».

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué caía? Porque por muchos años que pasaran y por mucho que intentara aparentar que había cambiado, seguía siendo «la pobre niña hija de la borracha» que suspiraba desamparada, esperando en la cama a que le dieran una muestra de cariño.

CUARENTA Y SIETE

—Hazme el amor —le pidió Claudia saliendo completamente desnuda del cuarto de baño.

Braulio tumbado en la cama, con el traje marrón puesto y la corbata sobre la mesita de noche, pensando en Elvira, en ese beso que se habían dado en el ascensor e imaginando que ahora estaría sola en la habitación que había compartido con su hija durante toda la estancia. La miró sin alzar la vista, con los ojos dirigidos al teléfono donde estaba escribiéndole un mensaje a su madre, pidiéndole que recapacitara, que cuando volviera a Sevilla el viernes siguiente, acudiera a verlo a su casa, que la estaría esperando.

—Hazme el amor —insistió avanzando a paso lento hacia la cama.

Su marido levantó la cabeza y su mirada le dijo que no era un buen momento.

—Hazme el amor —repitió por tercera vez.

Claudia desnuda, Claudia vacía, deseando que su marido la poseyera, esperando que si lo hacía volvería a sentirse unida él, anhelando que el recuerdo de Chedey y de su sonrisa se borrara,

que todo volviera a la normalidad, que sus sentimientos embotellados desaparecieran, que los dragones dormidos dejaran de rugir. Necesitaba intimidad con su marido, que el Braulio que le había hablado en el restaurante volviera a sus sábanas.

—Claudia, estoy cansado —le dijo en tono de excusa—. El día ha sido muy duro: el madrugón, el vuelo, ir al hospital y ver a tu hermano...

Su esposa sentándose en la cama, a su lado, quitándole el móvil de las manos y obligándole a que la tocara, que sus dedos recorrieran su piel.

—Hazme el amor —le exigió sin poder evitar que sus palabras sonaran como una súplica.

Claudia se aproximó a su marido y le besó los labios. Su cuerpo desnudo se tumbó sobre el empresario y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Sus ojos se encontraron, ella deseando reavivar la llama, despejar la cabeza y olvidar los mensajes que el enfermero le había mandado esa tarde, queriendo ser la señora Balaguer y Braulio, en cambio, intentando escurrirse entre las sábanas.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella molesta—. ¿No quieres?

El rostro de Braulio serio, áspero.

—No, ya te lo he dicho —contestó olvidando por un segundo ser amable—. Estoy muy cansado, solo tengo ganas de dormir.

Claudia en la cama decepcionada, sintiéndose triste, dolida, rechazada. Esa sensación se había repetido demasiadas veces en su matrimonio y empezaba a agotarse. Le resultaba extenuante esa situación, ser rechazada una y otra vez por un marido que no quería tocarla, que sentía que no la deseaba, pero esta vez, más que entristecerse se cabreó, se enfadó porque realmente necesitaba hacer el amor con él, no porque estuviera excitada, sino porque necesitaba recordar lo que fueron, fingir por un momento que todo estaba bien para poder ilusionarse y seguir luchando por ese matrimonio deshabitado, muerto, sin vida.

—Llevas seis meses sin tocarme —le reprochó—. ¡Seis meses! Y lo único que pido es que mi marido me haga el amor... No te estoy rogando que me escuches ni que trates de comprenderme... solo que uses mi cuerpo para darte placer… ¿Tampoco tienes tiempo para eso?

Los ojos de Braulio sorprendidos. Definitivamente algo estaba cambiando en el interior de su mujer. Antes nunca se hubiera atrevido a enfrentarse a los problemas tan directamente; que fuera ella la que hablara, la que pusiera la carne en el asador, no hacía más que desconcertarlo.

—Claudia —protestó—, ya te he dicho que no puedo.

Su mujer, sin darse por vencida, se lanzó otra vez a sus labios mientras su mano se colaba por la cremallera de su pantalón. Braulio sintió cómo el deseo renacía y le devolvió el beso con más frialdad que ternura.

Manos enlazadas, Claudia hundida en el colchón con Braulio encima, su cuerpo jadeando, moviéndose al compás de la pasión, sudando, empujando sin mirarla mientras su esposa estrujaba la almohada donde reposaba su cabeza. La chaqueta en el suelo, la camisa y los calzoncillos debajo de la cama, el colchón rechinando, los ojos almendrados de Chedey en el techo, buscando su mirada.

«No pienses en él. ¿Cómo se te ocurre pensar en el enfermero en estos momentos?».

Su rostro enrojecido… Braulio hacía el amor como el que friega los platos, de forma mecánica, sin interactuar, buscando su placer, el roce, sin preocuparse de acariciarla, de darle cariño.

—Dime que me quieres —le pidió, y su marido continuó empujando ajeno a su petición.

Pelos en los hombros, sudor, sentir que entraba en su cuerpo como los invasores que pegaron fuego al castillo de San Gabriel destrozándolo todo, acuchillando, matando, asesinando.

Mariposas contenidas... Las mariposas eran aplastadas por cada embestida de su cuerpo, las sentía morir, aplastarse bajo el peso de Braulio, lágrimas en los ojos, tratar de detenerlas para que él no las viera.

—Dime que me quieres —insistió, pero por respuesta solo obtuvo la cara de orgasmo de su marido que terminó desplomándose sobre su pecho.

Los dos en silencio, Claudia sin sentir, sin disfrutar, con los ojos de Chedey todavía en el techo, sus manos que lo abrazan, que tratan de buscar parte de esa complicidad, del cariño que antes los unía, sus dedos recorriendo su espalda y encontrándose con unas heridas.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó curiosa.

Braulio, sin abrir los ojos, con la cabeza reposando entre sus pechos, se encogió de hombros.

—En la espalda, parece que tienes algo, una herida.

Claudia se incorporó y observó el cuerpo de su marido. Bajo el cuello, a unos diez o quince centímetros, tenía unos arañazos, cinco a cada lado de la espalda.

—¿Qué es eso? —insistió sin poder creer lo que veía.

En su mente volvió a aparecer el rostro de Carmen pavoneándose, su melena rubia, su cuerpo escultural, sus uñas afiladas de perfecta manicura, y fue como si una revelación acudiera a su cabeza. Se imaginó la escena que acababa de protagonizar, pero con ella ocupando su lugar, la joven gimiendo, retorciéndose de placer y clavando las uñas en la espalda de su marido. No pudo soportarlo y antes de terminar de visualizarlo le dio un empujón a Braulio y escapó de la cama.

—¿Te has acostado con Carmen? —le preguntó carcomida por la duda.

Braulio inmóvil, desnudo, con su cara todavía enrojecida por el esfuerzo, su mirada imponente, seria, reservada, y su sexo moribundo descansando entre las piernas.

—¿Qué locura estás diciendo, Claudia? —la atacó como si se le estuviera yendo la cabeza.

—Tienes marcas de arañazos en la espalda ¡y no te las he hecho yo! No son recientes, están cicatrizadas —le contestó.

Su marido recogió los calzoncillos del suelo y volvió a vestirse recordando la noche de pasión que había vivido en el apartamento de su asistente, cómo sus labios juveniles recorrieron su cuerpo, cómo sus ojos lo miraban, lo devoraban y los minutos parecían eternos.

—¡No digas estupideces! —insistió como si ofenderla fuese su mejor defensa—. Serán tuyas de antes de venir para acá.

Claudia indignada, dándose cuenta de que acostarse con Braulio había sido una equivocación. Más que acercarlos había servido para darse cuenta de lo alejados que estaban y para descubrir que su beso no era nada comparado con la traición de él.

—Te puedo asegurar que no son mías —respondió con tristeza—. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que hicimos el amor en Sevilla.

Braulio sintiéndose derrotado, vencido, sin ganas ni ánimos para tratar de justificarse. ¿Qué sentido tenía? ¿De qué servía seguir engañándola?

—Ha sido sólo una vez —mintió tratando de analizar la reacción de su esposa—. Has estado fuera demasiado tiempo y bueno... la carne es débil.

Claudia apoyando la espalda en la pared, sintiéndose sucia, usada, vejada, sin comprender todo lo que estaba pasando aquella noche, ni cómo su marido lo había confesado con tanta facilidad. ¿Tan poco le importaba su matrimonio? ¿Le daba igual lo que pensara ella?

—Joder, Braulio, ¡joder! —exclamó cabreada lanzando todas las esperanzas para salvar su matrimonio al suelo y saltando sobre ellas—. ¿Cómo has podido hacerlo? Ya te dije que esa

chica era una trepa, desde que entró estaba deseando meterse en tu cama. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo?

Braulio levantándose de la cama, siendo consciente en ese momento de lo que acababa de hacer: había cometido un error confesando lo de Carmen. ¿Y si se lo contaba a Elvira? ¿Y si le decía que su marido le había puesto los cuernos?

—Claudia, tranquilízate —le pidió tratando de suavizar el tema—. Ha sido sexo, solo sexo, ¡no ha significado nada!

Solo sexo, solo sexo... ¿Acaso su infidelidad no había sido mayor? Braulio había sucumbido a un cuerpo, había cedido a la pasión y había terminado retozando con aquella rubia de uñas afiladas. ¿Y ella? Ella únicamente lo había besado, pero se había implicado más. Aunque le costara reconocerlo, lo suyo con Chedey no era físico, era cariño, eran sentimientos... ¿Quién había traicionado más a su matrimonio? ¿Braulio o ella? No lo sabía, y en aquella habitación, desnuda, tapándose con una sábana para que la escena no fuese aún más humillante, no quería pensar en ello. Si algo tenía claro era que, aunque su infidelidad hubiera sido mayor por ser en términos emocionales, ella lo había respetado más. ¿Qué consideración había tenido Braulio con ella? Claudia llevaba toda la semana conteniendo mariposas. ¿Y él? Él se había abandonado a la carne, a la lujuria y al deseo sin pensar ni una vez en ella.

—¿Cómo quieres que vuelva ahora a la oficina? —le espetó golpeándole donde más le dolía—. ¿Cómo quieres que pase por su lado sin sentirme humillada? ¡Vencida!

Los ojos de su marido atravesándola como dos puñales, sin entender muy bien hacia dónde se dirigían sus palabras.

—Y mañana os vais juntos a Londres. ¿Cómo quieres que me sienta? —continuó dándose cuenta de que su traición era aún mayor—. ¿Por eso la necesitabas? ¿Por eso querías que fuera aunque ya te acompañaba Ágata?

Braulio acercándose a ella, horrorizado con la idea de que le contara todo a Elvira. Le acarició las mejillas y se dio cuenta de que no estaba llorando. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era aquella mujer? Claudia, su Claudia, estaría deshecha en la cama bañada en lágrimas y, en cambio, esa mujer estaba frente a él comportándose de forma madura, adulta. ¿Tanto había crecido esos días en Lanzarote?

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó sabiendo que era justo pedir una condena para pagar su falta.

Claudia se apartó de su lado y pensó cuál era la mejor forma de deshacerse de ella.

—Despídela, Braulio —le dijo—. No quiero que siga a tu lado mientras yo estoy fuera. Díselo mañana, en Londres.

Su marido bajando la mirada, sabiendo que era justo lo que le acababa de pedir, pero molesto por perder a aquella joven que le había dado una brisa de aire fresco a la agonía de su relación con Elvira.

—¿Vas a perdonarme si la despido? —le preguntó poniendo la voz grave, como si le importara.

Claudia aferrada a su raciocinio, deseando que las cosas dejaran de complicarse más y más. Quizá todo aquello era una oportunidad para empezar de nuevo, asumir que ambos se habían equivocado y volver a intentarlo. Estaban casados y el único delito de su marido, aparte de no amarla, había sido acostarse una vez con una becaria. Quizá todo no estaba perdido, quizá si lo intentaban podían recuperar la ilusión del principio, empezar de cero, olvidarse de Carmen y Chedey y volver a ser los Braulio y Claudia de sus años de la facultad.

—Te prometo que no fue planificado —insistió él, mentira tras mentira—. Fue una noche al salir de trabajar, me la encontré en el bar de abajo y yo ya llevaba algunas copas, estaba borracho y ella insistió. Me sentía solo, me faltabas... Pero no

volverá a pasar, a ella se lo dejé bien claro y lo entendió... Pero si consideras necesario que la despida lo haré.

Solo una vez... Solo una vez...

—Lo que más me duele no es que lo hicieras, sino que no me lo hayas contado...

¿Acaso ella había confesado su beso con Chedey? ¿Lo había hecho? ¿Cómo podía ser tan cínica? ¿Así empezaban a sincerarse? ¿O es que su beso no tenía importancia y el polvo de Braulio sí?

—La despediré y todo será como antes, te lo prometo —le dijo buscando sus labios, pero ella lo rechazó.

«¿Quieres salvar tu matrimonio o ser libre? ¿Quieres seguir con Braulio o correr a los brazos de Chedey?».

—¿Quieres que lo intentemos? —insistió el empresario.

Claudia, sin saber muy bien por qué, afirmó con la cabeza y dejó que sus brazos la rodearan.

—Solo una cosa más —le pidió él quitándole importancia al hecho que más le preocupaba para que ella no lo percibiera—. Si lo vamos a intentar, no le cuentes nada a tu madre de lo de Carmen. No quiero que la relación con ella se enrarezca. Siempre es mejor llevarse bien con la suegra y que siga pensando que soy un yerno ideal.

Y su mujer asintió quitándole un gran peso de encima.

CUARENTA Y OCHO

Cuando tu pareja te confiesa una infidelidad te quedas vacío. Aunque en un primer momento hablas con coherencia y te comportas como una persona adulta, necesitas un par de horas para asimilarlo, a veces días, sobre todo porque en el instante en que te lo dice, no te lo crees, piensas que no es posible, pero cuando tomas conciencia del hecho y te repite que es verdad, solo tienes ganas de llorar aunque no comprendes muy bien por qué; no sabes qué te duele más, el hecho en sí o esa brecha que se ha abierto en vuestra confianza que no sabes si se podrá volver a cerrar.

Asimilarlo, digerirlo. ¿Cómo se traga uno el puñal que te acaban de clavar en el pecho? ¿Cómo lo logras cuando sientes que te está rajando por dentro, atravesando las entrañas? ¿Cómo pensar? ¿Cómo reaccionar cuando tu corazón se está desintegrando? ¿Cómo sentir cuando te acaban de arrancar el alma?

Aquella noche durmieron juntos y Braulio se comportó más cariñoso que de costumbre, pero aunque intentara evitarlo, cada vez que él se acercaba para darle un beso, en su cabeza se

reproducía el rostro de Carmen y hacía que sus labios le dieran asco.

Mirarlo a la cara y no saber qué sentir, cómo actuar, querer que se borrara aquella confesión de su marido y que todo volviera a ser como siempre, un matrimonio triste y gris, pero a fin de cuentas un matrimonio, su vida, la que habían elegido, la que habían planificado..., la que era antes de que le dijera que le había puesto los cuernos.

La situación era fácil para él: confesarlo, pedir perdón. ¿Y ella? ¿Qué parte del trabajo le tocaba a Claudia? La más difícil a pesar de que ella no había hecho nada... Tratar de asumirlo, de aceptarlo e intentar que su dolor no interfiriera en la reconciliación para salvar su matrimonio.

Infidelidad, pena, traición, dolor...

¿Acaso Braulio había pensado en ella mientras estaba en su cama? ¿Había sido consciente de cuánto sufrimiento podía causarle por ese momento de placer? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué?

Su marido roncando a su lado en la cama y ella sin poder dormir, observando su rostro, acariciándolo sin que se diera cuenta para descubrir qué quedaba de su historia de amor, si todavía se sentía protegida cuando la rodeaba por sus brazos, si apoyar la cabeza en su pecho todavía la hacía sentir bien.

Llorar, llorar sin saber qué hacer ni cómo actuar, querer perdonarlo aunque el fuego de la traición la abrasara por dentro...

Ella tampoco había actuado bien… Había besado a Chedey, pero había frenado a tiempo. ¿Por qué Braulio no lo había hecho? ¿Por qué había cruzado esa línea que no se debe cruzar? ¿Tan poco le importaba lo que ella sintiera?

¿Qué hacer cuando no puedes dejar de llorar? ¿Qué hacer cuando tu cabeza es una marea de sentimientos que no te permite respirar?

Lo único que deseaba era estar sola, que su marido desapareciera de esa habitación para poder abrazarse a la almohada y derretirse en lágrimas, fundirse con las sábanas y pensar en qué sentía y si sería capaz de superar todo lo que les estaba pasando.

Se había acostado con otra, había compartido con Carmen esos momentos de intimidad que solo les pertenecían a ellos dos, que eran de ellos... aunque cada vez fueran menos... aunque cada vez fueran más fríos... Ahora, además, ya no eran solamente suyos. ¿Cómo se sentiría la próxima vez que hicieran el amor, cuando pensara que su miembro había estado dentro de ella? ¡De otra!

Humillada, apaleada... Así se sentía, pero con ganas de que Braulio se despertara, volviera a besarla y le dijera que solo la amaba a ella, aunque sabía que no era verdad, que aquello únicamente era la punta del iceberg de sus problemas, que su amor se había hundido, estaba estancado desde hacía años aunque ella había intentado sacarlo a flote de todas las formas posibles.

Verlo dormir, con su rostro tranquilo, como si no tuviera problemas de conciencia, como si no acabara de apuñalar la confianza que ambos se tenían, ese pacto invisible de respetarse, cuidarse y amarse.

Verlo dormir mientras el amor se escapaba por la ventana y era devorado por las olas que rompían en las rocas de Costa Teguise.

No se puede juzgar a una persona ni una relación por un hecho puntual; hay que hacer balance y analizarla en su conjunto, completa, todos los años que llevaban juntos. ¿Y si cada vez había menos puntos en el lado positivo? ¿Y si esto solamente era un síntoma más de que todo llegaba a su fin?

Llorar, sentir, amar... Suspirar por una vida que se acaba con miedo a descubrir lo que sería su existencia sin él, atreverse a estar sola.

CUARENTA Y NUEVE

A Braulio le daba miedo el paso del tiempo, el avance sigiloso del segundero que caminaba incansablemente haciéndolo envejecer, sin detenerse ni un instante, como si su vida fuera un reloj de arena puesto boca abajo y, granito a granito, la juventud se fuese escurriendo.

Cincuenta años y el pelo llenándose de canas; sus ojos, que antes rezumaban ambición y frescura, cada vez estaban más apagados, más cansados, como si hubieran visto demasiadas cosas o cada vez le quedaran menos por ver o que le llamaran la atención.

—Ya ha pasado la mitad de mi vida —solía decirse a sí mismo—. Ahora solo queda subir con dignidad la cuesta que lleva al precipicio donde todo termina.

A Braulio no le daba miedo morir. Eso para él no era nada, solo el final del camino; lo que le asustaba era ir perdiendo sus capacidades, ver extinguirse su brillo, dejar de ser el empresario cautivador y convertirse en un simple pensionista con zapatillas de paño y el periódico bajo el brazo.

No quería envejecer. Le horrorizaba pensar en el alzhéimer y el resto de enfermedades. No podía ni imaginarse el momento en el que no fuese capaz de valerse por sí mismo —era demasiado orgulloso y presuntuoso para ello—, no quería verse así. Llegado el momento, desaparecería. Posiblemente fuera a alguna residencia de ancianos en Suiza (tenía dinero suficiente para permitírselo), lo que fuese necesario con tal de que los demás no lo vieran caer.

De ahí venía su debilidad por las mujeres jóvenes. Le había pasado con Claudia, con Carmen... y con la infinidad de adolescentes que habían rodado por su cama. Le hacían sentir bien, recuperar la frescura, pero sobre todo, era una inyección de adrenalina para su autoestima saber que todavía les interesaba, que para ellas todavía era un dios, no un señor de cincuenta años que cada vez estaba más cerca del asilo. Sus mejores años todavía no habían pasado, no podían extinguirse.

Placer, deseo... Rodearse de doncellas para no verse las canas, que sus besos taparan sus patas de gallo, el pelo que empezaba a faltarle en la coronilla... Hacerlas gemir, disfrutar, que su hombría saliera reconfortada con cada uno de esos encuentros.

—Sigues siendo el caballo ganador —solía decirle a su miembro viril después de un orgasmo, y a ellas les hacía mucha gracia.

Pero a pesar de haber conocido sexualmente a infinidad de mujeres jóvenes, antes y durante su matrimonio, ninguna había conseguido enamorarlo. La que más cerca estuvo fue Claudia, por eso se casaron, porque aparte de aportarle vitalidad y belleza, era una mujer brillante e inteligente que incluso llegaba a superarlo en su trabajo.

Lo que lo animó a pedirle matrimonio fue su indecisión, sus dudas y su necesidad de aprobación constante, porque le hacían parecer importante, que lo necesitaba, y eso alimentaba su ego al sentirse superior a ella en todo momento, que era lo

que él necesitaba, porque Braulio Balaguer, sin su corbata y su mirada presuntuosa, no era nadie, era un fraude y Claudia le hacía sentirse valioso.

Casarse para sentirse mejor, para tener a una persona que lo admiraba a su lado, que le recordara todos los días que era un triunfador aunque él no se viese así. Había tenido suerte en la vida: heredó una empresa de su padre que ya funcionaba sola, tenía una cantera de asesores que se encargaban de todo y, después de contraer matrimonio, la mejor asistente que se podía tener: Claudia, que por ella misma, si tuviese la suficiente valentía, habría sido capaz de levantar un imperio, aunque era demasiado cobarde y la indecisión la carcomía.

Braulio no descubrió el amor hasta que conoció a Elvira y las flechas de Cupido tuvieron la osadía de clavarse donde menos debían. Desde el primer momento hubo algo que lo fascinó. Quizá lo más significativo era que los dos eran iguales: dos seres asustados y solitarios que se escondían en las apariencias para ocultar sus miedos a los demás. Ambos tenían claro dónde querían llegar, cuál era su lugar en la vida, sus metas, aunque eran conscientes de que el camino iba a ser infructuoso, plagado de carencias, fingiendo ser más brillantes de lo que eran para alcanzar o mantener su estatus social.

Elvira no era joven ni pretendía serlo. No tenía nada que ver con las doncellas que pululaban por sus sábanas. Ella era una mujer experimentada, ambiciosa, perspicaz, e insaciable que se movía en el mundo de las apariencias como pez en el agua. Cuando coincidían en las reuniones familiares, se veía reflejado en ella, como si ambos compartieran un lenguaje propio, distinto al de los demás, plagado de dobles significados que solo ellos entendían. Al hablar con Elvira, era capaz de dejar de fingir y actuar con naturalidad, no había que deslumbrarla, solo ser él, porque ella le ayudaba a relajarse; era como un pequeño oasis donde podía ser Braulio y olvidarse del señor Balaguer.

Elvira veía al hombre que había detrás del mito que él había alimentado con los años. Ella le ayudaba a conservarlo, pero lo hacía sentirse bien consigo mismo. Le gustaba la persona que había detrás del disfraz porque ella también se disfrazaba, fingía que era más especial de lo que realmente era.

Cuando estaban solos se desnudaban literal y metafóricamente. Braulio besaba a la niña que pedía cariño en la cama esperando que llegara su madre y Elvira, al hijo del empresario que tenía miedo de no estar a la altura. Se quitaban las caretas, se amaban y relajaban, pero cuando salían de la habitación, las máscaras volvían a su sitio. Mostraban solamente lo que querían ser, no lo que eran.

Con Claudia nunca había conseguido llegar a ese nivel de confianza. Cuando la conoció, la joven estaba tan deslumbrada por el mito que fue incapaz de conocer al hombre y todavía, con el paso de los años, pensaba que seguía igual. ¡Pero la culpa era de él! Decidió mostrarse inaccesible para que no descubriera que ese hombre tan admirable y sobresaliente del que se había enamorado no existía, que en realidad él también tenía miedos y dudas, que no eran tan diferentes.

En la actualidad se había cansado de fingir. Cuando llegaba a su casa y la encontraba en la cama o en el salón, se quitaba la careta, pero no actuaba con naturalidad, simplemente ponía distancia entre los dos para que no lo viera.

Con Elvira era diferente, pero si apostaban por su amor, ella tendría que renunciar a todo por lo que había luchado, a su imagen impoluta de señora recta, sin escándalos ni desaciertos en su haber, y eso era algo a lo que ella no estaba dispuesta a renunciar, ni a eso ni al cariño de su hija, porque sabía que si iniciaba una relación normal con él, la perdería para siempre.

Sentimiento de culpa, sentimiento de culpa... El puto crío al final había conseguido separarlos, se había tomado un frasco de pastillas y su madre, ahora, era incapaz de mirarlo a la cara

sin pensar en Daniel... Esta vez parecía que la ruptura iba a ser para siempre, no como las otras veces. Aunque se necesitaban, había líneas que ya iba a ser imposible volver a pasar.

¿Seguiría con Claudia? ¿Si Elvira lo dejaba había algún motivo para mantener su matrimonio?

Tenía cincuenta años, ya había pasado la mitad de su vida, ahora solo le quedaba subir con dignidad la cuesta hasta llegar al precipicio y no quería hacerlo solo, le daba miedo. Si Elvira lo abandonaba, continuaría su matrimonio insustancial, volvería a enamorarla una vez más para que Claudia siguiera a su lado... La necesitaba, su autoestima requería que sus ojos marrones lo miraran como lo hizo cuando la conoció en aquella ponencia en la facultad, que le hiciera sentir deslumbrante, sobresaliente, aunque únicamente fuese un anciano con zapatillas de paño y el periódico bajo el brazo.

CINCUENTA

El gotero silencioso en una habitación vacía llena de gente, Daniel dormido, en coma, ajeno a la realidad, Braulio y Elvira despidiéndose sin atreverse a pronunciar palabra. Personas mudas, personas huecas, gente sin sombra, sin poder moverse ni gesticular.

No hacía falta hablar, las frases eran pronunciadas sin despegar los labios. Solo tenía que mirarla a la cara para saber que esta vez era definitivo, todo había acabado. Los remordimientos y el sentimiento de culpa habían minado su relación, una historia de amor cimentada en la traición y la mentira, una aventura que jamás debía haberse iniciado, unos sentimientos que debieron ser castrados la primera vez que pasaron por su mente.

—Te quiero —se limitó a decir Elvira sabiendo que esa declaración de amor era una despedida, y él asintió sabiendo lo que significaba.

Claudia había bajado a la calle a buscar un taxi. Estaban solos, solos con aquel testigo inerte que era el culpable de su separación, el motivo de su angustia, de hacerle ver que lo que habían vivido era una abominación.

—Déjalo todo, Elvira —le pidió por enésima vez en su relación—. Déjalo todo y empecemos de cero en algún lado.

Las manos de la mujer temblorosas acariciando el rostro de su hijo que descansaba en la cama ajeno a los corazones que se partían en pedazos, en los fragmentos de amor que caían al suelo pulverizándolo todo.

—Me he equivocado muchas veces, Braulio —comenzó a decir con la voz entrecortada—, pero lo que le ha pasado a Dani me ha hecho darme cuenta de que quizá no tenga otra oportunidad. Tengo que empezar a ser la madre que siempre deseé ser, estar a su lado, de Daniel y de Claudia, ¿comprendes? Debo dejar de pensar en mí y empezar a sacrificarme por ellos, aunque perderte sea lo más duro a lo que haya tenido que enfrentarme nunca.

El empresario serio, pausado, acercándose a la única mujer a la que había amado en su vida, respirando su aroma a Channel mezclado con el desinfectante, paredes color canela, sentimientos vestidos de luto.

—Podemos seguir como hasta ahora —insistió él—. Esto no tiene por qué acabar.

Los ojos de Elvira pidiéndole perdón, sus manos acercándose a su cabello engominado, peinando sus canas, tratando de calmarlo, de hacerle ver que era lo mejor.

—Yo no puedo seguir así, Braulio, siento que soy un monstruo y no puedo continuar traicionando a Claudia. Mis hijos son frágiles, ¡solo tienes que ver a Daniel ahora mismo! No puedo ser yo la que los empuje al vacío, soy su madre, mi obligación es quererlos y protegerlos... Ya he perdido a uno de ellos y tengo que hacer lo que sea para conservar a la otra.

Braulio acercándose a Elvira, rozando su piel.

—Lo que sea —repitió sabiendo lo que significaba aquello.

La puerta entreabierta, unos zuecos de goma acercándose a la habitación, los dos amantes abrazados, un paciente en coma, el sonido de su respiración entrecortado.

—¿Un último beso? —le preguntó él sabiendo que la guerra ya estaba perdida, y ella asintió.

Sus labios se juntaron. Por unos segundos, todo desapareció de su alrededor, solo estaban ellos dos reviviendo aquellos años que habían pasado juntos, sus lenguas enlazadas, como las confidencias que habían compartido, sus mimos, sus recuerdos, esas lágrimas marchitas que tardaban en salir ya se asomaban a sus mejillas, no había nada que hacer, la suerte estaba echada, ya solamente les quedaba eso, ese beso que ninguno de los dos quería que terminase nunca.

El beso los sumió en tal estado de sopor que ninguno de los dos fue consciente de que la puerta se abría en esos momentos. La única que lo notó fue Carmen Delia, que entraba con la bandeja en la mano y, al verlos, sus ojos rechonchos se abrieron como platos y salió corriendo de la habitación.

CINCUENTA Y UNO

Miedo

Eran las cuatro y media de la mañana. Alba escondida bajo una túnica blanca, andando por la calle, acelerada, deteniéndose de vez en cuando para contemplar el cielo y las estrellas, por miedo a dejar de verlas, a que fuera la última vez, deseando llegar a la avenida para averiguar si Daniel la estaba esperando en la entrada del puente de las Bolas, deseando que estuviera allí, que la acompañara.

El viento silbando y sus manos sin dejar de temblar. ¿Se había equivocado? ¿Hacía lo correcto? ¿Era preferible arriesgarse o seguir llevando la vida que tenía? Camuflada en las sombras, en la oscuridad.

La música procedente de un edificio cercano llegando a sus oídos, posiblemente en algún apartamento había una fiesta, la gente bebía y se reía divertida ajena a la chica que paseaba por la calle Real temiendo por su vida. Enfrentarse al sol, a los elementos, luchar contra sus temores, contra su enfermedad.

La semana anterior le había salido una úlcera en la espalda: el enganche de su sujetador resultó ser de algún componente diferente

a la plata y había herido su piel. ¿Cómo se atrevía a hacer esto después de aquello? No quería ni imaginar lo que le iban a doler las erupciones que le saldrían en el rostro al entrar en contacto con el sol. Posiblemente perdiera la conciencia, como la última vez, y si nadie la recogía del suelo... ¡No podía pensar esas cosas!

El cabildo viejo, un edificio antiguo con azulejos amarillos y puerta de madera, el mar al fondo. Quedaban solamente unos metros para comprobar si él estaría allí… Su corazón desbocado, asustado, sus pies deseando darse la vuelta y huir de toda aquella situación en la que ella solita se había metido.

—Estás loca, lo sabes, ¿no? —pronunció alguien a su espalda, y Alba sintió cómo dos grandes lágrimas brotaban de sus ojos de manera inmediata.

—¡Dani! —exclamó, deseando más que nunca poder saltar a sus brazos.

El joven príncipe estaba allí, recostado en un muro, esperando verla aparecer, aunque su cara le decía que se oponía completamente a lo que iba a suceder esa noche. Había ido y eso era lo único importante.

—No podía dejarte sola —le explicó tratando de mantener las distancias—. Y no quería perder la oportunidad de tratar de convencerte para que no lo hicieras.

El rostro de la chica bajo la capucha sin dejar de sonreír, sin importarle que le riñese, que protestase; Daniel había ido y con eso era suficiente.

—Sabía que ibas a venir —mintió.

El chico se puso a su lado y observó lo guapa que estaba con la túnica, como si un ángel se hubiese caído del cielo y él fuera el único privilegiado que pudiera verlo.

—Pues no las tenías todas contigo —continuó él sin poder evitar sonreír al ver su cara de felicidad—. Solo vengo a asegurarme de que lo hagas de la manera más prudente posible.

Alba se rio y sus manos apretaron con fuerza el monedero del que nunca se separaban.

—Siempre protegiendo a damiselas en peligro, nunca cambiarás.

CINCUENTA Y DOS

A veces, cuando parece que las cosas no pueden ir a peor, empeoran. Dice el refrán que Dios aprieta pero no ahoga. Aunque en ocasiones podemos llegar a estar muy cerca de la asfixia, son lecciones que nos da la vida para recordarnos que nuestros problemas, la mayoría de las veces, son banales y que tenemos que preocuparnos solamente por las cosas importantes, las irrecuperables.

La marcha de Braulio dejó a las dos mujeres sumidas en un profundo abatimiento. Parecía que las energías que habían ido recobrando desde su llegada a Lanzarote se habían desvanecido. Aquella tarde no hubo confidencias ni risas en la habitación, solamente dos mujeres que se miraban en silencio con un paciente en coma entre ellas.

El regreso al hotel fue muy parecido. Al igual que la cena y la hora de acostarse, al despertar el nuevo día la situación no mejoró. Ambas seguían inmersas en sus pensamientos: Claudia obsesionada con la imagen de Carmen y la traición de su marido, y Elvira suspirando en silencio, llena de melancolía.

El taxista fue a recogerlas con la programación deportiva en la radio. Un locutor de voz grave estaba dando los resultados de la quiniela. El conductor parecía interesado, y las dos mujeres, cargadas de apatía.

El cielo se había aliado con sus sentimientos. El sol, que las había acompañado todos esos días, se había escondido bajo unas nubes plomizas, como si a él tampoco le hubiera apetecido levantarse esa mañana, el viento fuerte del norte levantaba la tierra al pasar por la carretera y el tráfico parecía congelado, aletargado.

A llegar al hospital, Claudia no pensó en Chedey. Sabía que el enfermero tampoco estaría ese día. Le había mandado un mensaje para informarla de que libraba dos días seguidos, pero esta vez no le propuso ningún plan, sino que esperó a que ella lo hiciera… pero Claudia no lo hizo.

Pasillos rígidos, tediosos, el sonido del ascensor al llegar a su destino, las dos mujeres calladas, Elvira haciendo de vez en cuando algún comentario trivial, sin importancia, olor a lejía, la mujer de la habitación 212 mirándolas al pasar, juzgándolas con la mirada, Claudia triste, Claudia vacía, sin saber qué pensar ni qué sentir, sola, irremediablemente sola, sin Braulio, sin Chedey, sin la atención de su madre, sola. Lo que más miedo le daba en la vida: tener que enfrentarse a los problemas sin nadie en quién apoyarse, tener que tomar las decisiones por sí misma, sin compartir la carga de las consecuencias.

Sola, sola tratando de asumir la infidelidad de su marido, intentando borrar el recuerdo de Chedey, buscando un fantasma de melena pelirroja, tratando de ayudar a su hermano, de callar el sentimiento de culpa que llevaba cargado a su espalda.

La puerta de la habitación 218 estaba cerrada. Fue algo que les extrañó porque siempre se la encontraban abierta. La rutina de llegar cada día se había modificado levemente, mentalizadas para pasar ocho horas sentadas en el sillón viendo cómo su hermano dormía, cómo se apagaba lentamente.

Elvira agarró el picaporte y su cara se quedó petrificada. Claudia no necesitó entrar para saber que algo sucedía. porque su madre se había quedado inmóvil, como si de pronto su respiración hubiera dejado de existir. Algo pasaba, Dani no estaba allí.

La cama vacía, las sábanas colocadas, los rayos del sol escondidos entre las nubes, su corazón acelerándose, Claudia mirando en el baño como si fuese posible que Daniel se hubiera levantado a orinar, su madre sin pronunciar palabra, todavía clavada en las baldosas de al lado de la puerta, su hija interrogándola con la mirada, sin ser capaz todavía de articular palabra.

—No, no... —gesticuló Elvira con horror en la mirada y Claudia, por primera vez, fue consciente de lo que podía significar aquello. Todo había acabado, Dani ya no estaba.

Sus miedos, sus ilusiones... todo empezó a licuarse bajo su piel y se transformó en un río de lágrimas que inundó su rostro. Se acercó a la cama y olió la almohada: seguía teniendo su aroma, había estado durmiendo allí. Sus manos temblorosas se agarraron a la cabecera pensando que tenía que salir de allí, que tenía que llamar a una enfermera para preguntarle qué había pasado, pero ¿estaba preparada? ¿Y si le decían lo que tenía tanto miedo de oír?

—Busca a Chedey —le pidió su madre.

Claudia recordando que el enfermero estaba en Famara cogiendo olas en ese momento. Le habría encantado que estuviera allí, oírlo de sus labios.

Sola, sola y perdida, enfrentándose a sus peores temores.

—¡Busca a Chedey! —insistió con voz desesperada, pero sus pies no se movían, los segundos se eternizaban, quería tomar impulso y caminar, pero la fuerza mágica que mantenía a su madre pegada al picaporte parecía que la había embrujado ahora a ella.

La risa de Dani, esa sonrisa contagiosa que siempre le hacía romper en una carcajada, sus ojos castaños, profundos, el príncipe mudo que guardaba sentimientos en botellas de cristal.

—No quiere que lo enterremos —se limitó a decir Claudia recordando una imagen del pasado que pensaba que tenía olvidada—. Quiere que lo quememos y que tiremos sus cenizas al mar. Lo haremos en Arrecife, junto al castillo de San Gabriel, en el Puente de las Bolas... —Y su madre salió corriendo de la habitación sin terminar de escucharla.

CINCUENTA Y TRES

Alison Kipling no había tenido un buen día. Sus ojos azules mostraban cansancio y le dolían hasta las pestañas, aunque lo que más comprimido tenía era el pecho, como si una herida que pensaba que estaba cicatrizada se hubiera abierto en mitad de la jornada y, aunque lo intentara, fuera imposible volver a cerrarla.

Nostalgia, ese absurdo sentimiento que nos embriaga de pronto haciéndonos volver la vista a atrás, recordar antiguas experiencias, momentos que nos llenan de melancolía y que hacen que las lágrimas broten.

El día había comenzado gris, como la mañana en Londres. Los huevos y las judías del desayuno le habían recordado los kilos que tenía de más, al igual que sus pantalones —el botón rebelde se había incrustado en su barriga demostrándole que era el momento de pensar en comprarse una talla más, aunque ella se resistiese—.

En el trabajo, el turno había sido horrible: bronca con su jefe por algo que no dependía directamente de ella, sino del departamento de *marketing*, y al ir a hablar con la publicista, la

joven, recién licenciada en Cambridge y con más diplomas de los que ella pudiera llegar a soñar jamás, la había mirado por encima del hombro y le había dicho que se dedicara a lo suyo, a contabilizar.

Salió de la oficina triste, sintiéndose el último escalón de la empresa a la que le estaba regalando los mejores años de su vida. ¿Esforzarse para qué? ¿Acaso ella era algo más que un número? ¿Servía de algo echar horas extras si el esfuerzo no se veía recompensando cuando aparecía la oportunidad de un ascenso? Sin saber por qué, sus pies pasaron de largo de la estación del metro y se dirigieron a *Hyde Park*. La tarde plomiza y lluviosa la acompañó mientras devoraba un sándwich de salmón con pepino que acababa de comprar en Boots. Hacía frío, parecía que la lana de su chaqueta había perdido densidad y el viento se colaba entre las puntadas. De postre, tres chocolatinas, como si una Bridget Jones ansiosa de calorías se hubiera apoderado de ella.

Paseó durante casi veinte minutos sin rumbo fijo. Sus manos, encorsetadas en sus guantes de piel, sujetaban con fuerza el paraguas. Su flequillo rubio le tapaba parte del rostro y, entre sus mechones, descubrió que su divagar la había conducido al Albert Memorial, un lugar que le traía muy buenos recuerdos.

Nostalgia. Los ojos marrones de un marroquí con sus largas pestañas, sus labios, delgados, sedientos de besos, diciéndole que la quería.

Alison conoció a Mohamed en una página de contactos. No se sentía muy orgullosa de ello, e incluso durante su relación le pidió más de una vez que lo ocultaran; prefería decirles a sus amigas que se habían chocado en Leicester Square con los paraguas y que, al mirarse a los ojos, se habían dado cuenta de que tenían muchas cosas en común y, la verdad, no había sido muy diferente. A Alison le agobiaba que la vieran como la típica solterona que buscaba hombres por internet, aunque lo

cierto era que se había convertido en una práctica muy habitual entre todo el mundo, pero ella seguía siendo una romántica, esperaba un príncipe azul, y rellenar tests en el ordenador que te muestran porcentajes de compatibilidad con los miembros asociados no tiene nada que ver con los cuentos de hadas que solía contarle su madre.

La cita no fue a ciegas. Después de un par de mensajes, los dos se pasaron unas fotos, de cara y de cuerpo, aunque vestidos, evidentemente.

En un primer momento, Alison estuvo a punto de decir que no cuando le preguntó si quería que se vieran esa tarde. ¿Un marroquí? ¿Un marroquí y ella? Alison no se consideraba racista ni xenófoba ni nada por el estilo, pero ¿qué podía tener en común con alguien como él? ¿Por qué no un chico de su barrio o que se hubiera criado en Irlanda? Un 97 % de compatibilidad, un 97 %, eso tenían en común, y por eso Alison aceptó, por eso y porque no tenía un plan mejor.

Quedaron en el Albert Memorial. Era una tarde de finales de julio y el sol se permitió el lujo de asomarse a la ciudad. Alison se había puesto una camiseta escotada y se sentó en los escalones que había bajo el monumento esperando a que él llegara. Mohamed apareció tarde, casi quince minutos, y cuando lo vio le pareció mucho más atractivo que en las fotos. Tenía la espalda grande, ancha, y una sonrisa preciosa. El joven, más que decisión mostró timidez en los primeros segundos; la saludó, se dieron dos besos y se limitó a sentarse a su lado y quedarse callado.

La situación fue extraña: no cruzaron palabra; se quedaron casi media hora en silencio el uno junto al otro, tratando de no tocarse, de no mirarse. Sus ojos se dirigían a un monitor que estaba dando una clase a cuatro jóvenes asiáticas con patines en línea. Una de ellas, con chaqueta vaquera, parecía que, por mucho que le dijeran y que le indicaran, jamás iba a avanzar y

mucho menos dar el giro. A Alison le sorprendió lo complicado que era levantarse del suelo con los patines puestos, nunca lo había pensado, y mientras el monitor lo enseñaba sintió cómo el hombro de Mohamed rozaba el suyo.

No hizo falta hablar ni decirse nada. Durante esa media hora estuvieron el uno junto al otro escuchando sus respiraciones, aspirando el aroma de sus pieles y, cuando el sol parecía que se ocultaba, Alison se levantó y él hizo lo mismo. No se miraron, no se dijeron nada, pero la mano grande del chico cogió la suya y la joven supo que siempre confiaría en él.

Fueron dos años de relación, una historia de amor que la llenó por completo, la mejor que ella jamás había vivido y la que nunca pensó que le iba a tocar sentir. Fue feliz, se rio e hicieron el amor con plenitud, descubriendo los más placenteros rincones de sus compenetrados cuerpos. Se besaban, se querían, se mimaban y se apoyaban. Hubo roces culturales varias veces, escollos que parecían insalvables y que siempre iban a estar ahí, pero cuando estaban juntos eran fuertes y podían con todo, con todo menos con lo que los separó: la distancia.

En marzo del año anterior, Mohamed le dijo que su padre había enfermado y que debía volver a su país para hacerse cargo de la empresa y de su familia. Alison se quedó de piedra. Nunca habían hablado de esa posibilidad, de trasladarse a Casablanca, y por eso, aunque él le suplicó, ella no supo qué contestar. La cogió por sorpresa y pensó que no podía dejar su vida en Londres y mucho menos su trabajo (ese trabajo que ahora no significaba nada).

Intentaron la relación a distancia, pero no funcionó. Mohamed vino a verla tres veces a Londres, pero ella no fue a Casablanca, no le quedaban vacaciones. Los días, los meses, las semanas, las conversaciones por teléfono cada vez más cortas, los problemas de conexión con el Skype... Al final las cosas se fueron enfriando y no hizo falta cortar, solamente dejar de llamarse.

Ahora... de pie junto al Albert Memorial, volvía a acordarse de él y se daba cuenta de que su decisión había sido errónea. Conservaba su trabajo, su piso y su vida en Londres, pero ya no se reía, hacía tiempo que su sonrisa se había marchado a Casablanca, y con ese pensamiento volvió a andar, con esa congoja que le anudó el alma se metió en la estación de metro y se dejó arrastrar por las corrientes subterráneas de aire.

La escalera mecánica era larga y tediosa. Alison se colocó a la derecha y los primeros segundos se los pasó mirando en los carteles de la pared las obras de teatro que estaban teniendo éxito en la ciudad, pensando en cuál sería la próxima que iría a ver y con quién. Y casi sin darse cuenta, sus ojos bajaron hacia la escalera que marchaba en dirección contraria y a la fila de desconocidos que hacían lo mismo que ella. Siempre le gustó jugar a eso, tratar de imaginarse qué pensaban o qué sentían esas personas en ese momento. Veía parejas felices que se abrazaban, mujeres pensativas como si estuvieran reflexionando sobre algo trascendental, jóvenes cansados cargando con sus mochilas, ancianos apagados y otros sonrientes... Pero aquel día, en aquel preciso momento, sucedió algo que lo cambió todo. Son esos pequeños acontecimientos que nos hacen despertar de un largo letargo y verlo todo con claridad y no fue nada, solo una mirada, una mirada sucia y lasciva.

Los ojos que la miraron eran marrones; pertenecían a un hombre de unos cuarenta y ocho o cincuenta años, pelo moreno con algunas canas, gomina y traje de marca con maletín y corbata a juego. En un primer momento fue ella quien lo miró porque, sinceramente, le resultó atractivo, pero cuando él descubrió que lo observaba, levantó la vista y le sostuvo la mirada. Fue solo un instante, unos segundos, pero no hizo falta hablar para saber el mensaje pervertido que le mandaron sus pupilas. Se sintió sucia, desnudada, como si el desconocido le estuviera proponiendo que lo siguiera y le practicara sexo oral en el baño.

Los vellos de sus brazos se pusieron de punta y su cara se giró, agachó la cabeza para quitarle importancia a lo que acababa de suceder, pero mientras la escalera avanzaba notaba cómo los ojos depravados de aquel desconocido estaban recorriendo su cuerpo, cómo la mancillaban sin que ella pudiese hacer nada.

Cuando llegó al final del trayecto, Alison no pudo evitar volver a mirar hacia arriba. Él también había terminado el suyo y estaba de pie, inmóvil, con sus ojos todavía persiguiéndola, como si esperara una pequeña señal de su parte para bajar y meter su babosa lengua en su escote.

El corazón de Alison palpitó furioso. Se sentía violenta y ofendida, pero no por el hecho de que el desconocido la hubiera mirado, sino porque existiera gente así. No era la primera vez que le sucedía, de eso estaba segura, pero aquella tarde estaba especialmente sensible y se sintió ultrajada.

Su semblante serio, su templanza, su seguridad, cómo la observaba sabiendo que si insistía un poco más, ella podía caer.

¿Qué le pasaba a Alison Kipling? ¿Por qué ese encuentro fortuito la había entristecido tanto?

Lo que le sucedía a Alison Kipling es que recordó que había hombres que no eran como Braulio Balaguer, que había un marroquí que la había amado y que ella lo había dejado escapar, que lo había perdido, que se había acabado.

El desconocido levantó la mano y le pidió que subiera, como si diera por sentado que ella estaba deseando meterse en su cama. Alison sintió el impulso de ir para cantarle las cuarenta, pero le faltaban las fuerzas. Se sentía tan desgraciada que lo único que hizo fue dejar escapar una lágrima, y fue a través de ella cuando vio el brillo de la alianza en la mano que la invitaba a subir.

«Existen mujeres mucho más desgraciadas que yo», pensó, «mujeres que todavía no han descubierto la clase de hombre que tienen al lado».

Alison Kipling sí sabía qué tipo de hombre era Mohamed: era un hombre que la había amado y respetado y cuyo único defecto había sido cumplir con los compromisos que tenía con su familia.

Alison Kipling levantó el dedo corazón hacia el empresario y pronunció un «fuck off» despacito para que él lo entendiera.

Alison Kipling llegó a su casa aquella tarde con una sensación nueva, liberada, renovada, se quitó su chaqueta de lana y se hizo un té. Las cosas sucedieron despacio, naturales, como la primera vez. Sin saber por qué, cogió su móvil y pulsó un número que había borrado pero que se sabía de memoria. La voz de Mohamed sonó sorprendida, le preguntó si había pasado algo, si se encontraba bien y Alison Kipling solo pronunció dos palabras: «te quiero».

CINCUENTA Y CUATRO

—¿Dónde está mi hijo? —la pregunta saliendo de su boca sonó como una exclamación desesperada.

La mujer había agarrado fuertemente a la primera enfermera que pasaba por el pasillo haciendo que sus pasos se detuvieran en seco, de forma violenta. La joven, perpleja, miró el rostro de su asaltante. Elvira parecía asustada, vulnerable, desquiciada, como si su respuesta fuera lo único que le importara en la vida en esos momentos, pero al reconocer quién era, la enfermera no pudo evitar que la comprensión inicial por su comportamiento se transformara en una mueca de repulsión y torciera los labios haciendo que su *piercing* se agitara asqueado.

Claudia saliendo de la habitación y colocándose a dos metros detrás de ellas, sin ser capaz de acercarse, aterrada, esperando el veredicto cubierta de angustia. Su corazón se agitaba desbocado y la mujer de la 212 se asomó al pasillo al escuchar la voz de Elvira.

Raisa se quedó en silencio disfrutando de la situación. Tenerlas a las dos enfrente de ella, esperando que hablara, suplicando que abriera de una vez la boca no podía ser más gratificante. Las plumas de sus pendientes se agitaron con la brisa que pasaba por el pasillo y sus ojos se encontraron con los de Claudia. ¿Qué tenía esa chica? ¿Qué tenía la pija que la hacía tan especial? A ella solo le parecía una boba repelente y su madre una pedante.

—Le dio fiebre anoche —se limitó a informar con voz de telediario sin olvidar que estaba en su puesto de trabajo y que tenía que aparcar los asuntos personales por mucho que estuviera deleitándose con su ansiedad—. Se lo llevaron a primera hora para hacerle unas pruebas, pero todo está bien, no se preocupen. Parece una pequeña infección, pero está controlada.

Claudia suspiró dejando que la tensión se escapara a través de su aliento. Si hubiera podido, se habría sentado en el suelo en ese momento y habría cerrado los ojos dejando que el mundo siguiera su curso. No necesitaba saber nada más: Dani estaba bien, seguía vivo, solo había sido un poco de fiebre, volvería a la cama, volvería con ellas aunque no sabía hasta cuándo. Llegar a la habitación y verla vacía le había servido para darse cuenta de la fragilidad de su hermano. Aunque ya se habían acostumbrado a verlo así, en cualquier instante todo podía acabarse y había muchas probabilidades de que fuese con el peor resultado.

Elvira, en cambio, no se sintió aliviada. En vez de suspirar y recobrar la calma, dejó que todos esos sentimientos que había estado frenando desde que abrió la puerta explotaran por su boca. Las lágrimas por fin encharcaron sus ojos y no pudo evitar que los reproches salpicaran la cara de Raisa, cuya mirada se enturbió de odio.

—¿Cómo podéis hacer algo así? —gritó furiosa—. ¡Llevaros a mi hijo de la habitación sin decirnos nada! ¿Sabes el

miedo que hemos pasado? ¿Cómo nos hemos sentido al llegar y ver que no estaba? ¡Pensaba que había sucedido lo peor! ¡Que había muerto! Pero gracias a Dios no era eso, simplemente os lo habíais llevado sin informarnos. ¿Cómo podéis hacer algo así? ¿Cómo? ¿Es que no pensáis en la familia? ¿Tanto trabajo cuesta avisar? ¿O es que no os importa nada? ¿No forma parte de vuestro trabajo? Si estuviera en un hospital privado nos habrían llamado. ¡Nos habría avisado y nos habríamos ahorrado este disgusto! Pero aquí... ¡aquí parece que os importan una mierda los sentimientos de los demás! ¿Cómo podéis ser tan insensibles?

La enfermera, con la mano de Elvira todavía sujetándole el brazo, se agitó para que la soltara. No podía creer el espectáculo que le estaba montando en el pasillo. ¿Es que no sabían quién era ella? Seguro que Mónica y el resto de sus compañeras estaban disfrutando en la habitación de enfermería.

—Solo ha sido una prueba rutinaria señora —le contestó tratando de ponerse en su sitio—. Si hubieran estado aquí se lo habríamos dicho. Solamente se iba a ausentar media hora de la habitación.

Elvira, con la rabia que había estado acumulando desde que Braulio se fue quemándole los labios, tenía ganas de insultar, de golpear, de tumbarse en la cama y no dejar de llorar en varios días.

—¿Y tampoco podíais avisar por teléfono? —insistió como si sus acusaciones fueran lo único que tuvieran sentido en ese momento.

Raisa, sin poder contenerse más, se giró y miró a Claudia directamente a la cara. La sevillana, paralizada todavía por el miedo, seguía sin reaccionar, ajena a todo, pero al ver esos ojos que la acuchillaban empezó a intuir quién podía ser aquella chica.

—Si hubiéramos sabido que se iban a poner tan nerviosas las habríamos avisado —le contestó cabreada, sabiendo que

cada una de sus palabras estaba cargada de veneno—, pero resulta que no tenemos su número de teléfono. Por lo visto, el único que lo tiene es mi novio, y hoy está librando.

Y el silencio se hizo en el pasillo.

CINCUENTA Y CINCO

Aquella tarde, separarse de la cama de Dani les costó más que de costumbre. La habitación parecía un imán del que madre e hija no podían despegarse. Se habían pasado las horas colmándolo de besos y de caricias, la fiebre había bajado y todo parecía que volvía a la normalidad, aunque a ellas, después de la experiencia de la mañana, esa normalidad cada vez las aterraba más.

Elvira no había parado de hablar de cuando eran pequeños, le había contado a Claudia muchas anécdotas de su infancia, algunas ya las conocía y otras no, pero no quiso interrumpirla nunca en ninguna. Sabía que su madre necesitaba rescatar esos recuerdos para volver a sentir que eran una familia, para darle fuerzas para seguir allí, luchando.

—Debería cancelar el vuelo —dijo por fin cuando caía la noche—. Debería quedarme aquí con vosotros.

Claudia observó a su madre y pensó en lo que decía. Estaban a martes y en tres días tendría que dejar Lanzarote y volver a su trabajo.

—Mamá, sabes que los sábados es cuando hay más trabajo en la *boutique*. Te esperan allí, no puedes fallarles.

Elvira pensando qué sentido tenía regresar a Sevilla. Ya no tenía marido ni hijos, a nadie allí, solo a Braulio y no podía verlo. Estaría sola, preocupada todo el día por el estado de Dani. ¿Realmente quería volver?

—Además —continuó Claudia, aunque sabía que lo que iba a decir no le iba a gustar—, papá llega el jueves...

El recuerdo de Mauricio atormentaba su mente. No le gustaba lo más mínimo que se quedara a solas en Lanzarote con Claudia. ¿Cuál era la probabilidad de que no terminara contándole su secreto, los verdaderos motivos de su separación? No podía perderla, no podía perder a Claudia también… Era lo único que le quedaba.

—Vente conmigo —le pidió—. Vente a Sevilla el viernes.

Claudia encogiéndose de hombros. Si Elvira tenía pocos motivos para volver a Sevilla, ella tenía menos. Llevaba esperando la llamada de Braulio desde que se fue, que la telefoneara para confirmarle que había despedido a Carmen, pero no lo había hecho. Había mirado su móvil mil veces y lo único que había llegado era algún mensaje de Chedey, el último con una foto de una playa preciosa. Definitivamente, era mucho mejor que estar allí.

—Yo me quedo, mamá —le dijo—, así estarás más tranquila. Puedes llamarme a mí para preguntarme como está Dani y no tendrás que hablar con papá.

CINCUENTA Y SEIS

A las siete de la tarde, el móvil de Claudia sonó finalmente. Habían llegado al hotel y Elvira estaba dándose una ducha. La joven se apresuró a cogerlo esperando ver el nombre de su marido en la pantalla, pero en vez de eso vio un número que no conocía y descolgó desilusionada.

—¿Dígame?

Hubo un silencio, una pausa, una respiración.

—¿Claudia? —le preguntó una voz femenina que no había escuchado jamás.

—Sí, soy yo, ¿quién es? —la interrogó intrigada.

—Soy la casera de Dani. Zeben me dijo que te llamara esta semana.

Claudia se tumbó en la cama y apoyó la cabeza en la almohada. La decepción de no escuchar a Braulio había provocado que la invadiera un cansancio repentino. Posiblemente estaría volando de regreso a Sevilla. Debería haberla llamado en el aeropuerto, o por lo menos esperaba que lo hiciera cuando llegara a casa.

El cielo seguía nublado y la luna no se asomaba esa noche a la ventana. Se podía oír el sonido del mar y canturrear a Elvira en el baño.

—Disculpa que no haya llamado antes —continuó la desconocida con la voz más tierna que ella había oído jamás—. Me siento fatal por no haber ido al hospital a ver a tu hermano. Es una desgracia todo lo que ha pasado. No me puedo ni imaginar cómo se estarán sintiendo, pero la verdad es que he estado muy ocupada. Yo también he tenido problemas familiares y, bueno... ya sabes cómo son estas cosas: lo vas dejando de un día para otro y al final ya han pasado casi dos semanas. ¿Cómo está tu hermano?

La sevillana trató de hacerse una imagen mental de la interlocutora. Por su voz no podía adivinar qué edad tenía. Siempre le había gustado el acento canario, y el de esa mujer era especialmente melódico.

—Todo sigue igual, sin novedades —le contestó sintiéndose cada vez más agotada de dar esta respuesta—, pero no se preocupe, señora Perdomo, bastante ha hecho usted con agilizar el trámite del alquiler.

La desconocida suspiró al otro lado de la línea telefónica.

—Una pena... —continuó— y no me llames «señora Perdomo» —le riñó bromeando para quitarle tristeza a la conversación y sonar más cercana—. Llámame por mi nombre, que me haces sentir más vieja.

Claudia notando que hablaba con alguien que ya conocía, sintiéndose arropada por su voz.

—Disculpe, es que Zeben la llamaba así, no sé su nombre de pila.

Elvira cerrando el grifo de la ducha, sus pies descalzos saliendo de la bañera, vaho en el espejo, Dani suspirando en el hospital.

—Alba —contestó la casera haciendo que el corazón de Claudia se congelara—. Puedes llamarme Alba a secas.

CINCUENTA Y SIETE

Aquella noche, Claudia no consiguió leer una página ni dormir, estaba demasiado excitada. La imagen de Alba flotaba por la habitación mezclada con la respiración de su madre que roncaba plácidamente, como si después de toda la tensión del día hubiera conseguido conciliar el sueño y no fuese a despertar nunca.

Ella no podía cerrar los ojos. Parecía embriagada por el sonido de la voz que había escuchado por teléfono. ¡Había quedado con Alba al día siguiente! No se lo podía creer. Estaba tan contenta que estuvo a punto de llamar a Chedey para contárselo, pero prefirió no hacerlo. Tenía que aprender a hacer las cosas por sí misma, a enfrentarse a lo que viniera sin un escudo protector, y el descubrimiento de Alba había sido cosa suya, solo suya, y eso hacía que se sintiera tan nerviosa que casi podía ponerse a dar brincos encima de la cama como cuando era una niña.

Quedaron a las once de la mañana en el Charco de San Ginés, cerca del piso, para firmar el contrato y que le diera las llaves. Zeben ya había dejado el apartamento, había hecho la

mudanza; estarían las dos solas, frente a frente. Por fin vería el rostro que llevaba imaginando desde que *La isla de los dragones dormidos* había caído en sus manos. ¿Se presentaría con su monedero negro? ¿Qué había de real y qué de ficción en toda aquella fantasía?

Las horas pasaban con una lentitud gelatinosa y, poco a poco, se fue adormeciendo. Sus párpados se cerraron e imágenes de dragones y castillos lejanos se colaron en su mente. Veía a Dani reír, se lo imaginaba con Alba paseando por la calle Real, parándose en los escaparates para observar ambas figuras reflejadas y sonrientes.

¿Qué pasó? ¿Qué sucedió? ¿Por qué Daniel terminó tomándose un frasco de pastillas si Alba estaba viva? ¿Ocurrió algo la última noche que se alejaba de cualquier cosa que ella pudiera imaginar?

Las olas, el mar, la llamada de Braulio que no se había producido. Estaría durmiendo en su casa, en su cama, ajeno a la desesperación de su mujer, sin preocuparse, tranquilo.

Su letargo mecido por las olas, Alba asomada a la ventana con sus profundos ojos azules, tan profundos que daban miedo, ojos azules, impenetrables, construidos de hielo.

Claudia despidiéndose del día abrazada a la almohada. Estaba sola, desorientada, abatida, pero parecía que poco a poco el destino le iba señalando su camino.

CINCUENTA Y OCHO

La llamada de Braulio la despertó y, cuando cogió el teléfono, se dio cuenta de que ya había dejado de esperarla. Parecía que cualquier cosa que pudiera decirle su marido no tendría importancia comparada con el hecho del encuentro con Alba. Elvira no estaba en la habitación —posiblemente había bajado a desayunar— y Claudia se sintió aliviada por poder hablar con un poco de intimidad.

—Claudia, tenemos que hablar —comenzó a decirle Braulio nada más descolgar el teléfono. Su voz sonaba tensa, agrietada. Reconocía ese tono que usaba a veces cuando tenía que contarle un problema que lo agobiaba. De fondo, el sonido del tráfico, cláxones y lluvia; parecía inmerso en la gran ciudad.

—¿Estás ya en Sevilla? —le preguntó tratando de reconocer los ruidos que llegaban desde el otro lado, y su marido se lo negó.

—No, sigo en Londres —le contó con voz cansada—. Al final las cosas con el señor Hiraoka se han complicado y tenemos otra reunión el jueves. Me voy a quedar aquí para no perder dos días volando, trabajaré desde el hotel. Espero no

tener problemas el viernes para volver a Sevilla: hay huelga de controladores.

El rostro de Claudia contrariado, pensando que Braulio no había regresado a España, con todo lo que significaba eso.

—¿Huelga? —repitió como si le interesara lo que acababa de decirle.

—¿Es que no ves las noticias? —le reprochó sorprendido, como si la ignorancia de este hecho fuese uno de los pecados capitales—. No se habla de otra cosa. Se rumorea que puede que cierren el espacio aéreo durante el puente. Hay una liada gorda.

Claudia dándose cuenta de lo ajena que estaba a la realidad desde que llegó a Lanzarote, como si estuviera en una burbuja, perdida entre el hospital, dragones, besos prohibidos y un hermano en coma que lo centralizaba todo.

—No sabía nada —confesó.

—Coméntaselo a tu madre. Puede que tenga problemas el viernes, que se asegure de que no cancelan el vuelo.

Los dos en silencio, evitando hacer la pregunta que flotaba en el aire desde el principio de la conversación.

—¿Y Carmen? —encontró el suficiente valor para agregar—. ¿Sigue ahí contigo?

—Sí —contestó, y por su voz dedujo que el problema era ese, que no la había despedido.

Un coche pitando y Braulio mascullando en voz baja algo; siempre le sucedía lo mismo: cuando iba a Londres se despistaba y no se acordaba de que los vehículos circulaban por el carril contrario. Aunque había indicaciones en el asfalto, se distraía y más de una vez había estado a punto de ser atropellado.

—Tenemos un problema, Claudia. Quería hablarte de eso —comenzó a articular—. No he podido despedirla.

Claudia en pijama dando pasos nerviosos por la habitación, apretando el teléfono con fuerza, esperando una justificación convincente de su marido.

—¿Has hablado con ella? —insistió como si dudara de que Braulio hubiera hecho el intento.

—Sí —le contestó con voz seria—, y le dije que iba a despedirla. Como la reunión con el señor Hiraoka había salido mal, se lo puse como excusa, así no tenía que darle explicaciones ni contarle que tú sabías lo que había sucedido.

Su mujer sin entender nada, perdida, con las uñas afiladas de Carmen clavadas en su espalda, haciéndole heridas como las que lucía Braulio, desgarrándole la piel y la paciencia.

—Entonces... ¿cuál es el problema?

Silencio. Parecía que a Braulio le costaba confesar.

—Me ha amenazado con denunciarme por acoso sexual si la despido.

El tiempo en Londres, lluvioso, en Lanzarote volvía a amanecer soleado. Las nubes de tormenta recorrieron miles de kilómetros hasta situarse en el techo de la habitación, gotas sobre su rostro mojando sus ánimos, sus esperanzas.

—¡Joder! —exclamó cabreada—. ¿Pero qué clase de víbora es?

Carmen con su cara de no haber roto nunca un plato, con su melena rubia, sus vestidos ajustados de lycra, demasiado estrechos para trabajar de ayudante, para acudir a un despacho, demasiado apropiados para mover un bolso y pasearse por la calle.

—No he podido despedirla, Claudia —continuó con la desesperación marcando cada pausa de su voz—. Mi carrera no puede verse comprometida por un asunto así. ¿Te imaginas lo que sería? Mi nombre en la prensa sensacionalista, siendo criticado en los programas del corazón. Me colgarían un cartel que no podría quitarme nunca, ¿comprendes? No puedo permitirlo. Si esto sale a la luz tendremos que demostrar que somos el matrimonio perfecto, que estamos más unidos que nunca, que todo es mentira.

Claudia tratando de hacerse una composición mental de la situación, del circo que se podría montar en Sevilla con todo aquello, cómo la competencia aprovecharía ese tema para desacreditarlos, para convertirlos en un cotilleo en vez de en una empresa seria.

—Pero vamos a ver, Braulio —le cortó molesta—. ¿Qué tiene esa cría? ¡No puede demostrar nada! Lo único que puede decir es que la tienes pequeña y torcida a la derecha —escupió sabiendo que esas palabras le iban a doler, pero estaba herida, cabreada, furiosa—. ¡Con eso no puede ir a ninguna parte! ¿Comprendes? Es un farol, no te dejes amedrentar por ella. ¡Despídela! ¡Cárgatela! Ahora tienes más motivos que nunca, no es de fiar. Ya te dije desde el principio que era una trepa, que no me gustaba.

Su marido parado en mitad de la calle, transeúntes grises con sus paraguas pasando por su lado, Braulio recostado en la pared, sabiendo que lo que iba a decirle no iba a gustarle nada, que Claudia se iba a enfadar con motivos, pero tenía que dejarle claro cuál era la situación, por qué no podía despedirla.

—Tiene mensajes —confesó poniendo voz de cordero degollado—, mensajes obscenos que yo le mandé a su móvil más de una vez, e incluso hay vídeos. Esa zorra grababa los encuentros que manteníamos en su casa.

«Ha sido solo una vez... Has estado fuera demasiado tiempo... La carne es débil».

Solo una vez... Solo una vez... ¿Cuántas mentiras más le habría dicho su marido? ¡Mensajes obscenos! ¡Vídeos!

—Claudia... ¡di algo! —le suplicó—. Estoy desesperado, no sé qué hacer, necesito tu ayuda para librarme de ella. ¿Qué podemos hacer?

«Ha sido sólo una vez...».

«Te prometo que no fue planificado...».

Las piernas de Claudia recorriendo la habitación, sus dientes destrozándole una uña, deseando lanzar el móvil por la ventana, coger a Braulio por el pecho y retorcerle el cuello con su corbata.

Mentiroso, adúltero, traicionero...

—Claudia, por favor...

Silencio. Un autobús urbano de dos plantas pasando ante su rostro, rojo, como en las postales; el London Eye en la distancia arañando el cielo en su viaje circular; el Big Ben riéndose de él, señalándolo con sus manecillas, haciéndolo sentir absurdo, pequeño, estúpido.

Claudia callada, sin saber qué decir, desmoronándose, cayéndose. Mensajes, vídeos... Braulio le había mentido, la había engañado y, si Carmen no lo hubiera amenazado, no se lo habría contado. Acoso sexual. ¿Acoso? Los dos desnudos, besándose, restregándose. Rabia, furia, dolor. Una frase, una frase formándose en su boca mientras su mente era presa de las brumas.

—Quiero el divorcio —pronunció finalmente rompiendo su mutismo, con una rotundidad que le sorprendió a ella misma. Lo dijo sin pensar, como si fuese una revelación que acabara de llegar a su cabeza en mitad de un viaje místico a otras realidades alternativas. Era lo más claro, lo más lógico, lo más evidente, y la voz de ambos se ahogó, sin saber que añadir después de eso.

CINCUENTA Y NUEVE

Las piernas le temblaban y era incapaz de hablar. Las lágrimas, más que surgir de sus ojos, parecían un caudal desenfrenado en mitad de una avalancha. Todo le daba vueltas. El móvil había salido despedido hacia la cama, donde ella lo había lanzado, y sus rodillas empezaban a ceder obligándola a sentarse en el suelo.

Su mente no podía asimilar lo que acababa de suceder, lo que había dicho, por qué las palabras habían salido de su boca, de ella, de Claudia, la princesa inocente que no era capaz de tomar decisiones, la que no podía hacer nada sola. Divorcio, ¡divorcio!

—¿Estás segura? —le había preguntado Braulio pasados unos segundos.

Ella se quedó en silencio, reflexionando, con la mente en blanco, tratando de pensar, pero con mil emociones enmudeciendo sus neuronas; el teléfono en la mano, el corazón desbocado en el pecho.

—Nunca he estado más segura de nada —le contestó sin reconocer su propia voz, y acto seguido había colgado.

Divorcio, divorcio... ¿Estaba loca o había recobrado la cordura de pronto? ¿Qué sucedía?

La puerta de la habitación abriéndose y Elvira entrando, Claudia inmóvil, sin reaccionar, su madre corriendo a su lado y besándole el rostro, nerviosa, asustada, preguntándole qué pasaba, si había alguna noticia del hospital.

Claudia negando con la cabeza, siendo consciente de que si lo contaba, lo que acababa de suceder se convertiría en una realidad, pero no podía seguir con Braulio, no podía después de sus desplantes, de sus desprecios, de las veces que la había rechazado en la cama. Descubrir lo de Carmen, su infidelidad reiterada, los mensajes obscenos, los vídeos… ¿Acaso conocía a ese hombre? ¿Quién era ese Braulio? ¿Quién era el marido que se metía en la cama con ella todas las noches?

No podía pensar, no quería, lo único que hacía era llorar y dejarse abrazar por su madre, por su perfume de Channel, por su maquillaje y su vestido impecable, sintiéndose niña otra vez, demandando besos y cariño.

—Claudia, por favor... —le suplicó Elvira—. ¿Qué le ha pasado a Dani?

La joven ida, abstraída, notando cómo su madre le cogía la cara con las dos manos para obligarla a mirarle a los ojos, para hablar. La lengua en su boca dormida, sus labios siendo incapaces de despegarse… Parecía que la predisposición y el valor que había tenido en su conversación con Braulio se habían desvanecido ahora que tenía que hacerle frente a su decisión ella sola.

—Dani está bien —consiguió decir, lo que hizo que el rostro de la señora se relajara un poco, pero seguía tensa y preocupada porque su pequeña seguía tirada en el suelo sin poder articular palabra.

—Entonces... ¿qué ocurre? —insistió sin dejar de besarla y abrazarla.

Claudia la miró a los ojos y trató de asumir lo que acababa de suceder, tragó saliva y sus lágrimas se frenaron momentáneamente.

—Le he pedido el divorcio a Braulio —contestó, y un pájaro extraviado se chocó contra la ventana.

SESENTA

Claudia no quiso hablar. Aunque su madre insistió en que le contara qué había pasado, ella prefirió quedarse callada. Elvira estaba asustada; en un primer momento pensó que Braulio le había confesado todo a su hija, pero al notar que con ella se comportaba igual que siempre, se quedó más tranquila. La angustia y la preocupación seguían en su pecho, pero debía respetar el silencio de Claudia, sabía que había sido una decisión muy difícil, que tendría sus motivos y, cuando le suplicó que si Braulio la llamaba no le cogiera el teléfono, le prometió que así sería.

Claudia se metió en la ducha esperando que el agua la hiciera renacer. Como si de un bautismo se tratara, se enjabonó el pelo y se restregó todo el cuerpo intentando quitarse las marcas de ese matrimonio que la había impregnado durante tantos años. El simple recuerdo de Braulio hacía que le entraran ganas de vomitar. No podía quitarse de la cabeza la imagen de él y Carmen haciendo el amor. Se preguntaba incluso si alguna vez lo habrían hecho en su casa, en su cama, pero no quería pensar en eso; le dolía y le atormentaba demasiado.

Cerró el grifo y se secó con el albornoz. Tenía una cita a las once y no quería llegar tarde. Debía centrarse en otros asuntos, mantenerse ocupada, porque si cancelaba la reunión con Alba sabía que lo único que sería capaz de hacer ese día sería llorar en la cama, y no podía permitírselo. Braulio no se lo merecía, no se merecía que derramara ni una lágrima más, pero aunque lo intentara, mientras se pintaba, el rímel se mezclaba con la pena y lo embadurnaba todo.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó su madre.

—No, prefiero ir sola —le contestó—. Necesito pasear, aclarar mis ideas. Tú vete con Dani, aprovecha los días que te quedan.

Mientras salía del hotel, su móvil no dejó de sonar. Tenía cinco llamadas perdidas de Braulio y le había dejado mensajes de texto y de voz. Los borró todos sin ni siquiera abrirlos; no quería saber nada, solo escapar, evadirse.

El taxista, un hombre joven que no llegaría a los veinticinco años, le sonrió cuando se montó en el coche. Tenía un tatuaje en el brazo, un dibujo abstracto que se agitaba cuando movía la mano, al compás de sus músculos.

—¿Dónde la llevo? —le preguntó mientras arrancaba el motor y ponía en marcha el taxímetro.

—Al Charco de San Ginés —le contestó mirando hacia el mar con añoranza.

—¿A la altura de la escuela de pesca o de las Cuatro Esquinas? —insistió el taxista admirando la belleza de la desconocida que estaba en el asiento de atrás.

Ella se encogió de hombros como si le estuviera preguntando algo que no entendía.

—La parte que está más alejada de la calle Real —contestó esperando que su respuesta le sirviera de algo, y el taxi abandonó el hotel.

Sentada en la parte trasera del coche veía el mundo desfilar por la ventana, cómo su matrimonio se deslizaba, se marchaba...

Sus ojos se quedaron parados unos segundos mirando su alianza, que seguía anclada en su dedo, grabada, como si la fidelidad y el compromiso aún significaran algo. Sin saber por qué, trató de arrancársela, pero no pudo; tenía la mano hinchada o el anillo estaba demasiado incrustado en su piel, en sus huesos, en su alma y, sin poder evitarlo, mientras insistía en su cometido para que saliera, las lágrimas volvieron a sus ojos y el rímel manchó los asientos y el espejo retrovisor.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Claudia sola, perdida, hundida entre los muelles del asiento, con los recuerdos de su vida saltando en mil pedazos, con ganas de escupir, de gritar, de llorar.

—Sí —se limitó a contestar procurando que su voz sonara lo más tranquila posible—. Es solo que el anillo no sale, me aprieta demasiado y hasta hoy no me había dado cuenta.

SESENTA Y UNO

—¡Chedey!, ¡qué sorpresa! —exclamó Elvira feliz al verlo aparecer en la habitación—. No te imaginas cuánto te echamos en falta ayer. ¡Menudo susto nos llevamos!

El enfermero recorriendo la habitación con la mirada, buscando a Claudia sin encontrarla y su madre explicándole que tenía una cita en el centro para firmar el contrato de alquiler.

—Ya me contaron que ayer le dio un poco de fiebre —le informó Chedey—. Pero está todo bajo control, es algo normal, no tienen de qué preocuparse. Esta noche seguía estable, dudo mucho que le vuelva a subir.

Elvira levantándose del asiento y acercándose a él, su cabeza todavía le daba vueltas a todo lo que había sucedido esa mañana, preocupada por Claudia, por las nuevas noticias.

—Fue horrible... llegar a la habitación y ver que no estaba... la cama vacía... las sábanas puestas... Nos temimos lo peor.

Chedey acercándose a Daniel y tomándole la temperatura, observando su rostro. Cuanto más lo miraba, más parecido le encontraba con Claudia. Era una pena que ella no estuviera

allí, tenía tantas cosas que contarle... Hacía media hora le había mandado un mensaje para informarla de lo que había averiguado: por esas fechas no había muerto ninguna joven o por lo menos no había constancia de ninguna defunción de una chica de esa edad. Claudia había sido parca en palabras: se había limitado a contestarle que ya lo sabía y que hablarían más tarde.

El joven príncipe dormido y su madre sin parar de hablar. Parecía especialmente nerviosa, sus labios perfilados se movían a una velocidad que era casi imposible seguir; él mareado, deseando poder sentarse con Claudia de una vez, quedarse a solas.

—Por cierto... —comentó Elvira al final de su relato— conocimos a tu novia. ¡Qué callado te lo tenías!

El rostro del enfermero tensándose por un segundo... Raisa, Raisa... ¿Cuándo iba a dejarlo en paz?

—Señora... da igual lo que esa chica le haya dicho —la cortó enfadado—. No tengo pareja.

SESENTA Y DOS

Cuando la vio aparecer se sintió frustrada, como si todas las esperanzas e ilusiones que había depositado en ese encuentro no hubiesen servido para nada. Sus conjeturas eran erróneas, volvía a partir de cero.

Claudia estaba sentada en la terraza de un bar, una sombrilla la protegía de los rayos del sol que se sumergían en el agua que mecía los barcos y jolateros. Arrecife de frente, las fachadas de sus edificios pintadas de blanco, el campanario de la iglesia de San Ginés vigilando, el viento agitando las palmeras.

Alba la reconoció nada más verla, como si fuese fácil de distinguir: una chica joven, muy arreglada, sentada sola en aquel bar; pero en cambio, a Claudia le costó identificarla: la mujer no era nada de lo que había esperado, no había piel pálida, ni melena anaranjada, solo un cuerpo rechoncho embutido en un chándal verde demasiado ajustado. Era mayor, casi una anciana, su rostro estaba cubierto de arrugas y, aunque su maquillaje tratara de ocultarlo, suponía que rondaría los setenta años, pero se la veía ágil, activa.

—¿Claudia? —preguntó al acercarse a ella, y la sevillana asintió dándose cuenta de que volvía a equivocarse. Su chica misteriosa seguía escondida con su túnica blanca en algún lugar de aquellas calles.

La señora sonrió y sus dientes resplandecieron con la brisa. Se sentó a su lado y le cogió la mano como si pretendiera transmitirle ánimos y disculparse de nuevo por no haber pasado por el hospital.

—Hace un día precioso —comentó—. Es lo que más pena me da al tener el piso en alquiler, no poder contemplar estas vistas por la mañana.

Y Claudia afirmó, dándose cuenta de que no se había parado a mirar el paisaje desde que se había sentado. Seguía aturdida, perdida.

La mujer sacó una carpeta y la puso sobre la mesa. La joven dedujo que contendría el contrato.

—¿Va a tomar algo? —le preguntó el camarero a la recién llegada.

—Un leche y leche, por favor —le contestó.

Las dos mujeres observándose, Claudia tratando de olvidarse de sus pesadillas y mantenerse firme; la anciana, de mirada joven, arreglándose el pelo, como si aquella melena corta de vida propia pudiese volver a su sitio tan fácilmente.

—Ese piso me trae muy buenos recuerdos —continuó contándole—. Fue donde mi marido y yo vivimos los primeros años.

Los ojos de Claudia se dirigieron al edificio, hacia la ventana donde estaba el cuarto de su hermano. Lo imaginaba suspirar asomado a los cristales, tratando de vislumbrar una figura de pelo anaranjado en aquella maraña de calles.

—Está muy bien —comentó Claudia a modo de cumplido—. Lo vi por dentro cuando fui a visitar a Zeben. Lo más probable es que deje el hotel y me mude allí hasta que despierte mi hermano.

Hasta que despierte mi hermano, hasta que despierte mi hermano... ¿Por qué cada vez esas palabras tenían menos fuerza? ¿Por qué empezaba a perder la esperanza?

—¿Cómo está? —le preguntó la mujer con sus pupilas vestidas de preocupación.

El camarero dejó el café de la señora Perdomo sobre la mesa y se marchó mascullando algo que ninguna de las dos pudo entender.

—Todo igual —le contó—. Ayer nos llevamos un pequeño susto porque le dio un poco de fiebre, pero sigue estable. He hablado con mi madre, hace poco que llegó al hospital.

La mujer removió con su cuchara la leche condensada que dormía al final de la taza y bebió un poco.

—Tiene que ser horrible —continuó—. Yo perdí a un hijo hace años y entiendo por lo que debe estar pasando tu madre. Es lo más espantoso que se pueda imaginar. Uno siempre piensa que sus hijos le sobrevivirán y, cuando no es así... No hay palabras con las que describir cómo se siente una.

Claudia sonrió mostrándole su apoyo. Aquella mujer tenía algo que le hacía sentir bien, cálida, calmada… Sería su voz, la dulzura con la que pronunciaba cada palabra o la serenidad que transmitía su mirada.

—Tienen que estar unidas —le dijo comportándose como una abuela cariñosa que hablara con su nieta—. Es lo único que se puede hacer en estos casos... Suceda lo que suceda, juntas, porque, por muy mal que lo estés pasando tú, una madre siempre es una madre y si tu hermano le falta, es como si le desgarraran parte de su alma.

El café con leche volviendo a descansar en sus labios y Claudia pensando en Elvira, analizando si le estaba dando todo el apoyo que necesitaba o si se estaba quedando corta, perdida en sus problemas.

—Y su pareja lo tiene que estar pasando fatal —continuó, haciendo que los ojos de Claudia se abrieran como platos y

que le prestara mucha más atención que en el anterior comentario—. Si mi marido hiciera algo así, si intentara quitarse la vida, no sé cómo reaccionaría, si estaría más asustada que enfadada o al contrario. Tiene que ser muy duro que la persona con la que compartes tu día a día decida, por voluntad propia, desaparecer. Te tienes que sentir fracasado, vacío.

Las manos de Claudia arañando la mesa, sin poder casi esperar a que terminara de hablar para articular la pregunta.

—¿Su pareja?

La señora abrió la cremallera del chándal verde como si tuviera calor y dejó a la luz una camiseta blanca que también llevaba excesivamente ajustada y contestó con absoluta naturalidad, casi sin darse cuenta.

—Sí, Zeben.

La sevillana no podía creer lo que estaba oyendo. Cada cosa nueva que averiguaba era algo que lo complicaba todo más. ¿Qué estaba diciendo esa mujer? Dani, su Dani ¿gay? ¡Aquello era imposible! ¿Dani y el gigante desaliñado? ¿Qué clase de locura estaba sugiriendo esa señora? ¿De verdad no tenía coñac en su café? ¿Solo leche natural y condensada? Empezaba a pensar que Chedey no le había explicado demasiado bien los ingredientes que llevaba un leche y leche en Lanzarote.

Los labios arrugados de la anciana poniéndose serios y sus mejillas sonrojándose abochornadas, sus ojos tratando de rehuir a la joven que la miraba sin salir de su asombro.

—Vaya... —exclamó por fin la señora Perdomo—. Parece que me ha pasado lo de siempre, ya me lo dice mi marido, hablo demasiado... ¿No lo sabías?

Claudia negando con la cabeza.

—¿Está segura? —insistió la sevillana sin salir todavía de su asombro.

—¡Sí, claro! —exclamó como si ahora se sintiera amenazada, como si la estuviera acusando de levantar un falso

testimonio—. Ellos mismos me lo contaron y solo tenías que ver la cara del pobre Zeben para saber que estaba enamorado hasta los huesos.

SESENTA Y TRES

Claudia decidió ir andando al hospital. En un primer momento le pareció una buena idea porque le apetecía estar sola y pensar, pero según avanzaba se dio cuenta de que había vuelto a equivocarse. La avenida que llevaba a su destino no estaba habilitada para peatones. Llegado a cierto punto, antes del puente de la circunvalación, descubrió que las aceras desaparecían y le tocó andar por el arcén en tacones. Definitivamente ese no era su día. Se sintió ridícula y absurda mientras los coches le pitaban. Realmente debía de ser un espectáculo grotesco encontrarse a una joven tan arreglada en mitad de la carretera. Se rio sola al pensar que en ese instante tenía más pinta de prostituta que Carmen. Todo depende del momento y de las circunstancias que nos rodeen.

Braulio la volvió a llamar. Esta vez, como aún estaba aturdida por la conversación que mantuvo con Alba, por el sol que tostaba su mente y por lo patética que se sentía taconeando junto a la gasolinera, le cogió el teléfono.

Fue una conversación larga, de casi veinte minutos, en la que su marido insistió hasta el infinito en que no podían echar

su matrimonio por la borda, que después de tantos años tenía que darle una oportunidad, que ella lo necesitaba, que no podía dejarlo sin darle la ocasión de demostrarle que eso no iba a pasar nunca más.

—Braulio, no quiero pensar en eso —le contestó—. De verdad, prefiero dejar las cosas como están, quiero que me des tiempo para reflexionar y para digerir todo lo que ha pasado.

El empresario sudando al otro lado del auricular, volviendo a preguntarse cuándo se había vuelto tan complicado convencer a su mujer de algo.

—Claudia, por favor... Dime por lo menos que hay esperanza, que lo vas a pensar.

La sevillana llegando a la rotonda que estaba junto al hospital, el *parking* a la derecha, los taxis aparcados a la izquierda. Las lágrimas que trataba de contener volviendo a su rostro, el anillo ardiendo en su dedo, como un tatuaje dorado de la traición y del fracaso de su matrimonio.

—Tiempo, Braulio —le pidió sin estar muy segura de lo que decía—. Dame tiempo y volveremos a hablar.

La conversación finalizó sin que Claudia supiese en qué punto habían quedado: si su relación se había roto, estaba suspendida o todavía estaban juntos. La palabra «divorcio» no se había vuelto a pronunciar, aunque seguía en el aire. ¿Se había echado para atrás o es que sus dudas le impedían ser firme cuando alguien la manipulaba? Sus zapatos de tacón manchados de dolor y de tierra, las palabras de Alba todavía resonando en su cabeza. ¿Gay? ¡No podía ser!

Claudia entró en el hospital sin mirar a nadie. Sus pies la dirigieron como un autómata al ascensor, sin pensar, moviéndose solamente por costumbre, sin ser consciente de que lo hacía. Pulsó el botón de la segunda planta y, sin darse cuenta, las lágrimas volvieron a sus ojos. No se atrevió a mirarse al espejo, enfrentarse a su reflejo, a la realidad y, cuando las puertas se

abrieron, por sorpresa, se encontró frente a frente con la persona que había tratado de evitar los últimos días.

—¡Claudia! —exclamaron sus ojos almendrados.

La sevillana se quedó inmóvil y sintió cómo su mundo se le caía a los pies. Le abandonaron las fuerzas, la energía, como si hubiese hecho un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta allí y, al alcanzar la meta, todo se hubiera vuelto negro.

—Abrázame, por favor —le pidió en un susurro—. Abrázame y no preguntes nada.

El enfermero se quedó paralizado. Nunca la había visto tan triste y hundida. Un nudo se le hizo en la garganta y la rodeó con sus brazos. La puerta del ascensor trató de cerrarse, pero sus cuerpos unidos se lo impidieron.

Piel sobre piel, corazón con corazón. Claudia lloró en su hombro y él no abrió la boca; se limitó a esperar a que ella se calmase y, mientras lo hacía, aspiró el aroma de su pelo.

—¿Qué te pasa, Claudia? —le preguntó cuándo empezó a tranquilizarse—. Dime... ¿Estás bien? ¿Es por Alba? ¿Algo que has averiguado? ¿Qué te ocurre?

Claudia regresando de las brumas, reencontrándose con la realidad, su mundo suspendido de un hilo, recordando que refugiarse en la fuerza que le transmitía ese abrazo no era la solución. Tenía que aprender a luchar sola, a tener fuerzas, a madurar.

—No, no es eso —le contestó sin estar muy segura del todo.

Su uniforme blanco, su sonrisa, sus ganas de socorrer a damiselas en peligro como el joven príncipe...

—¿Entonces? —insistió—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, ¿no?

Claudia asintió y se secó las lágrimas.

—Espera a que termine el turno y nos tomamos un café —continuó Chedey—. Me cuentas lo que te ha pasado y seguro que, juntos, te parece menos grave.

La sevillana con la voz de Braulio todavía resonando en su cabeza: *«tú me necesitas, no sabes estar sola»*, y una ira incontrolable subiendo por su garganta y desembocando en su boca.

—Tengo que aprender a solucionar mis cosas sola —le dijo con firmeza, como si tratara de convencerse a sí misma—. No tiene que ver con Alba ni contigo ni con Dani ni con nada de este hospital... Este problema es mío, solo mío, y tengo que ocuparme yo. Mañana, cuando esté más calmada, quedamos y te cuento lo que he descubierto.

Chedey afirmó con la cabeza sintiendo que otra vez volvía a rechazarlo, perdiendo las ilusiones, la esperanza.

—Pero no olvides que sigo aquí —insistió—. A veces, apoyarse en alguien que te quiere ayudar no es signo de debilidad, sino de inteligencia.

SESENTA Y CUATRO

—¿Dani es gay? —la pregunta le salió de pronto, rompiendo el silencio en el que se había sumido la habitación desde que llegó al hospital.

Elvira, que hasta ese momento había estado abstraída entre revistas del corazón, respetando el mutismo de su hija, dejándola reflexionar, la miró sorprendida.

—¿Gay? ¿Tu hermano? —repitió retorciendo el labio como símbolo de desaprobación.

Claudia llevaba pensando en eso un par de horas. A pesar de lo que le había dicho la señora Perdomo y lo segura que se había mostrado en su afirmación, ella no estaba conforme. Es más, le parecía una tremenda estupidez. En ningún momento de su vida se había cuestionado la orientación sexual de su hermano. Siempre había tenido novias, ¡muchas novias! No habían sido dos ni tres, aunque, por otro lado, era cierto que sus relaciones no solían durar mucho. ¡Pero dudaba de que ese fuese el motivo! Tenía más que ver con el carácter impetuoso de su hermano, con la búsqueda de algo más que nunca llegaba.

Además, estaba la casa. Cuando había ido al apartamento no había visto ninguna prueba de que allí viviera una pareja. Si estaban juntos... ¿no era muy extraño que cada uno tuviese una habitación? ¿Por qué no compartían dormitorio? Aunque en el cuarto de Zeben hubiese una cama de matrimonio, estaba claro que su hermano no dormía allí. Había visto su cuarto. Dani vivía allí, no había duda, si no, sería imposible que hubiese tanto desorden y tantas muestras de vida. Y por último, su relato. En ninguna parte había ningún tipo de indicio que pudiese dar a entender que detrás de la descripción de Alba había algo más. La casera tenía que estar equivocada ¡Era imposible! Pero aun así prefirió consultárselo a su madre.

—¿Por qué me preguntas eso? —la interrogó Elvira.

Claudia se encogió de hombros. Por primera vez estuvo a punto de confesarle su secreto, hablarle de *La isla de los dragones dormidos*, de Alba, de la existencia de ese misterio familiar que le había robado el sueño, de su búsqueda del motivo que había llevado a su hermano a esa cama.

—No sé —mintió—. Me ha venido esa duda a la cabeza mientras pensaba en cómo ha podido acabar así.

Elvira dejó la revista sobre el sillón y se acercó a su hija. Mientras lo hacía, miró a Dani y no pudo evitar darle un beso en la frente. Estaba obsesionada con que volviera a subirle la fiebre; le daba pánico.

—Claudia, tu hermano no es gay, es especial —le susurró con ternura mientras le pasaba la mano por el cabello—. Es sensible, cariñoso, con una imaginación desbordante, pero no es gay, aunque si lo fuese, evidentemente, lo querría lo mismo.

La sevillana miró a su hermano. Le costaba pensar que si lo fuese, nunca se lo hubiese contado, pero evidentemente cada vez estaba más claro que algo los había separado.

—¿Cómo estás tan segura? —insistió recordando de nuevo las palabras de la anciana del chándal verde.

Elvira puso una sonrisa picarona y volvió a su sillón con naturalidad, no quería que le viera la cara mientras pronunciaba la respuesta

—Soy su madre —le contestó—. Llevo registrando su cuarto desde que era un niño y te puedo asegurar que todo el porno que he encontrado allí no era de ese tipo.

Claudia se quedó en silencio unos segundos tratando de pensar en lo que habría podido encontrar su madre cuando hurgaba en su cuarto. Ella siempre había sido de pocos secretos por no decir de ninguno, pero recordó una libreta que guardaba entre sus muñecas donde escribía poemas cursis sobre un chico que le gustaba en el instituto y se puso colorada.

—A tu hermano le gustan morenas, rubias y pelirrojas —continuó Elvira como si estuviera revolviendo sus archivos confidenciales—. Básicamente le da igual el color de pelo mientras tengan los pechos grandes. ¡Sigo sin entender la fijación de los hombres con las tetas! Aunque en el caso de tu hermano, casi lo comprendo: al pobre le di poco el pecho cuando era un bebé porque se me agrietaron los pezones y me dolían un montón.

La chica, sin poderlo evitar, rompió en una sonora carcajada. Hacía tiempo que no se reía así. Por primera vez en esos días había conseguido evadirse transitoriamente de sus problemas y descargar tensiones. Su madre, desde su asiento, la miró complacida. Le gustaba ver a su hija feliz.

—Mamá —la llamó de pronto recordando todo lo que se le venía encima.

Elvira dejó la revista que acababa de coger en el suelo y la miró intrigada.

—Cuando regrese a Sevilla —le dijo sin haber pensado de antemano en ello—. Me gustaría irme a vivir contigo. Sería genial que Dani también se viniera y estar los tres juntos de nuevo.

La cara de su madre sonriendo complacida, pero al mirar a su hijo tumbado en la cama recordó otra vez sus últimas palabras —*«me das asco»*— y su mirada se enturbió sabiendo que si Claudia descubría su secreto, su reacción no sería muy diferente.

—Sería genial tener a mis dos hijos de nuevo en casa y volver a ser una familia —contestó mirándola con dulzura, aunque sabía que iba a ser imposible, y su voz se tiñó de amargura.

Claudia en silencio, Claudia callada, Claudia sin vida... Claudia notando cómo las lágrimas volvían a salir de sus ojos aunque no supiese el motivo. Parecía que la decepción, que la pena era más poderosa que su autocontrol, que las emociones se habían adueñado de su raciocinio y que, por mucho que lo intentara, iba a seguir así durante mucho tiempo, quizá demasiado, más de lo que pensaba o de lo que deseaba. Pensar en Braulio, en lo que había hecho, en la infidelidad, en la traición, en todos esos encuentros que había tenido con Carmen sin que le hubiera dicho nada, sin que ella sospechara... Estúpida, estúpida por quererlo y por confiar en él, estúpida por sentir que, a pesar de todo, lo seguía amando, que una parte de ella solo deseaba que le jurara que había acabado, que todo volvería a ser como siempre, que estarían juntos como al principio, que al mirarlo a los ojos no habría dudas, que se sentiría bien, a gusto, amada, como se había sentido antes, cuando se abrió la puerta del ascensor y Chedey la había rodeado con sus brazos.

—¿Estás segura de lo que has hecho? —le preguntó Elvira olvidándose por un momento del amor que procesaba por Braulio y siendo simplemente una madre que cuida de su hija—. ¿Es definitivo?

Claudia encogiéndose de hombros, sin saber qué contestar, sin estar segura de nada, sintiéndose perdida, deseando salir de aquella habitación e ir a refugiarse en los brazos del enfermero. Por amor, por debilidad, por venganza... daba igual el motivo

que fuera, solo necesitaba sentir que la querían, que alguien la amaba.

Elvira levantándose del sillón y acariciando a su hija, abrazándola, besándola, secando sus lágrimas con un pañuelo de papel, arreglándole el pelo, que lo tenía despeinado, cuidándola, mimándola...

—Se ha acostado con Carmen —dijo por fin, como si necesitara soltarlo, desahogarse, que todo el mundo supiera que era un cabrón y que la había herido.

El pecho de Elvira resquebrajándose, tratando de sujetar a su hija mientras un foso se habría bajo sus pies, intentado que el dolor del golpe que le acababan de dar no se reflejara en su rostro.

—Y no ha sido una vez —continuó como si fuese incapaz de parar—, han sido varias, no sé cuántas, llevan haciéndolo un tiempo... Y no lo puedo entender, mamá, no comprendo cómo ha podido estar haciendo eso y no decírmelo, como tenía la frialdad de acostarse con ella y luego venir a dormir a mi cama, de decirme que me quería cuando no sentía nada.

Antiséptico, morfina, parálisis... Las manos de Elvira agarradas a los hombros de su hija, una puñalada, dos, tres... El sabor de la traición adormeciendo su lengua, Braulio con sus ojos castaños, café solo sin azúcar, sus besos, sus abrazos, sus caricias... Braulio que le había pedido que lo dejara todo y se marchara con él... Braulio que la había engañado... Braulio que había jugado con ellas... Le había hecho arriesgar todo lo que le importaba: su dignidad, el amor de sus hijos, su familia... ¿Y para qué? ¿Para qué? Elvira que pensaba que su historia era tan fuerte que podía con todo, Elvira que se da cuenta de que no eran especiales, de que eran como los demás. Si Braulio era capaz de ponerle los cuernos a su mujer acostándose con su suegra, ¿cómo le iba a ser fiel a ella? ¿En qué estaba pensando? ¿En qué clase de nube había estado metida? Tonta, ¡tonta!... El

carro de la comida pasando por el pasillo, Dani con el gotero... La habitación dando vueltas... Claudia llorando... Pena, dolor, decepción, rabia...

—Hijo de puta —se limitó a contestar, y Claudia sonrió porque tenía miedo de que su madre no la apoyara, que le pidiera que luchara por él, que lo perdonara, y le agradó descubrir lo fácil que había sido tenerla de su lado. Se sintió querida, reconfortada, pero como siempre, Claudia se equivocaba, no había entendido el significado de sus palabras.

SESENTA Y CINCO

Elvira y su poder autoregenerador, esa capacidad que había adquirido desde pequeña para curar sus heridas. Estaba tan acostumbrada a que la gente que amaba le fallara, que había desarrollado un increíble sistema para sentirse bien, para volver a encajar las piezas de su corazón cuando se rompían. Cuando era una niña y su madre, en vez de besarla, la abofeteaba aunque no hubiera hecho nada, limpiaba sus abolladuras y las curaba ella sola, lo mismo que su autoestima: la pulía y perfilaba para volver a sentirse bien en el menor tiempo posible. No tenía sentido llorar ni lamentarse, no servía para nada. La experiencia le demostraba que a los demás les daba igual su sufrimiento. Braulio lo estaría pasando mal, la echaría de menos, pero si había sido lo suficientemente cobarde como para acostarse con Carmen significaba que no la amaba, o por lo menos no tanto como ella a él. Ya nada tenía sentido. La decisión que había tomado de dejarlo había sido la más correcta, los hechos se lo demostraban, no podía confiar en él, se sentía estúpida por todo lo que había arriesgado por estar a su lado, incluso había perdido a su hijo.

Era el momento de tomar decisiones, de sentenciar, dictaminar y recomponerse; era tiempo de volver a ser ella misma, de sentirse fuerte, de recuperarse, y solo sabía hacerlo de una forma: ¡ser egoísta!

El egoísmo que le había hecho iniciar una relación con Braulio y romper su matrimonio le hizo saber qué debía hacer en ese instante, cuáles eran los siguientes pasos a dar, hacía dónde debía dirigir su vida.

¿Qué podría hacer para sentirse bien, para volver a ser ella misma, para no estar sola?

La respuesta era fácil: recuperar a su marido y a su familia, conseguir que Mauricio volviera con ella y que, con el tiempo, su hijo la perdonara. Claudia no tenía por qué enterarse de nada, no podía, debían ocultárselo; después de todo, su relación con Braulio había terminado, ya no tenía sentido. ¿De qué servía que descubriera la clase de bruja que era? Elvira la quería, la adoraba, como todas las madres. Su único problema era ser demasiado egoísta, pensaba en su felicidad por encima de todo, pero no podían juzgarla por ello, era algo que había aprendido desde pequeña, su mecanismo de defensa, el único modo del que consiguió sobrevivir a la crudeza de su infancia.

—Cuando llegue Mauricio lo intentaré —se dijo a sí misma—. Sé que no me ha olvidado, que Teresa solo es un parche para cubrir sus heridas. Él me quiere y volverá conmigo.

Tendría menos de treinta y seis horas (llegaba el jueves por la mañana y el viernes se marchaba ella). Era poco tiempo, demasiado poco, pero una baza jugaba a su favor: había una noche de por medio y su exmarido estaría sensible y destrozado después de ver a Dani (como siempre, inconscientemente usaba a sus hijos en beneficio propio). Lo consolaría, lo mimaría y esa noche dormiría con ella.

—Todo volverá a ser como antes —se repitió—. Volveremos a ser una familia y viviremos todos juntos en Sevilla.

SESENTA Y SEIS

La última noche

Los dos sentados en la arena, Alba con los pies dentro del agua y él resistiéndose a mirarla. Estaba cabreado… Seguía sin entender por qué ella quería arriesgarse de aquella forma, ¡exponerse!, pero no iba a insistir porque sabía que era inútil. Se habían pasado una hora y media discutiendo sin conseguir nada y era su última noche, la última para bien o para mal, pero a fin de cuentas, la última.

—Me da miedo perderte —se limitó a decir mientras sus dedos jugaban en la arena tratando de desenterrar una piedra.

Alba lo miró y sintió que el amor debía de ser eso. Daniel era el chico con el que más unida había estado en su vida y, aunque su relación no pudiese ser plena, parecía que los sentimientos sí lo eran; a ella también le horrorizaba la idea de que desapareciese.

—No vas a perderme —le contestó, aunque no estuviera segura del todo—. Si ves que me da reacción, solo tienes que cogerme en brazos y llevarme a la sombra del castillo. Estaré resguardada hasta que llegue la ambulancia. Serán solo heridas, Dani, nada que un par de meses en el hospital no puedan curar.

El joven sacó la piedra de la arena y se la puso en la palma de la mano. No podía mirarla a la cara, le daba demasiada pena.

—Me da una rabia increíble que quieras hacerte esto, Alba —continuó insistiendo una vez más—. No quiero ni pensar que pueda sucederte algo.

El agua mojando sus pies y la parte baja de la túnica, la capucha sobre sus hombros, los mechones rojizos de su pelo agitados por el viento, sus ojos azules muy abiertos, despiertos, como si quisiera que todo lo que veía en esos momentos se quedara grabado para siempre en sus pupilas.

—Tú me has dado fuerzas, Dani —le contestó—. No pienses que es culpa tuya. Lo que quiero decir es que tú me has dado un motivo para querer intentarlo. Quiero ser como todas las chicas para que podamos ser una pareja normal.

El joven príncipe lanzando la piedra al agua que saltó dos veces sobre la superficie antes de sumergirse por completo.

—Yo no necesito nada más. Lo único que me hace falta eres tú, ¿comprendes?

Alba agachó la cabeza dándose cuenta de que estaba siendo egoísta. Si fuese él el que hubiera tomado una decisión así, arriesgarse a perder la vida... ella habría enloquecido, y Dani estaba allí, a su lado, apoyándola aunque no estuviera de acuerdo, aunque cada segundo que pasaba lo hiciese sufrir más.

—¿Me vas a besar? —le preguntó la chica obligándolo a mirarla.

Los ojos castaños del chico observándola, el corazón se le partió al darse cuenta de que estaban cuajados de lágrimas, por eso le rehuía la mirada: no quería que lo viera llorar.

Daniel no contestó. Se limitó a secarse la pena con la manga de la camisa y asintió con la cabeza. Si era lo último que iba a hacer con ella, quería darse esa concesión: poder besarla, aunque fuera unos segundos...

Y cuentan, que en un lugar muy lejano, una bruja sin rostro lanzó una gran y maléfica carcajada. Los enamorados no la oyeron porque

estaban demasiado concentrados en sus problemas, pero dicen que en el país de los cuentos, la princesa Claudiel se despertó y vio temblar las columnas de su castillo de marfil y, sin saber por qué, lanzó un terrible alarido de dolor mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

SESENTA Y SIETE

Claudia en el Puente de las Bolas viendo ocultarse el sol, la ciudad pausada, tranquila, mientras su corazón acompasado por el vaivén de las olas se dejaba mecer, arrullar, calmar... Las heridas sanan con el agua del mar, se curan, se regeneran, y ella esperaba que, estando cerca de la orilla, su alma comenzara a sentirse mejor.

No sabía cómo había acabado allí. Al salir del hospital le había dicho a su madre que quería dar un paseo sola y ella se lo había permitido, aunque no estaba de acuerdo. Le había pedido que la dejara acompañarla, pero su hija se había negado. Insistió en que era mejor así. No había ninguna palabra que pudiera decirle que la hiciera sentirse mejor en ese momento. Debía estar sola, ser ella la que curara sus heridas, no el mar ni la brisa ni el apoyo de su familia. Hasta que no asimilara todo lo que había pasado, no iba a poder respirar con tranquilidad.

Acabó en el castillo de San Gabriel porque echaba de menos a su hermano. Quizá en esos momentos, más que nunca, se daba cuenta de cuánto lo añoraba, y estar allí, en su espacio,

en su rincón mágico, la hacía sentirse más cerca de él. Se lo imaginaba paseando por aquel puente con Alba de la mano, le hacía creer que el amor real, el puro, existía, aunque ella no hubiera tenido buena suerte, pero esas historias sucedían... Solo había que confiar y abrir bien los ojos.

—¡Claudia!

Una voz conocida la llamó haciéndola salir de su ensimismamiento. Estaba agarrada a la barandilla de madera y, cuando giró su cabeza, lo vio. Era Chedey con el rostro preocupado que le regalaba una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella sorprendida.

El enfermero, acercándose a donde estaba, le acarició la mejilla y sintió cómo la humedad de sus lágrimas mojaba sus dedos.

—Tu madre me dijo que habías salido a pasear y sabía que vendrías aquí.

Claudia sonrió. Quizá aquel joven empezaba a conocerla mejor que ella misma.

—Necesitaba estar sola —confesó mientras sus ojos desfilaban por su rostro.

Chedey se encogió de hombros y sus pestañas largas cubrieron sus ojos durante unos segundos tratando de comprenderla, de cuidarla.

—Si quieres me voy —le dijo—. No quiero molestarte.

Claudia perdida en aquel paisaje, observando cómo el sol terminaba de esconderse y las farolas, de luz amarillenta, iluminaban la ciudad: los coches circulando, los niños, con sus madres, jugando en el parque infantil.

—No, quédate —le pidió—. En realidad, no quiero estar sola.

Chedey se rascó la cabeza y ocultó su rostro como si le diera vergüenza esa situación.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó dudoso.

Las lágrimas de Claudia volvieron a brotar de sus ojos como si aquel río de angustia y decepción no fuese a parar nunca.

—¿Me puedes abrazar?

—Claro.

Los dos fundidos en un abrazo en mitad del Puente de la Bolas, Daniel y Alba mirándolos desde la orilla: ella con su túnica blanca y el pelo anaranjado, su hermano agarrándole la mano sin tocarla. Mariposas, mariposas con miedo a eclosionar, a salir de sus capullos, el calor de un cuerpo que la rodeaba y le demostraba que la quería, calma, paz, tranquilidad con el vaivén de las olas, unos labios que la buscan pero que ella es incapaz de besar.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado? —le preguntó él.

Claudia, sin dejar de abrazarlo, miró la alianza que descansaba en su dedo. El odio, el rencor y la furia que sentía contra su marido se materializaron en ese trozo de metal.

—Ayúdame a quitarme la alianza —le pidió ella sin que Chedey pudiera ocultar la sorpresa de su rostro—. Está atascada, no me deja respirar.

El enfermero cogió su mano y, con cuidado, empezó a hacer girar el anillo intentando no hacerle daño.

—Si te duele, avísame —le dijo tratando de ser lo más dulce posible, y Claudia comenzó a llorar de nuevo y fue incapaz de contestar en el primer momento.

—Tiene que doler, Chedey —le dijo atragantada por la pena—. Cuando se ha querido de verdad, siempre duele; si no hay dolor es que no se ha amado nunca.

Y mientras el anillo salía de su dedo, el joven pegó su rostro al de ella y le dio un beso. No pudo evitarlo, era incapaz de verla sufrir. Y mientras sus labios se acariciaban, se rozaban, se mojaban, la alianza quedó en su mano y la apretó con fuerza. Claudia sin moverse, sin reaccionar, dejándose querer, mimar. Sus lágrimas brotaban cada vez con

más fuerza, como si su vida se acabara o empezara de nuevo. Nacer, morir, resucitar, un beso en la mitad de un puente donde las historias comenzaban y no se sabía cómo iban a terminar.

—Te quiero, Claudia —le susurró al oído, y ella se apartó bruscamente, como si esas palabras ya no significaran nada viniesen de quien viniesen.

—Dame el anillo —le pidió, y el enfermero, confuso, lo soltó de su mano y lo puso en la de ella.

Claudia en silencio, Claudia calmada, Claudia tranquila, con su corazón palpitando por ese beso del que no había podido disfrutar porque era incapaz de sentir, el oro resplandeciente reflejando los destellos de las farolas, el brillo de la luna, la oscuridad.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó el joven para tratar de entender que significaba todo aquello.

—Lo guardaré hasta que esté segura de si quiero volver a ponérmelo o si me quiero deshacer de él.

Y Chedey asintió comprendiendo que era demasiado pronto para otro beso, para otra caricia, para pedirle que se dejara llevar, que le permitiera amarla y protegerla.

—Lo que más daño hace no es la traición —terminó diciendo para que él lo entendiera—, lo que duele es el miedo a que todo se acabe y dudar de si alguna vez me ha querido.

Chedey la cogió de la mano y la animó a pasear, a cruzar el puente hacia el castillo, con sus pies arrastrándose por un camino donde la confianza era algo duro de ganar. Claudia llorando, sin poder parar sus lágrimas y él en silencio, haciéndose una composición mental de lo que había sucedido, de la infidelidad de su marido, de la pena de la sevillana.

—¿Has seguido leyendo? —le preguntó para intentar que su cabeza dejara de darle vueltas una y otra vez a lo mismo.

Claudia abrió su bolso para buscar un cigarro y asintió.

—Sí, pero creo que no voy a acabarlo, no voy a seguir leyendo... La historia va a acabar mal, lo sé, y no tengo fuerzas ni ánimos para saber cómo termina.

La sonrisa de Chedey, sus brazos fuertes, morenos, cubiertos por una camiseta blanca que hacía destacar más el color moreno de su piel, sus dedos enlazados, paseando como si fuese algo que hubieran hecho toda la vida juntos, apretándole la mano, dándole fuerzas.

—Bueno... no te preocupes... Date tu tiempo.

La joven encendió el cigarro y sonrió. Su sonrisa triste, el humo del tabaco entrando en sus pulmones, un poco de veneno para sentirse mejor.

—¿Y has descubierto algo más?

Claudia pensando en su hermano, en su cuerpo tendido en aquella cama, en su fragilidad, en el miedo que habían sentido el día anterior.

—Su casera me ha dicho que mi hermano es gay, que Zeben era su novio.

Los pies de Chedey parándose en seco, sus ojos almendrados abiertos como si esa teoría fuese algo que le daba sentido a todo y sintiéndose torpe por no haberlo pensado seriamente antes.

—¿Gay? —repitió sorprendido.

—Sí.

Los focos iluminando las murallas del castillo, Claudia y Chedey el uno junto al otro, el Gran Hotel al fondo, un barco de luz pálida pasando por el horizonte.

—Es lógico —dijo por fin al cabo de unos segundos—. ¿Recuerdas lo que te conté cuando me preguntaste por qué los hombres no miraban a Alba desnuda, solo entre ellos?

La sevillana sonrió, haciendo memoria de ese momento, cuando él le explicó que el *cruising* no era solamente los días de navegación cuando estás en un crucero, sino que también se denomina así a los sitios a donde van los gays en busca de encuentros sexuales esporádicos.

—Este castillo, este sitio, es zona de *cruising*. Es más probable que tu hermano haya conocido aquí a un chico que a una joven pelirroja a la que no le puede dar el sol.

Claudia asintió, aunque el argumento siguió sin convencerla.

—Es una metáfora, así de fácil. Alba no está enferma, es un hombre, por eso no pueden verlos a la luz del día. Tu hermano y él ven este amor como una historia prohibida que nadie puede averiguar.

Sus labios dándole otra calada al cigarro, pensando en el relato que estaba leyendo. Pensando si ese final, que se antojaba dramático y despiadado, hablaba en realidad de su intento de asumir su relación, de amarse delante de la gente, sin esconderse... Hasta para su hermano aquello era demasiado dantesco, aunque había que reconocer que era la explicación más lógica de las que tenían hasta ese momento.

—¿Y qué paso? —le preguntó Claudia tratando de descubrir lo que pensaba.

Chedey comenzó a andar de nuevo y siguió hablando sin dejar de mirar la campana que colgaba encima del castillo.

—Pues que no lo pudo soportar. Aunque amaba a Zeben, sus prejuicios pudieron más que el amor, y cuando se vieron en la tesitura de reconocerlo abiertamente para poder vivir su historia con libertad, algo salió mal: uno de los dos no pudo y tu hermano... no fue capaz de asumirlo.

Silencio. La imagen del gigante desgarbado en su cabeza. ¿Y si fue eso? ¿Y si fue así? Eso explicaría muchas cosas... Aunque... si realmente sucedió de ese modo, tenía claro que no había sido Zeben el que no había sido capaz de ver brillar el sol: fue su hermano. Era la única explicación, Dani, por eso la angustia terminó carcomiéndolo. ¡No asumía su sexualidad! ¡Que se había enamorado!

—No sé, Chedey, se me hace muy raro, no lo entiendo... Es como si no fuese mi hermano, ¿comprendes?

Su imagen mental de Alba mezclándose con la de Zeben, el espectro lunar, el rostro del amor, la melena morena, enmarañada, las zapatillas desgastadas, olor a desodorante barato y dolor de cabeza.

—Es solo otra hipótesis —le contestó él para tranquilizarla.

La sevillana le dio la última calada al cigarro y, al ir a apagarlo, descubrió que no había papeleras cerca. En un primer momento pensó en tirarlo al suelo, pero una vez más, su sentido cívico le hizo extinguir la llama y meter la colilla en el paquete, aunque sabía que, al hacerlo, el bolso le iba a oler a tabaco.

—¿Cómo puedo descubrir si es verdad? —le preguntó dudando de que aquello tuviera sentido, aunque cada vez eran más las evidencias de que era cierto.

Chedey se encogió de hombros y le apretó la mano de nuevo.

—Solo hay una cosa que puedes hacer: habla con Zeben.

Aquella noche, Claudia y Chedey se sentaron en la puerta del castillo emulando una escena que la sevillana conocía bien. La joven, triste, apoyó la cabeza en su hombro y, sin saber muy bien por qué, comenzó a hablar. Le contó lo de Carmen y cómo se sentía. Dejó que las palabras inundaran su boca y que sus lágrimas volvieran a correr libremente por su rostro. Necesitaba desahogarse, un amigo, y con el enfermero todo era fácil, demasiado fácil.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Chedey al final de la historia, deseando que le confesara que iba a seguir adelante con la decisión de divorciarse.

—No lo sé —se limitó a contestar—. Quizá ahora es demasiado pronto para tomar decisiones, quizá debería dejar pasar los días para averiguar cómo me siento, regresar a Sevilla con él, estar a su lado, descubrir si sigo confiando en Braulio, pero me cuesta mucho porque me ha mentido, me ha engañado,

ha mantenido una aventura a mis espaldas... No sé... Si me lo hubiera contado él, sería diferente, pero ahora siempre me quedará la duda de si no es la primera vez, si volverá a hacérmelo... Y otra vez no lo soportaría, sería imposible.

El enfermero acariciando su melena, dejándose embriagar por su aroma a azahar, sus labios volviendo a buscar los suyos, ella separándose, alejándose.

—Sabes lo que siento por ti, ¿no? —susurró Chedey, experimentando una mezcla de sentimientos que eran imposibles de silenciar.

—Sí —le respondió ella con tristeza—. Lo más fácil sería caer en tus brazos, refugiarme en tu cariño, dejarme querer, que me cuides, volver a sentirme bien lo antes posible, pero no puedo.

Chedey triste, desilusionado, viendo que la solución a su aflicción estaba muy cerca, pero ella no quería arriesgarse.

—¿Por qué, Claudia? —la interrogó desesperado—. ¿Por qué te castigas? ¿Por qué intentas frenar algo que sabes que ambos sentimos?

La joven cogiendo su mano, dejándose acariciar por sus dedos, pegando su cuerpo al de él, notando los músculos de sus brazos, de su torso.

—Braulio me ha hecho mucho daño —le dijo—, y si lo hiciera no sería muy diferente a él. Lo único que me permite estar tranquila es saber que yo he actuado bien, que no es culpa mía. Si ahora mismo empezara algo contigo sería por egoísmo, por dejar de llorar, para intentar sentirme bien, y tú tampoco te mereces eso.

Los ojos almendrados del joven tratando de comprenderla, la torre de la iglesia de San Ginés observándolos, la campana, en lo alto del castillo, lanzando un pequeño suspiro.

—Sé egoísta, Claudia —le suplicó—. Sé egoísta y utilízame para superar esto. A mí no me importa, de verdad. Me

conformo con la esperanza de que en ese proceso te puedas enamorar de mí si es que todavía no lo has hecho.

Una mariposa surgiendo de la oscuridad y apoyándose en el escalón donde estaban sentados, la puerta de madera crujiendo, protestando, sufriendo.

—No sería justo empezar algo contigo cuando ahora mismo... no sé, no creo en el amor, ¿lo comprendes? No quiero hacerte daño.

Sus manos enlazadas, las olas rompiendo en la pequeña cala entre los dos puentes, botellas con sentimientos arrastradas por la corriente, resplandeciendo con luz propia, de colores rojos, rosas, anaranjadas, como si fuesen pequeñas boyas de pasión contenida, de emociones reprimidas que pugnaban por aflorar.

—Hazme daño, Claudia, hazme daño y piensa en ti por una vez —insistió acercándose tanto que sus labios volvieron a rozarse—. Sé egoísta, a mí no me molesta que solo estés conmigo para averiguar si puedes amar; yo te enseñaré a volver a confiar, a quererme, aunque solo lo hagas para descubrir si lo quieres a él o a mí.

Claudia cediendo, sus labios dejándose besar de nuevo, la segunda vez desde que se habían visto. No podía pensar, no podía sentir, se dejaba querer porque necesitaba una mano donde apoyarse, que la sujetaran, que la agarraran, que alguien le indicara qué debía hacer.

—No puedo, Chede, y espero que lo entiendas —repitió alejándose de él despacio, tranquila, sin violencia, dándole a entender que lo hacía porque debía, no porque le apeteciese—. El egoísmo ha sido lo que me ha llevado a esta situación. Mi hermano fue egoísta al intentar suicidarse, mi marido al acostarse con Carmen... Todos son egoístas y sé el daño que hace. Yo no quiero ser así, Chedey. Alguien debe pensar en los demás en esta familia. Tengo que estar calmada y apoyar a mi madre,

que es ahora la que más lo necesita, debo olvidarme de todo y estar a su lado... Lo mío es secundario, ¿comprendes?

El enfermero asintió volviendo a perderla de nuevo, siendo consciente de que, por mucho que le beneficiara la situación, Claudia era diferente: no se iba a acostar con él por rencor ni iba a dar su matrimonio por cerrado porque él la hubiera engañado. Claudia era distinta, especial, de esas personas que anteponen los sentimientos de los demás a los suyos. Quizá por eso se había enamorado tan rápidamente de ella, porque no era habitual encontrarse con personas así.

—Estaré esperándote —le dijo—, esperando a que sanes tus heridas y te sientas con fuerza para empezar a querer de nuevo.

SESENTA Y OCHO

Claudia sentada en un banco en la terminal 1, mirando impaciente el reloj, molesta. No sabía exactamente qué hacía allí, cómo Elvira había terminado convenciéndola para que fuese a recoger a su padre. El segundero avanzaba lentamente y el panel anunciaba que el vuelo llegaba con retraso.

—Ya te vale, papá —masculló enfadada.

La mañana clara, los taxis aparcados en la acera, agentes de los diferentes touroperadores esperando a sus clientes en la puerta de llegadas con sus carteles en la mano, sonriendo, inmaculados. Claudia pensó que quizá ella también debía haber hecho lo mismo: hacía tanto tiempo que no veía a su padre, que tendría que haber preparado un cartelito con su nombre para que él la reconociera cuando apareciese.

No quería estar allí; no era la ocasión adecuada para tratar de arreglar la situación padre-hija. Sabía que su madre lo había hecho con la mejor intención, para que estuvieran solos, para que pudieran hablar, pero a ella no le apetecía, no era el mejor momento para tratar de perdonar a otro adúltero.

Su móvil sonando y Claudia sacándolo de su bolso. En el panel, el vuelo de su padre destacado: acababa de aterrizar. Posiblemente en ese momento estuviera quitándose el cinturón de seguridad y recogiendo su equipaje de mano.

—Claudia. —La voz de Braulio, tranquila, serena, con un regusto amargo a culpabilidad, a súplica.

—Sí, dime. —Frialdad, indiferencia.

El guardia de seguridad en la puerta con cara de aburrimiento, desconocidos pasando con sus maletas un poco perdidos, una roca volcánica, enorme, en mitad de la sala dándoles la bienvenida a los nuevos turistas.

—Nada... Solo llamaba para saber cómo estabas.

Claudia golpeando el suelo con la puntera de sus zapatos de tacón, impaciente, dolida, indecisa.

—¿Has tenido ya la reunión con el señor Hiraoka? —le preguntó para tener algo de que hablar.

—Me da igual el señor Hiraoka. Ahora mismo solo pienso en ti.

Silencio. El rostro de Claudia cubriéndose de sorpresa; no se esperaba un comentario así saliendo de boca de su marido, escuchar lo que tantas veces había deseado oír. ¿Por qué no le decía esas cosas antes? ¿Por qué ahora? ¿Por qué había tenido que pasar algo tan horrible para que ella se convirtiera en su prioridad?

Su padre montándose en el autobús que lo llevaba a la zona de recogida de equipaje, su rostro cansado, como si hubiese tenido que levantarse muy temprano.

—Quiero intentarlo, Claudia. Pídeme lo que necesites para perdonarme.

Sus uñas jugueteando con la pantalla del móvil, su marido suplicando, a sus pies, arrepentido.

—Braulio, en estos momentos te odio, no lo voy a negar —comenzó a decirle con un aplomo que hasta a ella misma le

sorprendió—, pero por mucho que lo intento, no puedo dejar de quererte. El amor no se evapora de la noche a la mañana, es imposible, aunque me hayas traicionado, aunque me hayas herido.

El señor Balaguer en la habitación de su hotel mirando por la ventana, el cielo de Londres empañado, el sol oculto, que no brillaba, que se escondía, lluvia, charcos en el suelo, autobuses urbanos cargados de frío y soledad.

—Claudia... yo quiero recuperarte... Ha sido un error, solo uno... Nunca debí iniciar esa aventura con Carmen. Ahora veo claro que me equivoqué, me doy cuenta de lo confundido que estaba, de cuánto te quiero, del miedo que me da perderte.

La sevillana escuchando lo que más deseaba, lágrimas incipientes formándose en su retina.

—Braulio, lo que más me duele es que no fue un calentón: estuviste un tiempo haciéndolo, ocultándomelo, engañándome... ¿Comprendes? Si hubiese sido un polvo de una noche, como me dijiste la primera vez, me habría enfadado, pero en el fondo lo hubiera podido perdonar, pero esto es distinto, tuviste tiempo suficiente para pensarlo, para reflexionar, para darte cuenta del daño que me estabas haciendo con ello y aun así, te dio igual, ¿entiendes?

Braulio con la mano en la ventana, vaho saliendo de su boca, miedo a perderla, miedo a quedarse solo, el rostro de Elvira en su mente, en su boca, en cada «te quiero». Si recuperaba a Claudia, si la conquistaba, Elvira no desaparecería para siempre, estarían cerca, podría verla, convencerla.

—Lo siento, Claudia. Si pudiera dar marcha atrás, lo haría, pero es imposible. Sé que actué mal, que fui un egoísta, pero creo que nos merecemos otra oportunidad.

Mauricio en la sala de equipajes junto a la cinta transportadora esperando que saliese su maleta, nervioso, confuso, sin saber si habría alguien esperándolo cuando se abriera la puerta,

pensando en su hijo, en Dani, su pequeño, y en lo extraño que era todo aquello.

—Solo ha pasado una vez, solo ha sido Carmen... ¡Y ya has visto que formaba parte de un plan calculado! Esa zorra me ha utilizado y lo sabes.

Claudia viendo cómo los primeros pasajeros del vuelo de Granada salían por la puerta, sus rostros sonrientes, ilusionados, personas anónimas que se acercaban y les daban un beso.

—Braulio, no te pega nada el papel de víctima —se limitó a decir molesta por sus últimas palabras—. No la culpes a ella porque el que tenía un compromiso conmigo eras tú, aunque me moleste, aunque me joda, aunque la odie... Carmen no ha hecho nada malo.

Mauricio recogiendo su maleta, una enorme, marrón, como las antiguas de las películas españolas en blanco y negro, con asas, sin ruedas, solamente una maleta cargada de esperanzas.

—Claudia, me has dicho que me quieres, que eres incapaz de olvidarme —sentenció el señor Balaguer presionándola, manipulándola, haciéndola ceder—. ¡Pues no lo tires todo por la borda! Dame una oportunidad: vete mañana a Sevilla con tu madre. Te prometo que no habrá trabajo, aparcaré todo, no miraré el *e-mail* ni encenderé el teléfono; me quedaré en casa contigo el tiempo que necesites. Ahora mismo, tú y solo tú eres mi prioridad, ¿comprendes? Déjalo todo y vente a Sevilla.

Claudia inmersa en una lucha interna que desconocía dónde iba a terminar, sin saber que volvía a mentirle, que no era la primera vez, que Braulio no iba a cambiar; Claudia sin conocer la traición de su madre, sin saber que esa propuesta solamente se la hacía porque Elvira ya la había rechazado; Claudia ignorando la realidad que la rodeaba, viviendo en su castillo de marfil sin verle las garras al ogro; Claudia pensando que lo quería, en el cariño que le profesaba con el paso de los años, decidiendo si podía darle otra oportunidad, mirando sin ver

nada, siendo consciente de que hacía tiempo que los besos de su marido no le transmitían nada, nada comparado con las mariposas que eclosionaban en su vientre cada vez que Chedey la tocaba, que la besaba; Claudia que olvida sus sentimientos y elige con la cabeza, Claudia que ignora lo que quiere y decide lo que debe decidir.

—Es la primera vez que me antepones a tu trabajo —se limitó a responder—. ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

Braulio sintiéndose victorioso, siendo consciente de que, como siempre, Claudia comía de su mano. Era imposible que cambiara tanto, imposible: hiciera lo que le hiciese, ella no lo abandonaría, era incapaz de estar sola.

—¡Claro que sí, Claudia! Ahora mismo tú eres mi prioridad.

La puerta abriéndose y Mauricio mirando a ambos lados cargado con su maleta, su rostro sonrojado, como si realmente le estuviera suponiendo un gran esfuerzo tirar de ella, decepción en los ojos al principio al no encontrar a nadie esperándolo y una gran sonrisa cuando la vio a lo lejos. Una mano que se levanta, que la saluda.

—Braulio, acaba de llegar mi padre, tengo que dejarte.

Claudia avanzando hacia Mauricio, la maleta que cae al suelo y su padre que corre para abrazarla como si no hubiera pasado nada. ¡Qué cansada estaba de los hombres de su familia y de lo pronto que lo olvidaban todo! ¡Con qué facilidad volvían a actuar con naturalidad! ¡Con qué premura querían que ellas lo superaran todo!

—¿Lo vas a pensar?

La sevillana sin saber lo que decía, sin pensar, dejándose llevar por los impulsos, su padre rodeándola con los brazos, ella con rechazo en la mirada, con el teléfono en la mano, decidiendo su futuro.

«Esto es lo que debe ser, Claudia», le dijo la voz de su conciencia. «La vuelta a la normalidad, un padre, un marido...».

Un dragón pasando por encima del aeropuerto, su sombra alargada en la pista de aterrizaje, el ruido de los motores, el latir de un corazón.

—Llamo ahora para comprar un billete —contestó sorprendiéndose a sí misma—. Pero esto no significa que te haya perdonado, Braulio, solo que voy a luchar para intentarlo.

SESENTA Y NUEVE

La habitación 218 estaba en silencio, la familia reunida alrededor de la cama donde dormía el joven príncipe que no podía hablar. Mauricio, con el cuerpo recostado en la cama, no dejaba de llorar. Le había besado la frente, los ojos, las manos, las mejillas... Pero por muchos besos que le daba, pensaba que no eran suficientes. Verlo allí tumbado, tan desvalido, le había hecho tomar conciencia de cuál era la situación porque, por mucho que intentara imaginarlo cuando se lo habían contado por teléfono, era inútil; un padre es incapaz de hacerse una idea de algo así hasta que lo tiene delante, hasta que lo siente, hasta que lo toca.

Elvira y Claudia calladas, sabiendo cómo se sentía, recordando los primeros momentos en que ellas lo tuvieron enfrente cuando llegaron al hospital y lo vieron en la sala de cuidados intensivos.

—Mi niño, mi niño —no dejaba de repetir, y Claudia comenzó a pensar que un hombre así no podía ser tan malo, que todo ese rencor que había acumulado hacia él no era justo. Su padre los quería, de eso no había duda.

Elvira acercándose a él, pidiéndole que dejara de llorar, que se recostara en su hombro, consolándolo, calmándolo; Claudia viendo una escena que pensó que nunca más se iba a repetir: todos reunidos, juntos, y sus padres abrazados. Dani en la cama, sonriendo, luchando contra dragones imaginarios, acariciado por la mano translúcida de Alba, besando sus labios. Era triste, muy triste pensar que había tenido que suceder aquello para que todos volvieran a estar juntos.

¿Qué pasó? ¿Qué secretos escondía su familia?

Claudia no quiso pensar en eso durante unos minutos; se limitó a presenciarlo todo como si fuese una niña que tiene la esperanza de que sus padres se reconcilien, que vuelvan a estar juntos.

—Bufff —resopló su padre al cabo de un rato mientras sacaba un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón vaquero y se secaba las lágrimas—. Había tratado de hacerme una idea de lo duro que iba a ser y venía mentalizado para soportarlo, para estar a la altura de las circunstancias, para no venirme abajo delante de vosotras, pero no he podido… Lo siento.

—No te preocupes —le dijo Elvira sin dejar de abrazarlo, pegando su rostro a él, cerca, muy cerca, quizá demasiado.

Mauricio recobró la normalidad, se apartó de ella de forma tranquila, pausada, sin violencia, y volvió al lado de su hijo. Le cogió la mano, esta vez más relajado, tratando de contenerse.

—Todo sigue igual, ¿no? —preguntó, y las dos mujeres afirmaron con la cabeza pensando que pronto él se tendría que acostumbrar a la ausencia de novedades, a asumir que cada día iba a ser igual que el anterior y que Daniel no despertaría.

El hombre observando a su hija, a lo adulta que le parecía en ese momento, distinta a la última vez que la vio, más fuerte y entera.

—Podéis estar tranquilas, prometo que seré capaz de cuidar de él; esto solo ha sido un bajón inicial.

Claudia olvidándose de la conversación con Braulio, del billete de avión que acababa de comprar y recordando el rencor que sentía por Mauricio: no podía aparecer de la nada y jugar a ser el padre perfecto, ellos sabían solucionar sus problemas solos. Por desgracia habían tenido que aprenderlo.

—Papá, no hace falta que te quedes. Mamá se va, pero si hace falta, yo me quedo. Cuidaré de Dani hasta que se despierte.

Mauricio sorprendido, pensando en qué momento su hija se había hecho más fuerte que él, su niña, su niñita, Claudia, la pequeña que se sentaba en sus rodillas y siempre le decía que se parecía a Papa Noel, que tenía sus mismos mofletes, su cara afable.

—Claudia, tú ya has hecho suficiente, más de lo que debieras —le dijo tratando de acariciarla, pero ella, sin poderlo evitar, se apartó—. Debes continuar tu vida. Tu hermano es mi responsabilidad, yo soy su padre. Los padres tenemos que cuidar de nuestros hijos. Tengo que protegerlo a él y tratar de que todo esto te perjudique lo menos posible.

La sevillana triste, dolida, pensando cuántas veces lo había necesitado y no había estado a su lado, la falta que le había hecho escuchar esas palabras tiempo atrás, cuando se fue, cuando se distanciaron.

—También éramos tus hijos cuando decidiste irte de casa —le reprochó—, cuando nos abandonaste por Teresa.

Mauricio buscando a Elvira con la mirada, pidiéndole que lo ayudara, que lo defendiera, que por una vez diera la cara. Si no podía confesar lo de Braulio, que por lo menos dijera algo que lo justificara, que no siguiera alimentando esa mentira que lo había separado de sus hijos, pero su exmujer no dijo nada; se limitó a agachar la cabeza avergonzada, sabiendo que lo había hecho mal, que volvía a hacerlo, pero era demasiado egoísta.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —comenzó a argumentar su padre hablando para ella, pero también a las

dos—. A veces la vida es mucho más complicada. Yo nunca os he abandonado, solo hice lo que he hecho siempre, cuidaros, aunque en la distancia. Hice lo que pensé que era lo mejor para todos en un momento determinado, aunque ahora... —Su voz se entrecortó mirando el rostro del joven príncipe—. Está claro que me equivocaba.

Claudia enfadada, herida, recordando las veces que había preguntado en su casa por qué se había ido, sufriendo en silencio, viendo cómo su madre lloraba y padecía. Elvira nunca había sido capaz de contarles nada; su hija tuvo que imaginárselo sola, cuando su padre, finalmente, con el paso del tiempo, les dijo que estaba viviendo con Teresa.

—No te necesitamos, papá —escupió recordando lo que se sufría en una infidelidad, empatizando con el dolor de su madre—. Hemos aprendido a cuidarnos nosotros solos.

—Pues parece que no lo habéis hecho muy bien.

Silencio. Todos mirando a Dani, que era el único que mantenía un rostro sereno y en paz. El gotero lento, pausado, la sonda vesical entre la sábana, recuerdos, imágenes de una vida pasada en la mente de todos, cuando eran una familia, cuando todo era fácil, cuando Claudia y Daniel jugaban a la pelota en el pasillo de casa, cuando su padre les contaba cuentos mientras su madre la peinaba dándole fuertes tirones en las coletas, la risa de Dani, su risa, una risa que lo llenaba todo...

—Claudia, no te pido que me perdones ni que lo entiendas, solo que me dejes estar con él —le dijo poniéndose a su lado—. Mi lugar ahora mismo es este. No me imagino estar en otro sitio, y yo soy el único que por mi trabajo puede permitírselo, ¿comprendes? Es lo mejor.

Claudia olvidando el dolor, el odio, el rencor; Claudia deseando abrazarlo.

—Tú tienes que recuperar tu trabajo —le pidió—. Me parece muy injusto que las decisiones de tu hermano

acaben alterando tu vida. Debes seguir luchando por lo que quieres.

La joven mirando el rostro de su padre, ese rostro tan afable que hacía imposible imaginar que escondiera una mala persona. Parecía alguien capaz de hacer cualquier cosa por la persona amada, hasta alejarse de sus hijos, pero jamás traicionarla.

—Ahora no sé qué es lo que quiero, papá —se limitó a contestar—. Estoy a punto de rendirme.

Elvira alejándose, dejándolos solos, sin poder escuchar, sin ser capaz de soportar todo el dolor que había causado, la voz de Daniel en sus oídos… *«Me das asco, me das asco».*

—No puedes rendirte, Claudia —le pidió Mauricio—. No sé qué te ha pasado y si no quieres, no me lo cuentes, pero... lo único que te puedo decir es que luches. No puedes dejarte vencer como Dani, tú eres más inteligente, menos cobarde, porque lo que ha hecho él, por mucho que nos duela, no deja de ser un síntoma de cobardía y egoísmo, y tú, mi pequeña, no eres así.

Claudia abrazando a su padre, ese abrazo que había tardado años en producirse, algo complicado que había sido muy fácil, como si su hermano los estuviera ayudando desde la cama. Apoyando la cabeza en su pecho, oyendo el latido de su corazón, como cuando era pequeña, cuando veían películas tumbados en el sofá. Claudia recordando las palabras de Dani, *La isla de los dragones dormidos*, el secreto de su familia, la respuesta de Mauricio, el dolor...

—Papá, cuando sabes que algo te va a hacer mucho daño... ¿Es mejor saber o vivir en la ignorancia? —preguntó de pronto haciendo que el rostro de Elvira se sobresaltara y dejando a su padre estupefacto.

Mauricio, sabiendo que su niña, su pequeña Claudia, empezaba a darse cuenta de que algo pasaba, la apretó más fuerte para protegerla, para mimarla, y le contestó lo único que podía decirle en ese momento.

—Si escondes la cabeza como las avestruces posiblemente vivas más feliz —le dijo con ternura—. No tendrás que enfrentarte a los problemas, pero... pagarás un precio muy alto porque también te perderás los momentos más bonitos: poder contemplar un atardecer llena de paz, sabiendo que tienes la conciencia tranquila, que no hay nada ni nadie por lo que te debes preocupar porque tú tienes las riendas de tu vida, la controlas y has tomado las decisiones que has considerado oportunas, te hayas equivocado o no, pero nadie lo ha hecho por ti. Estás allí, de pie, sola, viendo cómo se oculta el sol porque es lo que tú has querido, donde te han llevado tus pasos y no hay nada ni nadie que te pueda robar ese instante. Ningún problema, por grande que sea, es superior a eso. Sé que a veces es difícil tomar decisiones, que a ti te cuesta, Claudia, pero que nadie lo haga por ti; debes aprender a equivocarte y a acertar, y para eso no puedes esconderte, sino enfrentarte a las dificultades.

Claudia pensando que tenía razón, que lo sabía, pero no se sentía con fuerzas ni para leer el último capítulo de *La isla de los dragones dormidos*. ¿Y si ahí lo decía? ¿Y si desvelaba ese secreto que podía cambiarlo todo? No podía leerlo, no podía. Ahora que había recuperado a su familia, que volvían a estar todos juntos, quería quedarse en su palacio de marfil, coger ese vuelo y refugiarse en los brazos de ese marido que la había traicionado pero que había prometido cambiar, cuidarla, que todo siguiera como antes, que fuera como siempre.

Esconder la cabeza como las avestruces, contener las mariposas, comprar un billete a Sevilla, huir de Chedey, decirse a sí misma que lo hacía por no traicionar a Braulio, aunque sabía que ya no quedaba nada de su matrimonio... Esconder la cabeza, no pensar, ignorar, fingir... Irse de Lanzarote por no atreverse a enamorarse de nuevo, correr para no arriesgarse a sufrir.

—En la vida, a veces, hay que tomar decisiones difíciles cuando estamos mal, cuando descubrimos algo que nos hace daño... pero no se trata de ser egoísta ni de vengarse... se trata de ser inteligente. —Mauricio hablando con ella pero sin dejar de mirar a Elvira, observando cómo su rostro cada vez se ponía más serio, más triste—. Si alguien te utiliza, te hiere, te trata mal... no debes pagarle con la misma moneda, debes apoyarte en las personas que te quieren para superarlo, en las que sabes que puedes confiar y alejarte de las que te han causado la pena... Es el único modo de que se den cuenta de cuánto valía tu compañía, tu amistad o amor sincero, ¿comprendes? Lo mejor es que te alejes hasta que esas personas asuman su error y aprendan a dejar de ser egoístas... a amarte o cuidarte como tú lo hacías con ellas.

Claudia pensando en Braulio, en la oportunidad que le iba a dar. ¿Realmente se la merecía? ¿Acaso era eso lo que ella deseaba? Esconder la cabeza... Esconder la cabeza...

—Asumir los problemas es madurar —continuó su padre sin dejar de pasarle la mano por sus cabellos morenos—. Vivir en la ignorancia es lo que hacen los niños; al crecer hay que enfrentarse a los problemas por mucho que nos disgusten. ¡Y tú ya has crecido, Claudia! Has crecido y te has convertido en una maravillosa mujer, tan guapa y tan inteligente que no puedo evitar pensar que, a pesar de todo... —dijo mirando a Elvira—, no lo hemos hecho tan mal. Así que no me preguntes si es mejor saber o ignorar, Claudia, eres lo suficientemente lista como para saber la respuesta. Tú tienes claro lo que debes hacer.

Silencio. Claudia recordando lo bien que se sentía cuando era algo habitual poder recurrir a su padre y escuchar sus consejos.

—Papá —le dijo de pronto sin escapar de sus brazos—, ¿tú sabes quién es Alba?

El rostro de su padre cambió por completo y miró a Daniel. Una sonrisa de ternura se dibujó en sus labios y sus ojos se tiñeron de un instinto paternal tan fuerte que los contagió a todos. Hasta Elvira, que devorada por la angustia y los remordimientos no paraba de temblar, sintió el cariño y el amor que desprendían sus pupilas. Mauricio sonreía como si le hubieran recordado algo especialmente bonito e íntimo.

—Alba es una mujer pelirroja, de piel blanca, casi translúcida, un espectro lunar, el rostro del amor —empezó a relatar como si lo hubiera leído mil veces mientras los vellos de Claudia se ponían de punta.

Elvira frunciendo el ceño sin saber de qué hablaban y su hija pidiéndole una explicación con la mirada.

—Claro que sé quién es Alba —insistió divertido mientras se acercaba a la cama de Dani y le acariciaba el flequillo—. ¿Cuándo volvió tu hermano a escribir?

SETENTA

—Tenías razón.

Claudia y Chedey sentados en el bar, tomándose un café como la primera vez. Habían pasado solo quince días y parecía que había transcurrido mucho tiempo. Habían sucedido demasiadas cosas, demasiadas, y al tenerlo frente a ella solo podía pensar en los besos que le había dado la noche anterior y deseaba que estuviera muy cerca; quizá por eso le costaba tanto estar allí, por eso y por lo que le tenía que contar.

—¿Razón en qué? —le preguntó el chico extrañado.

Claudia pensando en la conversación que había mantenido con su padre, lo que le había dicho, lo que había descubierto.

—Respecto a Alba: nos hemos equivocado desde el principio.

Chedey se encogió de hombros y la animó a que siguiera.

—Alba no es real —terminó confesando—. Es un personaje recurrente de todas las historias de mi hermano desde su adolescencia, de todos sus cuentos... Mi padre no sabe de dónde viene ni el porqué de su obsesión, pero Alba siempre ha

estado presente. No tiene nada que ver con lo que ha pasado y, sobre todo, no existe, no es ninguna chica que conociera en su juventud ni nada por el estilo, es inventada.

El enfermero le dio un pequeño sorbo a su café y no pudo evitar cogerle la mano; Claudia no la apartó, se quedó quieta, mirándolo.

—Entonces... puede que nuestra hipótesis sea cierta, ¿no?

La sevillana asintió pensando en cómo iba a decírselo, no se sentía con fuerzas, no iba a ser capaz…

—Sí, he llamado a Zebenzuí y hemos quedado mañana a primera hora. Se pasará por el hospital, quiere aprovechar para ver a Dani.

La mano del joven acariciando la suya, jugueteando con ella, el ruido del local martilleando su cabeza, declaraciones de amor mudas, un «te quiero» que tuvo otro por respuesta, unos labios que se persiguen, que se quieren tocar.

—Tengo que hablar contigo, Chedey —comenzó a decir tragando saliva—, pero no sé cómo empezar ni si tendré fuerzas.

Sus ojos severos, compactos, inertes... como si trataran de ocultar el dolor y la pena que sentía en ese momento.

—¿Qué pasa, Claudia? —la interrogó alarmado al darse cuenta de que se había puesto excesivamente seria—. ¿Estás bien? Me estás asustando.

Problemas y más problemas... Parecía imposible que Claudia se relajara. Cuando las cosas empezaban a ir bien, siempre sucedía algo nuevo. ¿Qué pasaba ahora por su cabeza? ¿Qué la angustiaba?

Una pequeña lágrima saliendo de sus ojos, la tristeza concentrada en su lagrimal derramándose por sus mejillas, agarrando la mano de Chedey con fuerza, sin querer soltarlo, reteniéndolo, como si le diese miedo que ese momento no se volviera a repetir jamás, que sus ojos aterciopelados dejaran de mirarla, de besarla, de sentirla... Una mariposa posándose

en su hombro, haciéndole apartar la vista de él durante unos segundos.

—Sí, estoy bien —mintió sin poder articular palabra, con su confesión atragantada sin poder salir—. Solo quería decirte que he comprado un billete y mañana por la tarde vuelvo a Sevilla; quería que te enteraras por mí.

El joven soltándole la mano y mirándola estupefacto, sin poder creerse lo que acababa de escuchar, enfadado, molesto, furioso, pero intentado que no se le notara, ¿Y la escena del castillo? ¿La infidelidad de Braulio? ¿La alianza que ya no descansaba en su dedo?... ¿Qué había cambiado? ¿Qué había pasado?

—¿Te vas? —repitió anonadado, sin terminar de creerlo.

Claudia asintió, asintió sabiendo el daño que causaba, viendo cómo los ojos del enfermero se empañaban, cómo sus lágrimas se mezclaban con las que brotaban de él.

Sus peores temores materializándose, el berrido de un dragón surgiendo del centro de la Tierra, imaginándose lo que sería Lanzarote sin ella, sin verla por las mañanas llegar al hospital, sin saborear su sonrisa, sin sentir su aroma a azahar.

No podía ser, era imposible... Claudia no podía desaparecer.

—Mi padre ha venido para cuidar a Dani y creo que debo irme con mi madre, estar a su lado, no quiero que esté sola y, además... —Silencio, saber que estaba empuñando una navaja que iba a acuchillar su corazón, palabras que hieren, palabras que matan, palabras que no quería pronunciar pero que se escapaban de su boca, como si sus obligaciones fueran más importantes que sus deseos—. Quiero intentarlo con Braulio, saber si soy capaz de perdonarlo, y para eso tengo que estar con él.

Una mariposa volando y posándose sobre la mesa, otras alas multicolores colándose por la ventana, sentimientos embotellados, dragones dormidos, Chedey mordiéndose la lengua, deseando no decir nada que la hiciese sentir mal.

No se lo podía creer. Por mucho que intentara comprenderlo, no lo conseguía. Intentar perdonarlo… ¿Perdonarlo? ¿Y por qué no le daba una oportunidad a él?

Desconsuelo, pesar, quebranto, amargura...

Sus ojos de color incierto nublándose, apagándose, llenándose de miedos y dudas.

—¿Vas a volver con él? —insistió como si no lo hubiera dicho suficientemente claro, fijándose en su mano, observando que seguía sin llevar la alianza puesta.

Claudia cerró los ojos y pensó en el primer abrazo que se dieron en el paseo de Costa Teguise, en la noche en La Geria, en la botella de vino, en sus ojos almendrados que no dejaban de mirarla, en sus manos, en su cuerpo, en sus besos, en la forma en que la hacía sentir cuando estaban solos, en las ganas que tenía de tocarlo todo el tiempo.

—Estamos casados —le contestó como si esa fuese la única respuesta válida—. Aunque me haya traicionado, debo darle una oportunidad.

El enfermero no dijo nada; se limitó a observar cómo la mesa, las sillas y su pelo se cuajaban de mariposas… Aleteos nerviosos, furtivos, tristes, el camarero sirviendo un bocadillo a los clientes de al lado, sus ojos llenos de lágrimas, su mano buscando la de ella, que la acepta encantada, sus dedos entrelazados, sus labios que se abren para decir algo pero que terminan cerrándose, Claudia llora también y sus lágrimas caen sobre el café, el sonido de una ambulancia a lo lejos, su corazón en los pies.

¿Qué pasaba? ¿Qué sucedía? Claudia pensaba que había tomado la decisión adecuada: comprar ese billete, volver con su marido, recuperar su vida, pero... si era la opción correcta, ¿por qué se sentía tan mal? ¿Por qué tenía la sensación de que se estaba equivocando?

Enamorada, enamorada...

Sentada en esa mesa descubrió cuánto le dolía perderlo, la falta que le hacía el enfermero, su boca, su sonrisa...

Enamorada, enamorada...

¿Por qué trataba de engañarse a sí misma? ¿Por qué no reconocía lo que le estaba sucediendo?

Enamorada, enamorada...

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche? —le preguntó sabiendo que sus palabras sonaban a súplica.

Claudia sin soltarle la mano, como si estuviesen pegados, como si no quisieran separarse jamás, las mariposas levantando el vuelo y enfriando el café con su aleteo.

—Tú y yo sabemos qué pasaría en esa cena —le contestó con tristeza—. Sabes que me gustaría, que lo estoy deseando... pero no puedo. Eres la mejor persona que he conocido en mucho tiempo, la que me ha hecho sentir más especial... Quedémonos con el recuerdo de lo que pudo ser y no fue.

El joven moviendo la silla y acercándose a ella, una anciana en la barra girándose para mirarlos, en la plancha un cocinero friendo lomo, un señor con una gorra echándole monedas a la máquina tragaperras.

—Claudia, te quiero —se limitó a decir, y ella asintió con la cabeza.

—Lo sé, es lo único que siento cuando me miras, que me quieres —le confesó—, por eso me ha costado tanto tomar esta decisión, porque sé qué es lo que debo hacer, pero también sé que me estoy equivocando.

Sus labios buscándose, las mariposas rodeando las dos sillas...

—¿Entonces?

Claudia se encogió de hombros y rompió a llorar. Sus lágrimas salieron a borbotones mojando el suelo, la mesa y las alas de las mariposas. Chedey la rodeó con sus brazos y la besó, la besó con la pasión con que se besa cuando piensas que puede

que sea la última vez, y la anciana de la barra sonrió emocionada, alegrándose de que la pareja, al final, hubiera hecho las paces.

—Ojalá todo fuese distinto —dijo con tristeza—. Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, en otro lugar, en otra época... donde fuese.

Claudia abandonándose, entregándose a sus besos, a sus caricias, olvidándose de su padre, de su madre y hasta de su hermano. En ese momento solo estaban ellos dos y millones de mariposas que eclosionaban y cubrían el techo.

—Tengo que irme, Chedey —se despidió levantándose de la silla para huir urgentemente, sabiendo que si no lo hacía, no se levantaría nunca—. Tengo que irme.

Él agachó la cabeza y dejó que sus lágrimas fueran sus únicas compañeras, siendo consciente de que se quedaba solo, que se iba, que se marchaba, que sus esperanzas se apagaban para siempre.

—Te esperaré el tiempo que haga falta —repitió antes de que abandonara la mesa y ella, con melancolía, recordó que eran las mismas palabras que pronunció en su primer encuentro, cuando la vio en la habitación del hospital hablando con su hermano, y en ese momento, Claudia ya supo que significarían algo más.

«Si me está mirando es que me quiere, si me está mirando, me quiere...».

Claudia giró la cabeza antes de salir del local y Chedey la estaba observando con los ojos más tristes que ella había visto en su vida. El corazón le dio un vuelco y estuvo a punto de correr a sus brazos, pero no lo hizo, no lo hizo porque ya había elegido su camino, pero aun así, descubrió con pena que nunca nadie la había amado de esa manera.

SETENTA Y UNO

El almuerzo fue tenso, los tres sentados en la mesa de un restaurante con una parrillada de pescado, las doradas frescas, excelentes y acompañadas de papas con mojo; Mauricio devoraba a dos carrillos y las mujeres eran incapaces de comer: Elvira con mil historias en la cabeza y Claudia con una tristeza que le oprimía el pecho, como si le acabaran de amputar el corazón.

—Está buenísimo —repetía Mauricio—. ¿De verdad que no queréis más?

Las dos negaron con la cabeza sin poder responder.

Sobre la mesa una copa de vino malvasía y dos refrescos, el pan tostado, recién sacado del horno, una ensalada, salero, pimentero y el sol brillando con fuerza, regalándoles lo mejor del paisaje.

—Entonces... —comenzó a hablar el hombre tratando de sacarlas de su mutismo— ¿el vuelo sale a las seis cuarenta y cinco?

Claudia asintió, pensando todavía en los ojos de Chedey. Le había suplicado una última cena, como si fuese lo único que le importara en ese momento: estar con ella, no perderla.

—Sí, pasaremos antes por el hospital —le contestó Elvira—. Hoy no quiero irme muy tarde para hacer la maleta.

La mano de la señora sobre la mesa buscando la suya, Mauricio agarrado al tenedor y sin dejar de engullir: definitivamente tenía la barriga que se merecía.

—Papá, puedes mudarte al piso de Dani cuando quieras —le informó Claudia—. El contrato está firmado y ya he pagado el alquiler, estarás más cómodo que en el hotel, y más cerca.

Mauricio asintió y observó el rostro de su hija. No entendía por qué estaba tan hundida: si todavía no había descubierto lo de Braulio y Elvira, ¿qué le pasaba?

—Las siguientes mensualidades las pago yo —le dijo— y si me das tu número de cuenta, te ingreso este mes y la fianza.

Claudia pensando que estaba cometiendo un error, que no tenía sentido irse de Lanzarote cuando lo que estaba deseando era volver al hospital, buscar a Chedey por el pasillo y pedirle un último beso, mil millones de últimos besos.

—No hace falta, papá —le cortó su hija—. El piso es de Dani, quiero pagarlo yo.

Elvira buscando los ojos de su exmarido, tratando de llamarlo, de descubrir si quedaba parte de la ternura con que la miraba años atrás.

—No, de verdad —insistió Mauricio—. Teresa vendrá la semana que viene: se quedará conmigo hasta que todo... bueno... termine... No me parece bien que pagues tú el piso. Te ingresaré este mes y la fianza y, a partir de ahora, nosotros nos haremos cargo de los gastos.

«Teresa», un nombre que había tardado en salir, su novia desde hacía cinco años, su amante. Claudia no pudo evitar poner un gesto de desaprobación. Elvira se encogió en la silla, cada vez más pequeña, más derruida.

—¿Teresa viene a Lanzarote? —le interrogó su exmujer sin poder ocultar su enfado.

Mauricio se metió un trozo de patata en la boca y asintió.

—¡Claro! —exclamó como si fuese lo más lógico del mundo—. ¿Dónde va a ir si no? Ella se viene conmigo.

La imagen de la familia unida descomponiéndose, cada uno volviendo a ocupar su lugar, Mauricio con Teresa, Claudia con Braulio, Daniel en coma y Elvira sola, sola con el sentimiento de culpa colgando de su espalda.

—Quería hablar con vosotras —empezó a decir el padre dejando el tenedor descansar unos segundos—. Estaba esperando el mejor momento, pero bueno... este puede estar bien.

Elvira buscando de nuevo su mano, mirándolo con cariño, suplicándole que recapacitara, que pensara; ahora podían estar los cuatro juntos, volver a ser una familia como si nada hubiera pasado, que la desgracia de Daniel podía unirlos, llevarlos a los orígenes.

—¿Qué pasa, papá?

Mauricio le dio un largo sorbo a su copa de vino como si le costara confesar lo que iba a decir.

—Teresa y yo vamos a casarnos —pronunció por fin—. Está embarazada.

SETENTA Y DOS

Claudia y Mauricio en la habitación 218. Elvira se había marchado al hotel con la excusa de hacer la maleta, pero la realidad era que estaba hundida: todos sus planes y sus ilusiones se habían venido abajo y necesitaba pensar, pensar y llorar, quería dejar de sentirse sola rodeada de su familia.

Daniel sonriendo, Daniel tranquilo... Su padre había comentado lo rara que se le hacía esa sonrisa, y su hija le había dicho que siempre estaba así, como si durmiera plácidamente, como si disfrutara de su ausencia de conciencia, de vida.

—¿Lo tienes ahí? —le preguntó de pronto sacándola de sus cavilaciones y ella le interrogó con la mirada—. El cuento, el cuento de Dani —Y Claudia asintió.

La isla de los dragones dormidos descansaba en su bolso, escondido entre su maquillaje, el teléfono y un montón de cachivaches que siempre llevaba encima como si fuesen necesarios.

—Léeme el final —le pidió, y su hija puso cara de rechazo, de desaprobación.

—No puedo, papá —le respondió con dureza—. No te lo he contado todo... En el cuento, además de hablar de Alba, habla de nosotros, de nuestra familia.

Mauricio recordando la conversación que había mantenido con su hija cuando se quedaron solos, cómo le había confesado la existencia de ese relato, dónde lo había encontrado y cómo se había pasado las últimas dos semanas buscando al espectro lunar.

—¿De nosotros? —le preguntó preocupado y divertido a la vez.

—Sí, habla de la familia del mundo de los cuentos y la verdad es que no salimos muy bien parados —le contestó tratando de ser políticamente correcta.

Su padre sonrió deseando tener esas páginas entre sus manos y ansioso por averiguar qué había descubierto su hija.

—No me extraña —matizó Mauricio tratando de restarle importancia—, en los últimos años distamos mucho de ser la familia perfecta.

Claudia mirando a su hermano, carcomida por las dudas y por su falta de valor, deseando descubrir de una vez por todas qué había pasado.

—Habla de un secreto —confesó haciendo que su padre se pusiera alerta—, un oscuro secreto que lo hizo venir a Lanzarote, huir de nosotros.

Una sombra, una sombra sobre el rostro de Claudia, miedo, desconfianza, preocupación, Mauricio disfrazándose de hombre valiente, intentando parecer más fuerte de lo que era.

—Dani, Dani, Dani... nunca dejarás de ser una cajita de sorpresas. Hasta en coma sigues siendo el que más da que hablar.

Padre e hija en silencio, observándose, mil preguntas en la cabeza de Claudia, sin saber si estaba en la potestad de hacerlas o no, si Mauricio reaccionaría como el rey del cuento o sería el hombre comprensivo que ella recordaba.

—Papá... ¿sabes de qué secreto habla Dani?

Mauricio levantándose de la silla y acercándose a su hija, acariciándole el cabello, tratando de evitar lo inevitable, que al final todo saliera a la luz, que terminara haciéndole las preguntas que debió formular hace muchos años, cuando decidieron ocultarle la verdad.

¿Qué hacer? ¿Qué decidir? ¿Seguir con secretos o dejar que la verdad saliera a la luz? Le dolía verla así, tan angustiada, tan perdida, pero no podía faltar a su palabra: le había prometido a Elvira que no hablaría y no podía traicionarla, pero... ¿Y si no era él quién se lo confesaba? ¿Y si Claudia lo descubría de otra forma?

—Deberías leer el cuento, Claudia —le aconsejó sin saber si hacía lo correcto—. Ya sabes lo que pienso de esconder la cabeza.

La sevillana con la libreta en las manos, dedos temblorosos, dudando sobre si realmente quería saber la verdad.

—No puedo hacerlo, papá, de verdad, me da demasiado miedo.

Su padre mirando las letras de la portada, recordando las tardes en que Dani le dejaba sus cuentos para que él los leyera. Siempre pensó que tenía talento, quizá demasiado para que lo supiera aprovechar.

—Léelo en voz alta, estaré a tu lado.

Claudia sintió cómo Mauricio le apretaba el hombro mientras abría la libreta. Su contacto le dio fuerzas y la animó a hacer lo que más la atemorizaba: sacar la cabeza del hoyo y enfrentarse a la realidad.

El beso

El canto de los pájaros anunciaba que el amanecer estaba cerca, la ciudad había despertado y los transeúntes caminaban en silencio por la calle en dirección a sus puestos de trabajo. Coches, taxis y autobuses urbanos circulando por la carretera sin ser conscientes de la escena que se dibujaba en el centro de la ciudad, en la playa entre los dos puentes, a los pies del castillo de San Gabriel.

Alba y Daniel en silencio contemplando el cielo, las estrellas se apagaban y el negro daba paso a la claridad, la luna despidiéndose con pena, queriendo averiguar cómo iba terminar aquella historia, pero sin poder evitar ceder el día al sol. El joven príncipe mirándola, recorriendo con la mirada cada detalle de su rostro: esos ojos azules que le transmitían tanta dulzura y amor, esos labios, fruto prohibido, que le sonreían con tristeza.

—No lo hagas, Alba —le suplicó—. Vámonos.

La joven se encogió de hombros y, como acto reflejo, se cubrió el pelo con la capucha. El aroma del nuevo día circulaba ya por las calles, las farolas apagándose, encendiéndose la ausencia de esperanza.

—Ya es demasiado tarde —se limitó a decir—. Aunque quisiera, ya no me daría tiempo a llegar a mi casa.

Los dos enamorados acercándose cada vez más; en el agua, los peces contemplando la estampa; el corazón acelerado mientras el anillo solar comenzaba a asomar entre las montañas.

Nubes teñidas de rojo y pájaros volando por encima de sus cabezas, el rostro de Alba emocionado, sin poder contener las lágrimas. Era la escena más maravillosa que había contemplado en su vida: el nacer de un nuevo día, los ruidos de la ciudad brotando de la nada y Daniel a su lado sin dejar de mirarla.

—Vámonos, Alba, intentémoslo.

La joven sin pronunciar palabra, con la cabeza dirigida hacia el cielo, sus mechones pelirrojos tornándose dorados con la llegada de la luz, su piel blanquecina palideciendo, el rostro del amor, la lividez

perfecta. Parecía tan extasiada, tan embelesada por lo que estaba contemplando, que había dejado de pensar en el miedo y el terror de las consecuencias; solo quería disfrutar de cada segundo mientras le fuera posible, percibir cada uno de los colores, olores, matices...

—No puedo, Dani. Perdóname, pero tengo que quedarme aquí.

Montañas oscuras coloreándose, la silueta del Gran Hotel llenándose de reflejos... Sus manos, su piel, su risa... Una carcajada nerviosa que salió de improviso de su garganta y que no podía parar. Estaba tan guapa que parecía que sus facciones se desdibujaban.

—Te quiero, Alba —se limitó a susurrar.

Y el primer rayo del sol se escapó del horizonte haciendo que sus pupilas azules se cerraran como acto reflejo.

El tiempo paralizado... el momento decisivo... el que tanto temían... El corazón de Daniel parecía petrificado: había dejado de latir, no se movía, no sentía, solo miraba a Alba suplicando que estuviera bien, que no le pasara nada.

Su piel... Al contacto con la luz parecía que perdía consistencia. El joven príncipe se tuvo que frotar los ojos porque pensaba que estaba soñando: una silueta oscura volando por los aires, acercándose a gran velocidad. Congoja, canguelo, turbación, sus labios invitándole a acercarse.

—Yo también —le contestó, pero su voz sonó tan débil que casi ni la oía.

Lágrimas, emoción, nubes rojizas y cielo celeste, como sus ojos, como la brisa. Su cuerpo que tiembla bajo la túnica blanca, pies que se encogen, que salen del agua, los peces abrumados saltando a la superficie, la silueta oscura aproximándose a la playa, alas enormes y cuerpo cubierto de escamas.

Risas, risas y llanto, el rostro de Alba acercándose a él, su piel transparente, translúcida, el aro dorado del sol surgiendo del horizonte, ganas de gritar, de cogerla en brazos y escapar corriendo, arrepentido de no haberla obligado a irse, de no haber logrado hacerla cambiar de opinión...

—Gracias, Dani... Gracias —repetía una y otra vez mientras la luz iba invadiendo el paisaje y sus ojos se llenaban de mil colores nuevos.

Claudia llorando y su padre prestándole su pañuelo, su hija sentada y Mauricio de pie, abrazándola, dándole fuerzas, Dani en la cama sonriendo, ajeno a todo lo que estaba pasando, tan lejos y a la vez tan cerca, la sospecha de que el secreto podía ser desvelado en cualquier momento llenando de tensión la habitación.

Protegerla, taparla, un dragón dormido que ha escapado de su guarida surcando el cielo, sus pupilas amarillentas lo miran, sus largas garras lo señalan, va directo hacia ellos, atravesando las nubes y cortando el viento.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —le preguntó a su ángel asustado, pero Alba no veía nada, Alba solo sonreía mientras su piel cada vez se volvía más brumosa, transparente.

Sus manos temblorosas se levantaron y se quitó la capucha, dirigió su rostro al sol, como las heroínas, como los valientes, enfrentándose de cara a sus miedos, al dolor, a su enfermedad, mientras el corazón del joven príncipe se encogía sin saber cómo actuar, cómo protegerla.

«No me la quites, Dios, no me la quites... Si existes, por favor, protégela, no me la quites».

El dragón rugiendo, olor a azufre en el ambiente, Daniel que lo mira y sus ojos se enfrentan, piel áspera, membranosa, cubierta de escamas, fulgor verde teñido de lamentos, en su espalda una sombra, una anciana de manos huesudas y rostro escarchado: «¡Bésala!», le grita. «¡Bésala!».

—No puedo, papá —se quejó cerrando la libreta.

—Sigue, lo estás haciendo muy bien.

Alba se acerca, sus mejillas están cubiertas de lágrimas, frágil, temblorosa; Daniel alucinado, sin poder creer lo que perciben sus ojos,

pero parece que se puede ver a través de ella. No hay erupciones, no hay heridas, el sol está cubriendo su cuerpo y no pasa nada, solo que se va, que desaparece, como si estuvieran borrando su imagen, sus labios perfectos, sus pecas, su sonrisa, todo se desvanece menos sus ojos azules que lo miran y le dicen muchas cosas sin pronunciar palabra.

«¡Bésala! ¡Bésala!».

La sombra del dragón sobre el castillo de San Gabriel, Arrecife dándole la bienvenida al nuevo día sin mirar a la enorme bestia que sobrevuela su costa, sus fauces abiertas, colmillos enormes capaces de desgarrar un muro de piedra, garras afiladas, el rostro hueco de la bruja sonriendo, ojos humeantes, risa pérfida.

—Bésame, Dani —le ruega—. No queda mucho tiempo.

Daniel que se acerca, que la mira, Alba con la capucha en los hombros y el corazón al revés, su piel que se evapora, como su sonrisa, el joven príncipe sintiendo cómo su pecho se agita mientras se acerca un poco más; no quedan más que unos milímetros para rozarla y el sol surge completamente del horizonte, su luz cegadora lo ilumina todo y la hace desvanecer, no queda nada, solo un susurro de su imagen, la túnica vacía que se licua en la tierra, solo están ellos dos, se olvidan de la ciudad, del dragón, de la bruja, se olvidan de los pájaros que volaban sobre su cabeza, no queda nada, solo ellos dos, Alba y Daniel en la playa, ella desnuda, como aquella vez que la vio bañándose en el mar a altas horas de la madrugada, y sus ojos le sonríen.

«Búscala, busca a la mujer del pelo incendiado, busca a la princesa encantada, busca a la mujer de tus sueños...».

El amor... El dolor...

Ese beso que estaba anunciado a punto de producirse, Daniel cierra los ojos y prepara sus labios, se aproxima a ella y puede percibir su dulce aroma, extiende sus brazos para tocarla.

—Lo siento —la escucha pronunciar como un susurro lejano.

Alba... Alba... Su sonrisa almizclada llena de matices, su vientre plano, sus pecas anaranjadas distribuidas aleatoriamente por su cuerpo.

«No me la quites, Dios, no me la quites... Si existes, por favor, protégela, no me la quites».

Pero Alba ya no está. Alba se evapora, se funde, desaparece como si nunca hubiera existido, como si nunca hubiera estado allí... Solo es una sombra... una duda... un espejismo... En el cielo, el dragón abre sus fauces y una gran llamarada surge en dirección a la playa.

—Lo siento —volvió a repetir un hilo de voz que agonizaba.

Daniel gira su cuello lentamente mientras su corazón palpita a gran velocidad, sus labios se aproximan y se besan, besa esa sombra que es lo único que queda de ella, como si fuese un reflejo empañado en un espejo, una foto arrugada, un recuerdo. Soñando con el dulce contacto que tanto ansiaba, cálido, tierno, puro, cargado de amor, en sus lenguas que se rozan, en sus brazos que se unen, que se tocan, que se aprietan... pero no sintió nada. Cuando sus labios se tocaron solo notó el vacío, como si besara al aire; sintió que Alba ya no estaba.

Sus ojos se abren y la bola de fuego que surca el aire lo invade todo, las llamas los rodean pero no queman, el dragón brama contento y su sonido se mezcla con la risa de la bruja. Están satisfechos de su trabajo, pero no hay quemaduras, solamente dolor. Alba está a su lado, su imagen vacía, menguante, deshidratada, su rostro triste, destrozado, su piel ha dejado de ser blanca para ser transparente, no hay nada, no hay nadie y poco a poco su figura se borra, sus suspiros se esfuman, y solo quedan sus ojos, dos luceros azules cargados de pena. Se ha difuminado completamente con la llegada del día, no ha habido úlceras, sangre ni convulsiones, solamente eso: se había borrado; su rostro, sus labios, su sonrisa, la túnica de lino y el monedero de los deseos, todo, no había nada ni nadie. Con la llegada del sol, Alba se fue para siempre y Daniel se cuestionó si realmente había existido alguna vez porque un ser tan perfecto no podía ser real: solo existe en los sueños y en los encantamientos de las brujas.

Claudia sonándose la nariz y Mauricio mirando a su hijo tratando de comprenderlo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿De qué hablaba?

El joven príncipe se sentó en el suelo y contempló el mar: el sol brillaba en el cielo y el dragón había desaparecido, Arrecife estaba como siempre, la única diferencia era que ella no estaba; Alba se había ido y, con ella, las ilusiones que le hacían despertarse cada día.

«Yo solo soy la noche», le dijo el segundo día que se vieron. «Cuando salen los primeros rayos del sol, desaparezco; de día no soy nada, solo cenizas, un recuerdo... No se puede amar lo que no existe».

Y recordando esas palabras, el joven príncipe se lanzó al mar y decidió no salir a la superficie.

Claudia se quedó en silencio con la libreta en la mano, tratando de analizar cada párrafo, cada palabra, tratando de encontrarle sentido. ¿Un encantamiento de la bruja? ¿Alba no existía?

—¿Entiendes algo, papá? —le preguntó.

Mauricio negó con la cabeza y descubrió que estaban más lejos de lo que habían estado nunca de comprender a su hijo, y lo peor es que, esta vez, era posible que no le pudieran preguntar nunca a qué se refería.

Claudia se quedó en silencio durante unos minutos, su cabeza empezó a darle vueltas a todo lo que había leído, lo que había sentido y, de manera irracional, como se hacen todas las declaraciones de amor, sacó su móvil y escribió un mensaje de texto.

SETENTA Y TRES

Chedey estaba enfadado; su turno estaba acabando y sabía que Claudia se marcharía al hotel, no tendría la oportunidad de acompañarla en su coche porque ella le había dicho que era mejor así. Elvira ya se había ido y él se quedaría solo. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos al pensar que, a partir del día siguiente, ella no estaría, que se habría ido para siempre.

Entró en el cuarto de enfermería y se sentó en el sofá. En la televisión, un concurso, sus dedos pulsaron los botones para hacer *zapping*, pero nada captó su atención; no podía quitarse sus ojos castaños de la cabeza, su olor a azahar.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gritó, pensando que nadie lo oía y, en un arrebato de furia, lanzó el mando de la tele contra la pared.

El aparato se hizo trizas, las pilas rodaron por el suelo hasta llegar a sus pies, el enfermero se agachó a recogerlas y, al hacerlo, se dio cuenta de que volvía a llorar: sus ojos parecían un pozo sin fondo.

—Chedey, ¿estás bien?

Raisa en la puerta, con su maquillaje extravagante y mirada de preocupación, acercándose al descubrir que estaba llorando, sentándose a su lado, tratando de abrazarlo.

—¡No me toques, Raisa! —le gritó sin poder contener su rabia—. Lo que menos necesito en estos momentos es que estés a mi lado. ¡Tú y tus intentos de joderme la vida!

La enfermera triste, la enfermera dolida, sabiendo que tenía motivos suficientes para comportarse así con ella, para rechazarla, para gritarle, para alejarla.

—Solo quiero ayudarte, Chede —le dijo tratando de ser lo más dulce y cercana posible—. No me gusta verte así. Te conozco, sé que estás mal.

Raisa acercándose a pesar de que sabía que iba a recibir otro bufido, queriendo estar a su lado, animarlo, socorrerlo.

—Sé lo que le dijiste a Elvira —exclamó levantándose del sofá para que no se sentara a su lado—. Sé que le dijiste que somos novios. ¿Cuándo te vas a cansar de amargarme la vida? ¿Qué pretendías conseguir volviendo a mentir?

La joven recordando aquel momento, aquel comentario desafortunado que no debió hacer, pero el dolor y la rabia en esos momentos habían podido con ella, no había podido controlarse; tener a la pija cerca le hacía ponerse de los nervios, por lo menos antes, porque desde que Carmen Delia le contó lo que había visto, no podía evitar sentir cierta pena.

—Lo siento, Chede, no es fácil. Intento hacerlo bien, pero me cuesta... —se disculpó tratando de sonar lo más sincera posible—. Pero, por lo menos, déjame ayudarte ahora, estar a tu lado cuando te sientes mal; déjame demostrarte que después de todo lo que hemos pasado, por lo menos podemos ser amigos. —Chedey cediendo, dejándola que se acercara, que lo acariciara, que lo abrazara—. Aunque me duela, aunque no sea lo que yo quiero, creo que debemos intentar salvar la amistad.

El enfermero apenado, el enfermero hundido, Raisa besándole la frente intentando calmarlo, que se tranquilizara, que hablara, que le contara qué sucedía. Chedey sintiendo cómo el suelo se abría a sus pies, flexionando las rodillas, sentándose en las baldosas y dejando que ella se colocara a su lado acariciándole el pelo, dándole calor.

—Se va, Raisa, se va... —terminó confesando como si el mundo se acabara al día siguiente—. La he perdido... La pierdo para siempre.

Raisa pensando en el desconocido que había llegado hoy con ellas, en cómo se comportaban como si fuesen una familia, en Daniel que seguía sin novedades en la habitación...

—¿Claudia? —le preguntó sorprendida—. ¿Vuelve a Sevilla?

Chedey asintió. Sus ojos le pidieron que lo abrazara y ella lo hizo, su *piercing* en el bigote contraído, pensando, analizando, muriéndose de pena de verlo tan mal. Quizá el joven tenía razón: debía dejar de pensar en ella y empezar a hacerlo un poco en él.

—Iba a divorciarse —le contó sin saber muy bien si podía confiar en ella—. Yo me ilusioné, pensé que tenía alguna oportunidad, pero ha cambiado de opinión, va a perdonarlo, va a volver con él y yo no puedo, Raisa, creo que no voy a poder soportarlo.

Los dos sentados en el suelo en la sala de enfermería, Mónica entrando en la habitación y saliendo inmediatamente. Quería dejarlos solos, solos en ese momento que volvía a unirlos, a acercarlos; aunque no fuese del modo que la enfermera quería, eran dos adultos con el corazón roto que se apoyaban y se comprendían.

—No puedo perderla, Raisa, simplemente no puedo... —repetía una y otra vez mientras la chica le acariciaba el pelo—. Sé que la conozco de poco tiempo, que todo ha sido muy rápido, pero nunca lo he tenido tan claro.

Dolor, tristeza, la joven pensando en lo que había visto Carmen Delia, en lo que era correcto, lo que era justo. Aunque supiese que eso significaba ayudarlo a partir, a iniciar una nueva vida, no podía callárselo: le dolía más verlo triste que su propia pena. ¿Eso era el amor, no? Pensar en el otro antes que en ti, confesar que sabías que Braulio y Elvira estaban liados aunque eso conllevara allanarle el camino para que terminara en brazos de Claudia, lejos de ella, feliz, feliz mientras ella tenía que volver a empezar de cero, recomponerse, pero quizá así Chedey se diera cuenta de que no era mala persona. Su único error, su único delito, había sido amarlo demasiado, con demasiada fuerza.

—Chede... —comenzó a decirle mientras los ojos almendrados del chico se clavaban en los suyos—: tengo que contarte algo que puede ayudarte.

El joven encogiéndose de hombros sin saber qué podía hacer ella para conseguir que Claudia volviera a su lado y le diera una oportunidad.

—¿Qué?

Raisa respiró hondo y suspiró, dejó que los nervios se calmaran, se relajaran.

—Voy a hacer lo que me pediste: quererte lo suficiente para dejarte marchar.

El enfermero inmóvil, furioso, sin ser capaz de pensar, con una rabia enorme comiéndole por dentro, recordando lo que Raisa acaba de contarle, sin poder pensar ni reaccionar, dándose cuenta de lo perdida que estaba Claudia, de lo poco que sabía de la realidad. Estaba a punto de cometer el mayor error de su vida: volver con Braulio desconociendo la clase de persona que era, sacrificarse por apoyar a su madre cuando ella la había traicionado, rechazarlo a él y perder la oportunidad de ser feliz, de que la quisieran, de tener un hombre a su lado que únicamente pensara en cuidarla.

El sonido del móvil sacándolo de su ensimismamiento, un mensaje de texto de Claudia:

«Tengo miedo de perderte cuando salga el sol».

Y Chedey sonrió sin comprender nada, como sonríen los enamorados, sin hacer preguntas, de forma incoherente, irracional, solo sonreír y soñar con estar a su lado, pensando que, posiblemente, no estaba todo perdido.

SETENTA Y CUATRO

Cuando Mauricio entró en la habitación, Elvira estaba haciendo la maleta. Había montones de ropa tirados por el suelo y en la mesita de noche se acumulaban productos cosméticos. Él la miró con ternura, la conocía demasiado bien como para no saber que había estado llorando: sus ojos estaban rojos y, aunque trataba de fingir que estaba bien, la notaba triste, deshecha, vacía.

—No cabe —comenzó a decir desesperada—. Lo he intentado de todas las formas posibles, pero no cabe ¡y no he comprado nada nuevo aquí! Todas estas cosas entraban en la maleta cuando estaba en Sevilla y aquí parece que es imposible. ¡La isla! ¡La isla que me tiene manía y hace todo lo posible por joderme!

Su exmarido conociendo los mecanismos de defensa de la mujer, cómo se escudaba en cualquier nimiedad para no asumir la realidad, peleando con la maleta, tratando de apilar sus pertenencias milimétricamente, las manos temblando, una alianza en su dedo, la suya, la que él le puso en su dedo en el altar. ¿Cuándo había vuelto a ponérsela?

—Tranquila, Elvira... Tranquila... Si quieres, yo te ayudo.

La mujer se giró y la angustia en su rostro fue evidente.

—¿Ayudarme a qué Mauricio? —le reprochó—. ¿A qué? ¿Acaso crees que puedes solucionar algo?

Mauricio sujetándola por los hombros y obligándola a sentarse en la cama, a calmarse, a respirar hondo y tranquilizarse.

—Cuenta hasta diez, Elvira —le pidió—. Cuenta hasta diez, olvídate de la maleta y dime qué te pasa. ¿Es por Teresa? ¿Es por lo del embarazo?

Su exmujer pensando en la conversación de la comida, en cómo todas sus ilusiones de recuperarlo se habían venido abajo, cómo se había quedado sin plan B, sin escapatoria, en cómo las mentiras y la traición habían terminado por acorralarla y dejarla sola.

—Antes... —comenzó a decir más relajada sin quitarle la vista de encima al hombre con el que había compartido media vida— cuando hablabas en la habitación de Dani sobre alejarse de las personas que nos han traicionado hasta que aprendan a dejar de ser egoístas, ¿hablabas de mí?

El hombre sentándose a su lado, los muelles del colchón protestando, la maleta clavándosele en el costado.

—Hablaba para las dos: a ella también le hacía falta.

Sus cuerpos juntos, pegados, Elvira acercándose un poco más, diciéndole con la mirada que podía besarla si le apetecía, que ella lo necesitaba.

—¿Y si te digo que he aprendido la lección? —le preguntó juntando los labios a los suyos, casi rozándolos—. Ya sé cómo debo comportarme para intentar hacerte feliz, me he dado cuenta de que has sido el único hombre que me ha querido de verdad.

Mauricio se apartó un poco y puso cara de tristeza. Sus ojos la esquivaron, se quedaron mirando las baldosas del suelo.

—Elvira, estuve esperando mucho tiempo a que me llamaras y me dijeras esto. Aunque estaba con Teresa, solo pensaba en ti.

Ella volviendo a acercarse, obligándolo a que levantara la cabeza, a que la mirara.

—Ahora te lo estoy diciendo, Mauricio.

Su cara afable ensombrecida, sintiendo lástima de ella, de él, de los dos, de la forma tan triste en que estaba acabando su historia, triste pero justa, la que ella se merecía, aunque no le gustaba hacerle daño.

—Ya es tarde, Elvira, muy tarde... —susurró rechazando sus besos—. Y no pienses que es por el embarazo de Teresa, eso es lo de menos, lo importante es que ese hijo es fruto del amor. Puede que al principio no la amara, que lo hiciese por superar lo nuestro, pero el paso del tiempo me demostró que me merecía que me quisieran así. Con ella todo es fácil, distinto, claro. No te imaginas lo diferente que es cuando amas a una persona que piensa también en ti, no solo en ella.

Elvira llorando, siendo consciente del dolor que le había causado. Lo había traicionado, acuchillado y ni siquiera esa tarde, cuando Claudia le había soltado reproches, había sido capaz de defenderlo. Había sido egoísta, había pensado solo en ella. Sentimiento de culpa, dolor, el enano verde cargado en su espalda susurrándole palabras tristes, cancerígenas, venenosas...

—Te necesito, Mauricio —le suplicó—. Braulio y yo lo hemos dejado definitivamente. Quiero empezar a hacer bien las cosas, pero no puedo sola: necesito que estés a mi lado.

Sus manos enlazadas, la alianza de ella en el dedo, sacada de su joyero al llegar del hospital como último recurso, como última acción desesperada para salvar parte de su vida.

—No puedes esconder la cabeza como los avestruces, Elvira —se limitó a contestar tratando de sonar dulce para apagar el rencor que se escondía entre sus palabras—. Eso también iba para las dos: haz frente a los problemas. Cometiste un error. Si quieres recuperar a tu familia, a tus hijos, empieza por confesar y pedir perdón.

Ella asintió. Sabía que esa era su penitencia, pero no podía, no podía porque sabía que eso significaba perderla: prefería tener a Claudia a medias, tapada con mentiras, que no tenerla... Y menos ahora, menos ahora que se había quedado sola y era lo único que le quedaba.

—¿Recuperar a mi familia? —le preguntó de pronto como si hubiera interpretado otro significado a lo que acababa de decir.

Su exmarido besándole las mejillas, las lágrimas... pero huyendo de su boca.

—Tu familia son tus hijos, nuestros hijos... —le explicó para que le quedara claro sin dejar de abrazarla—. Para mí ya es demasiado tarde. Me he acostumbrado a ser feliz y me costaría renunciar a eso para intentar que tú estés bien porque sé que solamente sería por un tiempo; pasados unos meses o quizá años, volverías a pensar que no soy suficiente para ti, y Teresa me quiere tal y como soy. Eso es el amor, Elvira, eso... no la necesidad de tenerme a tu lado.

SETENTA Y CINCO

El viernes amaneció soleado. El sol salió victorioso inundándolo todo con sus rayos. Un pájaro perdido alzó el vuelo sobre la piscina del hotel y se posó en la ventana de la habitación donde madre e hija se vestían, las maletas junto a la puerta esperando a hacer el *check-out* en recepción, los armarios vacíos, los ojos de Claudia llenos de dudas.

—¿Estás segura de que es el mismo vuelo? —le preguntó Elvira nerviosa, tratando de revisar todos los cajones para que no se les olvidara nada.

—Sí, te lo he dicho mil veces: a las seis y cuarenta y cinco, tenemos tiempo de sobra para ir al hospital y hacerlo todo.

Elvira con manos temblonas, no había tenido fuerzas para quitarse la alianza —la de Claudia seguía guardada en su bolso, junto al móvil, el mechero, sus ilusiones, sus esperanzas.

—¿Te queda mucho o vas a bajar a desayunar conmigo? —la interrogó su hija un poco cansada de verla dando vueltas por la habitación.

—Ve bajando tú, yo termino de meter lo que queda por aquí.

Claudia asintió sin saber a qué se refería, porque todo estaba recogido, pero prefirió no contestar, agachó la cabeza y fue hacia la puerta pensando en el café.

—¡Claudia! —llamó a su hija cuando estaba a punto de salir de la habitación.

La joven, con la mente ocupada en mil cuestiones trascendentales, se giró y la miró extrañada; su madre estaba especialmente rara esa mañana.

—¿Estás segura?

La sevillana frunció el ceño molesta.

—¡Mamá, ya te he dicho que sí! —insistió—. A las seis y cuarenta y cinco.

Elvira dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la puerta. La tensión, los remordimientos y todo lo que le había dicho su exmarido la noche anterior revoloteando sobre las maletas, intentando ser buena madre, intentando arreglar las cosas.

—No hablaba del vuelo... Te preguntaba si estás segura de volver a Sevilla.

La chica escondiendo la mirada como si acabara de golpearla en su talón de Aquiles. Toda la fuerza y la serenidad que trataba de imprimirse a sí misma para convencerse de que hacía lo correcto se vinieron abajo volviendo a cubrirse de inseguridad, vacilación y miedo. Necesitaba un apoyo, alguien que la ayudara, la guiara, que le dijera que no estaba cometiendo un error.

Enamorada, enamorada...

Contener mariposas, embotellar sentimientos y lanzarlos lejos, al mar, para que fuesen devorados por los peces y desaparecieran, que no la hiciesen dudar.

—Braulio me ha pedido que lo intentemos. Me ha dicho que me quiere, que solo ha sido un error... No sé... Creo que debo hacerlo, ¿no? —Como siempre, pidiendo autorización, volviendo a los orígenes—. Creerlo, perdonarlo y seguir con nuestras vidas.

Elvira recordando las veces que le había prometido amor eterno, cómo le suplicó que lo dejara todo y se marchara con él, Elvira sintiéndose mal por haberlo dejado jugar con su hija durante todos estos años, engañarla, utilizarla, hacerla pensar que la amaba.

—¿Tú lo crees? ¿Piensas que va a cambiar? ¿Que te quiere? —la interrogó cogiéndole la mano, tratando de que se diera cuenta por ella misma y no tener que hablar más de lo que debía.

Claudia pensando en Chedey, en lo que había sentido en los últimos quince días, en las ganas que tenía de verlo, en cómo la habían mirado sus ojos cuando se iba, cuando le dijo que se marchaba.

—A veces pienso que Braulio no me ha querido nunca —admitió—. Con él no veo mariposas ni tengo miedo al amanecer.

Una confesión en los labios de su madre que tardaba en salir, las palabras más difíciles que habría pronunciado nunca se resistían a tomar forma.

—No le des más vueltas, mamá —le pidió Claudia resignándose a su destino—. Independientemente de cómo me sienta, lo hago porque es lo que debo hacer, es mi marido; tú me has educado así, debo cuidarlo y respetarlo aunque se haya equivocado... aunque dude de si me quiere...

Elvira a solas en la habitación, Claudia en el restaurante, la mujer mirándose al espejo, el enano verde a su espalda gritándole al oído, sus nervios a flor de piel, el rostro de Dani en la cama, dormido, sonriendo.

«Me das asco, me das asco...».

Sus manos inseguras sacando el móvil del bolso, buscando un nombre en la agenda, apretando el botón de la llamada.

—¿Elvira? —la voz de Braulio sonaba a sorpresa, a ilusión.

La mujer conteniendo sus sentimientos, pensando en cuál era el papel que debía jugar, olvidándose incluso de que se

había acostado con Carmen, de su infidelidad; en ese momento solo era una leona protegiendo a sus cachorros.

—Deja en paz a mi hija —le ordenó con voz tajante, sin saludar—. Ni se te ocurra volver a acercarte a ella ni a llamarla por teléfono. ¡Aléjate de nosotras! Desaparece.

Braulio haciéndose una composición mental de lo que había ocurrido, dándose cuenta de que Elvira ya sabía lo de su aventura, su traición, era consciente de que Claudia podía perdonarlo, pero a ella la conocía demasiado bien para saber que la había perdido para siempre.

De amantes a enemigos, así de fácil. Esa llamada y el tono de sus reproches le indicaban que los roles habían cambiado. Ya no era la mujer que lo besaba y le mandaba mensajes por la noche diciéndole que lo echaba de menos; ahora era una señora resentida que pretendía ayudar a su hija a toda costa y que descargaba todo su encono y aborrecimiento sobre la persona que más daño les había hecho, aunque ella lo amara, aunque no supiese dejar de quererlo.

Borrarlo, eso es lo que pretendía, amedrentarlo para que desapareciese, como si nunca hubiera estado allí, como si nunca hubiese sucedido nada.

—No me voy a ir —le contestó con arrogancia, demostrando que él era el jefe de esa camada, que ellas le pertenecían—. Voy a recuperarla. Sabes que tu hija me va a perdonar.

Elvira asintiendo enojada, reconociendo que Claudia se equivocaba, que no podía hacerlo, su marido no se merecía otra oportunidad, y Braulio, con el ceño fruncido, tratando de inflar el pecho para proteger lo poco que le quedaba. Las cosas no podían terminar así, Elvira no podía pretender que ahora simplemente se fuera como si nada importase.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó enfadada, sin comprenderlo—. ¿Por qué sigues haciéndole daño? ¿Por qué no la dejas en paz? ¿No has tenido suficiente?

Silencio, recuerdos del pasado a través de las ondas telefónicas, los dos amantes en la cama, besándose, devorándose, ansiando cada segundo que podían pasar juntos.

—No sé estar solo, Elvira —confesó con voz triste a la mujer que podía ver a través de él—. Si no puedo estar contigo... por lo menos estaré con ella, así te tendré cerca, podré verte y ella me hará compañía.

Rabia, dolor... Le molestaba enormemente que Braulio le hablara de amor en esos momentos, que insistiera en que la echaba de menos. ¡No podía! No podía después de haberse acostado con Carmen, de reírse de ella y de Claudia, de usarlas, de utilizarlas, de actuar como si ellas fuesen tontas.

La cara de su hija ante ella mirándola, juzgándola, suplicándole que la defendiera, que no la dejara caer, errar, que la apartara de aquel hombre que no la amaba, que la utilizaba, que iba a convertir su vida en un infierno.

—¿No te das cuenta de que Claudia no se merece eso? —insistió ofendida.

Su dulce y pequeña Claudia, su claridad, su luz, su inocencia...

—Claudia me quiere y confía en mí —se limitó a contestar con arrogancia—. Ella es feliz estando a mi lado, de la manera que sea.

Una lágrima saliendo de los ojos de la mujer, una mancha de rímel en la mejilla. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo que estaba haciendo? ¿Cómo había permitido que llegara hasta ahí? ¿En qué pensaba cuando se metió en la cama de Braulio la primera vez? ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Por qué no pensó en Claudia en esos momentos? ¿Por qué había sido tan egoísta? ¿Cómo? ¿Cómo podía solucionar aquella situación?

—Si no desapareces, le diré la verdad —lo amenazó envalentonada—. Se lo diré para que te odie y no te perdone nunca, para que tenga una oportunidad de ser feliz ya que nosotros le hemos jodido la vida.

Braulio seguro, Braulio calmado, Braulio con ese halo de seguridad en sí mismo que lo envolvía todo. No iba a consentir que lo avasallara, que lo atropellara, que lo eliminara, porque ahora no entraba en sus planes.

—Te conozco, Elvira —respondió demostrándole quién mandaba allí y que no lo intimidaba—. Sé que es un farol, no lo harás. Tú eres igual que yo: no sabes estar sola.

SETENTA Y SEIS

—¿Es imprescindible que esté él? —preguntó Zeben con desconfianza señalando a Chedey.

Los tres en la puerta del hospital, el sol radiante en el cielo y el gigante desgarbado todavía con lágrimas en los ojos. Hacía media hora que había subido a la habitación y, al ver a Daniel, se había venido abajo. A Claudia se le había encogido el alma al verlo tan mal; por primera vez tuvo claro que lo que le había dicho la casera era verdad, o por lo menos parte.

—No te preocupes por mí —le pidió el enfermero—. Solo he venido porque Claudia me lo ha pedido. Estaré callado y lo que digas quedará entre los tres.

Zeben arrastrando los pies, andando hacia ninguna parte, sus zapatillas desgastadas raspando el asfalto, su melena morena jugando con el viento, sus labios cargados de suspiros.

—Lo comprendo —se limitó a contestar—. Yo cuando estoy mal también necesito a mi lado a la persona que quiero, me da fuerzas. —Y Claudia y Chedey se miraron, pero ninguno llegó a contestar—. Aunque en mi caso es más complicado.

Avanzaron sin rumbo fijo, en silencio, parecía que la sevillana no se atrevía a empezar, se sentía pequeña, diminuta a su lado, se limitaron a andar y terminaron en la salida, junto a la parada de taxis, con el cielo por encima de sus ideas y la tierra obligándolos a pisar firme.

—Y bien... —comenzó a decir Zebenzuí impaciente—. ¿De que querías hablarme? ¿Qué me querías preguntar?

Claudia mirando a aquel joven que había pasado de ser un desconocido a ser un miembro más de la familia, imaginándose cómo sería estar todos juntos, con él en la mesa del comedor, aunque se le hiciese raro, aunque le extrañara. Sus ojos le decían que era buena persona. En un primer momento lo juzgó mal, la sensación extraña que tuvo cuando le dijo que dejaba el piso, que no iba a esperar a que Dani despertara... se evaporó, quizá era porque se le hacía cuesta arriba: no podía estar entre esas cuatro paredes cargadas de recuerdos.

La joven estuvo pensando unos segundos en cómo encauzar su pregunta, pero finalmente decidió hacerla de la forma más directa posible, aunque para ello antes miró los ojos de Chedey, que asintieron animándola a lanzarse a la piscina.

—Zeben... ¿tú y Dani erais pareja?

El gigante desgarbado abrió los ojos sorprendido, pero en vez de molestarse, una sonrisa tierna iluminó su cara.

—¿De dónde has sacado eso, Claudia? —le preguntó divertido—. Tu hermano es hetero, ¿estás boba?

Claudia sintió como sus mejillas se ruborizaban. Tenía que haber hecho caso a sus instintos: aquella anciana enfundada en chándal no había hecho más que confundirla.

—Me lo dijo vuestra casera —confesó avergonzada—. Y por un momento... pensé que podía ser verdad.

El rostro de Zeben se nubló. Fue como si una sombra cubriera su cara y amenazara con una profunda tormenta.

—Discriminación positiva —se limitó a decir a modo de justificación sin que sus dos acompañantes terminaran de comprenderlo—. Cuando vi el anuncio de la señora Perdomo en el periódico me decidí a llamar porque siempre me ha gustado el Charco de San Ginés, es mi zona preferida de Arrecife. Además, el precio estaba muy bien y las fotos eran increíbles... El único problema era que buscaba chicas, no quería alquilar el apartamento a chicos.

Chedey asintió entendiendo a qué se refería.

—Le dije que era gay para que me lo alquilara —continuó—. A veces no está mal aprovecharse de los prejuicios, y si ella pensaba que todos los homosexuales éramos limpios y ordenados... ¿por qué no usarlo? Evidentemente es una gilipollez, da igual que seas hombre, mujer, gay o hetero, nada te garantiza que seas el inquilino perfecto.

Claudia arrugó el entrecejo sin estar del todo convencida.

—¿Y por qué pensaba que Dani y tú erais novios?

Zebenzuí volvió a sonreír, aunque esta vez su sonrisa parecía más triste.

—Se lo dije para que lo metiera en el contrato cuando se vino a vivir conmigo. Si había colado una vez... la segunda era más fácil. Tenía claro que si le decía que era mi novio no pondría ninguna pega... ¡Ya ves, una estupidez!

Los tres parados junto a la carretera, los coches pasando rápidamente, quizás demasiado para estar todavía en el casco urbano, una ambulancia a lo lejos haciendo sonar su sirena. Claudia suspirando, sintiéndose cada vez más perdida: estaba otra vez en el punto de inicio y tenía la esperanza de aclararlo todo antes de irse.

—Aunque si he de ser sincero —prosiguió el joven sin poder evitar que su voz se quebrara por la pena—, yo siempre estuve enamorado de él.

La sevillana sintiendo cómo se le cogía un nudo en la garganta, agarrándole la mano para darle fuerzas, para animarlo a hablar.

Tormenta, ¡tormenta! El gigante de hierro desmoronándose con el roce de sus dedos, deshaciéndose como un castillo de arena al contacto con el mar, su mirada fría perdiendo el escudo protector y licuándose en tristeza, el enano verde saltando a su espalda, sabiendo que él tampoco podía librarse del sentimiento de culpa. Zeben era otra víctima más, tenía un secreto, un secreto que lo torturaba y era una buena excusa para atacarlo, hostigarlo, acosarlo.

—Fue culpa mía —terminó diciendo con lágrimas en los ojos como si por fin se atreviese a soltar la piedra que llevaba colgando del cuello desde hacía dos semanas, una roca que lo atormentaba, que no lo dejaba vivir, sentir ni respirar—. No he venido antes a verlo ni he hablado contigo porque la culpabilidad podía conmigo, me avergonzaba... Yo tenía que haberme dado cuenta... Tenía que haberos llamado... pero nunca imaginé que terminaría haciendo algo así... Fue culpa mía.

El enano verde disfrutando, riéndose como un loco, su boca abierta y dientes afilados, orejas puntiagudas, pegando brincos en su espalda, clavándole el tacón de sus zapatos en los omoplatos.

—¿Qué pasó, Zeben? —le preguntó inquieta, dándose cuenta de que sabía algo más, que se lo había ocultado desde el principio—. ¿Qué pasó? No paro de darle vueltas y no logro comprenderlo. ¿Por qué? ¿Por qué? Es lo único que me pregunto... lo que más me agobia... Tengo la sensación de no conocerlo... Dime que sucedió, por favor... Si tienes más información, dímela porque me estoy volviendo loca... Explícame por qué piensas que lo hizo, porque yo ya no comprendo nada.

Chedey situándose detrás de Claudia y rodeándola con sus brazos, Zebenzuí soltándole la mano y recostándose en una pared, buscando la sombra, como si necesitara estar apoyado para continuar, como si le doliese, como si le costase, como si

recordar todo aquello le afligiese demasiado y confesárselo a su hermana fuese una misión demasiado dura.

—Tu hermano tenía la sonrisa más bonita de Lanzarote —comenzó a narrar tratando de contener las lágrimas, como si empezar por ahí, recordando lo que le gustaba de él, lo hiciese todo un poco más fácil—. Cuando entró a trabajar en la tienda, lo llenó todo de alegría. Era increíble estar con él. Nos hicimos amigos, me enamoré y, cuando me dijo que buscaba casa, no lo dudé: le pedí que se mudara conmigo, aunque sabía que mi amor nunca iba a ser correspondido. Dani sabía que lo quería, lo tenía claro, pero no le molestó; se dejaba mimar y me respetaba, aunque siempre fue sincero conmigo.

El sonido de la ambulancia más cerca, un perro solitario intentando cruzar la carretera.

—El problema fue que cambió. La verdad es que no sé muy bien cuál fue el origen, pero lo cierto es que en cuestión de semanas dejó el trabajo, empezó a beber y a fumar, estaba todo el día colocado, nuestro piso parecía un invernadero de marihuana.

Claudia asintió.

—No era la primera vez que lo hacía —le explicó—. Dani a veces tenía comportamientos así.

Zeben con la cabeza recostada en la pared recordando aquellos meses, los desprecios y desplantes que le hacía, cómo le faltaba al respeto, cómo llegó a llamarle «maricón de mierda».

—Tu hermano decidió quedarse solo, espantó a todos nuestros amigos... Y, bueno... a mí no me trataba muy bien —prosiguió—. Se encerraba en su cuarto y se pasaba el día fumado. Únicamente salía por la noche y yo no sabía adónde iba.

La ambulancia pasando por su lado, cortando la conversación durante unos segundos; el perro, victorioso, en el otro lado de la carretera.

—Fueron meses, Claudia, meses soportando a tu hermano y sufriendo, porque aunque lo intentaba, no podía odiarlo,

solo estaba preocupado por él... Por eso, la noche antes de que sucediera todo... lo seguí.

Claudia y Chedey a su lado, en la pared, en la sombra, Chedey sin dejar de abrazarla y ella cada vez más nerviosa, intranquila.

—¿Adónde iba? ¿Adónde iba por las noches? —le preguntó deseando que le dijera que había visto a Alba.

El gigante desgarbado agachó la cabeza y sus lágrimas empezaron a surgir de nuevo, lágrimas grandes, espesas, de gigante.

—Aquella noche seguí a tu hermano. Me mantuve a una distancia prudencial para que no me viera y fui tras él. Lo vi salir del Charco de San Ginés, pasar por la puerta del ayuntamiento y, cuando cruzó para atravesar el puente de las Bolas, me quedé de piedra...

Claudia sonrió para hacerlo sentir bien y le pasó un pañuelo de papel para que se secara las lágrimas.

—Sí, ya sé que es zona de contactos gais —le explicó la sevillana, pero Zebenzuí en vez de asentir, negó con la cabeza.

—No fue por eso, Claudia —confesó sin saber cómo iba a reaccionar con lo que iba a contarle—. Me quedé de piedra porque me di cuenta de que tu hermano estaba hablando solo.

El rostro de Chedey contraído, parecía que una idea empezaba a germinar en su mente; Claudia mordiéndose una uña, sin ser capaz de interrumpirlo ni de decir nada.

—Estuve espiándolo una hora y media —continuó—. Tu hermano se comportaba como si estuviera con alguien, pero estaba solo, ¿comprendes? Incluso me encontré un conocido y me preguntó qué hacía vigilando al «loco del castillo». ¿Te puedes imaginar cómo me sentí?

Conjeturas, mil conjeturas en el aire, *La isla de los dragones dormidos*, Alba, su rostro pálido, sus ojos azules, tan azules que daban miedo, ojos fríos, impenetrables, construidos de hielo.

—Me equivoqué —siguió sin poder evitar que el llanto rompiera con más fuerza—. Debí dejarlo tranquilo, ¡irme! Pero no pude: estaba sorprendido, preocupado, así que salí de mi escondite y fui hacia él. —Silencio, tensión en su rostro, la mano del gigante con un pañuelo limpiándose los mocos—. Quizá fui demasiado rudo, a veces me pasa. Me acerqué directamente y le pregunté qué hacía hablando solo. El rostro de tu hermano se descompuso y el resto de las cosas que me dijo fueron disparates: hablaba de una chica...

Los dos sentados en la arena, la joven pelirroja con los pies metidos en el agua, Daniel a su lado, resistiéndose a mirarla... Zeben había estado allí, había presenciado la escena.

—De Alba... —susurró Claudia sintiendo que ella también empezaba a llorar, y el gigante desgarbado asintió.

—Sí, Alba, una chica que decía que estaba a su lado y que no podía darle el sol. —Claudia apretándole la mano con fuerza, animándole a seguir—. ¡Me dijo que el loco era yo! Que le decía esas cosas porque no soportaba la idea de que estuviera con una chica, que tuviera novia...

Chedey asintiendo, con una pregunta en la punta de su lengua a punto de salir, Claudia apoyándolo, rogándole que siguiera.

—Le pedí que la tocara y él me dijo que no podía hacerlo —prosiguió deshecho, como si aquella parte fuera la que más dolor le causaba—. Le dije que lo hiciera para demostrarme que estaba allí, pero se negó. —Sus ojos mirando al suelo, escapando de la retina de su hermana—. ¡Y yo lo forcé! Pensé que hacía lo correcto, que necesitaba darse cuenta, así que lo empujé hacia donde se suponía que estaba ella y, cuando se dio cuenta de que no había nadie, su rostro se descompuso. Nunca he visto una mirada tan triste en la vida... —Claudia llorando, Claudia sin vida—. Trató de justificarse... Dijo que probablemente se había asustado al verme llegar... que Alba

había salido corriendo... No hacía más que repetir que tenía que hacer sonar la campana del castillo... pero yo lo cogí entre mis brazos y lo obligué a calmarse... Le pedí que me mirara... Aunque me insultaba y me decía cosas que no voy a repetir, intenté que entrara en razón... Le dije que Alba no existía... que tenía problemas... que teníamos que pedir ayuda... y Daniel me dio una patada en los huevos y salió corriendo.

Claudia con el corazón roto, lágrimas cayendo al suelo, encharcando la sombra.

—La siguiente vez que lo vi estaba tumbado en el sofá... —terminó de contar con el corazón destrozado y la voz partida—. Se tomó el frasco de pastillas... y no he podido perdonarme, Claudia... Me siento fatal, porque si no llego a intervenir, Dani estaría bien... seguiría vivo... Sé que tenía que haber buscado vuestro número... Llamarles por teléfono cuando empezó a cambiar... pero Dani era adulto y lo quería... No podía traicionarlo... Lo único que podía hacer era tratar de comprenderlo... de cuidarlo... pero cuando traté de ayudarlo, todo salió mal.

La joven abrazando a Zeben, tratando de consolarlo, sabiendo lo duro que era llevar el enano verde a la espalda, escuchar su voz y su risa todo el tiempo, dejarse engatusar por sus acusaciones, por sus palabras hirientes...

El rostro de Dani tumbado en el sofá, el frasco de pastillas tirado en el suelo, la puerta de la calle que se abre y el gigante desgarbado lanzando un grito...

—No es culpa tuya, Zeben —repetía una y otra vez, sabiendo que por más que insistiera, él no iba a cambiar de opinión—. No es culpa tuya.

Chedey con la cabeza dándole vueltas a la idea que se había cruzado por su mente, sin poder esperar más, con ganas de que aquel abrazo terminara para poder hacer su pregunta, observando cómo aquellos dos desconocidos se habían unido en la desgracia, cómo el dolor los había acercado haciéndolos

compañeros del mismo viaje hacia ninguna parte, hacia la esperanza, hacia la ilusión de que Daniel despertara, que abriera definitivamente los ojos.

—Claudia... ¿tenéis antecedentes en vuestra familia de alguien con visiones raras o que escuchara voces?

La sevillana arrugando el entrecejo sin saber por qué le hacía esa pregunta. Zeben a su lado, sin querer soltarla.

—¿Visiones? —pensó en voz alta extrañada como si le estuviera preguntando por fantasmas—. No... bueno, sí... —cambió dudosa—. Mi abuela, la madre de mi madre, decía que el demonio le hablaba y la incitaba a beber... ¿Te sirve eso?

Chedey golpeándose la cabeza con la mano.

—¡Joder, Claudia! ¡Joder! —exclamó cabreado consigo mismo—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

SETENTA Y SIETE

Viernes, cuatro de la tarde. Toda la familia reunida en la habitación 218, expectantes, esperando a que Chedey empezara a hablar, que les contara qué había descubierto después de que Claudia entrara en la habitación gritando, diciendo que ya sabía por qué Dani había intentado suicidarse.

Mauricio al lado de Elvira, Claudia cerca de su hermano, pegada, besándole la frente, el enfermero dudoso pero a la vez completamente seguro.

—Cuéntalo ya —le pidió Elvira deseando que su nombre no apareciera entre los motivos—. Dinos qué has descubierto... No nos tengas en ascuas...

El enfermero se rascó la cabeza sin saber cómo empezar, sintiéndose todavía un estúpido por no haberse dado cuenta antes.

—Esquizofrenia —se limitó a decir ante la cara de perplejidad de sus padres—. Daniel estaba enfermo, por eso intentó suicidarse.

Mauricio arrugó la frente y miró a su hija, preguntándole con la mirada si aquel chico había pensado bien lo que decía.

—La esquizofrenia es una enfermedad mental provocada por el mal funcionamiento en la transferencia y procesamiento de la información en el cerebro —continuó, sin contar todavía con la aceptación del público—. Muchos de los síntomas de la enfermedad se atribuyen a los neurotransmisores, que son los compuestos químicos que utilizan las neuronas para comunicarse entre ellas.

Elvira apoyándose en su exmarido y girando la cabeza de vez en cuando para mirar a su pequeño, que seguía sonriendo en la cama.

—La esquizofrenia se puede producir por distintos factores: pueden ser genéticos, daños cerebrales o factores ambientales. Hay estudios que argumentan que algunos trastornos psicóticos son causados o acelerados por algunas sustancias, especialmente el cannabis y las anfetaminas.

El auditorio en silencio, recordando la primera vez que lo pillaron fumando marihuana. Era sólo un crío, estaba en el instituto... Deberían haber sido más duros con él, haberlo controlado...

—¿Ha sido por las drogas? —preguntó su madre angustiada.

Chedey se encogió de hombros.

—Eso nunca lo sabremos ni lo podemos asegurar. Lo que también es cierto es que los estudios realizados a familias demuestran que las personas con antecedentes familiares de la enfermedad son más vulnerables a desarrollarla.

Mauricio, que hasta ese momento había estado callado, no pudo aguantar más y saltó.

—¿Estás diciendo que Elvira o yo somos esquizofrénicos también? —preguntó molesto, como si la hipótesis de que su hijo estuviera enfermo no le gustara en exceso—. ¡Venga ya!

Chedey se acercó a la madre de Claudia y habló con suavidad, esperando que ella pudiese confirmar sus sospechas.

—Vosotros no, pero puede que la madre de Elvira lo fuera...

Imágenes de su infancia volviendo a su mente a una velocidad desorbitada, pensando en su madre, en las veces que había llegado a pensar que era posible que realmente estuviera endemoniada, poseída... ¡Decía que oía voces! ¡Que el diablo la empujaba a beber!

—¿Cuáles son los síntomas de la esquizofrenia? —preguntó la mujer antes de atreverse a hacer alguna afirmación.

—La esquizofrenia es una enfermedad que enturbia los procesos mentales y provoca síntomas psicóticos, por ejemplo. Puedes llegar a ver, oír y sentir cosas que no ven, oyen ni sienten los demás y creer que son reales.

Dani, el joven príncipe que pensaba que Alba era real, la veía, la oía, pero no podía tocarla; Alba estaba solo en su cabeza, en su mente.

Elvira recapacita sobre su madre. Por primera vez en su vida la ve como una enferma y encuentra una justificación a sus actos, insultos, golpes y desplantes... ¡Cuánto le habría ayudado escuchar eso cuando era una niña! ¡Que alguien le hubiera dicho que su mamá estaba enferma! ¡Que no era culpa de ella!

—Puede ser —suspiró con sus labios perfectamente perfilados—. Puede que mi madre fuese esquizofrénica.

Mauricio cada vez más intrigado, acercándose a Dani, atreviéndose a verlo con otros ojos.

«No es culpa mía, no es culpa mía», se repetía Elvira. «No es culpa mía que mi madre no me quisiera ni que Dani intentara suicidarse».

—Los enfermos que consumen drogas pueden iniciar la psicosis a una edad más temprana, también aumentan los brotes violentos y los casos de suicidio.

Todos los ojos dirigidos a Daniel, pensando cómo el cuadro clínico se adaptaba a la perfección a su caso. ¿Cómo no lo habían visto antes? ¿Cómo no se habían dado cuenta?

El duende verde clavándole las uñas a Elvira en la espalda.

«No te diste cuenta porque estabas follándote a tu yerno», le dijo recordándole que eso no cambiaba nada, que ella era la culpable. «No estaba contigo para que lo descubrieras porque no podía mirarte a la cara, le dabas asco. ¡Lo dejaste solo, Elvira! ¡Lo dejaste solo sabiendo que se drogaba, que volvería a hacerlo! Así que no pienses que no es culpa tuya... Tú lo mataste... Lo mataste, fuese esquizofrénico o no».

Los ojos de su madre llorosos, acercándose a Dani, besándole la frente, Mauricio agarrándole la mano.

—La proporción de personas con esquizofrenia que se suicidan o intentan hacerlo es más alta de lo normal —concluyó pensando que ese valor estadístico les ayudaría a sentirse mejor—. El colectivo de más riesgo son los hombres jóvenes. Los sentimientos de angustia, ansiedad... hacen que esos pensamientos ronden por su cabeza.

Mauricio tratando de comprenderlo, asimilarlo.

—¿Y esto? —preguntó cargado de esperanza—. ¿Este diagnóstico puede ayudar a que despierte?

Chedey agachó la cabeza por tener que desilusionarlo.

—No, lo siento —le contestó con tristeza—. Si Daniel sale del coma, gracias a esto podremos conseguir que tenga una vida normal con el tratamiento adecuado; con medicación y terapias conversacionales trataremos de evitar que sus brotes psicóticos se repitan y, sobre todo, que la idea del suicidio se vaya para siempre de su cabeza.

Claudia miró a Daniel segura de que a él tampoco le gustaría escuchar el nombre tan feo con el que Chedey se refería a Alba: «brote psicótico»...

Todos trataban de asimilar en silencio esa nueva variante de la historia, la explicación, la que lo justificaba todo. Aunque no los hiciera necesariamente sentir mejor, asumir que Daniel estaba enfermo no era plato de buen gusto.

—Dani se enamoró de uno de los personajes de sus cuentos —susurró Mauricio sin creerse todavía lo que él mismo acababa de decir.

El enfermero se aproximó a él y trató de empatizar con sus sentimientos.

—No —le corrigió—. Tu hijo estaba enfermo y llegó un momento en que no sabía distinguir lo que era real o no. Estaba tan confundido que su mente lo traicionó y le hizo creer que esa Alba vivía, que era de carne y hueso... No se enamoró de un personaje de sus cuentos, se enamoró de una joven perfecta que pensaba que existía en realidad, tan perfecta para él que era irreal; solamente podía ser efecto de su imaginación.

SETENTA Y OCHO

Al terminar la conversación, todos se quedaron callados. Parecía que ninguno se atrevía a hablar, a expresar cómo se sentía ni qué pensaba al respecto. Daniel en el centro de la habitación, sonriente, ajeno a todo, y su familia cavilando, tratando de asimilar que la enfermedad había estado ahí y que ninguno se había dado cuenta. Mauricio y Elvira apenas tenían contacto con él y Claudia... Claudia había estado demasiado ocupada...

—Elvira —la llamó de pronto el enfermero en voz baja, como si no quisiera llamar mucho la atención—, ¿podemos hablar a solas unos segundos?

La mujer asintió con el rostro contrariado. Aunque no sabía muy bien qué quería, algo en su interior insistía en hacerle creer que había algo más, que iban a terminar diciéndole que era culpa suya. Claudia los miró extrañada, pero no intervino. Tenía ganas de abrazarlo, de besarlo.

El enfermero y la mujer salieron de la habitación y Mauricio se quedó junto a la cama acariciando a su hijo. Se dirigieron hacia la máquina de café, pero ninguno de los dos compró

nada. Se quedaron de pie, sin hablar, esperando que el silencio se acabara y empezaran las confesiones.

—¿Qué ocurre, Chedey? —le preguntó la mujer preocupada—. ¿Es algo de Dani que no nos hayas dicho?

El chico negó con la cabeza. Aunque lo intentara, aunque quisiera, no podía tenerla enfrente sin sentir cómo la rabia y el dolor subían por su garganta, pero debía contenerse.

—Lo sé todo, Elvira —se limitó a decir mientras el rostro de la mujer se descomponía y se ponía pálido—. Sé lo tuyo con Braulio.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida y aterrada a la vez.

—Sé que Braulio y tú estáis liados —respondió intentando que su voz sonara calmada—. Cómo lo haya averiguado da igual, lo importante es que lo sé.

Los dos en silencio, con un aluvión de palabras tratando de salir de sus bocas pero sin emitir sonido, la mujer acorralada, atacada, sintiendo que todo su mundo se venía abajo. ¿Lo sabía todo el mundo menos Claudia?

—Chedey, yo... —empezó a disculparse como si hubiera alguna frase adecuada para justificar todo aquello, pero el enfermero le pidió que se callara: él no era nadie, no tenía que darle ninguna explicación.

Miradas que juzgan... Ojos que la miran diciéndole que es una mala madre, una mala persona...

—Elvira, mi primer impulso fue contárselo a Claudia —confesó—. Pensaba que era lo justo, sobre todo teniendo en cuenta la decisión que acaba de tomar de volver a Sevilla —le dijo como si cada palabra le costara enormemente—, pero después lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que, si lo hacía, te estaba quitando la oportunidad de que lo hicieras tú, de intentar arreglar las cosas con tu hija, y Claudia te necesita, te quiere... Yo no debo intervenir... No pertenezco a vuestra familia... Solo soy un amigo... un

conocido... Y aunque me duela, aunque me cabree... no es asunto mío.

Las manos de la mujer jugueteando con su bolso, la alianza en su dedo, la señora de la habitación 212 sacando la cabeza, cotilleando como siempre.

—Elvira, te conozco desde hace poco tiempo, pero el suficiente como para saber que no eres mala persona —continuó tratando de hacerla sentir mejor—. Yo no sé cuáles son los motivos que te han llevado a actuar así, cuales son vuestras circunstancias personales, pero sé que quieres a tus hijos. He visto cómo has llorado al lado de la cama de Dani, sé que sufrías y te preocupabas de verdad, sé que eres una buena madre, que harás lo correcto...

La señora dudando de sus palabras, pensando que, en realidad, ella era un monstruo que había actuado egoístamente durante todos esos años escudándose en que lo necesitaba, que le hacía falta para ser feliz sin pensar en el dolor que podía causar con ello a su propia sangre.

—Por Dani desgraciadamente ya no podemos hacer nada —prosiguió mientras sus ojos almendrados trataban de dotar de sentido común a sus palabras—, solo esperar a que algo cambie y recobre la conciencia, pero Claudia... con Claudia todavía estás a tiempo.

La mujer recordando la conversación que había mantenido con Braulio, cómo le había dicho que iba a seguir utilizándola. ¿Podría su hija soportarlo eternamente? ¿Se lo merecía?

—La situación de Claudia no es muy diferente a la de Dani. Vuestras mentiras, vuestras traiciones, la tienen ajena a la realidad como lo está su hermano. No percibe los estímulos del exterior porque confía plenamente en ustedes... Ella también está dormida... dormida en una vida en la que no es feliz, que no le pertenece... dormida con un hombre que besa a su madre

cuando debería amarla a ella... Y lo peor de todo es que piensa que es culpa suya, que no ha sabido quererlo y conservarlo.

Su voz sonaba quebrada. Cada vez era más difícil para los dos, y la mujer de la habitación 212 se dio cuenta de que algo sucedía y terminó sacando el cuerpo entero al pasillo. Los ojos aterciopelados de Chedey estaban cubiertos de lágrimas y Elvira trataba de comprender su tristeza. No hacía falta ser muy inteligente: ella se había dado cuenta desde el principio.

—Elvira, yo la quiero —terminó confesando—. No me preguntes cómo es posible en tan poco tiempo, porque no lo sé; lo único que sé es que me he enamorado.

La mujer observando a aquel joven que sufría, que lloraba, que sentía, que tenía el valor suficiente para hablar con ella, para no acusarla, para no usar sus debilidades en su beneficio. Lo fácil habría sido contarlo todo, decirle a Claudia la verdad para que no se fuera a Sevilla, pero en vez de eso había decidido hacer lo correcto.

—Por eso te pido, te suplico, que la despiertes —le rogó desesperado intentando que su madre hiciera algo, que no la dejara marchar—, que le abras los ojos e impidas que se vaya, porque hasta que no salga del coma al que la habéis inducido no será consciente de lo que tiene alrededor, no me verá, no podrá tomar decisiones, no estará conmigo.

Elvira llorando, pensando que el enfermero tenía razón, en cómo la vida de su hija estaba en un momento decisivo y ella no le permitía tomar la decisión correcta. Intentar ser feliz, egoísmo, miedo… Su conducta conducía a Claudia directamente a la cama de Braulio, al hombre que le mentía, que la utilizaba... ¿No era ya hora de empezar a hacer las cosas bien?

—Tengo miedo, Chedey —se limitó a decir—. Tengo miedo de perderla, de quedarme sola. No puedo, ¿comprendes?

El joven dándose cuenta de que la mujer no iba a hacer nada, que se había equivocado, que Claudia se iba a ir y que la perdería para siempre.

—Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo... —insistió pensando que quizá reflexionaría en el último momento—. Yo confío en que al final sabrás actuar como madre y yo estaré esperándola para curar sus heridas... Si lo que te asusta es perderla, no sufras, yo la cuidaré por ti hasta que sea capaz de perdonarte.

SETENTA Y NUEVE

Claudia cogió su maleta. Se había despedido de Dani y estaba a punto de abandonar la habitación con el alma encogida, como si parte de su corazón se quedara entre esas cuatro paredes, incapaz de despegarse, de coger el taxi e ir al aeropuerto.

Elvira, a su lado, había estado callada desde que habló con Chedey. No podía mirarla a la cara. Cada vez había más motivos para confesar y uno solo para callar: el miedo.

Mauricio estaba sentado al lado del joven cogiéndole la mano.

—Iros ya —les pidió bromeando—, que no hay necesidad de que esto se convierta en un valle de lágrimas... Os llamo esta noche en cuanto lleguéis y cualquier novedad que se produzca, seréis las primeras en enteraros.

Elvira con la mirada perdida arrastrando su maleta por el pasillo, Claudia un par de pasos por detrás, deseando que Chedey pudiera escaparse dos minutos del trabajo y acercarse a despedirse.

—¿Pensabas que te podías largar así? —le preguntó una voz conocida a su espalda, y ella sonrió.

—No, iba a llamarte —le contestó la chica sin dejar de admirar su boca, sus dientes perfectos—. Quería darte las gracias por todo lo que nos has ayudado hoy... Bueno... por todo...

Su madre distante, sin querer acercarse, sin poder mirar al chico a la cara, Chedey tratando de comportarse, de recomponerse, pero con ganas de abrazarla, de besarla y de rogarle que se quedara.

—No tienes que darme las gracias por nada —respondió—. Me has dado demasiadas cosas...

El rostro de la joven sonrojado, pensando que ese era el final, que jamás volvería a sentirse arropada por sus brazos, por sus besos, por sus ojos almendrados y su sonrisa. Las lágrimas, silenciosas, volviendo a sus mejillas, sin saber qué decir, cuáles eran las palabras correctas para esa despedida.

—¿Me vas a llamar? —le preguntó con tristeza, y el joven asintió.

—Sabes que soy incapaz de pasar demasiado tiempo sin oír tu voz.

Los ojos de Chedey buscando los de Elvira, suplicándole que hiciera algo, que no permitiese que se fuera, que desapareciese, que todo acabara.

Claudia llorando, tratando de contenerse porque su madre los estaba escuchando y mirando.

—¿No me vas a dar un abrazo?

La joven acercándose y apoyando su cabeza en su pecho, con el rostro pegado a su uniforme, los ojos almendrados cerrándose, tratando de aspirar todo el aroma de azahar que fuese posible para conservarlo el resto de su vida, sus labios besándole la frente, Claudia deseando que el tiempo se parara para siempre en ese momento y no tuviera que coger el avión.

—Claudia, tenemos que irnos —le informó su madre deseando salir de allí, que no pasara más tiempo con ese joven que podía comprometerlos a todos.

Chedey la miró y no pudo evitar que el odio quedara reflejado en su mirada.

«Me das asco, me das asco...».

Claudia estiró los brazos y trató de apartarse. Sus caras se quedaron separadas unos centímetros, escuchando su respiración, sintiendo cómo su corazón se aceleraba y sus manos se resistían a soltarla.

—Si algún día me necesitas... —se limitó a decir él, y ella asintió con la cabeza para que supiese que no hacía falta decir nada— Lanzarote siempre te estará esperando.

Enamorada, enamorada...

—Claudia, por favor —insistió Elvira con voz un poco más dura—. No podemos perder el vuelo.

La sevillana, sin pensar, sin sentir, sin recapacitar, cerró los ojos y dejó que sus labios se juntaran unos segundos. Un beso, solo un beso delante de su madre, que tuvo que quedarse callada y alejarse, sintiendo una vez más que era una egoísta, que estaba traicionando a su hija. Ella lo amaba y la estaba conduciendo a una condena.

—Te quiero, Claudia.

Ella sonrió y Chedey se secó las lágrimas con la manga de su uniforme.

—Lo sé —le contestó con tristeza mientras se daba la vuelta para marcharse—. Y tú también sabes lo que siento.

OCHENTA

El aeropuerto era la imagen del caos. Nada más entrar las dos mujeres se dieron cuenta de que algo no iba bien y Claudia recordó las palabras de Braulio y todo lo que le había contado sobre la posible huelga de los controladores aéreos. Había gente por todos lados, viajeros cabreados con sus maletas que hacían colas interminables en información y en las oficinas de las distintas compañías aéreas. El tablón informativo, enfrente de ellas, anunciaba quince vuelos cancelados y, el resto, con retrasos. El de Sevilla seguía allí, en medio de otros destinos, resistiéndose a las circunstancias.

—¡Mierda! —exclamó Elvira preocupada—. ¿Qué carajo es esto?

Madre e hija, arrastrando sus maletas, se dirigieron a la fila de facturación donde las caras del resto de pasajeros evidenciaban resignación y mosqueo.

—Ya te lo dije, mamá —le explicó Claudia—. Braulio me advirtió sobre esto.

Elvira miró su reloj. No podía creer lo que les estaba pasando. Necesitaba salir de allí, volver a Sevilla, rodearse de

su trabajo, su casa, ¡sus cosas! Necesitaba escapar de la isla y recomponer lo que le quedaba de su antigua vida.

Murmullo de pasajeros, el vuelo a Sevilla resaltado en el cartel anunciador: «retrasado, más información en nuevo aviso».

—¡Mierda! ¡Mierda! —repitió la mujer angustiada—. ¡Esto no es posible! Seguro que solo está pasando aquí. ¿Cómo van a cerrar el espacio aéreo? No pueden hacer eso... ¿Cómo van a dejar a la gente atrapada y coincidiendo con el puente de diciembre?

Una joven a su lado las miró incrédula.

—Está pasando en todos lados, señora —le explicó metiéndose sin querer en su conversación—. Todos los aeropuertos con retrasos y cancelaciones... Y parece que va a más...

La mujer sujetando con fuerza su maleta.

—Esto es imposible... Esto no puede pasar de verdad... ¿Y los servicios mínimos? ¿Es que acaso pueden paralizar un país porque ellos quieran ponerse en huelga? Ellos tendrán sus derechos, ¡pero nosotros también! ¡Yo tengo que trabajar! ¡No puedo faltar a la *boutique*!

La desconocida resopló como si llevara un par de horas escuchando lo mismo.

—Mañana se casa mi hermana —le contestó—. Si cancelan el vuelo no podré ir... Todos tenemos motivos para viajar... Nadie está aquí por gusto.

Claudia y Elvira sentadas en la terminal 1, tristes, impotentes, los minutos pasaban sin que hubiera ninguna novedad —a esa hora debían estar entrando en el avión y parecía que el aparato ni siquiera había llegado al aeropuerto. Braulio le había mandado un mensaje a su mujer para preguntar por el vuelo y ella le había dicho que estaba retrasado, que lo avisaría cuando supiese algo más, pero parecía que aquello iba para largo. La gente estaba alterada, algunos con gesto de angustia

en la cara. Claudia miraba el tablón, que seguía con el mismo mensaje.

«Retrasado, más información en nuevo aviso».

Un hombre uniformado pasó por su lado pegando voces al teléfono; Claudia se quedó sin querer unos segundos observándolo, escuchando la conversación...

—¡Joder, Irene! ¡No me jodas! —gritaba furioso—. Te estoy diciendo que tengo un autobús lleno de ingleses. ¡Que les han cancelado el vuelo! Llevan esperando seis horas, ¿cómo cojones quieres que les diga que no tengo donde llevarlos? Necesito habitaciones, ¿comprendes? Me da igual que los hoteles estén llenos y que no lo tuvieran previsto. ¡Yo tampoco lo tenía previsto! ¡Y tiene que haber seguro!... ¡Los aviones no están llegando! Habla con ellos. ¡Consígueme treinta habitaciones donde sea! ¡Pero ya!... No se trata de evitar reclamaciones, ¿entiendes? Se trata de que tengo a veinte familias esperándome en una guagua y no sé qué decirles... ¡A dónde llevarlos! No los podemos dejar en la calle... Cueste lo que cueste... ¿comprendes? Lo que cueste... Ya veremos quién se hace cargo después de todo este desastre, quién asume las consecuencias...

Era complicado. La sevillana trataba de hacerse una idea de todos los problemas que podía acarrear una situación así, ¡sobre todo en una isla! Vuelos cancelados, turistas que no podían regresar a sus casas, hoteles llenos, recepciones saturadas de clientes, extranjeros sin un sitio donde dormir...

—Y piensa que esto solo es el principio —continuó el hombre con signos de ansiedad—. Hazte a la idea de que lo más probable es que los cancelen todos, tenemos que tenerlo previsto. ¿Qué vamos a hacer, joder? ¿Qué vamos a hacer?

Elvira en silencio, intentando parecer distraída, sin ganas de pensar, de hablar con su hija. Claudia que la mira, que sonríe, que trata de quitarle peso al asunto, tranquilizándola, diciéndole que iban a tener suerte, que la situación no se alargaría mucho.

Claudia pensando en Braulio... Claudia pensando en Chedey... El tiempo pasando y los nervios cada vez más crispados, más gritos, más voces.

—¿No vas a preguntarme nada, mamá? —la interrogó de pronto sacando a la mujer de su abstracción—. ¿Nada sobre el beso?

Elvira ausente, Elvira cansada, pensando en la conversación que había mantenido con el enfermero.

—No creo que haga falta —le contestó, pero su voz no sonaba enfadada ni contenía reproches—. Ha quedado suficientemente claro.

Claudia confusa, sin saber qué rondaba en esos momentos por la cabeza de su madre, por qué actuaba con tanta naturalidad, como si verla besarse con otro hombre que no era Braulio no tuviese la menor importancia.

—¿Y qué piensas? —insistió esperando que le echara una charla, que le dijese que aquello no estaba bien.

Elvira suspiró con tristeza y dejó que su voz se perdiera entre las protestas de la gente.

—Pienso en el vuelo y en las ganas que tengo de salir de esta isla —le dijo con sinceridad—. Voy a ir a poner una hoja de reclamaciones por si sirve de algo.

Claudia sola en mitad del aeropuerto, la hora prevista de salida cambiada por tercera vez —de las 18:45 a las 22:35—, retrasos, retrasos... el tiempo jugando en su contra y haciéndola dudar cada vez más. Chedey la había llamado y se había ofrecido a llevarles algo de cenar al aeropuerto; se había enterado de la situación por el telediario, por lo visto era lo único de lo que se hablaba en el país.

—No hace falta que vengas, de verdad —le había contestado la chica—. Creo que no soportaría despedirme de ti una vez más.

Elvira esperando su turno en la cola de atención al cliente sabiendo que no serviría para nada, Claudia observando a

una anciana que parecía distinta a los demás, sentada sola en un banco, con el rostro arrugado y el alma también, con un monedero en la mano, rebeca negra de lana sobre los hombros; parecía triste, sola, perdida, tanto que, sin saber por qué, se levantó y se sentó a su lado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

La anciana, con ojos grises, levantó la mirada y la observó.

—A mi Antonio se le quedan los pies fríos —le dijo, y Claudia enarcó las cejas extrañada.

Los minutos pasaban y la situación parecía que empeoraba, cuatro vuelos cancelados más, gritos de los pasajeros que llevaban horas esperando para que al final les comunicaran que su avión no iba a salir.

—¿Su Antonio? —le preguntó Claudia dándose cuenta de que la señora necesitaba compañía, que se encontraba mal.

—Sí —le contestó ella mirándola con ternura, como si le gustase que una chica joven se hubiese acercado y le interesaran las historias de una vieja—. Antonio es mi marido, somos de Galicia, llevamos una semana aquí.

La sevillana miró a su alrededor tratando de imaginar dónde estaría su esposo. Llevaba observándola un rato, más de una hora: era imposible que estuviese en el baño.

—¿Su vuelo también se ha retrasado? —le preguntó la chica preocupada.

—No —le contestó ella tratando de sonreír—. El mío lo cancelaron hace un par de horas.

La señora con el rostro envejecido, su pelo cubierto de canas, sus manos huesudas y piernas vestidas de varices; triste, vulnerable, desprotegida.

—¿Entonces? —insistió Claudia dudosa por si estaba haciendo más preguntas de la cuenta—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué no ha vuelto a su hotel o la ha recogido alguien?

La anciana levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Eres muy guapa, ¿sabes? —le comentó con ternura—. A mi Antonio le habría encantado conocerte.

Claudia cada vez más tensa, más perdida, pero sintiendo una necesidad imperiosa de ayudar a esa mujer que parecía tan apagada y desvalida.

—¿Por qué sigue en el aeropuerto? —repitió—. ¿Necesita que le llame un taxi o que la ayude en algo?

—No tengo a dónde ir —le contestó con resignación—. Y no me puedo ir del aeropuerto sin mi Antonio.

Elvira haciendo una cola de más de treinta minutos, observando cómo los que regresaban tras ser atendidos lo hacían con mala cara, como si fuese inútil, como si no les dieran soluciones ni más información.

—¿Dónde está su marido?

La anciana abrió su monedero y sacó una foto, una en blanco y negro, muy arrugada, usada, como si la hubiera acariciado mil veces.

—Este es mi Antonio —le dijo enseñándole la foto de un militar—. Estuvo en la marina durante muchos años, de eso conocía Lanzarote.

Claudia cogió la foto entre sus manos para que no pareciese que no le interesaba, aunque la verdad es que cada vez la comprendía menos. Su móvil sonó: era Braulio otra vez, pero decidió no responder; estaba ocupada.

—Mi Antonio siempre me dijo que se había enamorado de esta isla cuando vino con su barco y que le gustaría que alguna vez la viéramos juntos —continuó la señora sonriente, mostrando una dentadura blanca, fuerte—. ¡Pero ya sabes cómo son las cosas! No teníamos mucho dinero y las posibilidades de viajar de antes no eran como las de ahora. Los jóvenes hoy en día estáis siempre volando; yo la primera vez que cogí un avión fue el viernes pasado.

La sevillana le devolvió la foto y la gallega la guardó en su cartera. Parecía una mujer buena, humilde, se la imaginaba

viviendo en el campo con una casa preciosa rodeada de pastos y vacas.

—¿Y dónde está su marido ahora?

La anciana trató de sonreír, pero no pudo evitar que se le escapara una lágrima.

—Mi marido murió anoche —confesó con la voz partida—. Cuando le dijeron que el cáncer se lo estaba llevando y que posiblemente le quedara poco de vida, compramos los billetes. A mi Antonio le hacía ilusión que hiciéramos este viaje juntos. Decía que me lo había prometido y que el cáncer no iba impedir que cumpliera su promesa. Murió en la cama del hotel, dormido, tranquilo, sabiendo que no le quedaba nada por hacer, al lado de la mujer que amaba.

Claudia empezando a comprenderlo todo, un nudo de tristeza enredando sus cuerdas vocales.

—Hoy me llevaba a mi marido para el pueblo —continuó la mujer haciéndose cada vez más pequeña y frágil en la silla—. Quería velarlo allí, con los amigos y las vecinas. Todos nos están esperando, pero el avión no ha salido. La chica que me atendió me dijo que no me preocupara, que mi Antonio iba a estar bien... pero yo no puedo irme de aquí... No puedo dejar a mi Antonio solo... Quiero estar con él... junto a su ataúd... Quiero velarlo... Nunca he estado sola, siempre he estado con él... pero no he podido verlo y tampoco sé a dónde ir... No puedo irme del aeropuerto... Tengo que estar a su lado... Solo puedo quedarme esperando...

Huelga de controladores, gente pegando gritos porque estaban perdiendo un día de vacaciones, enfados, mosqueos, cada uno pensando que sus motivos eran los más importantes... y la anciana en silencio, con su cartera entre las manos, contemplando la foto de su marido.

—Yo voy a conseguir que lo vea —le dijo la joven sin tener ni idea de cómo lo iba a hacer—. Le prometo que esta noche va a velar su cuerpo.

La anciana sonriendo, secándose las lágrimas con la manga de la rebeca.

—Muchas gracias, guapa —le respondió con ternura—, pero ya me han dicho que es imposible: en este aeropuerto no hay ninguna capilla.

Claudia levantándose del asiento y mirando en dirección a la larga cola que había en el mostrador de atención al cliente, donde los pasajeros se agolpaban para poner sus hojas de reclamaciones, Elvira entre ellos.

—Cuando dos personas se quieren no pueden estar separados —le dijo—, y menos en estas circunstancias... No se preocupe... le aseguro que lo verá.

OCHENTA Y UNO

Claudia avanzando enérgicamente, poniéndose en la cola con las piernas temblándole todavía. Se le había partido el alma al escuchar la historia de aquella mujer, cómo su educación le había hecho sentarse en una silla y conformarse con las desgracias que le habían tocado vivir, asumir que no podía hacer nada, solo esperar pacientemente. Educación, conformismo... No era muy diferente a lo que ella iba a hacer, a la decisión que había tomado de volver con Braulio.

—No puedo guardar turno, lo siento, no puedo tener a esa anciana sola... —repitió en voz alta viendo que aquella fila se eternizaba y que podía tardar una hora en llegar al mostrador.

Claudia nerviosa, Claudia furiosa, Claudia intranquila, Claudia mordiéndose desquiciadamente las uñas... Claudia, que era incapaz de tomar decisiones, asintiendo, envalentonada, segura de sí misma para empezar a andar pasando por delante del resto de pasajeros. Claudia pensando en su marido, en su altivez, en su prepotencia. ¡Ojalá pudiese poner la cara de Braulio! Que, al verla pasar, el resto de viajeros pensaran que tenía todo el derecho del mundo a saltarse la cola.

Un paso, dos, tres... Claudia saliendo de la fila y dirigiéndose al mostrador, algunos mirándola con recelo, pero sin hacer mucho caso hasta que llegó a los primeros puestos y puso la mano en la mesa.

—¡Oye! ¡A la cola! —le gritó un joven de veintitantos años que llevaba pendientes y gorra.

—Sí, eso, tú, ¡a la fila! —le apoyó otro que no estaba muy lejos de allí.

Elvira asomando la cabeza y viendo a su hija, sorprendida, contrariada, sin saber qué hacía allí. Había algo en su mirada que estaba asustando a su propia madre: nunca la había visto tan enérgica, tan segura de algo.

—¡Es una urgencia! —explicó.

El joven de la gorra y los aretes levantó los brazos y una señora del fondo le hizo un gesto diciéndole que tenía mucha cara.

—¿Y qué piensas, que los demás estamos aquí por gusto? —continuó el muchacho deslenguado—. Mueve tu culo y ponte al final si no quieres que te lleve yo mismo.

—¡Que alguien le enseñe modales a esa pija! —gritó alguien, y varios apoyaron a la petición.

Claudia sintiendo que se ruborizaba, pensando si había sido buena idea, si sería capaz; una de las chicas de atención al cliente señalándole con el dedo que se diera la vuelta y respetara el turno.

Encogiéndose, menguando, sintiendo cómo su confianza en sí misma se esfumaba, cediendo, resignándose... Pero no podía... Esta vez debía enfrentarse a ellos, tenía que dar la cara.

—¡Hay un muerto! —gritó, y en la fila se hizo el silencio—. Hay un muerto y una señora que no sabe dónde está su marido. Hace menos de veinticuatro horas que ha fallecido y lo único que quiere es velarlo. Su vuelo se ha cancelado y quiere estar con él, ¿comprendéis? El ataúd está en alguna parte de este

aeropuerto y ella quiere verlo. —Su voz alta, segura, Elvira sin saber qué había estado haciendo su hija en ese rato, las piernas cediéndole, sin poder mantenerse de pie y el joven de la gorra callado, aunque con desaprobación en su rostro—. Sé que estamos enfadados y tenemos motivos para estarlo, todos y cada uno de nosotros tenemos derecho a protestar, ¡pero seamos cívicos! ¡Piénsenlo un momento, pónganse en su lugar y no perdamos los modales!

Su corazón acelerado, sintiendo que la voz que salía por su boca no era suya, su madre mirándola, sus miradas encontrándose con el ceño fruncido, Claudia que respira hondo e intenta continuar.

—Me estoy colando, ¡es verdad! Pero no vengo a protestar ni a cambiar el vuelo, ni a pedir un tique de comida; quiero ayudar a una mujer que no conozco, a una anciana que está sola y todos y cada uno de nosotros la hemos visto esta tarde, así que hacedme el favor de dejarme pasar. ¡Si después quiero algo para mí, me pondré en la fila! Pero ahora mismo... ¡soy la siguiente en el turno!

La mujer de atención al cliente apartándose a un lado, pidiéndole que se acercara al mostrador, su cara preocupada, Claudia sin dejar de temblar, pensando de dónde había sacado las fuerzas, la seguridad en sí misma, el valor...

—¿Un ataúd? —le preguntó la joven tomando notas en un papel que parecía un formulario—. Déjame que haga un par de llamadas y te digo algo enseguida, ¿vale?

Claudia asintiendo, el cielo negro, y el tablón del aeropuerto seguía sin novedades. Hora prevista de embarque: 22:45. Su móvil volvió a sonar, esta vez era Mauricio, pero tampoco le contestó.

—Me dicen mis compañeros que está en la terminal de carga —le contó la señorita con voz serena—. Ya informaron a la mujer de que el ataúd estaría guardado en el refrigerador

hasta que hubiese alguna novedad, que podía irse a un hotel, tenemos su teléfono para avisarla. No podemos hacer nada más.

«A mi Antonio se le quedan los pies fríos, a mi Antonio se le quedan los pies fríos...». Ahora lo comprendía.

La sevillana mirando la chapa identificativa de la joven que la estaba atendiendo: piel oscura, morena y ojos claros.

—Perdona, Carla —la interrumpió—. Puede que tus superiores te hayan dicho eso, pero... ¿crees que esa mujer está en condiciones de irse sola a buscar alojamiento? Esa señora lo único que quiere es estar al lado del cuerpo de su marido, se le está rompiendo el alma pensando que nadie lo está velando hoy...

La joven asintiendo y sin saber qué contestar.

—Ya, lo sé y la entiendo, pero en este aeropuerto no tenemos capilla, no hay ninguna zona habilitada para poder llevar a cabo velatorios.

Claudia sintiendo cómo cada vez se enfadaba más, lo injusta que era toda esa situación la estaba desquiciando, incluso hacía que se olvidase de sus problemas, que se olvidara de todo, solo recordaba la foto en blanco y negro que la anciana le había enseñado y cómo le había dicho que su marido había muerto tranquilo, sabiendo que no le quedaba nada por hacer.

—Carla, me da igual... —le pidió insistente—. Inténtalo, no podemos dejar a esa mujer así. Piensa que podría ser tu madre o tu abuela... Llama al director del aeropuerto o a quien haga falta, pero hay que buscar una solución.

La cara de la joven contrariada, molesta porque le dieran indicaciones de lo que debía hacer, como si ella no supiese hacer su trabajo.

—Evidentemente, con todo lo que ha sucedido hoy —le dijo con sequedad—, el director del aeropuerto tiene cosas mucho más urgentes que hacer que eso.

Claudia percatándose de que la chica se había enfadado, que trataba de ponerla en su sitio.

—¡Pues llama a quien haga falta! —le contestó levantando el tono de voz—. No me voy a mover de aquí hasta que lo hagas.

La gente de la cola empezando a impacientarse, a su lado un señor obeso discutiendo con otro chico de atención al cliente sobre la cancelación de su vuelo.

Carla hablando, Carla seria, Carla colgando el teléfono...

—Me comunican las autoridades aeroportuarias que es imposible, que estamos desbordados con todo lo que ha pasado y no podemos hacer nada, que entendemos lo que ha sucedido, comprendemos cómo se sienten, pero no tenemos nada en nuestra mano con lo que podamos solucionarlo —le informó tratando de ser un poco más amable, de convencerla—. Pero que les diga que el cuerpo está bien atendido, que no tienen por qué preocuparse.

Claudia sintiendo que perdía la paciencia, tenía ganas de coger a aquella chica de la camisa y hacerla gritar.

Claudia que no es capaz de enfrentarse a los problemas, Claudia que duda, que siempre pide aprobación... Claudia que le ha hecho frente a una cola enfurecida, que pelea con la joven de atención al cliente, que se siente fuerte, segura...

—Mira, Carla —comenzó a argumentar intentando demostrar que la que dominaba la situación allí era ella—, te voy a ser muy sincera... Tú y yo sabemos que el aeropuerto está lleno de periodistas en estos momentos, que el hecho de que Rajoy estuviera en la isla y hayan cancelado su vuelo les ha llamado mucho la atención y están todos cubriendo la noticia, así que, ¡hazme un favor! No me des motivos para ir a hablar con ellos y darles una exclusiva que les parezca más interesante, porque lo que le estáis haciendo a esta anciana es muy publicable. Habla con quien tengas que hablar, llega si lo necesitas hasta

el director del aeropuerto, por muy ocupado que esté, y dile de mi parte que, si no quiere ser mañana portada de todos los periódicos, por encima incluso de la huelga de controladores, ¡que ponga soluciones y las ponga ya! Esa mujer no puede seguir llorando sola, porque te aseguro que mañana todo el país estará enfadado por lo que está pasando y habrá muchos diarios sensacionalistas que estarán deseando publicar algo así.

OCHENTA Y DOS

Claudia y Elvira en silencio, el tablón del aeropuerto con novedades: hora prevista de embarque: 23:50. En la cafetería, un velatorio improvisado, una señora que llora frente a un ataúd cerrado que descansa sobre dos mesas, para reservar su intimidad un biombo, personas anónimas que pasan por su lado para darle el pésame, solidarizándose con ella.

—Gracias —le había dicho a Claudia sin parar de llorar—. Muchas gracias.

La luna en el cielo observaba aquel hervidero de gente que cada vez estaba más tenso en su interminable espera: parecían un enjambre de insectos carnívoros capaces de ponerse a dar bocados en cualquier momento. Los vuelos cancelados se multiplicaban, pero continuaban aguardando, aunque ya era evidente que no tenía sentido, que tarde o temprano los anularían todos.

Elvira mirando a su hija como si no la conociera, tratando de reconocer a su niñita bajo el rostro de esa mujer, sorprendida

por su manera de actuar horas antes; si se lo hubieran contado, no se lo habría creído.

—Claudia, no sé cuándo has empezado a convertirte en la mujer que he visto esta noche, pero estoy muy orgullosa de ti —comenzó a decirle, y ella se ruborizó—. Tu padre tenía razón: no lo hemos hecho tan mal.

—Únicamente he hecho lo que haría cualquier persona —se excusó la sevillana pensando todavía de dónde había sacado el valor y la fuerza.

Su madre le acarició el cabello y sonrió.

—Sabes que eso no es verdad: has sido muy valiente.

Claudia abrazando a su madre, buscando su calor, un refugio, su cabeza dando vueltas a una velocidad desorbitada. ¿Y si aquello era una señal? ¿Y si la huelga de controladores lo único que hacía era demostrarle que no debía volver a Sevilla?

Elvira seria, Elvira pensativa... recordando las palabras de Mauricio, las de Chedey... No estaba siendo justa... Trataba de convencerse a sí misma de que se callaba para proteger a su hija, pero en realidad lo hacía para protegerse a sí misma... Braulio... Braulio y la conversación que habían mantenido esa mañana... Braulio no se merecía tener a una mujer así... una como la que había visto esa noche... Claudia estaba cambiando... madurando... Había besado a Chedey y se había enfrentado a un aeropuerto enfurecido... Fuerte... Generosa... Valiente... Preocupada por los demás... ¿Dónde había aprendido eso su hija? ¿Quién se lo había enseñado?

—¡No cojas este vuelo, Claudia! —su voz saliendo de su boca, ajena a ella y a su voluntad.

Su hija frunció el ceño tratando de entenderla. Parecía distante, ida, como si de pronto hubiera tenido un momento de lucidez o aturdimiento que le hiciera hablar como un sargento, dando órdenes sin sentido.

—¿Qué dices, mamá? —le preguntó extrañada— ¿A qué viene eso ahora?

Elvira recuperando la cordura, mirándola como nunca la había mirado en su vida, como a una adulta, olvidándose de la niña que fue y observando a la mujer que era, la que luchaba, la que sufría, a la que había traicionado y aprendería a perdonarla.

—¡Que te quedes aquí! —insistió con voz fuerte, dura, como si se lo estuviera ordenando—. Llama a Chedey, que venga a por ti al aeropuerto.

Claudia cogiéndole la mano, apretándola con fuerza, tratando de comprender por qué le pedía eso, qué le sucedía.

—¿Qué pasa, mamá? —la interrogó desconcertada— ¿Es por lo del hospital, por lo del beso?

Su madre negando con la cabeza, pensando que debía reunir el valor suficiente como había hecho ella en la cola de atención al cliente, cuando todos la miraban, la insultaban y la señalaban... Elvira cerrando los ojos y tratando de coger fuerzas... Todo se acababa... Era el momento de hacer bien las cosas.

—Claudia, yo te quiero..., lo sabes, ¿no?

Los ojos de Elvira encharcándose, la preocupación de su hija reflejada en su cara, un anciano pasando por su lado, repitiendo una y otra vez que quería que le devolvieran su maleta, que estaba cansado de esperar, que quería irse a casa.

—¡Claro que lo sé, mamá! —le contestó nerviosa— ¿Qué te pasa?

Madre e hija abrazadas en el aeropuerto, Elvira tratando de recordar siempre ese momento, intentando retenerlo porque sabía que la probabilidad de que volviera a repetirse era muy baja, casi nula.

—Júrame que no lo vas a olvidar —le pidió haciendo que Claudia empezara también a llorar—, que pase lo que pase, ¡aunque me odies!, vas a saber que yo te sigo queriendo.

La isla de los dragones dormidos, ese secreto familiar en el que llevaba semanas pensando, haciendo conjeturas, la luna cerrando los ojos, sin querer verlo. Claudia a punto de descubrir lo que había en la otra cara del espejo.

—Mamá, habla ya, por favor —le suplicó llorando—. Habla de una vez, nunca te había visto así.

El rostro de Elvira descompuesto, sabiendo que ya no había marcha atrás, sabiendo que la perdía, que se quedaba sola, sola en mitad de aquel aeropuerto lleno de gente, desesperada, sola manchada de mentiras, de engaños... Sola, pero actuando correctamente por una vez en su vida.

—Claudia, necesito que me digas que me quieres porque te voy a romper el corazón. —Su voz partida, en un susurro—. No vas a volver a mirarme a la cara.

Su hija tratando de descubrir qué pasaba, qué le ocurría, por qué le decía algo así, sin ser capaz de imaginarse qué ocultaba, qué le iba a decir.

—¡No digas estupideces, mamá! —le riñó bañada en lágrimas—. Yo nunca voy a dejar de quererte, dime qué te pasa, por favor... No me hagas pedírtelo más.

Elvira se separa de ella y sonríe con tristeza, su cara trata de ser amable, pero sabe que está a punto de quitarse la máscara definitivamente. Se acabó el fingir, el aparentar; a partir de ese momento, dejará de ser su madre para convertirse en una extraña, en una persona que no conoce, que la ha engañado, utilizado, que jamás ha pensado en ella.

Elvira respira hondo y se decide a tirar la piedra sabiendo que las murallas de cristal del palacio de marfil van a resquebrajarse; está a punto de enviar a la princesa Claudiel del mundo de los cuentos a la vida real, a esa vida donde los ogros malvados no existen, pero sí los maridos crueles, y las brujas pueden estar más cerca de lo que nunca has pensado.

—Braulio y yo hemos sido amantes.

Seis palabras, solo seis palabras que lo cambiaban todo, su rostro serio, petrificado, sus lágrimas frenándose en seco... Claudia que no piensa, Claudia que no respira... Se aparta de ella, pero no puede hablar...

—¿Qué estás diciendo, mamá? ¿Qué gilipollez es esa?

Claudia formula preguntas esperando que le diga que todo es mentira, que la ha escuchado mal, que no quería decir eso, pero el rostro de Elvira le confirma que la ha entendido bien y que ella jamás había hablado tan en serio.

Dragones... Dragones dormidos despertando, volando por encima del aeropuerto... Sus fauces abiertas y escupiendo fuego... Arde la pista de aterrizaje... Se evapora el agua del mar... Mareo... Su corazón que apenas bombea sangre... Sus labios cerrados... Lluvia de cristales, sufrimiento y dolor.

—Ese hombre no te merece... Yo no te merezco... —su madre hablando, atropellando las palabras, y ella sin poder escuchar, la bruma rodeándola, persiguiéndola, estrujándola... humo, azufre, fuego—. Pero ten claro que tú no has hecho nada malo, es culpa nuestra... ¡mía!

Sus piernas escurriéndose, los rostros de los turistas girándose a mirarla, todo da vueltas, se derrama... ¡Que alguien los haga parar!

—Sé que ahora mismo no puedes mirarme a la cara. Aunque trate de imaginarme cómo te sientes, sé que me quedaría corta. ¡Tienes que ser fuerte, Claudia! ¡Valiente como lo fuiste antes! Puedes con esto... Puedes con esto y con mucho más...

Su garganta cerrada, sin hablar, sin poder tragar saliva, el aire ha dejado de entrar en sus pulmones, pulsaciones fuertes resonando en sus sienes...

¿Qué pretendía? ¿Qué buscaba? ¿Qué hacía confesándole algo así? ¿Qué se suponía que debía responder ella? ¿Qué decir cuando te acaban de arrancar el alma?

—Ahora mismo te doy asco, pero déjame darte un último consejo como madre.

Claudia dando pequeños pasos hacia atrás, separándose, alejándose, sin poder soportar ni un instante más su presencia, que siguiera hablando.

—Ve por él —le pidió mientras veía cómo menguaba, cómo se diluía, se resquebrajaba—. ¡Llámalo! Chedey te quiere y te está esperando.

OCHENTA Y TRES

Nacer, morir... Dormir, despertar... Sumergirse en las profundidades del océano y emerger a la superficie, resurgir como un bebé al salir del vientre de su madre, abrir los ojos, descubrir el mundo...

—Señorita, ¿dónde la llevo?

La voz del taxista sonaba lejos, muy lejos, como si no hablara con ella, como si no estuviera.

—Señorita, ¿dónde quiere ir? —insistió molesto de que no le contestara.

La maleta en el portabultos, su corazón acelerado, solo le había dado tiempo a correr, salir corriendo, huir, desaparecer, pero ahora debía plantearse hacia dónde quería dirigir sus pasos, reinventar su vida. Eran las once y media de la noche, ¿a dónde iba? ¿Dónde quería estar?

—¡Fuera! —exclamó con los labios temblorosos—. Fuera del aeropuerto.

El taxista la miró con cara de extrañeza, como si estuviera loca, como si no tuviera sentido.

—¿Para Arrecife, Puerto del Carmen, Playa Blanca, Costa Teguise...? —insistió consternado.

Claudia se encogió de hombros y pensó que daba igual. No había ningún sitio en esos momentos donde se pudiera sentir bien, a gusto y protegida. Estaba demasiado perdida, como si no pudiese digerir lo que le habían dicho, asqueada, enfadada, pero sobre todo impactada.

«Ve por él. ¡Llámalo! Chedey te quiere y te está esperando».

Necesitaba que la abrazaran, que la besaran, que la calmaran... Un edredón de seguridad con el que poder cubrir su cabeza, esconderse, refugiarse, menguar, hacerse una bolita como cuando era pequeña en la cama, encoger las piernas y ponerse en posición fetal... Que el mundo girase, que el tiempo transcurriera, que ella se había parado; daba igual, solo quería cerrar los ojos y que al despertar todo hubiera acabado, que no hubiera dudas, dolor ni miedo, solo calma y paz. Que el mundo girase, que a ella no le importaba, que el taxista acelerara y la hiciera escapar. ¿Adónde? No lo sabía... Le daba igual, únicamente quería que la agonía pasase.

¿Es mejor saber la verdad o vivir en la ignorancia? ¿Acaso ahora era feliz? Ojalá pudiese esconder la cabeza como las avestruces... Ojalá no la hubieran obligado a ver la realidad a mazazos... ¿Mejor o peor? Lo dudaba, lo único claro es que ahora tenía los ojos abiertos para poder tomar decisiones.

Nacer, morir... Dormir, despertar...

—Arrecife, por favor... —le contestó sin saber muy bien por qué—. Al Hospital General.

El taxista puso el intermitente y el sonido del motor le dio jaqueca, sentía que los latidos de su corazón iban más acelerados que el coche, no lloraba, parecía que sus ojos por fin se habían secado, aunque lo intentara nada fluía, estaba seca, tan impactada que casi no podía ni hablar, en shock.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —le preguntó el hombre al ver que no se movía, que casi ni respiraba.

—Sí, sí —mintió para tranquilizarlo—, pero dese prisa, por favor.

El conductor prefirió no insistir y pisó el acelerador. Se quedó en silencio observándola por el espejo retrovisor, a aquella belleza sevillana que buscaba algo en su bolso, las casas de Playa Honda pasando a gran velocidad a la derecha, Arrecife y la silueta del Gran Hotel al fondo.

La luna y las estrellas contemplando la escena, testigos mudos, presentes, seres inertes que llenaban la oscuridad de luz. Ojos castaños cubiertos de escarcha, melena castaña agitada por el viento...

Nacer, morir... Dormir, despertar...

Claudia abrió la ventanilla, lo hizo despacio, sin pensar, y el taxista, asombrado, observó cómo tiraba una alianza a la carretera.

OCHENTA Y CUATRO

Claudia tumbada en la cama al lado de su hermano, los ojos cerrados, escuchando su respiración, con su mano en su pecho, el sonido del gotero su único compañero, la maleta junto a la puerta, añorando las olas del mar que se escuchaban desde la habitación de su hotel, pensando en su vida, en lo absurda y ridícula que era su existencia, en cómo Daniel había huido de su casa. No se habían distanciado, simplemente la había protegido porque creía que si descubría lo que pasaba, sufriría, y no deseaba causarle dolor, solo quería que estuviera bien; pensaba que no podría soportarlo, que no sobreviviría fuera de su palacio de marfil.

—Mi pequeño y dulce Dani —susurró—. Ahora sé por qué no despiertas... por qué sonríes...

Dragones. La sombra de un dragón en las paredes de la habitación, miedo a lo que había sucedido esa noche, a lo que estaba por venir...

—Estás con ella, ¿verdad? —le preguntó mientras le acariciaba el flequillo con ternura—. Estás con Alba y no quieres despertar porque sabes que cuando lo hagas, ella no

estará contigo, porque no es real, solamente es un sueño... A mí también me gustaría estar dormida ahora... Dormir es más fácil que vivir algunas veces... Te comprendo.

El viento soplando con fuerza, golpeando la ventana, la voz de su hermano en su cabeza, su voz, su sonrisa, esa sonrisa que la hacía reír, que la hacía vibrar...

—Ahora que sé lo que te sucede, no te lo debería pedir. Tomaste tu decisión, estar así, y debería respetarla —continuó mientras apoyaba su cabeza en su pecho como cuando eran pequeños, cuando se tumbaban y se contaban confidencias, sueños y miedos—. Debería asumir que elegiste irte con ella y que ahora mismo, en coma, eres feliz, pero... todos me habéis aconsejado que aprenda a ser egoísta y por eso te lo pido... Te pido que despiertes —le rogó en voz baja, como si le diera vergüenza que alguna de las enfermeras que la habían dejado pasar la escuchara—. Despierta, Dani, porque nunca te he necesitado más en mi vida. Ya lo sé todo, sé el secreto del rey y la reina, también he visto la otra cara del espejo y dudo mucho que tenga la fuerza que tuviste tú para empezar de cero. Necesito a mi hermano, tus abrazos, tu sonrisa, tus consejos... Despierta, Dani, hazlo por mí...

Una lágrima, solamente una lágrima asomada a sus ojos, una lágrima seca, compuesta solamente de sal y tristeza...

Claudia dejó de hablar y lo observó: su pequeño y dulce Dani, el joven príncipe que se quedó mudo porque no podía hablar, no podía confesarle a su hermana lo que pasaba para no hacerle daño, no podía compartir con nadie su tristeza, su indignación, solo escribir, escribir cómo se sentía y meterlo en botellas de cristal, en una libreta escondida en el colchón de su cama y, por una vez, pensó que su hermano dejaba de sonreír y se ponía serio...

Mauricio durmiendo en el apartamento del Charco de San Ginés... Elvira, sentada en el baño del aeropuerto, deshecha en

lágrimas... Dragones... Dragones despertando bajo la tierra y arañando su cautiverio con sus garras largas y afiladas... Rugidos... Olor a azufre... Pánico... Dolor...

Nacer, morir... Soñar, despertar... Ilusionarse con la esperanza de que Dani la estuviera escuchando, pensar que no estaba sola.

¿Por qué pensaban que era tan frágil? ¿Por qué creían que no lo iba a soportar? Ahora estaba allí, había descubierto el secreto y estaba bien. Lo único que ocurría era que no podía moverse; se había quedado pegada al cuerpo de su hermano y era incapaz de respirar, de ver otra cosa que no fuese su rostro, de vivir, de soñar...

«Ve por él. ¡Llámalo! Chedey te quiere y te está esperando».

Chedey, Chedey y sus ojos almendrados. Había salido de su turno sin saber que ella no había cogido el vuelo, que estaba allí, que el espacio aéreo se había cerrado al igual que su corazón. Pensó en llamarlo, en seguir el consejo, pero en vez de eso, decidió finalmente visitar a su hermano. No era la hora apropiada, no estaba permitido... pero necesitaba abrazar a Dani, acariciarlo y respirar su olor, sentir por unos minutos que nada había cambiado, que seguían siendo una familia, que no estaba sola...

Dragones dormidos, sus alas recorriendo la estancia, sentimientos embotellados imposibles de descorchar...

Bruma, oscuridad... Rodeada de tinieblas... Ella y su hermano en una balsa en mitad de un océano salvaje lleno de temores, dudas y dolor.

—Toc, toc. ¿Se puede?

Una voz conocida al otro lado de la puerta, un faro en mitad de su viaje a la deriva… Trata de incorporarse, pero no puede. El enfermero entra en la habitación y la ve tumbada en la cama, sus ojos secos, su mirada perdida.

—¡Chedey! —exclamó extendiendo su mano, en su boca una sonrisa, una mueca de felicidad.

El joven entra y se acerca sigiloso a ella, todavía sin creerse que esté allí. La luna, contenta, les regala sus mejores destellos, la toca, la besa, la acaricia... y como en los cuentos de hadas, la princesa encantada comienza a recuperarse del sopor, abre los ojos, despierta, sus manos rodean su cuello y lo vuelve a besar.

—¿Cómo sabías...?

Chedey le puso un dedo en los labios para que se callara y la ayudó a levantarse. Las piernas frágiles, inseguras, el viento arrastrando todos los recuerdos tristes de esa noche.

—¿Pensabas que podías entrar en mi hospital a media noche sin que me enterara?

La sevillana sonrojada, dándose cuenta de que estaba de pie, su alianza tirada en una cuneta, sus brazos envolviéndola, pegándola a su cuerpo, y ya no había nada que impidiera que lo besara, no existía Braulio ni el compromiso ni el matrimonio, ¡nada! Solo estaban ellos dos y la pasión podía fluir libremente haciendo que las mariposas eclosionaran y se pasearan enloquecidas por la habitación.

—Sabía que no hacía falta llamarte... que vendrías a rescatarme...

El príncipe mata dragones para salvar a damiselas en peligro, sus ojos almendrados, sus labios, su boca... Dani en la cama recuperando la sonrisa, el viento golpeando la ventana, Elvira, en el aeropuerto con la cartera abierta, observando una foto de sus hijos, de cuando eran pequeños, cuando eran una familia.

—¿Han cancelado tu vuelo? —le preguntó él dudoso—. ¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Cuándo te vas?

Claudia con la mirada turbia, recordando lo que había sucedido, la conversación que había mantenido con su madre, la tristeza, la traición, el desconsuelo…

Nacer, morir... Soñar, despertar...

Esconder la cabeza como las avestruces...

—No me voy —le confesó dudosa, sin atreverse a pronunciarlo—. Me quedo con Dani... Y si quieres... contigo...

Chedey contento, sin poder creer lo que estaba escuchando, sus manos juguetonas navegando por debajo de su camisa, Claudia feliz pero a la vez angustiada, sin poder disfrutar del todo de ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó él dándose cuenta de que sus besos tenían un regusto amargo.

La chica se encogió de hombros y sonrió.

—No... No estoy bien, pero no importa —contestó haciéndole comprender que lo sabía todo—. Ahora estoy contigo, lo más difícil ya ha pasado, ya no estoy sola.

OCHENTA Y CINCO

A veces, solo a veces, hay momentos en la vida que te marcan, situaciones que después de experimentarlas sabes que lo cambiarán todo, que a partir de ese instante comienza el resto de tu historia, como si hubiese un punto y final y empezaras de nuevo con «Érase una vez...», como sucede en el mundo de los cuentos y a veces, solo a veces, en la vida real.

Cuando Chedey cogió a Claudia de la mano y la condujo al cuarto de enfermería, ella tuvo esa sensación: supo claramente que, una vez que entrara en esa habitación, todo sería diferente, y algo en su interior chilló y la animó a seguir adelante y olvidarse de sus miedos, a atreverse a ser libre.

Nacer, morir... Soñar, despertar... Estaban a punto de ocurrir muchas cosas, quizá más de las que imaginaba, el final estaba cerca. ¿O solamente era el comienzo?

Los dos a solas en la habitación, la luz apagada, el silencio, la oscuridad, sus corazones que se rozan, que se besan, que se tocan...

Cerrar los ojos, no pensar, no hablar, solo sentir, dejarse arrastrar por la corriente del deseo mientras sus dedos acariciaban su pecho.

—No quiero usar tacones nunca más —confesó la chica mientras devoraba sus labios, y él se rio y le contagió la risa.

Su vestido deslizándose hasta caer al suelo, unas manos hábiles recorriendo su figura, tocándola, acariciándola, admirándola, deseándola... Qué diferente era todo a sus últimos encuentros sexuales: Braulio se montaba encima y aplastaba la pasión.

—Hueles a azahar —suspiró Chedey entre sus muslos, y ella no pudo contener la risa.

Alba y Daniel en el castillo de San Gabriel, el canto de los pájaros anunciando que el amanecer estaba cerca, sus manos que se buscan, que no se tocan, el sol saliendo en el horizonte y sus ojos azules lo miran; su mirada recorre cada detalle de su rostro, su pelo castaño, su sonrisa, esos labios que se abren para protestar pero terminan formando un suspiro.

—Te quiero, Alba —le dice, y ella sonríe, sonríe con tristeza manchada de desesperación, pero sonríe.

—Yo también –contesta deseando poder repetírselo muchas veces más.

Sus dientes, su lengua, su risa... esos ojos almendrados sumergidos entre sus piernas, devorando sus miedos, alimentando sus sueños, las mariposas revoloteando entre sus hombros.

—Quítate la ropa —le pidió, y el joven se ruborizó como si fuese la primera vez que una mujer se lo pedía.

Chedey se levantó de la cama y se quitó la camiseta: su torso era tal y como lo había imaginado. Sus pantalones cortos cayeron sobre las baldosas en menos de cinco segundos y su slip demostró que el corazón no era la parte más grande de su cuerpo…

Besarse, amarse, sentirse... Dejar de contener mariposas, liberar los sentimientos cautivos... Claudia y Chedey en una cama... las sábanas arrugadas... la puerta entornada, escapándose la prisa.

Las estrellas se apagan y la oscuridad se mancha de claridad, el aroma del nuevo día circulando por las calles...

—Tengo miedo, Dani... —confiesa sabiendo que no sirve para nada.

Él la mira con dulzura y deja que los primeros rayos del sol acaricien su piel, que lo cubran con su calidez, con su misterio.

—Cierra los ojos y escucha a los pájaros... Disfruta de este momento.

Dragones dormidos, miedos olvidados, temores vencidos, su madre sentada en el aeropuerto junto a un ataúd conversando con la señora gallega, contándole todas las cosas que solía hacer con Claudia cuando era pequeña.

—Tiene usted mucha suerte —le dijo la anciana—. Su hija es muy buena persona... No hay mucha gente dispuesta a dar la cara por los demás sin pedir nada a cambio.

Elvira agachando la cabeza presa de los remordimientos, el duende verde mordiéndole una oreja, sin dejar de gruñir.

—Lo sé. Ahora me doy cuenta de cuánto se parece a su padre.

Jadeos, caricias, sus cuerpos que se unen y se mezclan en la cama, el colchón rechinando, Claudia cerrando los ojos y dejándose llevar por el remolino del frenesí, del desenfreno, sentir cómo Chedey entraba dentro de ella, como lo retenían sus muslos...

—Te quiero, Claudia... Te quiero...

Sus ojos aterciopelados sin dejar de mirarla, sus labios besando su cuello, aspirando el aroma de su nuca... Estaban tan

concentrados el uno en el otro que se olvidaron del exterior. Si hubieran estado menos entregados quizá hubieran oído el grito y el timbre que sonaba con insistencia.

—Te mereces que te besen cada minuto, cada instante, cada segundo...

Personas corriendo por el pasillo, enfermeros que se levantan, una auxiliar despertando al médico de guardia.

—Bésame Alba, no queda mucho tiempo.

Dani que se acerca, Alba que lo mira, su piel parece que está perdiendo la consistencia, el joven príncipe se borra, Daniel desaparece y ella se aproxima para poder besar lo que queda de su esencia.

—Lo siento —le dijo su voz perdida en mitad del eco del amanecer.

Alba que llora, Alba que grita, Alba que siente que el amor se le escapa entre los dedos, que su hombre se va, se desvanece, sus sueños se derriten, sus ojos se escurren convertidos en lágrimas, lágrimas azules, lágrimas de mar, lágrimas de sufrimiento por alguien que ya no está.

—¡No te vayas, Dani, no te vayas! —le suplica desesperada, pero su rostro ya se ha ido, desaparece, el beso, el abrazo, la caricia no han llegado a producirse, no hay nada, solo el silencio, el vacío.

Nacer, morir... Soñar, despertar...

Claudia en el primer orgasmo clavando sus uñas en la almohada, Chedey lamiendo sus pechos, las mariposas invadiendo la sala...

—¡Llamen al doctor Martín! ¡Llamen al doctor Martín!

Los amantes que se entregan ajenos a la realidad, el tiempo se detiene, los segundos se congelan y el minutero no consigue avanzar.

—¡No te vayas, Dani, no me dejes! Me da miedo la vida...

El rumor del mar, las olas, la soledad empañando las murallas del castillo de San Gabriel, su puerta de madera crujiendo, protestando, los cañones apuntando al cielo.

Pasos que se acercan imposibles de sentir, sus manos enlazadas, sus piernas unidas en un baile que no tiene fin, su lengua en su nuca, su aroma en su piel, saliva en sus párpados, gemidos con sabor a miel.

—He soñado tanto con esto, Claudia…

Ella sonríe y le pide que no pare. Chedey acaricia su pelo y una mariposa casi le roza la cara.

La puerta se abre, la habitación se llena de luz, Claudia y Chedey sorprendidos, avergonzados, cubriéndose con las sábanas, mariposas asustadas escapando al pasillo, voces en el hospital, movimiento a medianoche. Algo ocurría, y los ojos del enfermero se encontraron con los de Raisa.

—Yo no soy como los demás —le susurró el viento, y aunque no podía verlo sabía que era él—. Yo no te abandonaré, no te dejaré sola...

En el rostro de Alba se dibujó una sonrisa a pesar de que sabía que era imposible. No había esperanza: Daniel se había ido, Daniel se marchaba y esta vez era para siempre, la dejaba sola, sola con el recuerdo del amor que sentía pero que no pudo ser, sola con el recuerdo de su boca, de sus ojos, de sus promesas... sola con su maldición y los suspiros pegados a sus labios.

— La historia se repite, y siempre con el mismo final

—¡Raisa!

La joven sonríe, aunque sus ojos están llenos de preocupación. El dolor de verlos juntos se diluye ante la mirada de Chedey: está contento, feliz, y ella debería alegrarse por ello.

—Te estaba buscando, sabía que estarías por aquí —le contestó la chica conociendo de sobra dónde solía llevar a sus conquistas.

Claudia poniéndose la camiseta abochornada, escuchando los sonidos que venían del exterior...

—¿Ocurre algo? —preguntó Chedey alarmado sin poder evitar que el rostro de Daniel apareciese en su mente—. ¿Por qué me buscabas? ¿Qué está pasando fuera?

Raisa se agachó y recogió los calzoncillos del suelo; se los acercó lentamente, tratando de no mirar lo que ya había visto mil veces.

—Vístete —le pidió sin poder esconder por más tiempo la risa, como si toda aquella situación más que humillarla hubiera terminado por divertirla—. El paciente de la 218 ha despertado y, por lo que veo, no es necesario que llames a su familia.

Alba llorando, Alba perdida, observando su rostro reflejado en el mar, el castillo de San Gabriel a su espalda y, enfrente, el Puente de las Bolas, una sombra alargada pasando sobre su cabeza.

—Los miedos son dragones dormidos —repitió en voz baja como si se lo estuviera contando a alguien—. Están enterrados bajo tierra, a nuestros pies, y un día cualquiera, sin explicación, el más leve ruido puede hacerlos despertar. Te asustarás, gritarás, tendrás ante tus ojos tus peores pesadillas, convertirán tu vida en un infierno, pero no será muy diferente a la que ya vivías, porque los dragones siempre han estado ahí, lo que ocurre es que no te dabas cuenta de que eras su prisionera.

PARTE II:

VERANO 2012

UNO

Daniel saliendo de trabajar, los zapatos nuevos estrangulando sus pies —le costaba caminar—, estaba cansado de ese absurdo chaleco y pajarita, estaba deseando llegar a su casa, quitarse la ropa, tumbarse en la cama y escuchar un poco de música.

El viento soplaba. Siempre le sorprendía la corriente tan fuerte que le golpeaba la cara cuando atravesaba la puerta de personal, como si las fuerzas de la naturaleza trataran de recordarle quién mandaba en esa isla. Pasó al lado de los contenedores de basura: el *glamour* en la zona de clientes, todos los residuos en la parte de empleados.

—¡Hasta mañana, Dani! —le gritó un compañero que estaba arrancando su moto, y él sonrió con apatía.

Camarero. El destino, con sus impredecibles vueltas, había hecho que su trabajo más estable fuese en el hotel donde se alojaron su madre y su hermana. Le gustaba lo que hacía, se divertía con el trato al cliente, aunque había veces que terminaba agotado de escuchar a los turistas.

—Por favor... que nadie más me cuente hoy que se ha montado en camello en el Parque Nacional de Timanfaya —

solía mascullar cuando se desesperaba, y su mirada se volvía blanca.

Con su jefe se llevaba bien, el *maître* solía ponerse a su lado muchas veces y corregirle lo que hacía mal, ¡pero no lo hacía de malos modos o para demostrar que él sabía más, sino para que aprendiese! Quería que hiciese bien su trabajo, era su reto personal: formar a aquel joven que parecía perdido, que necesitaba orientación laboral.

—Si sigues así —le había dicho más de una vez—, llegarás a ser jefe de sector pronto... aunque es una pena que no domines bien los idiomas.

Inglés... Alemán... Claudia insistía a diario en que se apuntara a clases particulares o en la Escuela Oficial de Idiomas, pero a él le daba mucha pereza. Salía tan cansado de trabajar que lo que menos que le apetecía era abrir los libros y escuchar a una profesora durante dos horas... Definitivamente, no era lo que quería.

—Academia ¡o échate una novia inglesa! —solía repetir su hermana entre bromas.

Novia inglesa, novia inglesa... ¡Que ganas tenían todos de que tuviera pareja! ¿Por qué no lo dejaban en paz? ¿Se metía él en sus vidas?

El coche aparcado a pocos metros del hotel, encender un cigarro, poner música y hacer girar la llave. Su móvil sonando, no le apetecía responder, pero sin pensarlo descolgó el teléfono por si era algo urgente.

Llamada entrante de Raisa.

—Dani...

El joven dándole una calada al cigarro y poniendo cara de agotamiento.

—Dime, Raisa —le respondió cansado.

La enfermera moviéndose nerviosa al otro lado de la línea.

—Tu hermana me comentó el otro día que mañana libras —le soltó sin reflexionar demasiado—, y me preguntaba, bueno… si te apetecería ir al cine o a comer conmigo.

Daniel echando la ceniza en el cenicero, no quería ser cruel, pero esa chica se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla y no sabía cómo quitársela de encima.

—Ya he quedado, Raisa —mintió sin muchos escrúpulos—. Lo siento...

La voz de la joven se apagó decepcionada.

—Ah, bueno, otra vez será, ¿no?

Raisa que insiste, que no se da por vencida.

—Otra vez será —repitió él sin estar muy convencido de por qué lo había dicho.

DOS

Claudia y Chedey en la playa: él contemplando el mar y ella tratando de leerle los pensamientos. Estaba raro, callado, y por mucho que lo intentaba no conseguía sacarle conversación, sus manos entrelazadas. Parecía que por mucho tiempo que pasara, nada ni nadie podría separarlos.

Famara, olas voraces estallando en la orilla, banderas rojas ondeantes, el risco, majestuoso, coronando el cielo.

—¿Todavía estás rayado por eso? —le preguntó la sevillana observando su rostro.

El joven se encogió de hombros tratando de restarle importancia.

—Sí, un poco.

Claudia pensando en la escena que acababan de protagonizar, cuando estuvieron en el supermercado comprando provisiones para la playa: Chedey se había parado y le había preguntado a una señora por su hija; la mujer, de rictus serio, le había dicho que estaba bien, pero al insistir el enfermero, ella había cambiado de tema y lo había cortado tajantemente.

—¿Quién es Dora? —lo interrogó curiosa—. Nunca me has hablado de ella.

Chedey recordando a aquella chica de su adolescencia, su piel morena, canela, su melena rubia, su mirada violeta...

—Dora era de la pandilla cuando éramos unos críos —le relató sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en su cara—. Yo no la conocía mucho, coincidimos un par de años de acampada y también en alguna fiesta de La Santa, poco más, pero era una joven que dejaba huella.

El enfermero se acercó a Claudia y le dio un suave beso en los labios.

—¿Estabas enamorado de ella? —le preguntó sin poder evitar que unos pequeños celos iluminaran su retina a pesar del beso.

Chedey se rio de forma clara, sincera.

—Creo que todos los del grupo estuvimos alguna vez enamorados de ella —confesó—. Aunque Dora era inalcanzable, una sirena. Estaba claro que buscaba algo diferente, al pescador de sueños.

Claudia enarcó las cejas dando a entender que no había comprendido nada, pero prefirió no preguntar.

—¿Y por qué te has rayado? ¿Es por ella? ¿Por Dora?

El enfermero, sin soltarla, le acarició la mejilla.

—Sí, estaba pensando en ella, en qué habrá sido de su vida. Hace años que se fue y desde entonces nadie ha vuelto a saber nada de ella, solo su madre, pero no cuenta nada.

El viento soplando, Claudia y Chedey en un refugio circular de piedras volcánicas, el risco suspirando, un hombre con una cometa corriendo por la orilla.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué se fue?

La sevillana en silencio, viendo cómo las niñas hacían un castillo de arena.

—Existen muchas teorías. Saray me dijo un día que en el pueblo creen que está con él, que al final encontró a Juan y están

perdidos en alguna parte viviendo su amor, lejos de Lanzarote, de Famara, ¡de todo! Pero yo no me lo termino de creer, pienso que son habladurías de gente chismosa. Sucedieron demasiadas cosas, no tuvo mucha suerte, creo que allá donde esté, Dora sigue escuchando tangos. Creo que en su exilio voluntario lo único que hace es perseguir el amanecer.

La sevillana se quedó en silencio unos segundos sintiendo un poco de pena por lo que le acababa de contar, pensando en aquella chica que había huido de la isla sin que nadie supiese nada de ella. Seguro que había una historia de amor preciosa detrás de aquel misterio. Estuvo a punto de insistir de nuevo para que se la contara, pero Chedey, de improviso, se levantó y se dirigió hacia sus hijas: Patricia, al verlo, le lanzó una tierna sonrisa, y la pequeña Alba aprovechó para darle un manotazo a la fortaleza que su hermana acababa de construir.

—Recuérdame que te cuente algún día cómo una cajera terminó convirtiéndose en «la sirena de Famara» —le dijo mientras mediaba entre las dos pequeñas para que no empezara una guerra—. A ti que te gustan las novelas románticas, seguro que te encantará. ¡A ver si así te animas a empezar a escribir y escribes algo que no tenga que ver con la recesión económica!

Claudia se rio. Le gustaba ver a Chedey rodeado de las niñas. Alba había heredado su sonrisa, pero los ojos eran de ella: marrones y profundos.

La sevillana se levantó y dejó que el viento acariciara su cuerpo como si fuese un amante invisible y, por primera vez, mientras imaginaba el rostro del pescador de sueños, juraría que escuchó el cántico del espíritu de las ballenas.

TRES

Dani en su habitación tumbado en la cama, la música puesta y el reloj marcando las ocho menos cuarto, la figura de la Torre del Oro en la estantería, Claudia abriendo la puerta y rompiendo el silencio.

—Claudia, ¿cuántas veces te he dicho que llames antes de entrar? —le riñó su hermano, al que compartir piso cada vez se le hacía más cuesta arriba.

La sevillana, cautelosa, le enseñó lo que llevaba en las manos: un vaso de gazpacho, la ofrenda de paz.

—Lo he hecho con la receta de mamá, como a ti te gusta —le dijo, y los dos se quedaron unos segundos en silencio preguntándose qué habría sido de Elvira.

Daniel, perezoso, se levantó de la cama y le dio un largo sorbo. Tenía suficiente vinagre y ajo, pero no sabía igual: los tomates del supermercado no eran como los de su tierra. Siempre sabía diferente.

—¿Te has tomado ya las pastillas? —le preguntó ella tratando de ponerse seria. Su hermano arrugó el morro y protestó.

—Claudia, no seas pesada. Deja de comportarte como si fueses mi madre.

La joven sonriendo, recogiendo el vaso vacío. Cuando le prometió a su padre que iba a cuidar de él y vigilarlo, no había jurado en vano: Dani vivía con ellos en el apartamento del Charco de San Ginés, Chedey y él se habían hecho amigos y la pequeña Alba sentía adoración por su tío.

—¡Pues sí!, me las he tomado —mintió él—. Puedes mirar en el bote e incluso contarlas.

Alba, sonriente, guiñándole un ojo, su melena anaranjada escondida junto al armario.

—No hace falta, me fío de ti.

Claudia acercándose a la ventana y tratando de abrir las cortinas.

—¡Que manía tienes de estar siempre a oscuras! Tienes las mejores vistas de Arrecife, deberías dejar que entrara luz a tu cueva.

Dani molesto mirando a su alrededor: aunque lo había intentado, seguía siendo igual de desordenado que siempre.

«Un día te va a pillar», le dijo su voz sin mover los labios, y Daniel le contestó sin utilizar los suyos: «Está todo controlado, tomo la dosis justa para no cometer locuras. No nos va a descubrir, siempre fui más hábil que Claudia».

Alba sonriente, Alba tranquila, Daniel al final había cumplido su promesa: no la había abandonado, seguía con ella.

—Me duele la cabeza, Claudia, el sol me da jaqueca.

La luz entrando en la habitación, iluminando las losetas del suelo, su hermana mirándolo preocupada, preguntándose si estaba bien. No le gustaba la actitud esquiva que a veces usaba con ella, como si le escondiera algo, como si quisiera que lo dejaran solo.

—No puedes seguir así, Dani, deberías hacer algo... ¿No hay ninguna chica que te guste?

Alba tapándose la boca para que su risa no sonara demasiado fuerte, Daniel arrugando el entrecejo, regañándole.

—No, estoy bien, en serio —le contestó para tranquilizarla—. Ahora mismo no necesito a nadie. Estoy aprendiendo a quererme más antes de decidirme a entregarme de nuevo.

El espectro lunar sacándole la lengua, sabiendo que utilizaba las palabras del psicólogo para que su hermana se relajara, pero no era cierto, los motivos eran muy diferentes.

Claudia acercándose a su hermano, el bote de pastillas en el suelo, las risas de la pequeña Alba sonando en el salón, Chedey jugando con ella, los jolateros meciéndose en el Charco de San Ginés.

—Gracias —dijo su hermana de pronto, haciendo que el joven se encogiera de hombros sorprendido.

Alba tumbándose en la cama, poniéndose junto a él, sus manos acariciando su pelo, Daniel con los vellos de punta, le gustaba sentir su piel.

—¿Por qué? —le preguntó desconcertado.

La sevillana recordando aquellos días en que su hermano estaba en coma, cómo lo abrazaba y lo besaba, cuánto lo echaba de menos, cómo perdió la esperanza, llegando incluso a pensar que esas escenas jamás se repetirían, que no podrían hablar de nuevo y compartir confidencias.

—Por todo —le contestó sin poder evitar que una pequeña lágrima se escapara de sus ojos.

Daniel miró a Alba y a su hermana, se incorporó lentamente y se puso de pie, junto a ella. La sevillana apoyó su cabeza en su hombro y dejó que la abrazara: le gustaba olerlo, sentirlo, escuchar su corazón.

—Todo lo que tengo te lo debo a ti —continuó—. Gracias por lo que ha cambiado mi vida, por lo feliz que soy, por estar aquí a mi lado.

Alba sonriendo, Daniel besando a su hermana en la frente, su sobrina saltando en el sofá, Chedey haciéndole cosquillas en la barriga, Claudia llorando, llorando sin entender muy bien por qué lo hacía, como si se hubiera dado cuenta de pronto de que lo tenía todo, que no necesitaba nada más. Atrás quedaron los tacones y su trabajo estresante en Sevilla, los secretos, las infidelidades, las mentiras... Ahora todo era más fácil, más natural, se sentía amada y querida por su familia y se alegraba enormemente de que Daniel formara parte de ella.

—Clau —le dijo llamándola como cuando eran niños—. Tú siempre has sido muy complicada: al parecer, tuve que dormirme para que tú despertaras.

Claudia sonrió y, al volver a abrazarlo, le pareció ver una figura pelirroja sobre la cama.

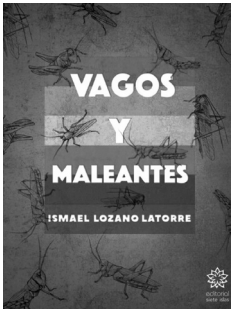
ÍNDICE

PRÓLOGO 7

PARTE I: OTOÑO 2010 11

PARTE II: VERANO 2012 437

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR EN EDITORIAL SIETE ISLAS:



VAGOS Y MALEANTES / ISMAEL LOZANO LATORRE

Un anciano con alzhéimer, una adolescente que se ha escapado de casa, una mujer enamorada, un joven asustado en su primer día de trabajo y una madre angustiada, son algunos de los protagonistas de esta historia, que mezcla presente y pasado, de la mano de Manuel y Lorenzo, dos jóvenes lanzaroteños que se enamoraron en una época en la que su amor estaba prohibido.

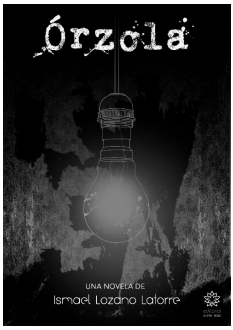
Miedo, tensión, injusticia.

Dos inocentes separados por el franquismo y unidos en la desgracia.

Una novela inspirada en uno de los episodios más vergonzosos y olvidados de la reciente historia de España, en la colonia agrícola penitenciaria de Tefía, un campo de concentración fundado en Fuerteventura, en 1954 para proteger a la sociedad de los actos de los homosexuales, bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes.

Atrévete a leer esta historia sobre la diversidad y porque debemos sentirnos Orgullosos. Atrévete a aprender los errores del pasado para que no vuelvan a ocurrir.

#vagosymaleantes



ÓRZOLA / ISMAEL LOZANO LATORRE

"La mujer sin nombre" despertó amordazada en un sótano oscuro, no sabía dónde estaba, cómo se llamaba, ni conservaba ningún recuerdo.

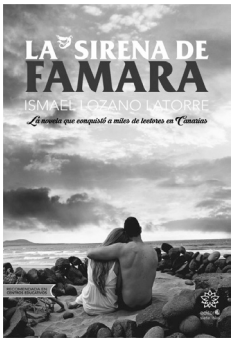
El terror se adhería a su cuerpo como una segunda piel, pero no podía chillar, porque si lo hacía, su secuestrador bajaría a castigarla y eso la asustaba más que nada en el mundo.

Intriga, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde cada capítulo es en una pieza de un puzle adictivo lleno de giros y sorpresas.

¿Qué sentimiento prevalece el miedo o el amor? ¿Podrías enamorarte de tu enemigo?

Atrévete a descubrir este thriller donde nada es lo que parece, atrévete a leer la novela con la que Ismael Lozano regresa a Lanzarote tras el elogiado éxito de "La sirena de Famara" y "La isla de los dragones dormidos", atrévete a sumergirte en las aguas de "Órzola", desearás perderte en él.

#órzola



LA SIRENA DE FAMARA / ISMAEL LOZANO LATORRE

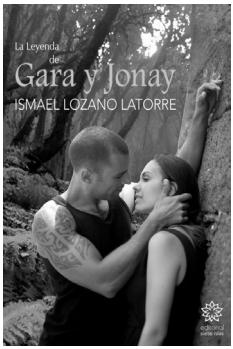
Cuando Dora conoció a Juan trataba de huir de un futuro que ya estaba escrito para ella, él llenó su vida de magia y durante dos años dejó de ser una simple cajera para convertirse en una sirena enamorada del pescador de sueños.

Pero la fantasía no duró eternamente, Juan desapareció sin dejar rastro y Dora tuvo que reinventarse a sí misma, renacer de las cenizas y enfrentarse a la realidad.

Esta es la historia de una búsqueda cargada de secretos, un relato de amor, amistad y misterio que transcurre en uno de los lugares más cautivadores de la Tierra, Famara, un pueblo costero de la isla de Lanzarote donde los sueños se mezclan con el rumor de las olas y cualquier acontecimiento se engrandece por la espectacularidad del paisaje.

¿Se puede perdonar lo imperdonable? ¿Se puede ser feliz tras la felicidad?

#lasirenadefamara



LA LEYENDA DE GARA Y JONAY / ISMAEL LOZANO LATORRE

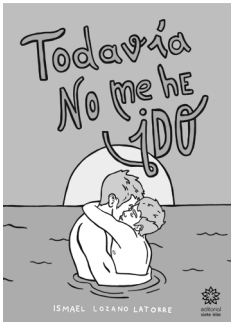
Gara siempre supo que su destino estaba ligado a la antigua leyenda guanche de la princesa de Agulo y el hijo del Mencey, sus suspiros pertenecían a un joven que no conocía pero que sabía que no tardaría en aparecer ¿Había un Jonay para ella o los príncipes azules sólo existen en las novelas románticas?

Dos amantes destinados a encontrarse, un amor prohibido, un final trágico que los persigue y del que desean escapar ¿Puede una leyenda guanche cumplirse en el mundo moderno? ¿Es más fuerte el amor o la amistad?

Secretos y mentiras acompañan a Gara en este viaje a través de los paisajes y fábulas canarias. Vive la pérdida de la inocencia y recuerda lo que es enamorarte por primera vez.

¿Te atreves a reescribir la historia?

#laleyendadegarayjonay



TODAVÍA NO ME HE IDO / ISMAEL LOZANO LATORRE

El amor aparece cuando menos te lo esperas, te aborda de improviso y esa persona que no conocías se vuelve imprescindible para ti. Dejas de ser autosuficiente, tu felicidad está condicionada a su risa, a su mirada, a su forma de caminar.

La primera vez que lo vio Joel estaba envuelto en su capa negra en mitad de un escenario, el pulso se le aceleró y Aday supo que aquellas manos alguna vez acariciarían su cuerpo.

¿Amar o ser amado? ¿Conquistar o ser conquistado?

Magia, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde nada es lo que parece.

¿Comenzarías un romance condenado al fracaso?

Atrévete a descubrir la diferencia entre amor e ilusionismo, sumérgete en las aguas de Fuerteventura y encuentra el corazón de Joel.

#todavíanomeheido